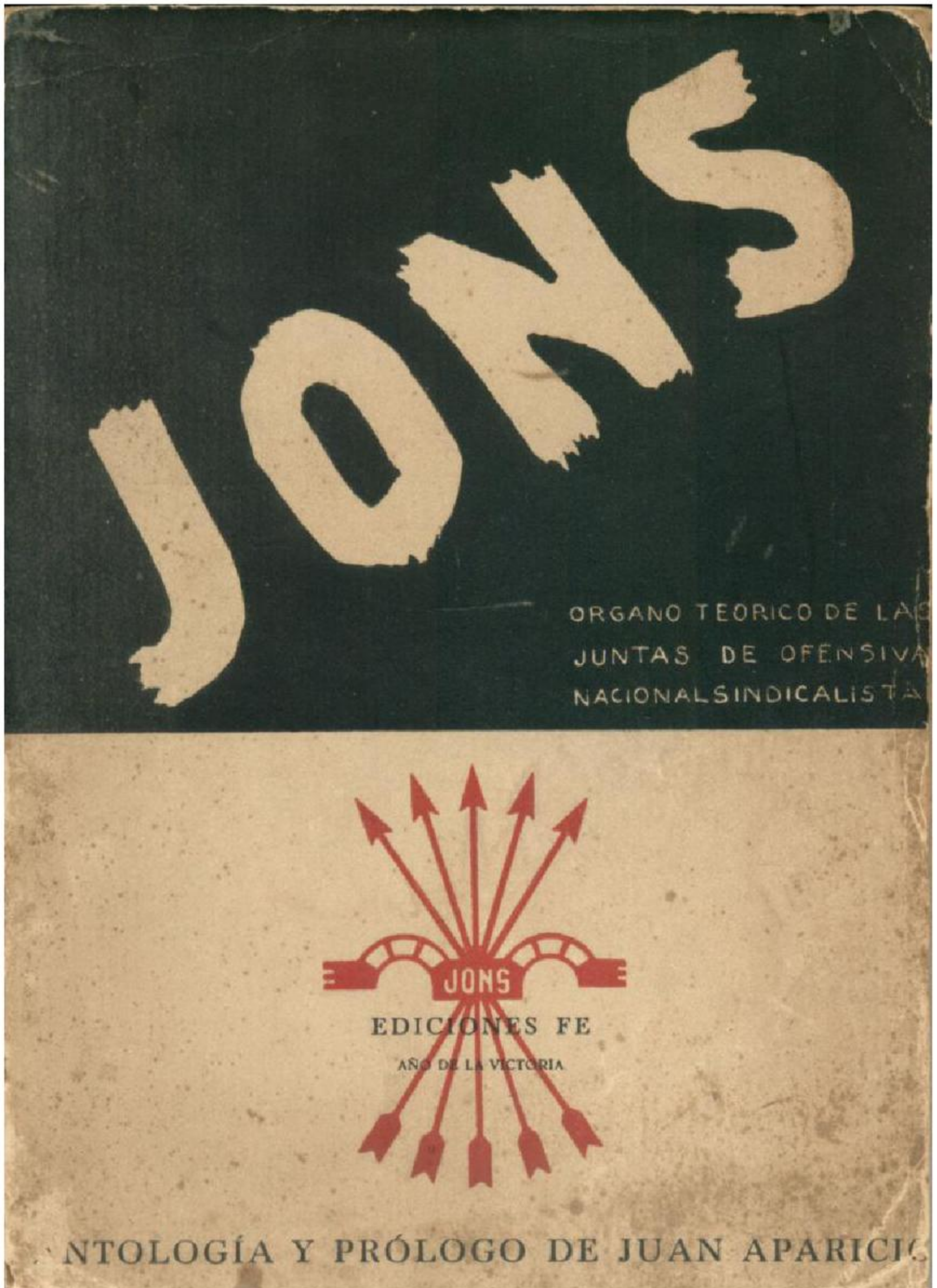
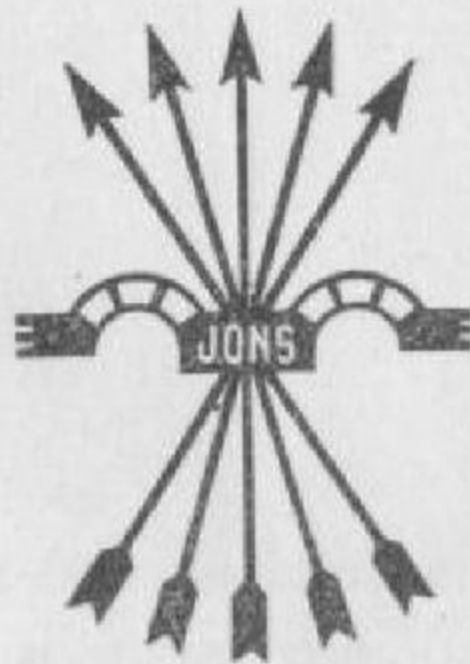




JONS



ANTOLOGÍA Y PRÓLOGO
DE JUAN APARICIO



J O N S

ANTOLOGÍA Y PRÓLOGO

DE JUAN APARICIO

EDITORIA NACIONAL

ÍNDICE

PRÓLOGO	6
RAMIRO LEDESMA RAMOS	10
EL MOVIMIENTO ESPAÑOL J.O.N.S., QUIERE:	10
LA ORGANIZACIÓN DE LAS J.O.N.S., ES SENCILLA Y EFICAZ:	11
EL CAMARADA RAMIRO LEDESMA RAMOS, PRESENTA, JUSTIFICA Y DEFINE EL CARÁCTER DE NUESTRA REVISTA	12
¡NI DEMOCRACIA BURGUESA, NI MARXISMO!	13
NUESTRA REVOLUCIÓN	15
LA VOLUNTAD DE ESPAÑA	18
DECLARACIONES TERMINANTES	20
LAS CONSIGNAS ELECTORALES	22
HACIA EL SINDICALISMO NACIONAL DE LAS J. O. N. S.	24
LAS J. O. N. S. REVOLUCIONARIAS	27
DISCURSO PRONUNCIADO EN EL MITIN DE FALANGE ESPAÑOLA DE LAS J. O. N. S. CELEBRADO EN VALLADOLID	30
ROBERTO LANZAS	33
LOS PROBLEMAS DE LA REVOLUCIÓN NACIONAL SINDICALISTA	33
LA VIOLENCIA POLÍTICA Y LAS INSURRECCIONES	36
RAMIRO LEDESMA RAMOS. ARTÍCULOS ANÓNIMOS	39
PARTIDOS DE ESPAÑA: COMUNIÓN TRADICIONALISTA	39

ACCIÓN POPULAR	41
CIRCULARES Y MANIFIESTOS	43
<i>A TODOS LOS TRIUNVIRATOS LOCALES, TRIUNVIRATOS DE JUNTA,</i>	
<i>SECRETARIOS DE GRUPO Y MILITANTES, TODOS DE LAS J. O. N. S.</i>	43
<i>A TODOS LOS TRIUNVIRATOS Y MILITANTES DE LAS J. O. N. S.</i>	45
<i>LAS J. O. N. S. A TODOS LOS TRABAJADORES DE ESPAÑA</i>	47
<i>SOBRE LA FUSIÓN DE F.E. Y D E LAS J. O. N. S. A TODOS LOS TRIUNVIRATOS Y</i>	
<i>MILITANTES DE LAS J. O. N. S.</i>	52
<i>PERSECUCIONES TIRÁNICAS</i>	53
JOSÉ ANTONIO PRIMO DE RIVERA	55
ENSAYO SOBRE EL NACIONALISMO.....	55
ONÉSIMO REDONDO	58
EL REGRESO DE LA BARBARIE	58
CASTILLA EN ESPAÑA.....	61
LUYS SANTA MARINA	66
ANTE UN TEXTO DE JUAN DE ZABALETA.....	66
JULIO RUIZ DE ALDA	67
UNIVERSIDAD, REVOLUCIÓN, IMPERIO.....	67
RALMUNDO FERNÁNDEZ CUESTA	71
CAPITALISMO Y CORPORACIÓN	71
JUAN APARICIO	73
NUESTRO EMBLEMA: EL YUGO Y LAS FLECHAS	73
NEGRO Y ROJO.....	74
IMPERIO O ANARQUÍA.....	76
NACIÓN Y REVOLUCIÓN	79
SIGLO XIX: SIGLO XX.....	81
AL CAMARADA MUERTO JOSÉ RUIZ DE LA HERMOSA	83
EL MITO DE CATILINA Y NUESTRO SINDICALISMO NACIONAL	84
HIMNO DE LAS JUVENTUDES JONSISTAS	86
ERNESTO GIMÉNEZ CABALLERO	88
CONSIGNA: ¡CONTRA TODO LO FÁCIL!	88
JOSÉ M^a DE AREILZA	90
EL FUTURO DE NUESTRO PUEBLO: NACIONAL SINDICALISMO	90
ESTADO NACIONAL	93
FÉLIX GARCÍA BLÁZQUEZ	95
ALMA Y DESTINO	95
EL RENACIMIENTO DEL HOMBRE Y DE LA PATRIA	98
LA RAZA: FUNDAMENTO DE LA COMUNIDAD	100
EMILIANO AGUADO	103
SOBRE LA LIBERTAD.....	103
SOBRE LAS CLASES.....	105
SANTIAGO MONTERO DÍAZ	108
ESQUEMA DE DOCTRINA UNITARIA.....	108
ALFONSO GARCÍA VALDECASAS	114
LA CRÍTICA DE LOS PARTIDOS.....	114
JAVIER MARÍA DE BEDOYA	116
LA JUVENTUD ESPAÑOLA Y LA REVOLUCIÓN DE ABRIL	116
EL ANTIOBRERISMO DE LA FALSA REVOLUCIÓN DE ABRIL	118
TRAYECTORIA DE LAS J. O. N. S.	119

FRANCISCO BRAVO	121
ACLARACIONES Y PRONÓSTICOS SOBRE EL JONSISMO	121
FUTURO DE LAS J. O. N. S.	123
REALIDAD NACIONALSINDICALISTA	125
MANUEL SOUTO VILAS	126
CAMPO Y CIUDAD	126
NEMESIO GARCÍA PÉREZ	129
AGRARISMO Y JONSISMO	129
JOSÉ MARÍA CORDERO	133
UN MES BAJO EL EMBLEMA DEL LICTOR ROMANO	133

PRÓLOGO

Nos reuníamos los jonsistas en el piso alto del Café del Porto, frente a aquel remolino de la Red de San Luis, que se hundía en la sima de la estación del Metro de la Gran Vía, contrastando su profundidad con la mole cercana de la Telefónica. El piso alto del café era bajo de techo y encolumnado. Allí jugaban al billar varios contertulios carlistas, con burócratas modestos y estudiantes impertinentes. La primavera de 1933 se deslizaba debajo de los balcones del Café del Norte como una Pasionaria desgarrada y soez la que íbamos a arrancar el moño los veteranos de la Tradición y nosotros, los jóvenes sindicalistas nacionales, de la mano abierta, las flechas yugadas y la nueva bandera insurreccional empapada de luto y sangre. La unificación de los españoles patriotas se anticipó en aquella primavera de 1933; pues convivíamos, aglutinados por la esperanza, los dos fermentos más fanáticos del nacionalismo de España. Antiguos lectores y colaboradores de «EL CRUZADO ESPAÑOL», el intransigente portavoz del Carlismo, cual el Dr. Comas, Casariego, Gastañaga, adheridos en torno a la vitola venerable del General Nájera, congregábanse todas las tardes junto al grupo redactor de la Revista «JONS», compartiendo la amistad y el diálogo con los camaradas de Ramiro Ledesma Ramos.

Con nuestra Revista «JONS», cuya única oficina, local o sede era aquel piso alto del Café del Norte, disparábamos contra la fatídica primavera de las postrimerías del primer bienio. Entonces, se había levantado genuinamente la España rural para combatir la tiranía marxista encarnada en. Azaña. Casares Quiroga y Andrés Casaux. Entonces, quisieron sofocar esta rebeldía de «los burgos podridos», del tuétano hispánico, con sendas inyecciones de bastardía forastera, con idas y venidas de capitostes extranjeros coruscantes. Entonces, hallaron la tierra de nuestra, Patria las pisadas astrosas de Vandervelde, Ludwig, Kerensky y Barbusse... Entonces, también Monsieur Valeffe trajo a sus «misses» variopintas y bulevarderas al Madrid republicano para la elección del certamen internacional de belleza. Entonces, Fernando de los Ríos preparaba el periplo de los efebos de la Ciudad Universitaria a bordo del «Ciudad de Cádiz», como el navío de un nabab caprichoso, cuyos despilfarros habían de pagar los campesinos de los mismos «burgos podridos». Entonces, por último, la obesa Hildegart, el conejillo de Indias de todas las teorías utópicas y disolventes. era asesinarla por su propia madre, anarquista, filantrópica y algo teósofa.

Las J. O. N. S. habían crecido durante el otoño de 1931 y todo el año 1932, hasta contar con núcleos tan decididos y vigorosos como el de Onésimo Redondo Ortega en Valladolid y las ramificaciones universitarias y populares de Galicia, Santander, Bilbao, Zaragoza, Barcelona, Valencia, Salamanca, Granada y Extremadura. La juventud había encontrado su santo y seña en el Sindicalismo-Nacional de Ledesma Ramos, que no ofrecía viajes gratuitos a Jerusalén o a las Pirámides, ni pingües dotes ni sinecuras a los escolares modosos y atusaditos, si no la persecución, la cárcel y la muerte, en aras de esta trilogía de palabras fascinadoras como canéforas.: LA PATRIA, EL PAN Y LA JUSTICIA. Ledesma prometía un paraíso en la tierra, pero un paraíso futuro, difícil y remotísimo. El jonsismo de 1933 era la profecía de las victorias militares de Francisco Franco, del éxito de nuestra España Grande, Libre y Unida frente a todo el mundo. Pero todo lo que ahora es realidad, realidad verdadera y palpable, tangible realidad madura, hace seis años era sólo poesía, ensueño, desvarío. Aunque, minoritariamente y con fecundidad pristina, era también acción, un puro y esforzado principio de acción. En Madrid y en provincias los grupos organizados militarmente actuaban y ofendían -tal era nuestra característica de JUNTAS DE OFENSIVA NACIONALSINDICALISTA- a los traidores a la Patria y ante los miasmas de la putrefacción española.

No se había olvidado la doctrina fundacional de «LA CONQUISTA DEL ESTADO», donde brotaron nuestras consignas y nuestras almas y se renovaron muchos corazones; mas la acción directa, la presencia tajante de los jonsistas en la vía y en la vida públicas, interesaban a Ramiro Ledesma por encima de otras urgencias menos necesarias. Citando el proselitismo había ungido a la masa de nuestra mocedad, aunque no disponíamos aún de permiso gubernativo y de medios económicos para instalar en un edificio a las J.O.N.S. madrileñas, y ya habíamos colaborado con José Antonio Primo de Rivera en la publicación del único número de «EL FASCIO», surgió la conveniencia de remanasarnos un momento dentro de una Revista doctrinal, para agitar después sus precipitados teóricos, sus conclusiones discursivas, sus tesis dialécticas y sus postulados, como si dispusiéramos de un arsenal de explosivos.

Al regreso de un viaje de Ramiro Ledesma a Portugal, donde visitara a Onésimo Redondo, refugiado allí desde el 10 de agosto, le propuse el título sencillo y rotundo para la nueva Revista. Me encargué en seguida de su Secretaría de Redacción y confección, ya que había desempeñado igual labor en «LA CONQUISTA DEL ESTADO». Finalizaba el mes de abril de 1933 y asistíamos a la tertulias del Café del Norte, donde recogimos y leímos las primeras cuartillas, luego de haber buscado una imprenta. Nadie quería editar aquella publicación que había de ostentar en su portada, como un reto a los Sindicatos de la U. G. T., el sacro yugo y las flechas imperiales. Al fin encontró Ledesma un taller en la calle de Barbieri, cuyo dueño, un tal señor Benítez de Lugo, se dispuso a imprimirnos la Revista teórica de la Revolución Nacional. Acaso creyó que se trataba de algún «sapo» más de los que croaban entre sus linotipias o de alguna extravagante revistilla literaria de jovencuelos o chiflados. Allí se editaban los quinientos ejemplares

de «EL DIARIO UNIVERSAL» del Conde de Romanones, quien había delegado en un epicúreo funcionario del Ministerio de Gracia y Justicia, fumador sempiterno de puros, para su ajuste y distribución..

El Administrador sería Enrique Compte Azcoaga, que a partir del mes de octubre de 1931 le confiamos la gerencia y custodia de los ruines caudales del Partido. Ledesma dispuso que su precio de venta fuera el de una peseta, puesto que un café en el Café del Norte no nos costaba menos. Con esta ironía muy suya, señalaba una ruta de ascetismo a muchos camaradas de las J. O. N. S., que habían de prescindir de aquel pequeño esparcimiento para nutrirse de nuestro credo. Sin embargo, las milicias jonsistas, apiñábanse en la «GRUTA» y era en otros bares típicos del triángulo formado por las glorietas de San Bernardo, Bilbao y Quevedo. Eran estudiantes de la Universidad y de los Institutos de Cisneros, Calderón y Lope de Vega, aprendices de Chamberí y deportistas de los clubs de barrio. Con porras, vergajos y unas cuantas pistolas se aprestaron a vender el primer número de la Revista «JONS» era aquel mes de mayo estudiantil y sobresaltado por los exámenes.

Al Café del Norte concurrían Ramiro Ledesma, Enrique Compte, Jesús Ercilla, Lorenzo Puértolas, Emiliano Agitado, Tomás Bolívar, José-María Castroviejo y yo -todos, asiduamente- y de vez en cuando Santiago Montero Díaz, camino de Santiago de Compostela, a su vuelta de Alemania; Eugenio Montes, entre dos corresponsalías al extranjero y leyendo a José de Maistre; Fernando Quadra Salcedo, el gótico Marqués de los Castillejos y directo sucesor por línea de varón de Íñigo Arista. Cada dos o tres semanas llegaban los enlaces de las provincias y quienes aprovechaban las rebajas ferroviarias de San Isidro para estrechar la mano de Ledesma. Otros no acudían a la reunión; pero trabajaron en la redacción del número como el almeriense José-María Cordero para quien la Geopolítica es ciencia más conocida que el Paseo del Príncipe de su urbe natal. Y más tarde, Ernesto Giménez Caballero.

Onésimo Redondo, José-María Areilza y Javier M. de Bedoya enviaron sus artículos desde Lisboa, Bilbao y Valladolid, respectivamente. Así como después, Francisco Bravo, de Salamanca; Montero Díaz, de Galicia; Félix García Blázquez, de Palencia; Nemesio García Pérez, de Valderas; Ildefonso Cebriano, de Barcelona, y José-María Fontana, desde Reus. Eran nuestros corresponsales y animadores de los grupos jonsistas de cada localidad. Porque el jonsismo se había diseminado a través de la Península, concentrando su virulencia y su fe en la mayoría de las universidades. Todavía me refieren emocionados los antiguos estudiantes de aquella época el fervor numinoso con que esperaban el paquete de Revistas con tantas palabras maravillosas y con un acento tan patético y embriagador. Entre sus páginas aparecía la mano palmada, la espada justiciera, el yugo de Fernando, las flechas de Isabel, el águila bicéfala y la cruz antañona de San Andrés o de Borgoña. Esta emblemática decorativa alternaba con las consignas fundamentales repetidas en cada número, tales: «Por la Patria, el Pan y la Justicia», «España Una, Grande y Libre», «Ningún español sin pan», «Odia al enemigo de tu Patria», «Nuestro Nacionalismo es revolucionario; nuestro Sindicalismo es nacional», «Lo nacional -la Patria. Lo sindicalista -el Pan. Lo nacionalsindicalista -la Justicia», orquestando tina armonía violentísima que había de enardecer a los ánimos juveniles.

El bautismo de la Revista «JONS» fué un bautismo de sangre y pólvora sobre las escalinatas marmóreas de la Universidad Central, en la calle de San Bernardo. Empeñadas las milicias jonsistas en la difusión de su órgano teórico, prepararon la venta dentro del recinto universitario, donde tiranizaban a la sazón las huestes de la F.U.E., soviéticas y embrutecidas. Mi hermano Diego, José Guerrero Fuensalda, Cándido Sáez, Maté y Fernando González, al frente de sus grupos, se aprestaron a presentar batalla al comunismo académico, con motivo de la salida del número primero de la Revista «JONS». La Revista se vendió en la Universidad, pero superiores las fuerzas rojas acosaron a la minoría jonsista. Fernando cayó al suelo golpeado por una barra de hierro y hubiera sucumbido, sino se atreve a descargar su pistola contra los facinerosos. Varios cabecillas de la F. U. E. resultaron heridos, no sufriendo anís daño la mesnada de las J. O. N. S. que la detención y encarcelamiento de sus Jefes. Nuestra Revista se impuso en seguida, agotándose cada mes en la Librería Franco-Española y en la de San Martín de la Puerta del Sol, a pesar de las amenazas de la horda roja con romper las vidrieras de sus escaparates, como así lo hicieron. Mientras tanto, la tertulia del Café del Norte habíase animado con la madurez primaveral, Castañaga nos contaba sus alijos de armas durante la Dictadura del Marqués de Estella; Castroviejo, en vísperas de marchar a los mares de Irlanda en ron bou gallego, desafiaba a los burgueses pluscuamperfectos con sus geniales extravagancias. Tomás Bolívar, que ha muerto de Teniente de Artillería en nuestra guerra, era el silogismo personificado y ningún ácrata ni marxista hubiera podido resistir sus bárbara, celarent, baralípton. Emiliano Aguado ostentaba la categoría de filósofo, fenomenólogo espiritualista y despectivo. Y Ramiro Ledesma capitaneaba el clan con su lucidez y con su audacia, con su mirada moderna de motorista y de aficionado al cinematógrafo. Ramiro Ledesma escribió menos parco la Revista «JONS», que en «LA CONQUISTA DEL ESTADO», ya que el círculo de las plumas redactoras había crecido prodigiosamente. Mas, aparte de los artículos con su firma, utilizó el seudónimo de Roberto Lanzas, pergeñando además todos los manifiestos y circulares de las J. O. N. S. en nombre del Comité Ejecutivo Central, y las notas y escolios sobre la actualidad política. Ramiro disecaba los hechos políticos con una limpia y aguda destreza de vivisección, hasta reducirles a estrictas fórmulas matemáticas que demostraban su falsedad o su estéril vigencia.

Yo traduje del italiano varios ensayos de Mario Missiroli, Hugo Spirito, Ferri y Joaquín Volpi sobre temas fascistas o en tangencia con el experimento del Duce; a la par que exhumaba las raíces intelectuales e históricas del Imperio español para actualizar ese arito que fué la España de 1500-1700, como una espuela viva, como una diana para las ballestas tensas de los espíritus de nuestra generación.

Pertrechados de teoría nacionalsindicalista, la acción reclamaba sus fueros en el mes de julio, cuando fué el asalto por las J. O. N. S. del local de los «Amigos de la Unión Soviética». Fué una incruenta aventura o fensiva que sólo patentizó el espanto ridículo de Wenceslao Roces y la subordinación del Gobierno Azaña a los ukases de Moscú. Como los comunistas madrileños fueron incapaces de atentar contra la tertulia del Café del Norte, según les conminara el Komintern; entre Casares Quiroga y Andrés Casaux urdieron un complot rocambolesco: monárquico-fascista-libertario, para conducirnos al Penal de Ocaña al Director, Administrador y Secretario de la Revista «JONS» -o sea a Ledesma, Compte y yo-, junto al Padre Gafo, algunos amigos de José Antonio Primo de Rivera, señores de Renovación Española, restos del Somatén y unas cuantas decenas de anarquistas que estorbaban. Hubo que suspender la publicación de la Revista durante el mes de agosto, pero los vínculos con José Antonio Primo de Rivera se estrecharon. José Antonio habíase decidido ya a la fundación de Falange Española, formando un triunvirato con Julio Ruíz de Alda, que se había afiliado a las células de «LA CONQUISTA DEL ESTADO» en mayo de 1931, y con Alfonso García Valdecasas, cuyo discurso parlamentario contra los partidos de la República habíamos insertado en el último número de la Revista. La fusión posterior de Falange Española con las J. O. N. S. se preveía en el verano de 1933, aún antes del mitin de la Comedia, como un acto cordial irremediable, como una atracción mutua en la órbita sideral de España.

Reapareció la Revista, coincidiendo su segunda etapa con la caída del Gobierno de Azaña y Largo Caballero, en aquel septiembre de 1933, o sea al cabo de un decenio justo y cabal del comienzo de la Dictadura de D. Miguel Primo de Rivera. Como el Marqués de Estella había nacido en Enero de 1870 y Manztel Azaña en enero de 1880, resulta que ambos cumplían idéntica edad cuando Primo de Rivera iniciaba su Dictadura nacional y Azaña perdía su despótica influencia. No obstante, el General y el covachuelista habían gobernado tardíamente, con un retraso de cerca de veinte años. Los jonsistas concedíamos una importancia decisiva a la coyuntura vital de las personas que habían de regir a nuestra España; hasta tal punto que vedábamos los puestos directivos a los mayores de la cuarentena, y la confianza en nuestro triunfo era en parte una confianza cronológica. José Antonio Pringo de Rivera había nacido en 1903; Ramiro Ledesma. y Onésimo Redondo, en 1905. Por lo tanto, el porvenir nos pertenecía como unza mano abierta.

Los Gabinetes lerruxistas de Martínez Barrio y Samper opusieron más obstáculos a la revista «JONS» que había adquirido una prestancia clásica, aleccionadora y ponderable. Ya se vendía en muchas librerías de Madrid, mientras que sus redactores habíamos abandonado la tertulia del Café del Norte para refugiarnos durante el otoño en el domicilio de Caños, II. Los grupos jonsistas aumentaron en la Universidad, al retorno de las vacaciones escolares, y nuestras filas se engrosaron también con jerarcas arrepentidos y desilusionados del cenetismo. Nuestro Sindicalismo-nacional atrajo a Olalla, a Guillén Salaya y a Nicasio Álvarez de Sotomayor, publicando estos dos últimos en la Revista «JONS» su palinodia y profesión de nueva fe. Nutridas y desparramadas por España las JUNTAS DE OFENSIVA NACIONALSINDICALISTA, ayuntáronse fácilmente con Falange Española en febrero de 1934. Este año la reacción miasónico-burguesa del lerruxismo persiguió con encarnizamiento a Falange Española de las J.O.N.S., cuya Revista teórica mensual «JONS» y su Semanario «FE» fueron suspendidos varias veces. 1934 fué un año blando y caótico, ensangrentado por la Revolución de octubre, y la insurrección catalana, donde el impunismo y las vacilaciones habían de torcer la ruta de la Revolución Nacional española. En adelante, era patente que el único remedio sería nada menos que la guerra civil.

Nos habíamos trasladado a la calle del Marqués de Riscal -mansión central de Falange Española de las J. O. N. S.- y en aquel despachito próximo a las escaleras de servicio, presidido por la más vieja bandera rojinegra de los jonsistas de 1931, me entregó José Antonio Pringo de Rivera las cuartillas de su «ENSAYO SOBRE EL NACIONALISMO». José Antonio había perfilado este trabajo con delectación y minuciosidad, según el ritmo de su temperamento exigente y laborioso. El «ENSAYO SOBRE EL NACIONALISMO» había sido escrito con cierto ahínco y entusiasmo frente al retrato de su padre y a unos versos mayestáticos de Kipling. En su bufete de la calle de Alcalá Galiano lo había leído a Sánchez Mazas, a José-María Alfaro, a Ramiro Ledesma, y todos aprobaron su exactitud y su finura.

Tampoco faltó la colaboración de Julio Ruíz de Alda. Raimundo Fernández Cuesta, Roberto Bassas y Luys Santantarina; porque la Revista «JONS» era ya la Revista de toda la Falange y sufría también las comunes persecuciones. El Ministro de la Gobernación prohibió su salida durante el verano de 1934, encarcelándonos en la Modelo a medio centenar de militantes distinguidos. Entonces, apareció el postrer número de la Revista «JONS», cuando el Estado liberal y agnóstico nos acorralaba con más saña que a la bestia roja. Ya no era preciso el remansamiento de doctrina pirra, sino la pura acción violenta, la acción

revulsiva y catártica, la acción del garrote, de la pistola y la ametralladora. España iba a arder por los cuatro costados, ultrajada por el Marxismo e indefensa por los gobernantes, que prescindían de la juventud; es decir, del tesoro más terne y más generoso. A Falange Española de las J. O. N. S. sobraba la teoría sindicalista-nacional, que era ya carne y entraña de su vida, -como un pasatiempo extemporáneo-, para sostener sobre sus hombros el cuerpo macizo de la Patria. Era el tiempo de la dialéctica de las pistolas profetizado por José Antonio y la faena de la insurrección armada que había estudiado casi científicamente Ramiro Ledesma. Falange Española de las J. O. N. S. se preparó desde entonces, desde octubre de 1934, desde la traición al mes de octubre, para la guerra que ha ganado el invicto Francisco Franco. La Revista «JONS» fué la víctima propiciatoria, algo superfluo que estorbaba para el combate. Algo superfluo pero sublime; como es la inteligencia política del destino de España. Este mérito suyo, que tal vez fuese una traba junto al campamento y la trinchera, constituye su valor presente, su rehabilitación y su vigencia para la paz.

JUAN APARICIO.

1939

RAMIRO LEDESMA RAMOS

El Movimiento Español J.O.N.S., quiere:

1. - La rotunda unidad de España.
2. - Imponer a las personas y a los grupos sociales el deber de subordinarse a los fines de la Patria.
3. - Máximo respeto para la tradición religiosa de nuestra raza.
4. - Expansión imperial de España y política nacional de prestigio en el extranjero.
5. - Suplantación del régimen parlamentario por un régimen español de autoridad, que tenga su base en el apoyo armado de nuestro partido y en el auxilio moral y material del pueblo.
6. - Ordenación racional y eficaz de la administración pública.
7. - El exterminio y la disolución de los partidos marxistas, considerándolos antinacionales y traidores.
8. - La acción directa del partido.
9. - La sindicación obligatoria de todos los productores, como base de las corporaciones hispanas de Trabajo, de la eficacia económica y de la unanimidad social española que el Estado Nacional sindicalista afirmará como su primer triunfo.
10. - El sometimiento de la riqueza a las conveniencias nacionales, es decir, a la pujanza de España y a la prosperidad del pueblo.
11. - Que las corporaciones económicas y los Sindicatos sean declarados organismos bajo la especial protección del Estado.
12. - Que el Estado garantice a todos los trabajadores españoles su derecho al pan, a la justicia y a la vida digna.
13. - El incremento de la explotación comunal y familiar de la tierra. Lucha contra la propaganda antinacional y anárquica en los campos españoles,
14. - La propagación de la cultura hispánica entre las masas.
15. - El examen implacable de las influencias extranjeras en nuestro país y su extirpación radical.
16. - Penas severísimas para aquellos que especulen con la miseria y la ignorancia del pueblo.
- 17.- Castigo riguroso para aquellos políticos que favorezcan traídoramente la desmembración nacional.
18. - Que los mandos políticos de más alta responsabilidad sean confiados, de un modo preferente, a la juventud de la Patria, es decir, a los españoles menores de años.

¡Españoles! Cread Juntas para la defensa de este programa. Ingresad en la disciplina de las J.O.N.S.

La Organización de las J.O.N.S., es sencilla y eficaz:

LOS GRUPOS.

Diez militantes del partido, y a su frente un Secretario o Jefe de Grupo.

LAS JUNTAS.

Diez grupos, y a su frente un Triunvirato de Junta.

LOS CONSEJOS LOCALES.

Los forman los triunviros de todas las Juntas de la localidad, y a su frente hay un Triunvirato político local. De los Consejos locales saldrán representantes para los Consejos comarcales, y de éstos para el Consejo nacional.

CONSEJOS COMARCALES.

CONSEJO NACIONAL.

TRIUNVIRATO EJECUTIVO CENTRAL.

Está al frente el Consejo nacional, y es de un modo permanente la suprema autoridad del partido; las órdenes, normas o comunicados que emanen de él serán obedecidos en el seno de los Grupos, juntas, Consejos y Triunviros como algo decisivo y perfecto.



EL CAMARADA RAMIRO LEDESMA RAMOS, PRESENTA, JUSTIFICA Y DEFINE EL CARÁCTER DE NUESTRA REVISTA

LAS JONS lanzan su Revista teórica, es decir, sus razones polémicas frente a aquellas de que dispone y maneja el enemigo. El Partido dará así a la juventud nacional española una línea de firmeza inexpugnable. No sólo la consigna justa, la orden eficaz y el grito resonante, sino también las razones, el sistema y las ideas que consigan para nuestro movimiento «jonsista» prestigio y profundidad. La Revista «JONS» no será para el Partido un remanso, un derivativo que suplante y sustituya en nuestras filas el empuje elemental, violento, el coraje revolucionario, por una actitud blanda, estudiosilla y «razonable». No. «JONS» será justamente el laboratorio que proporcione al Partido la teoría revolucionaria que necesita. No hará, pues, un camarada nuestro el gesto más leve, la acción más sencilla, sin que sirva con rotundidad lógica a una teoría revolucionaria, a unos perfiles implacables, que constituyen nuestra fe misma de españoles, nuestro sacrificio, nuestra entrega a la España nuestra.

Aquí aparecerán, pues, justificadas con cierta rigidez, con cierta dureza, las orientaciones del Partido. A ellas han de permanecer sujetos los propagandistas y los organizadores locales que hoy piden al movimiento bases teóricas, doctrina «jonsista». Porque las JUNTAS DE OFENSIVA NACIONAL-SINDICALISTA no disponen sólo de un estilo vital, es decir, de un modo de ser activo, militante y revolucionario, que es el alma misma de las juventudes de esta época, sino que, a la vez, disponen de una doctrina, de una justificación, de un impulso en el plano de los principios teóricos.

Ahora bien; ya tiene razón -sin más razones- nuestro movimiento cuando declara estar dispuesto a combatir violentamente a las fuerzas marxistas. Para hacer eso, basta permanecer fiel a algo que es anterior y primero que toda acción política, que toda idea y toda manifestación: el culto de la Patria, la defensa de nuestra propia tierra, de nuestro ser más primario y elemental: nuestro ser de españoles. Quede esto dicho con claridad, en primera y única instancia: para combatir al marxismo no hacen falta razones, mejor dicho, huelgan las razones.

Pero el movimiento JONS es antimarxista y otras cosas también. Lo necesitamos todo. Pues las generaciones que nos han antecedido de modo inmediato, nos hacen entrega de una herencia exigua. Algún hombre aislado, de gran emoción nacional y de gran talla. Pero ningún lineamiento seguro, ningún asidero firme en que apoyarnos. Todo hemos de hacerlo y todo lo haremos. Buscando, frente a las ausencias inmediatas, las presencias lejanas, rotundas y luminosas del gran siglo imperial, y también de los años mismos en que aparecieron por vez primera nuestros haces, nuestras flechas enlazadas: la unidad nacional, la realidad histórica de España, los signos creadores y geniales de Isabel y de Fernando.

El movimiento JONS es el clamor de las gentes de España por recuperar una Patria, por construir -o reconstruir- estrictamente una Nación deshecha. Pero también la necesidad primaria del pueblo español en el orden diario, el imperativo de una economía, el logro de pan y justicia para nuestras masas, el optimismo nacional de los españoles.

En fin, camaradas, al frente de este primer número os pido fe en las JONS, fe en las consignas justas del partido, fe en España y fe en el esfuerzo de la juventud nacional. Pues con ese bagaje haremos la revolución y triunfaremos.

Mayo de 1933.

¡NI DEMOCRACIA BURGUESA, NI MARXISMO!

(Informe político para el Partido).

En abril de 1931 era efectivamente insostenible, indefendible, la realidad política de la monarquía. Ahí radica, quizá, la licitud del hecho revolucionario que presentó a los españoles la posibilidad de un salto airoso. Pudo entonces pensarse que el simple advenimiento de la República conseguiría afirmar y robustecer la expresión nacional, basando su ruta en los más limpios valores de nuestro pueblo. Ello era bien difícil, sin embargo, porque la revolución fue iniciada o impulsada en nombre de dos tendencias políticas igualmente recusables como engendradoras de ciclo alguno valioso.

Esas dos fuerzas, únicas que iban a colaborar en la constitución del Estado nuevo, tienen estos rótulos: burguesía liberal y marxismo. Ninguna otra cosa, ninguna organización que no sea lícito incluir en esas dos denominaciones, tuvo vida efectiva, realidad «política» efectiva, en aquellos meses primeros de la República ni aun siquiera la tiene hoy mismo. No hemos conocido, pues, en los dos años de vigencia del régimen, otra pugna política que ésta: de un lado, burguesía liberal, de derecha, de izquierda o de centro, con unos afanes que se limitan y concretan a implantar en España una democracia parlamentaria. De otro lado, las fuerzas marxistas, agrupadas casi totalmente en el partido socialista.

Siendo está la realidad política sobre la que se operaba y edificaba la revolución de abril, eran facilísimamente previsibles estas dos cosas: Primera, que las nuevas instituciones quedarían al margen de la autenticidad española, de espaldas al histórico imperativo que antes dijimos daba licitud a la revolución, el de dar conciencia nacional, española, a los españoles; segunda, que correspondería al partido socialista el control efectivo del nuevo régimen; es decir, que se inauguraban en España las etapas rotundas y claras de una revolución socialista.

La pugna entre la burguesía liberal, cuyo más caracterizado representante es Lerroux, y el marxismo, tuvo bien pronto efectividad en la política republicana. Recuérdese el episodio Lerroux-Prieto, ya en el mes de julio de 1931. Lerroux fue vencido, naturalmente, y desde aquella hora misma la balanza revolucionaria tuvo una franca preferencia, una segura inclinación hacia los intereses, las ideas y las posiciones del partido socialista.

Así era y así tenía necesariamente que ser. La democracia burguesa y parlamentaria está hoy por completo, en todo el mundo, vacía de posibilidades, ajena a la realidad social y política de nuestro tiempo. Sólo el hecho de aparecer en España al filo de una «revolución fácil» como la de abril puede explicar que hoy se agrupen grandes núcleos de españoles en torno a esa fórmula ineficaz y boba. El marxismo, venciendo a Lerroux, no realizaba, en efecto, una empresa de romanos.

Ahora bien, esa imposibilidad revolucionaria, histórica, de que las fuerzas demoliberales desplazaran al marxismo, puso ante España el peligro, notoriamente grave, de una plenitud socialista de franco perfil bolchevique. Si ello no ha acontecido aún se debe a que las etapas de la revolución española, que ha tenido que ir pasando por una serie de ilusiones populares, se caracterizan por una cierta lentitud. A la vez, porque, afortunadamente, el partido socialista no posee una excesiva capacidad para el hecho revolucionario violento, cosa a que, por otra parte, no le habría obligado aún a realizar la mecánica del régimen parlamentario y, además, que existen grandes masas obreras fuera de la disciplina y de la táctica marxistas. Por ejemplo, toda la C.N.T.

Sin presunción alguna, declaramos que toda la trayectoria política desde abril, ha sido predicha por nosotros con cabalísima exactitud. Ello era, desde luego, tarea sencilla y fácil. Bastaba un ligero conocimiento de lo que es una revolución y conservar un mínimo de serenidad para advertir la presencia de los hechos en su relieve exacto. Hace ya, pues, muchos meses que la única tarea en realidad urgente para todos cuantos dispongan de una emoción nacional que defender frente al marxismo sombrío, antiespañol y bárbaro, era la de romper esa dualidad a que nos venimos refiriendo; es decir, presentar en el ruedo político, donde forcejeaban radicales y socialistas, una tercera cosa, una tercera tendencia, algo que lograrse, de un lado, la eficacia constructiva, nacional y poderosa que la burguesía demoliberal no conseguía ni podía conseguir y, de otro, que dispusiese de vigor suficientemente firme para batir al marxismo en su mismo plano revolucionario y violento.

Ni por la derecha ni por la izquierda ha sido comprendido ese clamor, advertida esa necesidad. Claro que ello significaría que España levantaba, efectivamente, su gesto histórico, casi desconocido y oculto desde hace nada menos que dos siglos. En vez de eso, hubo las jornadas insurreccionales de agosto, el golpe de Estado de Sanjurjo, al grito, no se olvide, de «¡Viva la soberanía nacional!», con que solía también finalizar sus proclamas Espartero. Era inminente entonces el Estatuto de Cataluña y ya una realidad el triunfo del partido socialista sobre Lerroux. El fracaso del golpe de agosto hizo que la situación incidiese de

nuevo en las características que venimos presentando con insistencia: democracia parlamentaria o marxismo.

Así seguimos, pues fuera de la acción de nuestro Partido, juzgada, presentada y perseguida por el Gobierno como actividad fascista, no hay nada en el horizonte de España que tienda a romper esa limitación. No es preciso hablar de los esfuerzos de organización que los elementos llamados de «derecha» realizan con cierta profusión, porque no han sido capaces de incorporar nada, presentándose en la política como partidarios de esas formas mismas que venimos señalando como fracasadas e impotentes. En efecto, los periódicos y partidos que representan a lo que se denomina «las derechas» -caduca rotulación que es preciso desterrar, como esa otra de «izquierdas»- se han unido a los clamores de la democracia parlamentaria, suspiran por ella todos los días, traicionando así el deber en que se hallaban de favorecer la presencia de una nueva política, del tipo y carácter de la que hoy aparece en todo el mundo como triunfal y victoriosa, recogiendo en sus fuentes más puras el afán que todos sentimos de arrancar de una vez la carátula de desgracias, decadencias, complejos de inferioridad o como quieran llamarse, que define y destroza la faz auténtica de España.

Redactamos este informe en las horas mismas en que se resiente el actual Gobierno Azaña bajo la presión obstruccionista. No sabemos qué acontecerá; pero sí que sea lo que quiera, no ha de contradecir ni una de las afirmaciones que hemos hecho. Podrán o no irse los ministros socialistas. Es lo mismo. Porque lo verdaderamente esencial es que si el partido socialista retira sus ministros lo hará con la exacta garantía de que el nuevo Gobierno no manejará resortes «nacionales» contra el marxismo; es decir, que no se unirá o será influido por el tipo de política a que tienden de modo fatal las situaciones políticas que, por unas u otras causas, dan batalla al marxismo. Este peligro lo advierten hoy los socialistas en un Gobierno Lerroux. En opinión nuestra, de modo infundado, porque a Lerroux le adornan todas las solemnes decrepitudes de la burguesía liberal y parlamentaria.

Los socialistas, su táctica y su técnica marxistas, son el auténtico peligro, dentro o fuera del Poder. Dentro, porque todos los españoles deben tener la seguridad de que prepararán de un modo frío, implacable y sistemático la revolución socialista. Fuera, porque si dimiten es con la garantía de que serán respetados, guardados y defendidos sus reductos.

Si alguna conclusión se deduce lógicamente de este informe, que creemos justo y verdadero, es la de que nuestro Partido, las JONS, se encuentra en la línea de la eficacia más segura. Es lícito que proclamemos que, o se extiende y organiza el Partido hasta alcanzar la fuerte adhesión de los mejores núcleos españoles, con capacidad para comprender o intuir nuestro doble y cruzado carácter «nacional y sindicalista», «sindicalista y nacional», o bien España es fatal y tristemente una presa socialista; el segundo experimento mundial de la revolución roja. El dilema es implacable. O esto o aquello. Así de simple, de sencilla y dramática es la situación de España, como lo es, en resumen, la situación misma del mundo.

O las flechas «jonsistas» imponen su victoria insurreccional contra el marxismo o el triunfo de la revolución socialista es seguro.

Mayo de 1933.

NUESTRA REVOLUCIÓN

No somos ni podemos ser otra cosa que revolucionarios. Lo que las JONS pretenden es exactamente una revolución nacional. Y de tal modo es oportuna y precisa nuestra tarea, que quizá hasta hoy hubiera resultado imposible lanzar a las gentes de España una tal consigna. No existía firmeza alguna en nada desde donde iniciar con éxito las voces de guerra ni conocía nadie la existencia concreta de un enemigo cercano a quien batir. Todo ha variado felizmente, y nosotros no interpretamos la dictadura militar de Primo de Rivera y la victoria premarxista a que hoy asistimos sino como episodios de análogo estilo, que preparan sistemática y rotundamente las circunstancias españolas para que sea posible organizar el triunfo de una revolución nacional.

La sangre joven de España comienza a irritarse al comprender el drama histórico que pesa sobre nuestra cultura, sobre nuestro bienestar y sobre nuestras posibilidades de imperio. Confesamos que las JONS son ya un producto de esa irritación, ligado su destino, naturalmente, a las limitaciones que hoy advertimos en la realidad española. La agitación intelectual del Partido girará en torno al tremendo hecho histórico de que, siendo España ejecutora de acciones tan decisivas que han modificado el curso del mundo, creadora de valores culturales y humanos de primer rango, haya triunfado y predominado, sin embargo, en Europa, durante siglos, la creencia de que España es una Nación imperfecta, amputada de valores nobles y a la que hay que salvar dotándola de cultura nórdica y de buenos modos europeos. Pero hay algo más monstruoso, y es que esa creencia, propagada y lanzada por los pueblos tradicionalmente enemigos de España, ha sido compartida por muchos españoles, dedicados de un modo caluroso y frenético a enseñar a las juventudes esa desviación traidora, que constituía, al parecer, el único bagaje firme de sus ideas sobre España. Sería absurdo que nosotros pretendiéramos ahora descubrir concretamente quiénes son los culpables de que España se haya sentido negada en su base espiritual misma de una manera tan tosca. Pero es bien fácil denunciar el estilo y las formas que adoptó en su postrer etapa la actitud debeladora. Nuestra tesis es que en abril del 31 la monarquía no controlaba la defensa de los valores sustantivos de España. Vivía, sí, incrustada en las apariencias de esos valores. Así, la pelea contra la monarquía se hizo y alimentó de la negación de ellos, identificando luego el triunfo antimonárquico con el triunfo de todo un hilo de tradición rencorosa, en la que figuraban a través de la Historia de España todas esas minorías disconformes, disidentes de su unidad moral y de su ruta; o sea, las filas de todos los desasistidos, rechazados o simplemente ignorados por la trayectoria triunfal, histórica, del Estado español. De ese modo las descargas contra la monarquía lo eran también contra los valores españoles, y eso que, como antes dijimos, la monarquía de abril era un régimen indiferente por completo a ellos, sin sentirlos ni interesarse nada por su plena vigencia.

Todas las pugnas y revoluciones efectuadas durante el siglo XIX, así como luego la dictadura militar y esta República semimarxista de ahora, no rozaron ni rozan para nada el auténtico ser de España, ignorado y desconocido por los contendientes de una y otra trinchera.

Nosotros creemos, y ésta es la razón de existencia que las JONS tienen, que se acercan épocas oportunas para injertar de nuevo en el existir de España una meta histórica totalitaria y unánime. Es decir, que lance a todos los españoles tras de un afán único, obteniendo de ellos las energías y reservas que según la Historia de España -que es en muchos de sus capítulos la Historia del mundo- resulte lícito, posible e imperioso esperar de nuestro pueblo. Aquí reaparece nuestra consigna de revolución nacional, cuyo objetivo es ni más ni menos devolver a España, al pueblo español, la seguridad en sí mismo, en su capacidad de salvarse política, social y económicamente, restaurar el orgullo nacional, que le da derecho a pisar fuerte en todas las latitudes del globo, a sabiendas de que en cualquier lugar donde se halle españoles de otras épocas dejaron y sembraron cultura, civilización y temple.

La revolución nacional que propugnan las JONS no va a efectuarse, pues, con la plataforma de ninguna de las tendencias que hasta aquí han peleado. Nos declaramos al margen de ellas, si bien, naturalmente, esperamos que de las más afines se nos incorporen energías valiosas. La doctrina y el gesto es en nosotros inalterable y mantendremos con todo rigor el espíritu del Partido frente a los concurso apresurados que nos lleguen. Sabemos que la captación de militantes ha de ser lenta y difícil porque incorporamos a la política española afirmaciones y negaciones de novedad rotunda. Metro a metro avanzarán nuestras conquistas, logrando soldados populares para la acción revolucionaria del Partido.

Las JONS actuarán a la vez en un sentido político, social y económico. Y su labor tiene que resumirse en una doctrina, una organización y una acción encaminadas a la conquista del Estado. Con una trayectoria de abajo a arriba, que se inicie recogiendo todos los clamores justos del pueblo, encauzándolos con eficacia y absorbiendo funciones orgánicas peculiares del Estado enemigo, hasta lograr su propia asfixia. Para todo ello están capacitados los nuevos equipos españoles que van llegando día a día con su juventud auestas. Son hoy, y lo serán aún más mañana, la justificación de nuestro Partido, la garantía de su realidad y, sobre todo, los sostenedores violentos de su derecho a detener revolucionariamente el vivir pacífico, melindroso y burgués de la España vieja.

Nuestra revolución requiere tres circunstancias, necesita esgrimir tres consignas con audacia y profundidad.

Estas:

1) *Sentido Nacional, Sentido del Estado.*- Incorporamos a la política de España un propósito firme de vincular a la existencia del Estado los valores de Unidad e Imperio de la Patria. No puede olvidar español alguno que aquí, en la península, nació la concepción moderna del Estado. Fuimos, con Isabel y Fernando, la primera Nación del mundo que ligó e identificó el Estado con el ser mismo nacional, uniendo sus destinos de un modo indisoluble y permanente. Todo estaba ya allí en el Estado, en el Estado nacional, y los primeros, los intereses feudales de los nobles, potencias rebeldes que equivalen a las resistencias liberal-burguesas con que hoy tropieza nuestra política.

Hay en nosotros una voluntad irreprimible, la de ser españoles, y las garantías de unidad, de permanencia y defensa misma de la Patria las encontramos precisamente en la realidad categórica del Estado. La Patria es unidad, «seguridad de que no hay enemigos, disconformes, en sus recintos». Y si el Estado no es intérprete de esa unidad ni la garantiza ni la logra, según ocurre en períodos transitorios y vidriosos de los pueblos, es entonces un Estado antinacional, impotente y frívolo.

Disponemos, pues, de un asidero absoluto. Quien se sitúe fuera de la órbita nacional, de su servicio, indiferente a la unidad de sus fines, es un enemigo, un insurrecto y, si no se expatría, un traidor. He aquí el único pilar firme, la única realidad de veras profunda que está hoy vigente en el mundo. Se había perdido la noción de unidad coactiva que es una Patria, un Estado nacional, y al recuperarla descubrimos que es sólo en su esfera donde radican poderes suficientemente vigorosos y legítimos para destruir sin vacilación todo conato de disidencia.

Rechazamos ese absurdo tópico de que el pueblo español es ingobernable y anárquico. Estamos, por el contrario, seguros de que abrazará con fervor la primera bandera unánime, disciplinada y profunda que se le ofrezca con lealtad y brío.

2) *Sentido de la eficacia, de la acción.*- Antes que a ningún otro, las JONS responderán a un imperativo de acción, de milicia. Sabemos que nos esperan jornadas duras porque no nos engañamos acerca de la potencia y temibilidad de los enemigos que rugen ante nosotros. Sépanlo todos los «jonsistas» desde el primer día: nuestro Partido nace más con miras a la acción que a la palabra. Los pasos primeros, las victorias que den solidez y temple al Partido, tienen que ser de orden ejecutivo, actos de presencia.

Naturalmente, las JONS sienten la necesidad de que en el plazo más breve la mayoría de los españoles conozca su carácter, su perfil ideológico y su existencia política. Bien. Pero un hecho ilustra cien veces más rápida y eficazmente que un programa escrito. Y nosotros renunciaríamos a todo intento de captación doctrinal y teórica si no tuviéramos a la vez fe absoluta en la capacidad del pueblo español para hinchar de coraje sus empresas. Pues la lucha contra el marxismo, para que alcance y logre eficacia, no puede plantearse ni tener realidad en el plano de los principios teóricos, sino allí donde está ahora acampado, y es presumible que no bastarán ni servirán de mucho las razones.

Estamos seguros de que no se asfixiará nunca en España una empresa nacional de riesgo por falta de españoles heroicos que la ejecuten. Pero hace muchos años que el Estado oficial se encarga de desnucar toda tendencia valerosa de los españoles, borrando de ellos las ilusiones nacionales y educándolos en una moral cobarde, de pacifismo y renuncia, aunque luego los haga soldados obligatorios y los envíe a Marruecos influidos por la sospecha de que batirse y morir por la Patria es una tontería.

Necesitamos camaradas impávidos, serenos ante las peripecias más crudas. Nacemos para una política de sacrificio y riesgo. Pues aunque el enemigo marxista se nutre de residuos extrahispánicos, de razas que hasta aquí vivieron parasitaria y ocultamente en nuestro país con características cobardes, el engaño y la falacia de sus propagandas le han conseguido quizá la adhesión de núcleos populares densos. Y el marxismo no tolerará sin violencia que se difunda y propague entre las masas nuestra verdad nacional y sindicalista, seguros de la rapidez de su propia derrota.

El éxito de las JONS radicara en que el Partido desarrolle de un modo permanente tenacidad, decisión y audacia.

3) *Sentido social, sindicalista.*- Nuestro propio pudor de hombres actuales nos impediría hacer el menor gesto político sin haber sentido e interpretado previamente la angustia social de las masas españolas. Las JONS llevarán, sí, calor nacional a los hogares, pero también eficacia sindicalista, seguridad económica. Fuera del Estado, a extramuros del servicio nacional, no admitimos jerarquía de clases ni privilegios. La Nación española no puede ser más tiempo una sociedad a la deriva, compuesta de una parte por egoísmos sin freno, y, de otra, por apetencias imposibles y rencorosas. Las masas populares tienen derecho a reivindicaciones de linaje muy vario, pero nosotros destacamos y señalamos dos de ellas de un modo primordial: Primera, garantía de que el capital industrial y financiero no tendrá nunca en sus manos

los propios destinos nacionales, lo que supone el establecimiento de un riguroso control en sus operaciones, cosa tan sólo posible en un régimen nacional de sindicatos. Segunda, derecho permanente al trabajo y al pan, es decir, abolición radical del paro forzoso.

Es una necesidad en la España de hoy liberar de las embestidas marxistas las economías privadas de los españoles. Pero sólo en nombre de un régimen justo que imponga sacrificios comunes y consiga para el pueblo trabajador la estabilidad y satisfacción de su propia vida podría ello efectuarse. Nosotros nos sentimos con fuerza moral para indicar a unos y a otros las limitaciones decisivas. Se trata de un problema de dignidad nacional y de disciplina. Si el mundo es materia, y para el hombre no hay otra realidad y poderío que el que emana de la posesión de la riqueza, según proclama y predica el marxismo, los actuales poseedores hacen bien en resistirse a ser expoliados. Pero el marxismo es un error monstruoso, y nadie puede justificarse en sus normas.

Nosotros, el nacional-sindicalismo, salvará a las masas españolas, no lanzándolas rencorosamente contra la propiedad y la riqueza de los otros, sino incorporándolas a un orden hispánico donde residan y radiquen una vida noble, unos servicios eminentes y la gran emoción nacional de sentirse vinculados a una Patria, a una cultura superior, que los españoles hemos de alimentar y nutrir con talento, esfuerzo y dignidad.

Sabemos que hoy en España la necesidad más alta es recoger y exaltar todos los heroísmos angustiados de las masas, que van entregándose, una tras otra, a experiencias demoledoras e infecundas. Habrá, pues, que hincharse de coraje, de razón y de voluntad, y luego, a flechazo limpio, dar a todos una orden de marcha, imperativa y férrea, a salvarse, quieran o no, tras de la PATRIA, EL PAN Y LA JUSTICIA, según reza la consigna central y fundamental de las JONS.

Junio de 1933

LA VOLUNTAD DE ESPAÑA

Conviene que se tengan siempre presentes los orígenes del Partido. En horas de confusión, caos y peligro, España se nos iba de las manos a los españoles, y ello sin pelea, sin derrotas, estúpida y absurdamente. Nadie se ha conmovido ante ese drama; sigue en pie, y hasta aquí la única presencia disconforme e irritada es la que supone la aparición jonsista. Está ya fatal y gloriosamente ligado el Partido al perfil de España. Somos y seremos el barómetro de su prosperidad, de su honor y de su fuerza. Si las JONS triunfan y se extienden, es porque los españoles alcanzan brío nacional, capacidad de salvación económica y política. Si, por el contrario, quedamos reducidos a pequeños grupos disidentes, sin amplitud ni influencia, España será lo que sea; pero nunca una Patria, con algo que hacer en el mundo y una ilusión con que forjar y ennoblecer el corazón de los españoles.

Con esa simplicidad, con esa fe rotunda, hablamos los jonsistas. ¿Quiere algo España de un modo pleno y unánime? Pues nosotros entraremos al servicio de eso, colaboraremos al logro triunfal de ese afán de España. ¿No quiere nada España? Si quienes interpretan la conciencia y la voz de una Nación son sus equipos dirigentes, hay a la vista algo aún más depresivo: ¿Tiene hoy España el solo y único afán de desaparecer, disgregarse, morir?

Pero los pueblos no se suicidan nunca. Pueden, si, un buen día morir de vejez, una muerte natural y recatada. Pueden, también, morir avasallados por un enemigo, perder su independencia, su expresión y su carácter. Lo primero es decadencia; lo segundo, esclavitud. Nada de esto acontece ni tiene lugar en España, aunque vivamos en riesgo permanente de ambas cosas. Nosotros sostenemos, como decía en el número anterior un camarada, que España no es ni ha sido un pueblo en decadencia, sino un pueblo dormido, extraño y ajeno a su deber histórico. Es lícita, pues, nuestra voluntad de hallazgos nacionales firmes, nuestra tarea de recuperar, conseguir e imponer la victoria española.

La ausencia de las cosas es la mejor justificación para su conquista. Los españoles aparecen en el escenario nacional desde hace muchos años sin vinculación ni disciplina a nada. Se está viviendo en plena frivolidad, sin advertir la anomalía terrible que supone el que las gentes desconozcan u olviden ese pequeño número de coincidencias, de unanimidades, que nutren el existir de España. Ser español no obliga hoy, oficialmente, a fidelidad alguna de carácter noble. Ni los niños, ni los jóvenes, ni más tarde los hombres maduros de España se sienten ligados a propósitos y tareas que respondan a una exigencia nacional ineludible.

Es ese momento, cuando se pierde en anchas zonas sociales el sentido de la Patria y de sus exigencias, el más propicio a los sistemas extraños para imponerse. Pues, si en la trayectoria histórica de un pueblo se debilita su autenticidad, puede, en efecto, seguir a la deriva, perplejo, sin sustituir ni negar su propio ser, sino simplemente ignorándolo; pero puede también negarse a sí mismo, ofrecerse a otros destinos, instalar y acoger con inconsciente alborozo al enemigo.

España, por ejemplo, podría llevar ochenta o más años con su autenticidad debilitada; pero sólo ahora, ante la presencia de los equipos marxistas, está realmente en peligro de perder hasta su propio nombre. Pues el marxismo no limita su acción a desviar poco o mucho la vida nacional, sino que supone la desarticulación nacional misma, no la revolución española, sino la revolución contra España. Sólo los separatismos regionales igualan o pueden igualar a los propósitos marxistas en eficacia destructora. Se auxiliarán incluso, mutuamente, porque nada más fácil para un marxista que conceder y atender las voces de disgregación. La Patria es un prejuicio burgués, exclama, y la hará pedazos tan tranquilo.

Nuestra aspiración jonsista es anunciar a los españoles que no es ya posible mantenerse ni un minuto en la «calma chicha» histórica en que España ha permanecido. Porque, si no la empujan vientos nacionales, pechos generosos y fieles, llegarán a toda prisa las tempestades enemigas.

Las JONS quieren poner en circulación una voluntad española. Es decir, identificar su propia voluntad con la voluntad de España. Con el mero hecho de querer y soñar para España una grandeza, se está ya en nuestras líneas, ayudando los propósitos nuestros. No importa que las querencias y los sueños se hagan o afirmen sin los contenidos que hasta aquí eran la sustancia tradicional de lo español. Pues la tradición verdadera no tiene necesidad de ser buscada. Está siempre vigente, presidiendo los forcejeos de cada día. Y no se olvide hasta qué punto ciertos valores palidecen, y cómo no es posible que un gran pueblo dependa por los siglos de los siglos de una sola ruta. No está España, no, agotada, ni en definitivo naufragio. Necesita voluntad, voluntad creadora, gentes que continúen y renueven su tradición imperial y magnífica.

Cuando se nace en una coyuntura floreciente de la Patria, los deberes son claros y a menudo tan rotundos, que nadie puede desconocerlos sin riesgo. Pero si la etapa es catastrófica, si la Patria es entonces un concepto al que todos los grupos e intereses adjetivan y desvirtúan, confundiéndola con su propio egoísmo, hay que ganarla y conquistarla como a una fortaleza. No hay Patria sin algo que hacer en ella y por ella. Ese quehacer es la dádiva, la contribución, el sacrificio de cada uno, para que la Patria exista

y brille. Nadie más antinacional ni derrotista que aquel que habla siempre de la Patria sin concederle el sacrificio más mínimo. Hacen falta sacrificios, renunciaciones, y quien no se sacrifica intensamente, dice Mussolini, no es nacionalista ni patriota. Esta verdad explica la contradicción del supuesto patriotismo jacobino. Porque no es posible proclamar a la vez la realidad de la Patria y el derecho individual a zafarse de todo, hasta de su propio servicio.

La Patria es coacción, disciplina. Por eso en nuestra época, necesitada de instituciones políticas indiscutibles, de poderes sociales absolutos, ha sido el sentimiento nacional, la movilización nacionalista, lo que ha proporcionado al Estado la eficacia y el vigor que requería. Pues al asumir el Estado rango nacional, identificándose con la Nación misma, hizo concreta y fecunda la fidelidad a la Patria, hasta entonces puramente emotiva y lírica. El triunfo y creación del Estado fascista equivale a utilizar de modo permanente la dimensión nacional que antes sólo se invocaba en las calamidades o en las guerras.

Pero hay más: a los destinos de la Patria están hoy ligados, como nunca, los destinos individuales. Pues no existe posibilidad de que país alguno atrape instituciones políticas firmes, si no dispone, como raíz motora de sus esfuerzos, del patriotismo más puro. No hay Estado eficaz sin revolución nacional previa que le otorgue la misión de iniciar o proseguir la marcha histórica de la Patria.

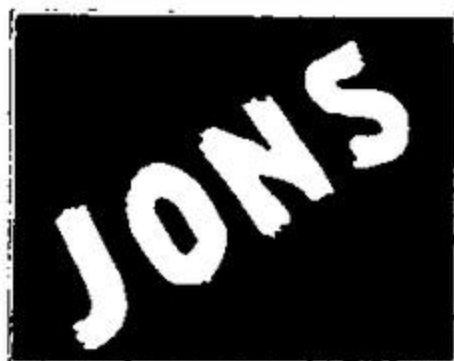
Por eso el jonsismo, que es una doctrina revolucionaria, pero también una seguridad constructiva en el plano social de las realizaciones, inserta el Estado nacional-sindicalista en la más palpitante dimensión patriótica, busca su plataforma el hallazgo más perfecto y radical de España.

Todos los camaradas del Partido han de tener conciencia de que las «Juntas» asumen la responsabilidad de sustituir, mejor dicho, interpretar con su voluntad la voluntad de España. Ello es obligado y lícito, en un momento en que ni el Estado ni nadie se cuida ni preocupa de ofrecer a los españoles una tabla de dogmas hispánicos a que someterse. Nace y se educa aquí el español sin que se le insinúen ni señalen los valores supremos a que se encuentra vinculada la propia vida de su Patria.

El hombre sin Patria es justamente un lisiado. Le falta la categoría esencial, sin la que no puede escalar siquiera los valores humanos superiores. Pero ese hecho que es, sin duda, fatal y triste, tratándose de un individuo de Sumatra, el Congo o Abisinia, alcanza relieve de hecho criminoso en aquel que nace, crece y muere en el seno de un gran pueblo histórico. En España, a causa de los aluviones y residuos raciales sobrevenidos, y de un cansancio indudable para las realizaciones colectivas, se ha extendido la creencia de que es primordial y de más interés sentirse hombre que español. A todos esos seres descastados y resacos, sin pulso ni decoro nacional, hay que enseñarles que su alejamiento de lo español les veda y prohíbe alcanzar la categoría humana de que blasonan. Nada hay más absurdo, negativo y chirle que ese internacionalismo humanitarista, con derechos del hombre, ciudadanía mundial y diálogos en esperanto.

Hay que barrer de España todas esas degeneraciones podridas. Ello ha de ser obra de juventudes tenaces y entusiastas, cuyo norte sea la Patria libre y grande. Es una de las tareas jonsistas, la más fundamental y urgente de todas. Porque sin ella nada podrá hacerse ni intentarse en otros órdenes. Nadie piense en edificar un Estado nacional-sindicalista donde no haya ni exista una Patria. Nadie piense en establecer una prosperidad económica ni conseguir una armonía social, ni lograr un plantel de héroes en un pueblo sin rumbo ni grandeza. Pues es la Patria, el Estado nacional, nutrido por el sacrificio y el culto permanente de todos, quien garantiza nuestra libertad, nuestra justicia y nuestro pan.

Agosto de 1933.



DECLARACIONES TERMINANTES

(jonsismo. Fascismo. Las derechas. La violencia. La juventud. Las masas.)

Los movimientos políticos, en caso de ser entrañables, fecundos y sinceros, no se caracterizan sólo por sus ideas, su programa escrito, en cuyas cosas coinciden quizá con otros, sino que poseen también zonas más genuinas y profundas. Habrá que percibir en ellos qué calor humano arrastran, qué voluntades y qué gentes sostienen y nutren su camino.

El jonsismo no consiste, pues, en estas o en aquellas ideas. Las ideas políticas tienen poco valor, casi ningún valor, si no cabalgan sobre creaciones fornidas, sobre entusiasmos voluntariosos, que sólo existen y son posibles allí donde brota la acción durísima y urgente. No habrá mejor definición para nuestro movimiento que la que se limite a indicar que exalta, recoge y encuadra a las juventudes nacionales. Esa es nuestra razón de ser, la ejecutoria de las Juntas. Queremos ligar al Partido a un solo y magno compromiso: que las generaciones jóvenes -veinte a cuarenta años- vean con espanto la posibilidad de que coincida un período de deshonor, ruina y vergüenza de la Patria con la época en que ellos son fuertes, vigorosos y temibles.

Aquí tan sólo radica y reside la justificación jonsista. Todo lo demás que las JONS sean surge de eso. Nadie puede, por tanto, vincular a las JONS con cosas y propósitos que no tengan ahí su raíz fundamental. Salvada nuestra fidelidad a las tradiciones de la Patria, somos en la acción presente nuestros propios clásicos. Día a día, advierten ya quienes sigan la labor jonsista, que la juventud de España nos entrega forjadores teóricos y destaca a la vez pulsos firmes para la acción y la violencia.

Yo prosigo con fe la organización de las JONS y mantengo con firmeza la ruta del Partido, sin oír las voces más o menos afines que solicitan la desaparición de las Juntas, porque advierto cada día las incorporaciones magníficas con que los medios jóvenes de España garantizan nuestra victoria. Y una vez que se reconozca nuestra tarea como una tarea de juventudes -siempre, claro, utilizamos este concepto sin atenernos con rigor a este o aquel número de años-, se nos otorgará derecho a repudiar toda clasificación política que afecte a batallas y jornadas anteriores a la presencia del Partido.

Las JONS encuentran en Europa un tipo de Estado, el Estado fascista, que posee una serie de formidables excelencias. Pero afinen nuestros militantes su atención sobre este hecho, porque es de gran interés para que se sitúen con claridad como jonsistas. Hay una escala de apreciaciones que nos servirá bien para el caso: primero está nuestro carácter de españoles, con la angustia de nuestro problema español y el arranque voluntarioso de salvarnos. En ese momento surgen las Juntas, aparece nuestro Partido como bandera nacional y llamamiento a la pelea. Las JONS orientan la táctica, sistematizan y aclaran la hora española, localizan al enemigo y construyen una teoría, una doctrina política que ofrecer a las gentes de España. Y es cuando tratamos de perfilar las características del nuevo Estado, cuando sentimos la necesidad de elaborar las líneas generales que servirán para edificar unas instituciones, es precisamente ese momento el que nos encara y coloca de modo admirativo en presencia del Estado fascista. Se nos puede denominar por ello, si se quiere, fascistas, pero quede bien claro que el fascismo de aquel o del otro país es ajeno a la raíz emocional, voluntariosa y honda a que obedecen y son fieles las Juntas.

Las JONS no pueden ser adscritas sin reservas grandes a las derechas. Mucho menos, claro, a las izquierdas, que han sido siempre antinacionales, traidoramente insensibles a la idea de España y en todo momento encanalladamente derrotistas. Quien se califique a gusto entre las derechas o las izquierdas no indica sino su carácter burgués liberal y parlamentario. Ahí están las declaraciones de Gil Robles acerca del fascismo, hechas a su regreso de Alemania. Parece que algunos sectores de las derechas se extrañan o disgustan porque Gil Robles no muestra gran admiración por el fascismo. Pero nosotros las hemos encontrado naturales, lógicas y adecuadas a la representación política de Gil Robles, que es típica y fielmente un «hombre de derechas». Y que por eso, mientras lo sea, no puede mostrarse conforme con el fascismo. Convendría que algunos fijasen acerca de esto sus ideas, al objeto de que no se produjesen chascos formidables, y que se llevarían sobre todo quienes andan hoy reclutando un supuesto fascismo español, no ya entre las derechas, sino en el sector y a base de la prensa más típicamente «derechista» de España.

La existencia de unas derechas supone la existencia lícita -aceptada y tolerada por aquéllas- de unas izquierdas. Los ideales políticos llamados de derechas se han elaborado teniendo en cuenta que hay otros ideales políticos llamados de izquierda. Unos y otros son parcialidades, clasificaciones que funcionan en regímenes parlamentarios. No puede haber en ninguno de esos dos sectores licitud para presentarse únicos y exclusivos, para dictar e imponer la desaparición del otro. Ambos, derechas e izquierdas, se necesitan entre sí. ¿Con qué derecho alzarse unas u otras y presentar los intereses y la ruta histórica de la Patria como adscrita a su sector y punto de vista?

Las tendencias fascistas excluyen esas denominaciones, que residen y radican en los hemiciosos parlamentarios, precisamente la institución básica contra cuya infecundidad y degeneración disparan con más eficacia las baterías fascistas. Ahora bien, si hablamos de la necesidad de hallazgos unánimes, de cosas que pueden ser impuestas sin vacilaciones ni dudas a la totalidad nacional, no nos referimos, naturalmente, a ideas y propósitos que acepten de modo voluntario la gran mayoría «numérica» de los españoles. Puede ocurrir, y de hecho así acontece siempre, que una minoría heroica interprete por sí, apoyados en su coraje, los valores nacionales escarnecidos por otra minoría y abandonados por una mayoría neutra.

La razón nacional, el derecho al triunfo de los movimientos «nacionales» no puede en modo alguno estar vinculado a la movilización de las mayorías. Es aquí donde aparece el uso y la táctica de violencia que siguen, y tenemos que seguir los jonsistas, los fascismos. La violencia política tiene dos formas o etapas bien definidas y diferentes. Una, la violencia que requiere toda toma del Poder por vía insurreccional. Otra, la que se desarrolla en forma de coacción y de imposición por la tendencia nacional triunfante. La primera es típica de todos los grupos y sectores revolucionarios. No hay que ser fascistas, por ejemplo, para organizar golpes de Estado. Por eso no nos interesa ahora examinar la violencia insurreccional.

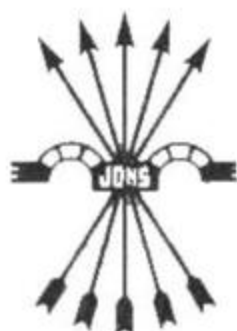
La segunda forma de violencia, la que desarrolla un Estado totalitario contra los núcleos disidentes, sí, es propia de una situación fascista. Esta sistematizada y justificada sólo en el Estado fascista, frente a la doctrina liberal de las democracias parlamentarias que, por lo menos de un «modo teórico» -recuérdese el período de Azaña-, respeta la existencia de organizaciones disidentes.

Contra la afirmación teórica y práctica de que no es lícito al Estado obligar a los individuos y a los grupos a servir en un orden nacional, está toda la decrepita doctrina de los partidos demoliberales, a la que se acogen hoy todos los farsantes y todos los incapaces de hinchar dentro de sí una fe nacional y un esfuerzo.

Las JONS saben que hay un manojo de magnas cosas que deben ser salvadas, defendidas e impuestas como sea. De ellas depende el existir de la Patria, nuestro ser de españoles -que es para nosotros la categoría fundamental- y la salvación misma física, económica de todos. Pues bien, no nos avendremos nunca, por ejemplo, a que sea voluntario el aceptar o no la idea de España como algo que preside y está por encima de todos los intereses individuales y de grupo. Eso hay que imponerlo, entre otras razones, porque es incluso la garantía de una vida civilizada y libre, e imponerlo con toda la violencia y toda la coacción precisas. Existen cosas innegables, indiscutibles, que a los individuos y a los grupos no cabe sino aceptar, con entusiasmo o no. Pues aunque algunos poderes -como el de la Iglesia- no se sientan hoy con fuerza moral ni desde luego con deseos de aplastar a los herejes -lo que nos parece bien porque somos, como la Iglesia, partidarios de la libertad religiosa de conciencia- hay otros que en nombre del interés nacional, la vida grandiosa del Estado y el vigor de la Patria, se muestran con suficientes raíces absolutas para aplastar a quienes se sitúen fuera o contra ellos.

Vamos, pues, a conseguir para las JONS el derecho a conducir y orientar las masas nacionales. Esas masas de compatriotas angustiados, sin fervor ni claridad en sus vidas, y a los que es preciso dotar de una Patria, obligándoles a considerar como imprescindible un puesto en la tarea de forjarla con su propia sangre. Necesitamos los españoles mejores, es decir, los de más fe y más capacidad de entusiasmo, sacrificio y disciplina. Los más voluntariosos, enérgicos y fuertes. Ellos serán en todo caso las masas, multiplicándose en su acción y en su presencia. Pues habrá que llevar la lucha al plano heroico y verdadero, donde realmente valgan los hombres por su dimensión más eficaz y honda. No son las masas las mayorías. Estas pueden muy bien recluirse, esconderse, mientras aquéllas llenan la calle con su verdad y con su imperio. Haremos que coincidan con la verdad y el imperio de España.

Septiembre de 1933.



LAS CONSIGNAS ELECTORALES

(La unidad. El marxismo. La revolución parlamentaria. El agrarismo. El nuevo Estado. La posición jonsista).

Por mucho que eleven los partidos su puntería en las propagandas electorales, se les escapará íntegro el drama actual de España. Muchos creemos que el carácter y la magnitud de este drama van a exigir de los españoles algún mayor y más intenso servicio que el depositar una papeleta en las urnas. Las movilizaciones electorales pueden, sí, alcanzar cierta eficacia para discriminar y resolver cosas menores que aludan a problemas cotidianos y fáciles. Sólo si aparecen polarizadas con vigor dos rutas, y a título excepcional, puede conseguirse solventarlas electoralmente. Perciben entonces las masas de un modo sencillo la significación esencial, histórica, de ambas rutas. Pero hoy, en España, no hay planteadas cuestiones sencillas, sino muy complejas, y no puede resolverlas cualquiera, sino algunos; no los más, por el hecho de serlo, sino los menos, de un modo disciplinado, heroico y casi genial.

Nadie piense en reconstituir la unidad española con votaciones espléndidas y nutridas. El esfuerzo de voluntad y coraje que se precisan no lo sembrarán nunca en las gentes las propagandas electorales. El problema de la unidad nacional se enlaza con otras urgencias españolas, y todas ellas convergen en la obligatoriedad de plantearse el problema esencial del Estado, es decir, el de su derrocamiento y conquista. Por donde quiera que en España se aborde alguna de las enormes dificultades hoy existentes, se tropieza uno con esa necesidad revolucionaria, con ese tipo de intervención apremiante e imperiosa.

Pues en una época como la actual, en que es imposible a pueblo alguno regular y disciplinar su marcha si no dispone de un Estado eficaz, creador y fecundo, aquí en España el Estado parece construido para alimentar y vigorizar las secesiones. He aquí su carácter más grave, perturbador y doloroso. Es un Estado con capacidad de destrucción y aniquilamiento.

Ahí está, pues, la unidad española, inasible como consigna electoral de cualquier candidatura. Mostrarse hoy en España partidario de la unidad nacional equivale a mostrarse disconforme con el Estado, es decir, es una calidad revolucionaria. Y muy pocas veces acontece que el hacer la revolución sea una consigna electoral. La excepción universal y única todos la tenemos en España, bien y cercana. Fue la revolución electoral de abril, fenómeno que sólo podrá explicarse en la Historia como una revolución excesivamente madura, no realizada a su tiempo por la notoria cobardía de sus intérpretes.

La unidad española la defienden sólo algunos partidos, y ello con timideces y vacilaciones. Pues como hemos dicho antes, es una aspiración que sólo cabe y es posible en partidos revolucionarios. Los separatismos tienen su mejor guarida en la vigencia constitucional, y además, según bien reciente manifestación uniformada en Cataluña, se preparan con vistas a defensas más duras y eficaces.

El español que se acongoje en presencia de los separatismos traidores pasará en balde sus ojos por las candidaturas que se le ofrezcan estos días. Si quiere incorporar un esfuerzo, unirse con calor a una eficacia, tendrá que apartar su atención de las colas de votantes. La ofensiva armada contra los separatismos va a ser la primera gran prueba a que los españoles tienen que someter su capacidad para sostener sobre los hombros una Patria. Pues si en España triunfan y son posibles los separatismos, es que ha dejado de existir, de muerte natural y vergonzosa, sin catástrofes, sin lucha, justificación ni sepultura, con el cadáver al aire, para que lo escarnezan los canes europeos, forjadores de nuestro deshonor y nuestra ruina.

Sostenemos, pues, que la unidad española no puede ser litigada ni discutida en los comicios. Ya lo entienden así los partidos y desde luego no se atreverá ninguno a ofrecerla a cambio de votos. Hay, en cambio, muy extendida por ahí una consigna electoral, el antimarxismo, sobre la que urge mucho aclarar sus calidades.

El marxismo es, en efecto, batido con eficacia y entusiasmo en todas partes. Pero aquí se pretende hacerlo al revés, ignorando lo que el marxismo significa, cuáles son sus defensas más firmes, dónde aparece encastillado y acampado. Las filas marxistas se nutren de masas azuzadas en su gran mayoría por el afán de arrebatarse y conquistar cosas que otros tienen. Son masas en cierto modo insatisfechas, incómodas, que los dirigentes rojos, polarizan hacia la destrucción y la negación nacional. Quieren salvarse ellas mismas como sea, sin emociones ni complejidades que vayan más allá de sus afanes inmediatos. El antimarxismo electoral que anda por ahí no resuelve el problema de esas masas, y cuando más, su victoria será rápida, aprovechando alguna depresión de las mismas, pero es evidente que aparecerán de nuevo y se reharán de un modo facilísimo.

El marxismo queda aniquilado desvinculando sus organizaciones de esas masas insatisfechas a que nos referimos. Para ello se requiere ganarlas para la emoción nacional de España, demostrándole, violentamente si es preciso, que su insatisfacción, su infelicidad y su peligro terminarán cuando desaparezcan la insatisfacción, la infelicidad y el peligro de España. Esto que decimos lo entienden, por

ejemplo, bien en Italia y Alemania, donde el fascismo y el nacionalsocialismo lograron ese tipo de victoria social a que nos estamos refiriendo. Sin ella, el marxismo es inaniquilable o invencible, por más candidaturas y frentes electorales que se formen.

Repitámoslo de un modo tajante y sencillo: la lucha contra el marxismo no puede ser consigna electoral eficaz. Claro que en España tenemos las zonas extensas de la CNT, que no son marxistas, pero a los que sabemos algo de luchas sociales nos resulta imposible asentar sobre ellas ningún optimismo, si no es el de que su carencia de organización robusta haría menos difícil su conquista por nosotros.

Las JONS entienden así su antimarxismo y condenan los procedimientos blandos de los que, sin apoyo ni emoción nacional, luchan contra el marxismo dándole y proporcionándole en rigor nuevas y más firmes posiciones. Sólo desde nuestro campo, sólo desde nuestro sindicalismo nacional, es posible batir y destruir las líneas marxistas, arrebatándole dirigentes revolucionarios y uniendo el destino de los trabajadores al destino firme, real y grandioso de la Patria.

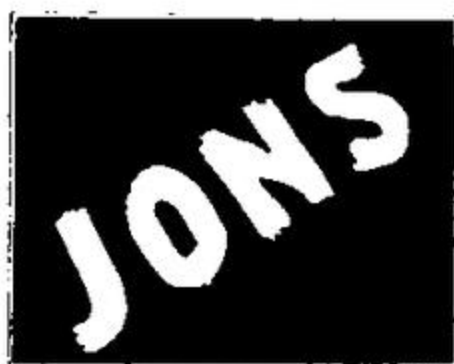
La revisión constitucional, que es meta y público deseo de las derechas, es lo que nosotros denominamos la revolución parlamentaria. Tampoco parece muy posible y hacedera. Pues no están aún destruidas y desmanteladas las columnas emocionales que plantó y edificó la revolución de abril. Parece imposible que retrocedan mansamente, en presencia de la palidez y frialdad de las papeletas electorales. Será más lógica una resistencia ante enemigo tan tenue, y por eso, mientras más densa y arrolladora aparezca la ola electoral contra la vigencia de la Constitución, con más premura, rapidez y urgencia se impone abandonar la táctica de la revolución parlamentaria.

Hay entre las consignas electorales una de radio amplísimo. Es la que se refiere a los campos españoles, a su victoria y a su temple. El agrarismo. Hace ya meses que impresiona a España esa presencia y esa bandera agrarias. Pues todos perciben en los españoles de los campos la posible levadura intrépida que necesita la Patria. El hombre del campo incorpora siempre a sus tareas valores espirituales, entre los que despunta con pureza una magnífica fidelidad al ser de España, al ser de la Patria, que ellos mejor que nadie, en directa relación con la tierra, exaltan y comprenden.

El fracaso o la desviación del movimiento agrario constituiría una catástrofe en esta hora de España. No hay que hacerse muchas ilusiones sobre lo que hoy es, pues el noventa por ciento de sus dirigentes y la ruta por la que éstos lo orientan carecen en absoluto de posibilidades. Todos los caciques mediocres, inmorales y decrépitos de los viejos tiempos aparecen ahí, en fila agraria, y contra ellos hay que conseguir arrebatárles la dirección y la tendencia de la lucha. Esos caciques son los que desarrollan la táctica electoral, aferrándose a ella de un modo exclusivo. Pero la misión de los campos es dar también a España otro linaje de servicios, proporcionarle defensores corajudos y violentos.

No hay ni habrá nuevo Estado, instituciones grandiosas y firmes en España mientras no dejemos esa cuestión teórica que es saber al dedillo cómo va a ser el Estado hasta después de los «hechos» triunfales. Después de jornadas un poco ciegas si se quiere, en las que nadie vea claro si no una cosa, el arrojo y el sacrificio de sus actores, es cuando se plantea y puede plantearse la necesidad «teórica» de salir de los atolladeros, de las dificultades a que la acción, la acción pura, nos lleve. Esa es la posición de las JONS ante las elecciones. No creemos en ellas y menos en su eficacia. Y hay en ellas el peligro de la adormidera nacional del hacerse a una mediocre y no del todo incómoda tranquilidad, con las cabezas sin romper, sí, pero sin Patria, sin tierra noble, sin libertad y sin justicia. ¡Nunca nos resignaremos!

Octubre de 1933.



HACIA EL SINDICALISMO NACIONAL DE LAS J. O. N. S.

(El Estado corporativo. Las etapas ineludibles. Una mística nacional. La revolución totalitaria. Los fines de la economía. ¡Nos salvaremos con la Patria!)

No necesitamos por ahora más puntales teóricos que los imprescindibles si acaso para sostener y justificar la táctica violenta del Partido. La primera verdad jonsista es que nuestras cosas, nuestras metas, están aún increadas, no pueden ofrecerse de un modo recortado y perfecto a las multitudes, pues son o van a ser producto o conclusiones de nuestra propia acción.

Por eso, las Juntas eluden y rechazan vincularse a fórmulas de estricta elaboración teórica, llegadas al Partido desde fuera de él, y postularemos siempre el aprendizaje político en la acción de cada día. Nos alarma la sola presunción de que el ambiente que hoy se inicia en España, favorable a extirpar de raíz los brotes marxistas y las frías palideces de la democracia burguesa, se resuelva y disuelva en una invocación formularia y sin brío. Pues anda ya por ahí una consigna que va convirtiéndose en el asidero fácil de muchos cerebros perezosos: el Estado corporativo.

Nosotros sabemos bien que lo de menos es mostrarse partidario de eso que se llama Estado corporativo y soñar con su instauración y triunfo. Ese hallazgo, por sí solo, se convertiría en una meta tan invisible y fofa como es para los anarcosindicalistas su pintoresco comunismo libertario. No, camaradas, no hay que hablar, o hay que hablar muy poco, en nuestras filas del Estado corporativo ni de si van a ser así o del otro modo las instituciones. Es la única manera de que lleguemos algún día a edificar grandiosamente un régimen corporativista en España, como en las JONS decimos, un Estado nacional-sindicalista. Once años triunfales lleva vigente en Italia el fascismo, y es al cabo de ellos cuando Mussolini inicia de modo efectivo la forja del Estado a base de las corporaciones.

El problema de nuestra España es de índole más primaria y simple, y también de otro tipo de urgencias. Nos corresponde la tarea inmediata de vigorizar la existencia nacional misma, encajando el vivir de España sobre los hombros hoy en gran parte intolerablemente indiferentes de los españoles. Muy pocos se sienten hoy ligados de modo absoluto al destino de su Patria. Ese es y tiene que ser nuestro primer propósito. Sin cuya consecución no podremos reclutar milicias bravas que combatan a los rojos ni llevar al ánimo de los trabajadores, que es ahí, en la Patria, donde reside la protección absoluta contra el paro, la injusticia y la miseria, ni frenar las apetencias de poderío económico y social de la alta burguesía capitalista, que ve en los regímenes demoliberales la posibilidad de enfrentar sus feudos contra el Estado, al que, por tanto, necesita canijo, extranacional y expectante.

Nadie, pues, se engañe. La lucha contra el marxismo, el camino hacia el Estado corporativo, es todo menos una cosa fácil, hacedera con sólo proponérselo una mayoría parlamentaria. El Estado corporativo, el sindicalismo nacional, presupone una Patria, un pueblo con conciencia de sus fines comunes, una disciplina en torno a un jefe y una plenitud nacional a cuyos intereses sirven las corporaciones. Es decir, un Estado auténtico, fundido con la ilusión popular y con la posibilidad misma de que halle paz y justicia para las gentes. Y sobre todo, cien mil hombres de armas, movilizados no por la circunstancia de un cupo o de un sorteo, sino por la imperiosidad de salvarse heroicamente, salvar la civilización donde se ha nacido, la tradición de la tierra propia, es decir, salvar la unidad, la grandeza y la libertad de la Patria. Sin eso, nada. Pues actitudes como la nuestra son, de por fuerza, maximalistas. ¿Cómo hay quien desde un plano frío, pacífico y sin apelación entrañable a la dimensión más profunda de la Patria se atreve a hablar de corporaciones, vida tensa del Estado y antidemocracia? Ese es el equívoco de la Acción Popular y de todos los pseudofascismos que andan por esos pueblos, triunfantes o no, como el régimen de Dollfuss, de Salazar, etc. No hay en ellos soporte nacional legítimo. Es decir, no hay una Patria con suficientes posibilidades históricas para dar cima a los «fines» del Estado. Pero en España existen y radican esas posibilidades. Por eso es intolerable aplicar aquí tales frías recetas y adoptar su levísima temperatura.

El paso del Estado liberal parlamentario a un régimen de corporaciones, a un régimen de imperio - que ésta es la palabra-, supone que se desplaza del individuo al Estado el rango primordial en cuanto a los fines. Un Estado nacional-sindicalista, un imperio, sitúa sobre los individuos y las clases otro linaje de jerarquías. Es ahí donde reside su eficacia social, su autoridad y su disciplina.

Pero volvamos a la inmediatez española, a la urgencia nuestra. Reconocida la necesidad de la revolución totalitaria, lo imprescindible de un triunfo sobre las tendencias disgregadoras de los partidos y sobre la barbarie roja, nos corresponde jalonar las etapas. Hoy las JONS tienen que preocuparse, en primer lugar, de conseguir la organización de grupos de choque, capaces para dar batalla violenta al marxismo y a los separatistas en los focos traidores donde acampan. Es nuestro primer problema, y eludirlo supone edificar en el vacío, equipararnos a esos «fascios» de aficionados que andan por ahí. El Partido, su futuro y las grandiosas metas españolas que nos orientan, dependen de que realicemos con éxito esa primera etapa. Sin ella no hay JONS, ni habrá España, ni régimen corporativo, ni nada que merezca la pena ser

vivido en la Península. Pues esos grupos, esas avanzadas del coraje español serán la levadura para que todo el pueblo perciba la angustiosa verdad de España y se una decidido a nuestras tareas.

Dejad, pues, camaradas, que los teorizadores y los optimistas de las fórmulas tejan sueños vanos. Nos consta lo inocuo de tales especulaciones si no se asientan y subordinan a la eficacia diaria y permanente de una acción briosa. Se acabaron en España las revoluciones fáciles y las conquistas sin esfuerzo. No podría sernos perdonado que en ocasión como la actual, en que la España más joven y mejor intuye y prevé la posibilidad de reconstruirse, nos deslizásemos las avanzadas por rutas de salida mediocre.

Las revoluciones no se hacen solas, sino que requieren y necesitan hombres de temple, hombres revolucionarios. Nuestros grupos tienen que poseer mística revolucionaria, es decir, creencia firme en la capacidad de construcción, que sigue a las masas nacionales cuando éstas imponen y consiguen conquistar revolucionariamente a la Patria. Pues se conquista aquello que se estima y quiere. Y las JONS no tienen otra estimación y otra querencia que la de servir una línea de poderío y eficacia para España.

No hay romanticismo lírico en nuestra actitud. Es que necesitamos y precisamos de la Patria para el desarrollo cotidiano de nuestro vivir de españoles. Es que con una España débil, fraccionada y en pelea permanente consigo misma no hay en torno nuestro sino indignidad, vacío, ruina, injusticia y miseria. No añoramos nada o muy poco; es decir, no nos situamos, política y socialmente, como tradicionalistas, sino como hombres actuales, cuya necesidad primera es sentirse españoles, disponer de un orden nacional donde confluya nuestro esfuerzo y se justifique incluso nuestra propia vida.

Todo cuanto hay y existe en España adolece de esa infecundidad radical que consiste en estar desconectado de toda emoción y servicio al ser histórico de España. En plena anarquía antinacional o por lo menos indiferente a que las tareas nacionales, los fines comunes, lo que da entrañas y personalidad a la Patria, se realice o no.

Ahí están las regiones pidiendo Estatutos. Los sindicatos de trabajadores contestando al egoísmo antinacional de los capitalistas con su exclusiva preocupación de clase. Los funcionarios, pendientes del sueldo y de las vacaciones, etc. Las JONS incorporan ante todo la consigna de nacionalizar esos grupos y esos esfuerzos que viven fuera de la disciplina española, en el vacío de una lucha y de una agresividad ciegas.

Y son los trabajadores, es decir, los sindicatos obreros los que con mayor urgencia y premura tienen necesidad de que se vigorice y aparezca sobre la Península la realidad categórica de España. Suelen pedir ellos la nacionalización de ciertos servicios, de determinadas zonas de la producción, pero nadie en su seno les ha planteado la imperiosidad de nacionalizarse los mismos sindicatos, es decir, de situar su lucha y su carácter en un plano nacional de servicio a España y a su economía. Bien se cuidan los dirigentes marxistas de que este objetivo no aparezca. Pues les interesa el forcejeo diario y la ignorancia misma de que España existe y tiene una economía propia que no coincide ni es la economía privada de estos o de los otros capitalistas, sino la que sostiene y alienta su realidad como Nación, la economía del pueblo, de la que depende estrictamente su bienestar y su trabajo.

Pues hay las economías privadas de los españoles. Pero hay, y sobre todo, la economía nacional, la economía de España, cuyo estado próspero y pujante es la garantía de la prosperidad y pujanza de España. Y es España el objeto y fin de la economía. Ahora bien, es notorio que el bienestar económico de las masas obreras depende más de la economía española que de las economías privadas de los capitalistas. Una política, por ejemplo, de salarios altos no significa nada, en el terreno de las ventajas populares, si va seguida de una inflación. Y ello sin perturbar la economía de los capitalistas, que tienen mil medios, incluso de lucrarse con la política financiera inflacionista. Puede haber españoles multimillonarios y por imperativos económicos haber también la imposibilidad de poner el menor remedio a las masas hambrientas. Esto lo saben también de sobra los dirigentes rojos. La única economía a la que están realmente vinculados los intereses de las masas, es la economía nacional. Que implica un Estado robusto, una España grande e incluso temible. Su existencia interesa, más que a nadie, a las propias masas, y es ahí, en predicarles lo contrario, donde aparece la traición y el engaño de que les hacen objeto los marxistas.

Por eso las JONS, con su idea nacional-sindicalista, con su aspiración a situar sus problemas y sus soluciones en el plano de la grande y gigantesca realidad que resulta ser la Patria española, es la auténtica bandera de los trabajadores. Los propagandistas del Partido pueden decirlo así, sin miedo a demagogias ni a practicar frente al pueblo proselitismos engañosos y falaces.

Noviembre de 1933.



LAS J. O. N. S. REVOLUCIONARIAS

Sospechamos la existencia de bastantes confusiones en torno a la significación del movimiento jonsista. Ningún lugar más propio que éste para reducir ese confusionismo, acerca del que no nos corresponde la menor responsabilidad. Siempre han hablado claro las Juntas, y la culpa de él corresponde, pues, por entero, a quienes nos enjuician utilizando categorías falsas.

El error proviene de que, desde el primer día, se nos ha adscrito y considerado como un partido fascista, y no está el error en que no lo seamos, sino en que en España hay sobre el fascismo la idea más falsa y deficiente posible. Nunca han explotado las JONS ese supuesto carácter fascista que tienen; es decir, nunca han hecho un llamamiento a los españoles que se «creen» fascistas, con lo que han disminuido, sin duda, sus efectivos, y hemos procedido así porque nos constaba que un auténtico movimiento fascista en España tendría, antes que nada, que liquidar y oponerse a los más íntimos clamores de los «fascistas» que aquí había.

Nos urge, pues, reivindicar nuestro propio carácter. Somos revolucionarios, pero no de cualquier revolución, sino de la nuestra, de la que se proponga conquistar para España un Estado nacional-sindicalista, con todo ese bagaje de ilusiones patrióticas y de liberación económica de las masas que postula nuestro movimiento. El destino jonsista, nuestro quehacer revolucionario, no puede reducirse a realizar hoy hazañas más o menos heroicas contra el marxismo, que favorezcan la rapacidad de los capitalistas y el atraso político considerable en que hoy vive la burguesía española. Eso, nunca. Los que se acerquen a las JONS deben saber que penetran en la órbita de unos afanes revolucionarios que se desenvolverán en un futuro más o menos largo, pero que sólo esos afanes son nuestro norte de actuación. Nunca otros. Provéanse, pues, de paciencia los impacientes, porque mientras más fácil y rápido sea nuestro triunfo, más nos habremos desviado y más habremos traicionado los propósitos difíciles y lentos a que deben las Juntas su existencia. Para tareas cercanas y aparentes, de servicio al «statu quo» social, de peones contra el marxismo, facilitando la permanencia en España de toda la carroña pasadista y conservadora, para eso tienen ya otros, felizmente, la palabra.

Las filas revolucionarias de las JONS no deben nutrirse más que de los españoles que van llegando día a día con su juventud a cuestras, o de luchadores y militantes desilusionados del revolucionarismo marxista. En nuestra revolución tienen que predominar esas dos estirpes. Sólo así alcanzará sus objetivos verdaderos.

Grupos convencidos y seguros de que nuestra marcha es justa, de que está encajada en el proceso histórico español y de que llegará nuestra hora, es lo que precisamos. Eso conseguido, y ya creemos lo está en grado casi suficiente, lo demás, el que las masas fijen su atención en nuestra bandera, el que controlemos y dirijamos la emoción revolucionaria en la calle, eso es prenda segura de nuestra verdad, de nuestra fe y de nuestros primeros éxitos.

Nuestro temperamento revolucionario tiene ya, por lo menos, en la España actual, una satisfacción: la de que ocurra y pase lo que quiera, la única salida posible es de carácter revolucionario. Esa es la realidad y, es, además, nuestro deseo. Todo el problema y todo el dramatismo que se cierne sobre la Patria en esta hora se reduce a la duda acerca de quién hará la revolución, a cargo de qué grupos, qué tendencias y qué afirmaciones correrá la tarea de efectuar la revolución. El hecho de que en España exista la realidad de ese dramatismo ineludible, indica que ha entrado nuestro país en el orden de problemas universales de la época. Ha sido el problema de Italia en 1922. De Alemania, durante el largo período de 1920 a 1933. Y comienza a ser el de otros grandes pueblos, donde se resquebraja el orden vigente y apunta la necesidad aparentemente subversiva, de salvarse por vía revolucionaria.

En España tenemos la perentoriedad del hecho marxista, vinculado al socialismo, que se dispone a polarizar toda la energía descontenta, el revolucionarismo «izquierdista», anticlerical, la subversión de los trabajadores, en torno a su bandera roja. Hay, pues, peligro marxista en nuestro país, y peligro inminente. Oponerle una táctica contrarrevolucionaria tradicional, conservadora, en nombre de los intereses heridos, sean espirituales o económicos, es lo que hacen esos partidos que se llaman las derechas. Cosa inane. Una vez conseguido por el marxismo escindir a España en dos frentes: uno, el suyo, y otro, la burguesía, con una conciencia anti o, por lo menos, extraproletaria, ya ha logrado la mitad de la victoria.

Las JONS entienden que la máxima urgencia es romper la falsa realidad de esos dos frentes. Si en España, tanto como se ha hablado y habla de fascismo, se hubiera comprendido sólo a medias el sentido histórico de la revolución fascista, no habrían hecho su panegírico los sectores que sueñan con ella, y a los que es por completo ajena su realización. Lo que en España alcance y logre un éxito decisivo sobre la amenaza socialista, lo que consiga desplazarla, asumiendo a la vez la representación directa de los trabajadores, será el fascismo de España, es decir, lo que aquí acontezca que a la luz de la Historia se juzgue como análogo al hecho italiano.

Creemos y sostenemos que son las JONS quienes pueden y deben lograr la culminación de ese papel histórico. Sólo las JONS y su nacional-sindicalismo revolucionario. Pues sólo nosotros, al parecer, luchamos contra el marxismo, considerándolo ni más ni menos que como un rival en la tarea de realizar la revolución. No nos interesa cerrar el paso a la subversión marxista, para que la multitud de españoles perezosos, bien avenidos y pacíficos, tranquilos y conservadores, sigan con su pereza, su tranquilidad y sus cuartos. Ni una gota de sangre de patriota jonsista debe derramarse al servicio de eso.

Vamos a disputarle al marxismo el predominio en los sectores donde se hallen los españoles más inteligentes, los más fuertes, los más sanos y animosos. Cuando para realizar la revolución socialista no se recluten militantes, sino en los suburbios infrahumanos de la vida nacional, tendremos casi asegurado el éxito. Ello requiere una auténtica decisión de sustituirlo en los propósitos revolucionarios. La pugna consiste en ver quien atrae a sus banderas los núcleos de más capacidad revolucionaria, los que puedan desarrollar más tenacidad, sacrificio y desinterés. Repitámoslo, porque es esencial para la ruta jonsista y porque conviene que nos vayamos desprendiendo de auxiliares negativos: «SÓLO ACEPTAMOS LA LUCHA CONTRA EL MARXISMO EN EL TERRENO DE LA RIVALIDAD REVOLUCIONARIA.» Pediremos a los trabajadores que abandonen las filas marxistas, y hasta en su hora se lo impondremos por la violencia, pero con el compromiso solemne de realizar nosotros la revolución.

Este es el espíritu de las JONS, que coincide con el espíritu del fascismo, pero no, sin duda, con el de los núcleos, sectores y personas que en España claman por el fascismo.

Que en España hay grandes masas pendientes de una realización revolucionaria, es perfectamente notorio. Toda la pequeña burguesía que se movilizó por la República democrática y puso sus esperanzas en ella, está hoy sin norte claro. Urge conseguir que la inacción que suele originar el desconcierto y la ceguera no aparte a esas masas de su propio destino, que es en muchos aspectos el de impedir la revolución socialista. Es cierto que gran parte de ella sigue aún fiel a las consignas de orden democrático, aun confesando cada día la radical inanidad de esa solución. Ya van, sin embargo, haciendo la concesión de que habría que apelar a la dictadura para salvar a la democracia, y nosotros tenemos el suficiente conocimiento de nuestra época, para afirmar que una actitud jacobina como esa, extramarxista, se vería obligada a fascistizarse.

España atraviesa hoy la mejor coyuntura para llevar al ánimo de la pequeña burguesía, de los intelectuales y de toda la juventud, la necesidad de oponerse a la revolución socialista y realizar la revolución nacional. Son inseparables ambas metas e insostenible una sola sin la otra.

Las JONS tienen que esforzarse en inventar el cauce para un movimiento nacional de esa índole o colaborar con los grupos que se lo propongan, de un modo auténtico, hoy, desde luego inexistentes. Abundan, sí, las posiciones que se presentan como dispuestas a transformar el Estado, en un sentido de eficacia nacional y revolucionaria. Pues comienza a estar de tal modo en la conciencia de todos los españoles la necesidad de asegurar de una manera firme la batalla antimarxista, amparados en la trinchera «nacional» y «totalitaria», que hasta los jóvenes formados políticamente en los medios clericales postulan soluciones aparentemente análogas. Así las juventudes de Acción Popular, a las que hay que recusar con energía para dirigir y orientar estas tendencias, hablan de corporaciones, Patria grande y antidemocracia, sin darse cuenta de que todo eso se logra con tal temperatura «nacional», tal interés por la realidad suprema del Estado y tal actitud revolucionaria que chocaría a los dos segundos con sus melindres religiosos, su preocupación de que no se rozase la libertad de la Iglesia y sus remilgos ante la violencia formidable que sería preciso desarrollar. Además, desde su órbita confesional es ilícito sostener hoy en España una aspiración totalitaria. Porque si media Nación vive fuera de la disciplina religiosa, mal va a aceptar soluciones «políticas» que se incuben o tengan su origen en la Iglesia.

Esa actitud pseudofascista de las juventudes de Acción Popular, si no consigue imponer su totalitarismo confesional, sí cumple, en cambio, a maravilla el papel de incrementar entre las masas las confusiones en torno al fascismo, al que así comprueban las gentes adscrito a los medios de menos capacidad revolucionaria y menos dignos de crédito para una tarea de captación de los trabajadores. Carecen, por otra parte, de suficiente calor nacional, de la imprescindible libertad para garantizar que sus propósitos no serán desviados por designios superiores a los suyos, cuya alta influencia hay ya muchos motivos para creer se utiliza de un modo sospechosísimo para los intereses de España.

La prevención que muestran a la vez estos elementos contra las rotulaciones fascistas, proceden de lo que en éstas hay de eficacia revolucionaria. La necesidad universal del fascismo, es decir, su interpretación de una disciplina nacional, de un orden exigentísimo, no se compagina bien con la preponderancia de poderes que aquí querrían siempre a salvo y con libertad plena.

Las JONS revolucionarias saben bien en qué consiste y va a consistir su deber. Atrincherarse en la emoción nacional de España, sostener por todos los medios su unidad, descubrir para los españoles una tarea común, exigente y durísima, que pueda ser impuesta de un modo inflexible a todos. Interceptar toda fuga al pasado y enlazar su vigor con el interés social y económico de las grandes masas, que si fatalmente

van a verse obligadas a incrustarse en una disciplina, tienen un profundo derecho a imponer su presencia en el Estado. Revolución nacional, empuje, vigor y dinamismo, queremos. Como única garantía de la Patria, del pan de los españoles y de que merece la pena de que muramos espantando de España la revolución roja.

Enero de 1934.

DISCURSO PRONUNCIADO EN EL MITIN DE FALANGE ESPAÑOLA DE LAS J. O. N. S. CELEBRADO EN VALLADOLID

Espanoles!

Nuestra presencia hoy en Valladolid tiene para los propósitos políticos y revolucionarios que nos animan una significación fundamental. Pues nos acontece que al iniciar una senda difícil, en la que a menudo los caminos van a presentárenos herméticos y hemos de encontrar innumerables semblantes hoscos en torno nuestro, necesitamos venir aquí, a una atmósfera limpia, de cordialidad benévola y segura.

Y así, aquí estamos, ante Castilla, un poco como aprendices, porque ya en estas tierras se realizó una vez la gran tarea de unificar a España, de ligarla a un destino gigantesco, con ataduras tan resistentes que han durado y permanecido cuatro siglos.

TRADICIÓN

Bien sabéis, camaradas, que desde el primer día, cuando yo, con toda modestia y sin pretensiones de una tan rápida eficacia como la que luego sobrevino, fundé las JONS, recogimos de los muros más gloriosos de Castilla los haces de flechas y los yugos simbólicos que aparecen en la Historia de la Patria, tejiendo las horas más grandes. Estamos, pues, enraizados con la firmeza en la mejor tradición de España.

Pero yo me doy cuenta aquí, y os transmito con inquietud esta sensación mía, de que corremos en Castilla un poco el peligro de que, recordando la gran tradición de triunfo de esta tierra, nos quedemos extasiados ante ella, siendo así que nuestro deber presente es bracear con las dificultades cotidianas, crear nosotros una tradición tan fuerte y abrir ruta en el futuro de la Patria. Por eso, camaradas, la tradición es peligrosa si nos recostamos sobre ella y nos dormimos. Nuestra consigna ha de ser estar en pie sobre la tradición de España, mejor, incluso, la punta del pie tan sólo, y luego, en esa especie de equilibrio inestable, hacer cara con riesgo, emoción y coraje a la tarea nacional de cada día.

UNIDAD

Creed, camaradas, que hay objetivos formidables que esperan nuestra acción. Así la primera conquista revolucionaria que hoy se nos ofrece es sostener, afirmar y recobrar la unidad de España.

Sabéis todos muy bien dónde apoyan, fortifican y atrincheran sus razones los disgregadores. Su cobija es la Constitución oficial del Estado, y a su amparo, traspasándole cobardemente la responsabilidad, se pretende ahora dar la segunda rebanada a la integridad de nuestra Nación, concediendo el estatuto vasco, y esto, repito, sin la audacia o la inconsciencia con que semejante faena era realizada por las Constituyentes, sino con el gesto frío, sarcástico y cobarde de manifestar que se limitan a cumplir con la ley.

Pero nosotros sabemos que España es la primera Nación moderna que se constituyó en la Historia y que sus cuatro siglos de unidad, durante los cuales realizó los hechos más decisivos que presenta la historia del mundo, son la más formidable e imperiosa ejecutoria de unidad que se puede presentar como bandera contra los separatismos criminales.

Pero si se nos dice que esas justificaciones históricas no son suficientemente válidas, que contra esos argumentos hay otros más firmes, entonces, camaradas, nosotros debemos en efecto abandonar ese campo de la Historia y proclamar que en último y primer término España será indivisible y única, porque nosotros lo queremos, porque nos posee y nos domina la firme y tenacísima voluntad de mantenerla única e indivisible.

ANTIMARXISMO

Entre la procesión de peligros que nos acechan y acosan hoy a los españoles está la inminencia de la revolución socialista.

El marxismo, camaradas, es tan radical y fundamental enemigo nuestro, que su sola presencia nos pone en pie de guerra. Es en todo, por lo que no tiene y nosotros consideramos imprescindible -ideales españoles, nacionales- y por lo que tiene -masas obreras-, que nosotros necesitamos con urgencia, es, repito, nuestro cabal y auténtico enemigo.

¿Pero entiende alguien, cree alguien, que nuestro antimarxismo reconoce por origen el afán de librar a la burguesía española de un frente obrero que la hostiga y amenaza sus intereses de clase? Esa imputación la declaro aquí con toda indignación insidiosa, rotunda y radicalmente falsa.

La realidad es más bien, camaradas, y porque nos honra mucho no tenemos para qué ocultarla, que somos sus rivales en la atracción de las masas, ya que uno de nuestros objetivos ineludibles es dotar a nuestro movimiento de una amplia base popular y revolucionaria. Aparte, naturalmente, de que consideramos a sus masas como españoles irredentos que están sojuzgados, tiranizados y desviados por los jefes marxistas del deber que les corresponde y obliga como españoles y como revolucionarios.

MASAS

Siempre he creído, y los camaradas que de modo más cercano han recogido hasta aquí en las JONS mis orientaciones lo saben de sobra, que nuestro movimiento se asfixia si no alcanza y consigue el calor y la temperatura de las masas. Tenemos derecho a que un sector de esas masas nuestras, nacionalsindicalistas, esté constituido por haces apretados de trabajadores, de obreros nacionales y revolucionarios.

Pues entendemos que los obreros, las masas cuya economía depende de un salario, tienen que contribuir a la edificación directa del Estado, del Estado nacional-sindicalista a que aspira nuestra revolución.

¿Pues será preciso decir que los obreros que nutren nuestras falanges jonsistas no sólo no tienen que renunciar a la revolución como ruta posible de su redención económica, sino que, por el contrario, tienen que desarrollar entre nosotros más esfuerzo y más capacidad revolucionaria que si permanecen en las organizaciones marxistas?

No queremos ni deseamos con nosotros gentes renunciadoras, pacíficas y resignadas. Si para abandonar las filas rojas y nutrir nuestra bandera nacional tuvieran las masas que limarse y podarse su ilusión por la lucha, por la batalla y por el esfuerzo revolucionario, yo sería partidario de renunciar a ellas.

Bien me doy cuenta, todos nos damos cuenta, de que no ha de resultarnos fácil ni sencillo conseguir que los obreros estimen y comprendan nuestra revolución. Pero estamos dispuestos, firmemente dispuestos, a que la lección sea dura, durísima, en la seguridad de que a la postre se hará justicia a nuestra revolución, como la mejor y más segura garantía de su libertad, de su dignidad y de su pan.

REVOLUCIÓN NACIONAL

Nosotros consideramos, camaradas que me escucháis, que abatir la revolución socialista, vencer al marxismo, tiene un precio en el mercado de la Historia y en el de la justicia. Ese precio es la revolución nacional. Una revolución que en vez de aniquilar el espíritu y el ser de España los vigoricen, que en vez de arruinar y debilitar la riqueza nacional la fortalezcan, que en vez de sembrar el hambre, la miseria y el paro entre las masas asegure para éstas el pan, el trabajo y la vida digna.

Frente y contra la revolución socialista, alentamos, preparamos y queremos la revolución nacional, que será y deberá ser en todo IMPLACABLE y decisiva.

Pero las masas están cansadas de que se les hable de patriotismo, porque han sido hasta aquí a menudo tan livianas y sospechosas las apelaciones a la Patria, que ha enraizado en ellas la duda, y yo mismo os confieso que cuando hace ya años ligué mi destino a la idea nacional de España, no podía evadirme de esa misma sospecha, que consiste en pensar si la Patria no sería utilizada con demasiada frecuencia por ciertos poderes contra la justicia y los intereses mismos de los españoles.

Por eso, camaradas, nuestro patriotismo es un patriotismo revolucionario, social y combativo. Es decir, no nos guarecemos en la Patria para apaciguar ni para detener los ímpetus de nadie, sino para la acción, la batalla y el logro de lo que nos falta.

Llevad, pues, por España, camaradas, la voz de que ha llegado la hora de la verdad. Los españoles actuales, frente a la revolución socialista que niega a España, que no necesita nada de España, tienen el compromiso de renovar en la Historia nuestro derecho a sostenerla sobre los hombres como una Patria legítima y verdadera.

Desde la guerra de la Independencia no han renovado los españoles su derecho a ser y constituir una Nación libre. La inminencia de la revolución socialista no admite más dilaciones ni más esperas.

¿Y qué mejor mentís a las prédicas rojas cuando, guiados por su consigna de lucha de clases, defienden que todo lo extraproletario es cosa putrefacta, inepta e inservible, que la ejecución heroica frente a la suya, de una revolución alimentada, sostenida y cimentada por el fervor nacional y patriótico de aquellos supuestos españoles podridos, inservibles e ineptos?

He aquí dibujada la gran tarea a cuya realización aspira nuestro movimiento. Es terrible nuestra responsabilidad de dirigentes, y quizá, incluso, en nuestro fracaso, si éste llega, se justifique el fracaso de todas las esperanzas nacionales fallidas con que vosotros, miles de camaradas que oís ahora estas palabras, soñáis intensamente. No nos importa esa responsabilidad y la arrostramos.

FINAL

En nuestra profunda sinceridad radica para nosotros la garantía mejor de este movimiento que hemos iniciado. Pero hay aún otra garantía que os ofrecemos sin vacilaciones a vosotros, y es la de que nuestra propia vida jugará en todo momento la carta de nuestra victoria, que es y ha de ser infaliblemente la victoria misma de España y de todos los españoles.

Abril de 1934.

Camarada:

Lee, propaga

y defiende la prensa jonsista.

"LIBERTAD" de Valladolid.

"REVOLUCIÓN" de Zaragoza.

"UNIDAD" de Santiago de Galicia.

"PATRIA SINDICALISTA" de Valencia.

ROBERTO LANZAS

LOS PROBLEMAS DE LA REVOLUCIÓN NACIONAL SINDICALISTA

Una de las realidades más sugestivas y profundas sobre la que se apoya nuestro movimiento es su inflexible destino totalitario, es decir, la ineludible necesidad o compromiso de que salgan de su seno, producidos en él, los logros o aspiraciones fundamentales tras de cuya conquista movilizar el entusiasmo y el interés de los españoles.

Diversas veces en nuestros escritos hemos presentado y definido esa característica, que obliga a la Falange de las JONS a inventar y crear sus propias metas, vedándole el servirse de las que otros han señalado como suyas. Por fortuna, los mejores núcleos del Partido aceptan con alegría creadora ese destino, y por eso ha triunfado y se ha impuesto en nuestras filas la actitud revolucionaria, valiéndose de consignas y clamores que son producto peculiarísimo de nuestro movimiento.

Todo esto equivale, pues, a decir que nosotros dispondremos de un espíritu de decisión, de unos instrumentos tan eficaces y de una fuerza de tal especie, que nos permitirán ofrecer a los españoles la posibilidad de revolversse con éxito, tanto contra su angustia nacional, histórica, de pueblo a la deriva y en peligro, como contra su congoja social, de grandes masas sin pan y sin justicia. Ello es nuestra tarea, el compromiso global de nuestra revolución, con sus problemas, sus dificultades, su perentoriedad y su estrategia. Hay que darles cara, mirarlos de frente e irles destacando uno a uno. Y así veremos cómo realmente los problemas vitales de España claman por una intervención nuestra, esperan la robusta proyección de nuestro Partido, y cómo también cualesquiera otras tónicas que se le acerquen a la faz de España son remiendos impotentes e invaliosos.

EL PROBLEMA FUNDAMENTAL DEL ESTADO

La presencia política de nuestro Partido ha tenido lugar cuando había -y hay- en España una República, una Constitución, unos partidos republicanos, unos ideales y un Gobierno que era y es su producto, culminación y resumen. ¿Necesitamos decir que estamos al margen de eso y que precisamente para ocasiones como la de librarnos y librar a España de eso hay en nuestros propósitos una permanente consigna revolucionaria? Sin duda, no. Hay entre esa realidad y nosotros una incompatibilidad mutua que aparece, de un lado, en el ceno, naturalmente hostil que en nosotros despierta, y de otro, en las persecuciones tiránicas con que los Gobiernos nos distinguen. Parece que nuestro destino, si somos fieles a la autenticidad profunda que nos ha distinguido y prestigiado desde el primer día, va a consistir en pactar con muy pocas cosas, pero entre ellas no pueden estar ni los ideales, ni los partidos, ni los hombres que han dirigido hasta aquí la política de la República. Los repudiamos totalmente, sin asidero posible colaboracionista que nos una a sus tareas ni a sus instituciones. Han puesto los cimientos de un Estado monstruoso, que traiciona la unidad nacional de España, burla el interés revolucionario de las masas y se desliga de todo servicio a los propósitos de ambición nacional y de justicia que reclaman hoy las juventudes.

Pero aquí nace una dificultad para nosotros, un problema para la Revolución Nacional-Sindicalista. Pues si declaramos que nada hay valioso ni aprovechable en el actual sistema, si declaramos empalidecidos y agónicos sus ideales, infecundos y hasta traidores muchos de sus hombres y organizaciones públicas, y si además, como desde luego hacemos rotundamente, declaramos también nuestra decisión firme de no aceptar el retorno de la vieja España sepultada en abril, se nos plantea en el Partido la necesidad creadora de conquistar y descubrir una tercera ruta, abierta si es preciso en la roca viva de la Patria, sobre la que asentar la reforma revolucionaria del Estado.

Este despego que mostramos por igual hacia las viejas formas monárquicas como a la democracia burguesa y parlamentaria que hoy nos rige, está para nosotros en extremo justificado. Todos los atributos, eficacias y características que nosotros exigimos al Estado eran imposibles en aquel régimen agónico y se dan a la vez de bruces con el sistema y los ideales vigentes en la República.

Estamos, pues, libres en eso que se llama -¡todavía!- en los viejos medios problema del régimen. Libres y en el aire. Los socialistas se han definido también en esto de una manera tajante. «No somos republicanos», escribían como un reto en su periódico diario hace breves días. ¿Nos pedirá alguien a nosotros, falange nueva, revolucionaria y ambiciosa, que nos definamos de un modo diferente a los socialistas en tal cuestión? La hacemos, por el contrario, nuestra. Y de esta declaración surge también nuestra frase, que de seguro aceptan asimismo los socialistas para ellos: seremos republicanos si la República es nuestra y está gobernada totalmente por nosotros.

Ahí está, en nuestra coincidencia formal, revolucionaria, con los socialistas la clase del drama y de las convulsiones políticas que esperan a la Patria. Pues claro que disputaremos al marxismo con uñas, dientes y sangre el derecho a forjar los destinos futuros de nuestra España eterna. En la realidad de esa lucha, en sus peripecias y resultados está el secreto del Estado nuevo.

Una victoria nuestra, y nadie olvide que una derrota equivale al predominio socialista, a la victoria bolchevique, instaurará revolucionariamente un Estado nacional-sindicalista integral. Si fuese necesario expresarlo desde ahora, y si resultase urgente al Partido extenderlo como consigna, diríamos ya, proclamaríamos ya, que su denominación formal, su signo externo dentro de los vocabularios y de los mitos hoy vigentes, sería el de una REPÚBLICA CONSULAR.

MEDIOS DE LUCHA.

ESTRATEGIA DE LA REVOLUCIÓN NACIONAL-SINDICALISTA

Es innegable que uno de los extremos más firmes sobre los que el Partido necesita disponer de mayor claridad es el de nuestra táctica revolucionaria, las diversas etapas de su desarrollo y los medios, los organismos rectores y ejecutivos de la misma. Pues un plan táctico abarca necesariamente desde el tono y los objetivos parciales sobre los que se ciñe la propaganda hasta el planteamiento definitivo de la conquista del Poder. Bien destacado aparece ante nosotros cuál es el deber de la lucha diaria, sobre qué hechos y acontecimientos gravitará la atención polémica del Partido. Hay tres sectores de problemas, tres turbinas fabricadoras permanentes de hechos y conflictos, sobre los que tenemos que estar a toda hora bien atentos: La realidad de que se inicia por fuerzas poderosas un proceso de disgregación nacional. La presencia temible de los campamentos marxistas. El hambre de grandes masas y la galvanización económica de un sector extenso de la pequeña burguesía española, tanto de la ciudad como del campo.

Sobre los conflictos y las angustias que en la vida nacional de España produzcan a diario esas tres gravísimas realidades, tiene nuestro movimiento que aparecer siempre victorioso. Es decir, que nos resulta obligado, incluso como exigencia de carácter estratégico, dar cada día a los españoles la sensación de que la única garantía contra los separatismos, contra el predominio bolchevique y contra la ruina y el hambre de los españoles es, precisamente, la aparición triunfal de nuestra revolución.

Es, pues, rígida e insoslayable la estrategia diaria del Partido en cuanto haga referencia a esos problemas. Pero la cuestión más espinosa, la que va a resultarnos de pesquisa más difícil, es la que se refiere a los organismos, a los instrumentos de lucha llamados a canalizar, recoger y potenciar la fuerza de la Falange.

Pues hay que tener sentido de la responsabilidad de nuestras consignas y lanzarlas con el refrendo que supone enseñar y decir cómo van a ser realizadas y cumplidas. Por desgracia, no se ha dedicado a estas cuestiones entre nosotros la atención suficiente, y hoy no son muchos -es decir, poquísimos- quienes tienen acerca de nuestra marcha y de cómo hemos de resolver sus dificultades, ideas de claridad siquiera relativa.

Y es precisamente cuanto afecte a los planes tácticos y estratégicos, a las formas, estilo y peripecias de la revolución lo menos adecuado para ser aprendido en parte alguna. Las aspiraciones fundamentales, la doctrina, las metas pueden, sí, haber sido objeto de elaboración y aprendizaje sirviéndose de enseñanzas y experiencias ajenas. Pues son, en cierto modo, algo estático y permanente. Es, en cambio, peligrosísimo «aprender» estrategia revolucionaria. Y quizá en el olvido radical de esto reside el fracaso de todos los intentos comunistas posteriores a la revolución bolchevique de octubre.

La idea más sencilla y pronta que se ofrece a movimientos de nuestro estilo para resolver problemas como el que planteamos, es la creación de unas milicias. Aceptarla sin más y adoptarla frívolamente, de un modo abstracto, lo reputamos de sumo peligro. Habrá que examinar con rigor qué posibilidades de perfección y de desarrollo tendrían en el lugar y momento de España en que aparecen. Habrá que resolver el problema del espíritu que va a presidir el toque a rebato de los milicianos esos, y si su organización y jerarquías son de tal modo perfectas que utilicen todas las disponibilidades valiosas del Partido. Habrá que estar pendientes de la actitud oficial de los Gobiernos y, en fin, tendrá el Partido que saber a todas horas hasta qué punto puede descansar sólo en sus milicias y jugar a su única carta el acervo de conquistas políticas que vaya efectuando.

Un plan táctico perfecto exige, sin duda, conocer la diversidad de puntos vulnerables por donde resulta posible el acceso al Poder. Estos no son necesariamente para una revolución el de la violencia descarada en todos los frentes. Ni mucho menos. Tienen y deben ser conjugados varios factores y extraer de su simultaneidad o sucesión inmediata los éxitos posibles. A un Estado liberal-parlamentario no se le vence de igual manera que a una dictadura, ni pueden utilizarse los mismos medios revolucionarios contra

un Estado que adolece de una impotencia radical para evitar el hambre y la ruina de los compatriotas que contra otro que se debate sobre dificultades permanentes de orden político.

Concretamente para nosotros hay la necesidad de ver claro todo esto, en el plano de la realidad española. Nos resulta ineludible e imprescindible fijar nuestra estrategia y dotarla de los organismos de que ha de valerse. En la ciudad y en el campo, para desarmar los campamentos marxistas y para asegurar nuestros derechos, para lograr una sensación pública de poderío y de solvencia y también para la conquista del Estado.

Para todo esto no basta decir, perezosamente: creemos milicias. Es más compleja la dificultad y exigirá, sin duda, de los dirigentes cavilaciones amplias. Hemos de proyectarnos sobre los puntos vitales de la vida nacional, influyendo en ellos y controlando sus latidos. Sin olvidar que a la conquista del Estado por nosotros tiene que preceder su propia asfixia. Y dejemos esto aquí.

Agosto de 1934.

LA VIOLENCIA POLÍTICA Y LAS INSURRECCIONES

Desde hace diez años ha cambiado radicalmente la órbita moral en que se debaten las decisiones políticas últimas. A no ser en aquellos países idílicos que precisamente ahora han conseguido el hallazgo de las libertades, las transigencias y las tolerancias y viven así fuera de todo peligro de choques violentos, de peleas facciosas y de sangre en la calle -¿lo decimos de este modo, españoles?-, en los demás, en todos los demás, se entra en el período de las jornadas duras o se sale de ellas, quizá con la cabeza rota, pero con los problemas resueltos y la vida de la Patria conquistada y ganada a pulso en las refriegas.

Vivimos hoy bajo la franca aceptación y justificación de la violencia política. Así, pues, en nuestra época, en estos años mismos, la violencia ha adoptado formas en absoluto diferentes de las que regían, por ejemplo, en Europa hace cuarenta años. Eran entonces focos de terrorismo, partidas poco numerosas de actuación secreta y turbia que escandalizaban la circulación pacífica de las gentes con sus intervenciones y no contaban con la adhesión, ni menos con la colaboración activa, de los sectores sociales afines, como los nihilistas rusos, que durante diez años, de 1875 a 1885, consiguieron la intranquilidad permanente del imperio zarista; y de otro lado, los grupos de acción de los Sindicatos libres frente al anarco-sindicalismo revolucionario, muy pocas docenas, que durante los años 1920-1923 fueron en España la única violencia directa, extraoficial, que existió frente a la violencia de los grupos rojos.

La pugna fascismo-comunismo, que es hoy la única realidad mundial, ha desplazado ese tipo de violencia terrorista, de caza callejera a cargo de grupos reducidos heroicos, para presentar ese otro estilo que hoy predomina: el choque de masas, por lo menos de grupos numerosos que interpretan y consiguen la intervención activa, militante y pública de las gentes, extrayéndolas de su vivir pacífico y lanzándolas a una vida noble de riesgo, de sacrificio y de violencia.

El fenómeno es notorio y claro: a los grupos secretos, reducidos y anormales, los sustituyen ahora las milicias, que ostentan pública y orgullosamente ese carácter, que visten uniforme, adquieren capacidad militar propia de ejércitos regulares y, lo que es fundamental, son, viven y respiran en un partido, encuentran justificación en una doctrina política, se sienten ligadas a la emoción pura y gigantesca de los jefes.

De ese modo, lo primero de que tienen conciencia quienes forman en esas milicias, es que su esfuerzo es un esfuerzo moral, encaminado a triunfos y victorias de índole superior, sin cuyo logro su vida misma carece de plenitud y de centro. Es ahí donde radica el origen moral de la violencia, su carácter liberador, creador y lo que le presta ese ímpetu con que aparece en los recodos más fecundos de la Historia.

La violencia política se nutre de las reacciones más sinceras y puras de las masas. No caben en ella frivolidades ni artificios. Su carácter mismo extraindividual, trascendente, en pos de mitos y metas en absoluto ajenos en el fondo a las apetencias peculiares del combatiente, la eximen de sedimentos bárbaros de que, por otra parte, está siempre influida la violencia no política o ésta misma, cuando se recluye en la acción individual, enfermiza y salvaje.

Por los años mismos en que actuaban aquí contra la acción terrorista del anarco-sindicalismo los grupos igualmente terroristas de los libres, se creó, desarrolló y triunfó en Italia el movimiento fascista, primera aparición magna y formidable de la violencia con un sentido moral, nacional y creador. Aquí, entonces la cobardía del ambiente, la incapacidad para la acción directa de los núcleos jóvenes y la ausencia de una profunda adhesión a los valores superiores, a la Patria, impidieron que brotase a la luz del día un movimiento político violento que tomase sobre sí la tarea de combatir con las armas los gérmenes anárquicos, aplastando a la vez la arquitectura de aquel Estado tembloroso e inservible. En vez de eso, surgieron los grupos contrarrevolucionarios, profesionales, con idéntica táctica terrorista que la del enemigo, y que constituyen uno de los más tristes e infecundos episodios de la historia social reciente. Se inhabilitaron en unas jornadas sin gloria y sin brío hombres que con otra orientación hubieran estado a la altura de los mejores, y que así, hundidos en el drama diario de la lucha en las esquinas, están clasificados con injusticia. Si insistimos en la crítica de estos hechos es porque debido a que surgieron en la época misma que el fascismo italiano, que derivó con fecundidad a la lucha de masas y el triunfo político, se advierta la diferencia y el inmenso error que todo aquello supuso para España. ¿Podrá repetirse la absurda experiencia?

La violencia política nutre la atmósfera de las revoluciones, y desde luego, es la garantía del cumplimiento cabal de éstas. Así el fascismo, en su entraña más profunda y verdadera, se forjó a base de arrebatarse a las fuerzas revolucionarias típicas el coraje y la bandera de la revolución. Las escuadras fascistas desarrollaban más violencia y más ímpetu revolucionario en su actividad que las formaciones marxistas de combate. Esa fue su victoria, el dominio moral sobre las masas enemigas, que después de un choque se pasaban con frecuencia, en grupo numeroso, a los camisas negras, como gentes de más densidad, más razón y más valentía que ellos.

Hoy sólo tienen capacidad de violencia o, lo que es lo mismo, capacidad revolucionaria, afán de coacciones máximas sobre las ideas y los grupos enemigos, las tendencias fascistas -nacionales- o las bolcheviques -antinacionales y bárbaras-. A todas las demás les falta seguridad en sí mismas, ímpetu vital, pulso firme y temple.

Es evidente que la violencia política va ligada al concepto de acción directa. Unas organizaciones, unas gentes, sustituyen por sí la intervención del Estado y realizan la protección y defensa armada de valores superiores que la cobardía, debilidad o traición de aquél deja a la intemperie. Ello ha de acontecer siempre en períodos de crisis, en que se gastan, enmohecen y debilitan las instituciones, a la vez que aparecen en circulación fuerzas e ideas ante las cuales aquéllas se sienten desorientadas e inermes. Es el caso del Estado liberal, asistiendo a la pelea entre fascistas y comunistas en los países donde esta pugna alcance cierta dosis.

* * *

España ha penetrado ya en el área de la violencia política. Situación semejante podía ser o no grata, y, desde luego, no desprovista de minutos angustiosos; pero está ahí, independiente de nuestra voluntad, y por lo menos ofreciéndonos la coyuntura propicia para resolver de una vez el problema de España, el problema de la Patria. De aquí, de la situación presente, sólo hay salida a dos realidades, sólo son posibles dos rutas: la ciénaga o la cima, la anarquía o el imperio, según escribía en el anterior número un camarada «jonsista».

Bien está, pues, enarbolar ante la juventud nacional el grito de la ocasión que se acerca. Elevar su temperatura y llevarla al sacrificio por España. Pero no sin resolver las cuestiones previas, no sin dotarla de una doctrina segura y de una técnica insurreccional, moderna e implacable. Es nuestra tarea, la tarea de las JONS, que evitará las jornadas de fracaso, arrebatando a la gente vieja el derecho a señalar los objetivos políticos y a precisar la intensidad, el empuje y la estrategia de la insurrección.

No utiliza la violencia quien quiere, sino quien puede. Desde hace diez años asistimos a experiencias mundiales que ofrecen ya como un cuerpo de verdades probadas sobre algunos puntos muy directamente relacionados con el éxito o el fracaso de las insurrecciones, cualesquiera que ellas sean.

* * *

La insurrección o el golpe de Estado -les diferencia y distingue la táctica, pero se proponen la misma cosa y por muy similares medios- son el final de un proceso de violencias, de hostilidades, en que un partido político ha probado sus efectivos, su capacidad revolucionaria, disponiéndolos entonces hacia el objetivo máximo: la conquista del Estado, la lucha por el Poder. Día a día ese partido ha educado a sus grupos en una atmósfera de combate, valorando ante ellos sólo lo que estuviese en relación con los propósitos insurreccionales del partido.

Para ser breves indicaremos de un modo escueto algunas observaciones que deben tenerse en cuenta en todo plan de insurrección o golpe de Estado que hoy se organice en cualquier lugar del globo.

1. La insurrección ha de ser dirigida y realizada por un partido.- En torno a sus cuadros dirigentes y a sus consignas han de congregarse los elementos afines que ayuden de una manera transitoria la insurrección. El partido que aspire a la conquista del Poder por vía insurreccional tiene que disponer de equipos armados en número suficiente para garantizar en todo minuto el control de las jornadas violentas en que intervengan fuerzas afines, que deben ser incorporadas, siempre que sea posible, a los propios mandos del partido. Y esto, no se olvide, incluso tratándose de fuerzas militares, en el caso de que se consiga la colaboración de parte del ejército regular.

2. Es imprescindible una educación insurreccional, una formación política.- Carecen por lo común de toda eficacia las agrupaciones improvisadas que surgen a la sombra de ciertos poderes tradicionales, en horas de peligro, sin cuidarse de controlar y vigilar su capacidad real para la violencia. Aludimos a los grupos sin disciplina política, que se forman un poco coaccionados por sentimientos y compromisos ajenos a la tarea insurreccional, en la que toman parte sin conciencia exacta de lo que ello supone. Ahí está reciente el ejemplo de aquella famosa «Unión de los verdaderos rusos», por otro nombre las «Centenas negras», que formó en Rusia el arzobispo de Volhinia, Antonio, con todo aparato de liga numerosa, dispuesta para la lucha contra la ola bolchevique, pero de la que a la hora de la verdad no se conoció ni un solo paso firme. Sólo la acción en una disciplina de partido con objetivos concretos y desenvoltura política alcanza y consigue formar grupos eficaces para la insurrección.

3. Los equipos insurreccionales necesitan una movilización frecuente.- Es funesta la colaboración de gentes incapaces de participar en las pruebas o ensayos previos, en la auténtica educación insurreccional que se necesita. Todos esos individuos que suelen ofrecerse «para el día y el momento decisivo» carecen con frecuencia de valor insurreccional y deben desecharse. Asimismo, las organizaciones no probadas, hechas y constituidas por ficheros, sin que sus miembros tengan una demostración activa de su existencia

en ellas, sirven también de muy poco. Está comprobado que es fiel a los compromisos que emanan de estar en un fichero un cinco por ciento, cuando más, del total de esas organizaciones. Además el rendimiento suele ser casi nulo. El peso y el éxito de la insurrección dependen de los equipos activos que proceden de las formaciones militarizadas del partido. Con su práctica, su disciplina y la cohesión de sus unidades, estos grupos o escuadras logran a veces, con buena dirección y gran audacia, formidables éxitos. Deben formarse de muy pocos elementos -diez hombres, veinte cuando más-, enlazados, naturalmente, entre sí; pero con los objetivos distintos que sea razonable encomendar a cada uno de ellos. Estas pequeñas unidades son además militarmente las más oportunas para la acción de calles, teatro corriente del tipo de luchas a que nos referimos, y son preferibles por mil razones técnicas, fáciles de comprender, a las grandes unidades, que se desorientan fácilmente en la ciudad, perdiendo eficacia, y por ello mismo en riesgo permanente de derrota.

4. *El golpe de mano y la sorpresa, elementos primeros de la insurrección.*- No hay que olvidar que la insurrección o el golpe de Estado supone romper con la legalidad vigente, que suele disponer de un aparato armado poderoso. Es decir, ello equivale a la conquista del Estado, a su previa derrota. El propósito es por completo diferente a la hostilidad o violencia que pueda desplegarse contra otros partidos u organizaciones al margen del Estado. Todo Estado, aun en su fase de máxima descomposición, dispone de fuerzas armadas muy potentes que, desde luego, en caso de triunfo de la insurrección, conservan su puesto en el nuevo régimen. Estas fuerzas ante un golpe de Estado de carácter «nacional», es decir, no marxista, pueden muy fácilmente aceptar una intervención tímida, algo que equivalga a la neutralidad, y para ello los dirigentes de la insurrección han de cuidar como fundamental el logro de los primeros éxitos, aun cuando sean pequeños, que favorezcan aquella actitud expectante. En la lucha contra el Estado es vital paralizar su aparato coactivo, conseguir su neutralidad. Esto puede lograrse conquistando la insurrección éxitos inmediatos, y siendo de algún modo ella misma garantía y colaboradora del orden público. Sin la sorpresa, el Estado, a muy poca fortaleza de ánimo que conserven sus dirigentes, logra utilizar en la medida necesaria su aparato represivo, y la insurrección corre grave riesgo.

5. *Los objetivos de la insurrección deben ser populares, conocidos por la masa nacional.*- Las circunstancias que favorecen y hacen incluso posible una insurrección obedecen siempre a causas políticas, que tienen su origen en el juicio desfavorable del pueblo sobre la actuación del régimen. La agitación política -que, insistimos, sólo un partido, las consignas de un partido, puede llevar a cabo- es un antecedente imprescindible. Las jornadas insurreccionales requieren una temperatura alta en el ánimo público, una atmósfera de gran excitación en torno a la suerte nacional, para que nadie se extrañe de que un partido se decida a dirimirla por la violencia. A los diez minutos de producirse y conocerse la insurrección, el pueblo debe tener una idea clara y concreta de su carácter.

6. *El partido insurreccional ha de ser totalitario.*- Naturalmente, al referirnos y hablar en estas notas de «partido» dirigente y organizador de la insurrección, no aludimos siquiera a la posibilidad de que se trate de un partido democrático-parlamentario, fracción angosta de la vida nacional, sin capacidad de amplitud ni de representar él solo durante dos minutos el existir de la Patria. El partido insurreccional será, sí, un partido; es decir, una disciplina política, pero contra los partidos. Requiere y necesita un carácter totalitario para que su actitud de violencia aparezca lícita y moral. Es exactamente, repetimos, un partido contra los partidos, contra los grupos que deshacen, desconocen o niegan la unanimidad de los valores nacionales supremos. Ese aspecto del partido insurreccional de fundirse con el Estado y representar él solo la voluntad de la Patria, incluso creando esa voluntad misma, es lo que proporciona a sus escuadras éxitos insurreccionales, y a su régimen de gobierno, duración, permanencia y gloria.

Estas notas analizan la insurrección política como si fuera y constituyese una ciencia. Nos hemos referido a la insurrección en general, sin alusión ni referencia cercana a país alguno; son verdades y certidumbres que pueden y deben ya presentarse con objetividad, como verdades y certidumbres científicas. Es decir, su desconocimiento supone sin más el fracaso de la insurrección, a no ser que se trate de situaciones efímeras, sin trascendencia histórica, y se realicen en países sin responsabilidad ni significación en la marcha del mundo.

RAMIRO LEDESMA RAMOS. ARTÍCULOS ANÓNIMOS

PARTIDOS DE ESPAÑA: COMUNIÓN TRADICIONALISTA

Está ya un poco dentro de la tradición española el partido tradicionalista mismo. Las JONS han declarado siempre que recogen de él su temperatura combativa, su fidelidad a los nortes más gloriosos de nuestra Historia y su sentido insurreccional, como un deber del español en las horas difíciles y negras. Será en todo caso lamentable que sólo un partido así, con las limitaciones a que le obligaba su carácter de estar adscrito a una persona o rama dinástica, haya sido a lo largo de todo un siglo de vida española el único para quien las voces nacionales, el clamor histórico de España y nuestro gran pleito con las culturas, pueblos y naciones extranjeras y enemigas, constituía la realidad más honda.

No tiene la culpa, claro es, el partido tradicionalista de que haya sido sólo él quien se mostraba sensible ante los valores españoles en peligro, tocando a rebato tenaz y heroicamente, en presencia de los atropellos y desviaciones traidoras que se consumaban. El ha sido testigo de cómo surgía, se extendía y triunfaba en el país un sistema intelectual para quien España era un pobre pueblo, sin grandeza ni cultura genuina, al que había que llevar a la escuela de Europa para que aprendiese el abecedario. El destacaba por ahí unos cuantos hombres de mérito que tenían poco menos que esconderse para decir de un modo recatado y silencioso, en las cátedras, o de un modo lírico y de fugacísima eficacia, en los mítines de plaza de toros, que, por el contrario, España era un pueblo genial, creador de valores universales y ejecutor de hechos históricos resonantes y decisivos para el mundo. El veía, por último, la ineficacia radical en torno, admirado y señalado como un residuo pintoresco de la cazurra fidelidad a cosas y mitos absurdos e irreales.

Pero han llegado para España días pavorosos, en que su mismo ser nacional está a la intemperie, batido por intereses, ideales y fuerzas que todos sabemos al servicio de un plan de aniquilamiento y destrucción de España.

Es en ese momento crítico cuando muchos nos hemos dado cuenta de que hay que formar en torno a la idea nacional española, sacrificándolo todo a su vigor y predominio victorioso. Esa es la palabra decisiva de nuestros cuadros y la consigna fundamental que corresponde defender y cumplir a los haces «jonsistas».

Pero tarea semejante requiere hacerse cargo de un modo total de los problemas y dificultades todas que hoy asaltan el vivir político, social y económico de España. Aquí radica la que pudiéramos llamar «insuficiencia» del partido tradicionalista. No come el pueblo ni se mantiene próspera la economía nacional porque todos clavemos los ojos y fijemos la atención admirativa ante los hechos y gestos de Carlos V, el gran emperador hispánico. No se hace frente a las exigencias y apetencias vitales del pueblo español mostrándole lo que exigieron y apetecieron nuestros antepasados. No se resuelven las crisis ni se atajan las catástrofes económicas, ni se aplacan las pugnas sociales porque restauremos la vigencia de los sistemas, estructuras y formas de vida social y económica de tal o cual siglo, cuando no había economía industrializada, ni máquinas, ni corrientes ideológicas como las que hoy mueven y encrespan frenéticamente a la humanidad.

No admitimos, pues, que sea el partido tradicionalista ni ninguna otra organización similar la que logre que las masas españolas se incorporen a un orden nacional, creador y fecundo. El culto a la tradición es, en efecto, tarea vital, imprescindible; pero el ímpetu de los pueblos que marchan y triunfan requiere cada minuto una acción sobre realidades inmediatas, una victoria sobre dificultades y enemigos que se renuevan y aparecen diferentes cada día. El partido tradicionalista sólo tiene armas y puntería para un enemigo que, por cierto, ya es una sombra: la democracia liberal. Y está inerme ante otros que hoy son poderosos, fuertes y temibles, por ejemplo: el marxismo.

Las JONS sienten como el que más una admiración honda al pasado español; pero declaramos nuestra voluntad de acción y de dominio en el plano de la España de hoy sin que nos trabe ni emblandezca la rebusca de soluciones tradicionales. Hay una Nación y un pueblo a quien salvar, y nosotros lo haremos a base de tres consignas permanentes -Patria, Justicia y Sindicatos- que ofrecen a nuestra ambición de españoles, a nuestra juvenilísima voluntad de lucha, amplio campo de combate y de acción.

En la marcha siempre tendremos un saludo que ofrecer a los tradicionalistas, cuyas juventudes serán necesariamente nuestras, porque la gravedad de la hora española y su misma exigencia vital de sacrificarse eficazmente, las conducirá a nosotros, las traerá a nuestra causa «jonsista», esgrimiendo nuestras flechas revolucionarias contra los enemigos visibles e invisibles de la Patria.

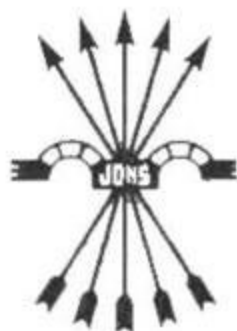
Es, sin duda, hermoso recluirse con fervor en las horas grandes de la Historia de España. Pero hay el compromiso de marchar, de conducir y salvar a la España que hoy -precisamente hoy- alienta y existe.

Dejemos la contemplación de minorías de estudiosos que se encargarán de ofrecernos con amor y pulcritud los frutos tradicionales.

¿Tiene capacidad de acción el partido tradicionalista? ¿No quebrantaron su fuerza insurreccional las guerras civiles y no vive ya un poco su heroísmo entre ensoñación de recuerdos y frases formularias de tópico?

Estamos seguros de que la gran mayoría de sus juventudes intuirá o comprenderá la urgencia de incorporarse a más amplias banderas, de cara a los tiempos que vivimos y reconquistar para España, para el pueblo español, dignidad, justicia y pan.

Junio de 1933.



ACCIÓN POPULAR

LAS circunstancias españolas, sobre las que hay que moldear en esta hora todos los juicios y todos los actos, consiste en que está sobre el país, acampada en él, una tendencia revolucionaria de tipo marxista. Ya en las primeras semanas que siguieron al hecho de abril, pudo advertirse fácilmente que esa era la realidad más grave el predominio del espíritu socialista en la revolución republicana democrática.

Acción Popular nació en aquellas jornadas subsiguientes a la República. Como un primer refugio defensivo, como una concesión inmediata al plano de la política entonces surgida, como un título que autorizase la pugna en los recintos de la nueva legalidad.

Mientras Acción Popular fué eso, no fué, naturalmente, un partido, sino una masa informe de gentes, con un número exiguo de coincidencias. Pero con una significación rotunda y destacada: era una agrupación electoral que se sometía «a priori» a las normas aun desconocidas del nuevo régimen que se disponía a regatear las concesiones que en nombre de lo antiguo era posible o conveniente facilitar de grado a lo nuevo. (Así la primera lección recibida fué la de que las revoluciones no necesitan que se les conceda de grado nada; lo toman por sí, con la coacción o violencia que emana de su propio carácter.)

No era, pues, difícil predecir el relativo fracaso (le la nueva entidad conservadora. Así y todo, en aquellos meses turbios, durante los cuales todo lo antinacional, infecundo y destructor hallaba cobijo en las esferas oficiales, Acción Popular mostraba una cierta adhesión a valores perdurables de España, y ello explica su éxito numérico inmediato entre todos los sectores que por las razones más varias se sentían enemigos y desligados de la situación triunfante.

Desde la hora misma en que la Revolución de abril adoptó el perfil marxista, y ello aconteció a los dos o tres meses, estaba descartada la ineficacia de los métodos que adoptaba Acción Popular, del espíritu con que se presentaba a la lucha, de la proeza o candor ideológicos con que se equipaba para medir sus armas con las que esgrimían los partidos de abril. Ahora bien, fracasase o no -que sí fracasó- en su afán de influir en la elaboración constitucional, machacando alguna uña de la fiera; esto es, limando los antis furiosos de los que llegaban, no por eso hemos de negarle licitud, buena fe y derecho a ser considerada y estimada por las fuerzas antimarxistas como la nuestra, y agradecer aquellos trabajos de organización que realizó en los primeros meses.

Hay, pues, dos etapas clarísimas en la ruta de Acción Popular. Una comprende su primer período, aquel en que no aparecía como partido; esto es, como organización que se distingue por una táctica, unas afirmaciones ofensivas -un programa peculiarmente suyo- y una disciplina, sino más bien como un terreno neutral donde gentes diversas podían encontrar «transitorio» acomodo político. En esta primera etapa fueron ya muchos los reparos que brotaban frente a ella. Y no aludimos a su consigna sobre las formas de Gobierno, pues acerca de este particular son las J. O. N. S. a quienes más sin cuidado le tienen esas cosas, sino a algo más hondo, grave e importante, como es su carácter blando y antimoderno, su cercanía de una parte a las viejas formas liberal-conservadoras, y de otra a los tristes partidos sturzianos de Europa, su total desvío de la cuestión fundamental española, que es la de mantenerse en pie como Nación digna y una, etc.

Estas características, que ya los fundadores primeros imprimieron a Acción Popular, se destacan con más relieve en su segunda etapa, la actual, en que ya aparece como un partido, como una unidad de disciplina, de acción y de programa.

Frente a él, ante él, hemos de situarnos. Acción Popular es hoy un partido que puede ocasionar a nuestro movimiento jonsista el perjuicio de arrebatarse de sus filas un sector de juventudes católicas, a las que una interpretación tendenciosa y una educación política falsa pueden situar a extramuros de la causa nacional española, para convertirlas en adalides de una ruta desviada, como la que puede ensayarse en Bélgica o en Sumatra, pero indefendible, perturbadora y enemiga en la España nuestra.

Acción Popular, dirigida por Gil Robles y siguiendo las orientaciones políticas superiores de don Ángel Herrera, tendrá derecho a que se la unan los sectores pacíficos, escépticos de «lo español» y que tengan pocas ganas de vencer «dificultades difíciles». Puede propagar en España esos tristes ensayos que fueron el populismo de Dom Sturzo, la democracia cristiana y el equilibrio de los belgas, conformistas y desilusionados de las grandes victorias que otros, sin embargo, obtienen fuera de aquí.

Las J. O. N. S. están bien lejos de todo eso. Nos ilusiona la gran España posible, y queremos luchar, como sea y donde sea, por conseguir ese triunfo. Pero no dejaremos de ver en amplios sectores de Acción Popular gente muy afín, que sueña nuestras mismas cosas, y a las que habrá que conquistar para nuestro fervor nacionalsindicalista, para nuestra angustia de las masas españolas sin pan y sin justicia, para nuestra eficacia y nuestra lucha.

La oposición de los jefes de Acción Popular a todo posible fascismo son hondamente sintomáticas. Pues no la hacen en nombre de una más pulcra fidelidad a nuestro propio destino de españoles, al signo y

genio creador de España -fue es desde donde nosotros miramos con cuidado y prevención al fascismo-, sino porque encuentran en éste vitalidad nacional, fuerza de masas militantes y activas, voluntad revolucionaria, eficacia combativa. Cosas que erróneamente creen estos señores en pugna con supuestas normas espirituales que todos respetamos, sentimos y queremos.

Mayo de 1933.



CIRCULARES Y MANIFIESTOS

A TODOS LOS TRIUNVIRATOS LOCALES, TRIUNVIRATOS DE JUNTA, SECRETARIOS DE GRUPO Y MILITANTES, TODOS DE LAS J. O. N. S.

(Circular para el Partido)

Camaradas:

Nuestras Juntas van adquiriendo día a día prestigio, eficacia y éxito. Somos ya de un modo indiscutible los representantes del nuevo espíritu combativo y nacional que orienta hoy a las fuerzas jóvenes de España. En un momento así, lograda con honor esa representación política, nos dirigimos al Partido señalando a todos los camaradas la línea de acción «jonsista» que conviene y corresponde seguir en lo futuro.

Nuestras normas han de ser cumplidas con rigidez y precisión. Agentes especiales de este Triunvirato Ejecutivo vigilarán las organizaciones, controlando de un modo directo la plena vigencia de las mismas. Proclamamos, pues, ante el Partido:

1. Las JONS se disponen a destruir todos los confusionismos que les cercan hoy. Somos un Partido en absoluto independiente de todos los demás, surgido con posterioridad a la ruta revolucionaria de abril, que persigue unos objetivos políticos opuestos a las desviaciones antinacionales que hoy predominan, pero sin compromiso ni afán de restablecer aquella canija, temblorosa y cobarde realidad que ofrecía el régimen monárquico a los españoles.

2. Las JONS depurarán con rigor los cuadros dirigentes de las organizaciones locales. No importa ni son peligrosos en la base aquellos camaradas que no estén debidamente informados Ni influidos por el Partido. Pero hay que evitar que ocupen puesto alguno de mando, por modesto que sea, quienes no ofrezcan garantías seguras de estar en condiciones de comprender y seguir rígidamente la acción y la doctrina del Partido.

3. No constituimos un Partido confesional. Vemos en el catolicismo un manojo de valores espirituales que ayudarán eficazmente nuestro afán de reconstruir y vigorizar sobre auténticas bases españolas la existencia histórica de la Patria. Todo católico «nacional», es decir, que lo sea con temperatura distinta a los católicos de Suecia, Bélgica o Sumatra, comprenderá de un modo perfecto nuestra misión. No somos ciertamente confesionales, no aceptamos la disciplina política de la Iglesia, pero tampoco seremos nunca anticatólicos.

4. Nuestro rumbo social sindicalista nos da el carácter, que no rechazará nunca el Partido, de un movimiento de amplia base proletaria y trabajadora. Las JONS conocen la decrepitud del sistema económico liberal burgués que hoy rige, y por eso, con línea paralela a las propagandas marxistas, machacando sus posiciones y creando otras más eficaces, verdaderas y limpias, nos aseguraremos el concurso, el entusiasmo y la colaboración sindical de un amplio sector de trabajadores.

5. El Partido tiene que comprender rotundamente las dos eficacias que nos son imprescindibles: las JONS han de ser a la vez un Partido de masas y un Partido minoritario. Es decir, que influya directamente en grandes masas de españoles, orientándolos políticamente y que disponga al mismo tiempo de una organización elástica y responsable: las «Juntas», propiamente dichas, con sus equipos de doctrinarios, teóricos y propagandistas de un lado, y con sus secciones militarizadas de protección, ofensa y defensa, de otro.

6. Las JONS cuidarán y cultivarán, pues, ese objetivo doble en la incrementación y ampliación numérica del Partido. Interesa hoy más el segundo, y por él, naturalmente, han de dar comienzo a sus trabajos las secciones locales. La permanencia en el Partido, el título de militante «jonsista», obliga a capacitarse acerca de sus principios teóricos, de sus fines y de sus tácticas. La depuración de militantes debe hacerse con el máximo rigor, obligando a pasar a los núcleos de masa a todos aquellos elementos que no consigan sostener su puesto en el Partido con decisión, coraje y entusiasmo. Las JONS comprenden, pues, dos sectores bien distintos: el que hemos denominado «núcleos de masa»; es decir, simpatizantes y «jonsistas» a los que no sea posible formar en las organizaciones activas del Partido, y el otro, los militantes de las «Juntas», con un amplísimo bagaje de deberes, capacidad de sacrificio y permanente movilización en torno a las tareas «jonsistas».

7. Todas las «JONS» locales deben tener un conocimiento exacto acerca de la importancia de las organizaciones marxistas de su ciudad, vigilando, sobre todo, sus preparativos de violencia y el espíritu con que esperan o provocan la acción revolucionaria.

8. Todos los camaradas del Partido deben fortalecer cada día más su disciplina. Es el arma de mejor filo con que puede equiparse nuestro movimiento. Sin ella seremos destruidos en las primeras jornadas. Ni un segundo de perplejidad, pues, debe consentirse en el seno de los Triunviratos para sancionar hechos contra la férrea disciplina del Partido. En el capítulo de expulsiones las efectuadas por este concepto tienen que ocupar siempre, por su cifra, el primer lugar.

9. Los Triunviratos locales tienen que acelerar, conseguir con premura, que sus núcleos alcancen la máxima eficiencia «jonsista». Asimismo, perfeccionar y ampliar sus informes mensuales a este Ejecutivo.

10. Se prohíben en absoluto las relaciones políticas con otros partidos, sin conocimiento ni autorización concreta de este Ejecutivo Central. Corresponde a las JONS, en todas partes, desarrollar la mayor eficacia en su acción contra el marxismo, absorbiendo los núcleos de lucha que se formen espontáneamente a extramuros de nuestro Partido. Hay que dar a éstos tácticas seguras, orientación política y sentido nacional, evitando que la acción antimarxista adopte un carácter antiproletario de lucha de clases. Para ello nada mejor que ser nosotros los más diestros, seguros y eficaces.

En fin, camaradas, una vez más os invitamos a apretar el cerco en torno a nuestras consignas justas, respondiendo con tenacidad a los clamores más hondos de España.

Contra la lucha de clases.

Contra los separatismos traidores.

Contra el hambre y la explotación del pueblo trabajador.

Por la ruta triunfal de España.

Por nuestra dignidad de españoles.

Por el orden nacional, fecundo y fuerte.

POR LA PATRIA, EL PAN Y LA JUSTICIA.

EL TRIUNVIRATO EJECUTIVO CENTRAL.

Julio de 1933.

A TODOS LOS TRIUNVIRATOS Y MILITANTES DE LAS J. O. N. S.

CAMARADAS:

Al finalizar el año de 1933 se presenta al Partido un panorama de nuevos esfuerzos y nuevas responsabilidades. Aunque las Juntas caminan con el ritmo de crecimiento que les presta su carácter de estar vinculadas a la ascensión histórica de las juventudes, urge hoy, sin embargo, acelerar las etapas y conseguir para en breve eficacias rotundas. Han de ser las tareas jonsistas de 1934. Las JONS disponen ya de todo lo necesario para convertirse en dos meses en un amplísimo y poderoso movimiento nacional. Pues tenemos una doctrina, una sed firme de juventudes a su servicio, una labor callada y lenta de organización, una experiencia magnífica a prueba de dificultades y, sobre todo, la seguridad optimista de que sólo nosotros representamos el ansia voluntariosa de salvarse con que aparecen hoy equipadas las juventudes españolas.

En 1934 las JONS tienen que conseguir uno de los objetivos más difíciles del Partido: hacer una brecha en el frente obrero marxista; es decir, conseguir la colaboración, el apoyo y el entusiasmo de un gran sector de trabajadores. La ruta del Partido está suficientemente provista de espíritu social para que sea lícita, posible y cercana esa pretensión nuestra, que, por otra parte, resulta imprescindible a los propósitos jonsistas de movilizar «masas» nacionales.

Está, pues, bien clara la consigna para 1934: pasar de los trabajos internos de organización a una realidad polémica al aire libre, superar la situación de pequeños núcleos entusiastas por la captación y conquista de cuadros numerosos.

Esperamos de todos los camaradas que prosigan con ardor su actuación jonsista, ateniéndose a las normas que siguen, únicas que pueden proporcionar al Partido la victoria que creemos corresponde en 1934:

1) Necesitamos que todos los militantes robustezcan su sentido de la acción. Pues no hemos nacido para una labor educativa y lenta, sino para realizaciones diarias. Y sólo presentando a los españoles un ejemplo de sacrificio, actividad y desinterés pueden conseguirse los concursos morales y materiales que necesita el Partido.

2) Las JONS tienen que evitar que se adscriba su acción a una política de derechas o de izquierdas. Nos repugnan por igual quienes se sitúan en esas zonas, que viven a base de alimentar y fomentar la discordia española, desconociendo la urgencia de que en España no haya sino dos frentes de lucha: 1.º, el de los que afirman su realidad como Nación y tratan de servir esa realidad uniendo su destino moral y económico al destino moral y económico de España. 2.º, el de todos los que la niegan y se desentienden traidoramente de ella. Así de sencilla es la concepción jonsista, y a nadie está permitido complicar nuestra bandera con raíces o motivos diferentes. Las propagandas tienen, pues, que hacerse teniendo en cuenta esa amplísima concepción nacional de las JONS, para que sólo los inconscientes o los traidores queden fuera de la órbita nacional del Partido.

3) Hay que dotar a las JONS de una ancha base proletaria. Afirmamos que no sabe nada de nuestra época quien crea lícito mantenerse contra la hostilidad de todos los trabajadores. Nadie confunda el jonsismo con una frívola y vana tarea de señoritos. Interpretamos profundamente una posición social que se identifica en muchos aspectos con los intereses de la clase trabajadora, y por eso estamos seguros de que si nuestros camaradas propagandistas agitan con inteligencia y coraje la bandera jonsista entre los trabajadores, obtendrán formidables eficacias. Para ello, para favorecer y orientar la propaganda en los sectores obreros, han lanzado las JONS el manifiesto a los trabajadores, donde aparecen las consignas justas que deben utilizarse.

4) La disciplina jonsista ha de ser, desde luego, ejemplar. Pero todo lo contrario, sin embargo, de una sumisión ciega que impida la fuerza creadora de las organizaciones. Dentro de las JONS habrá grupos especiales -ya de hecho han comenzado a formarse las Patrullas de Asalto con un espíritu así-, donde la disciplina rígida y férrea exista. Pero el Partido, en esta etapa de crecimiento que se avecina, debe lanzarse con denuedo a la acción y a la propaganda sin estar pendiente cada hora de la actitud de los dirigentes. Bien se nos entenderá esto que decimos. Hay en los próximos meses, que actuar y que crecer sea como sea.

5) No puede olvidarse la realidad española. El ochenta por ciento de nuestros compatriotas vive insatisfecho, postergado ilícitamente en sus pretensiones justas. Ello emana de la anarquizada vida moral y social en que se ha debatido España en los últimos tiempos. Las JONS pueden y deben ser el cauce único donde confluyan los esfuerzos de esos compatriotas por salvarse con dignidad y eficacia. La bandera jonsista puede ofrecer a los desasistidos injustamente, a los lícitamente insatisfechos, a los postergados por

los privilegios abusivos de una minoría rapaz e inepta, un cobijo salvador, una victoria común. He ahí el camino y los objetivos inmediatos de la propaganda. ¡Todos a salvarse con y por España!

¡VIVA EL NACIONAL-SINDICALISMO!

¡VIVA ESPAÑA!

¡VIVA LA REVOLUCIÓN JONSISTA!

EL TRIUNVIRATO EJECUTIVO CENTRAL.

Madrid, diciembre, 1933.

LAS J. O. N. S. A TODOS LOS TRABAJADORES DE ESPAÑA

(Manifiesto del Partido)

CAMARADAS obreros:

Los errores de los dirigentes marxistas han llevado a la clase trabajadora española a una situación peligrosa y difícil. Nosotros sentimos por eso la necesidad de contribuir a la defensa moral y material de las masas obreras, siguiendo procedimientos nuevos y señalando a los trabajadores las causas a que obedecen el que hoy se hallen al borde de ser aplastados sus derechos y sus intereses por una poderosa reacción capitalista.

CRÍTICA DE ORGANIZACIONES. NUEVA TÁCTICA

Las organizaciones sindicales hoy existentes en España -la Unión General de Trabajadores y la C.N.T.- sirven, más que a los intereses de los trabajadores, a los intereses de los grupos que los utilizan, bien para obtener ventajas políticas, como los socialistas, o bien para realizar sueños vanos y cabriolas revolucionarias, como los faístas. Esa política de los dirigentes de la Unión General de Trabajadores y esa actuación, ingenuamente, catástrofe y pseudorrevolucionaria de los faístas dirigentes de la Confederación no se emplea en beneficio de los trabajadores, ni siquiera en contra de la gran plutocracia, sino que hiere y perturba los intereses morales, materiales e históricos de nuestra Patria española. Por culpa de las tendencias marxistas, permanece hoy la clase obrera de nuestro país desatendida de la defensa de España, abandonando este deber a las clases burguesas, que acaparan el patriotismo, utilizándolo para sus negocios e intereses, para ametrallar a las masas, considerándolas enemigas del Estado, de la Sociedad y de la Patria, y para reducir la fuerza y el prestigio de España a la lamentable situación en que hoy la hallamos.

Las JONS creen que es el pueblo, que han de ser los trabajadores, quienes se encarguen de vigorizar y sostener la vida española, pues la mayor garantía del pan, la prosperidad y la vida digna de las masas, radica en la fuerza económica, moral y material de la Patria. Y son los trabajadores los que deben hacer suya, principalmente, la tarea de crear una España grande y rica, y no los banqueros y los capitalistas, a quienes les basta con su oro, sin que les preocupe lo más mínimo que España sea fuerte o débil, esté unida o fraccionada, cuente o no en el mundo.

Las JONS ofrecen a los trabajadores españoles una bandera de eficacia. Acogiéndose a ella se liberarán de sus actuales dirigentes y conquistarán de un modo seguro y digno, en colaboración con otros sectores nacionales, igualmente en riesgo, como los pequeños industriales y funcionarios, el derecho a la emancipación y a la seguridad de su vida económica.

Si ello no lo han conseguido todavía los trabajadores, aun disponiendo de organizaciones y sindicatos poderosos, se debe a los errores y traiciones de que les hacen objeto los grupos que los dirigen. Hay que impedir que las cotizaciones de los obreros de la U.G.T. sirvan para encaramar, políticamente, a dos centenares de socialistas, que no persiguen otro fin que el triunfo personal de ellos, dejando de ser asalariados, y sin que los auténticos obreros perciban la más mínima mejora en su nivel de vida. Y hay que impedir que la C.N.T. sea el cobijo de los grupos anarquistas que conducen esta Central obrera a la inercia y a la infecundidad revolucionaria.

No creemos nosotros, sin embargo, que convenga a los trabajadores ni a nuestro ideal Nacional-Sindicalista la creación de una Central sindical competidora de la U.G.T. y de la C.N.T. No. No debemos debilitar ni desmenuzar el frente obrero. Ahora bien, dentro de todos los Sindicatos, de la U.G.T. y de la C.N.T. fomentaremos la existencia de «Grupos de Oposición Nacional-Sindicalista» que, democráticamente, influyan en la marcha de los Sindicatos y favorezcan el triunfo del movimiento jonsista, que será también la victoria de todos los trabajadores.

Os invitamos, pues, camaradas obreros, a fortalecer nuestro frente de lucha, bien perteneciendo a las JONS, en vanguardia liberadora y nacional-sindicalista, de carácter revolucionario y patriótico, bien formando en los «Grupos de Oposición Nacional-Sindicalista», dentro de los Sindicatos hoy existentes, para una lucha de carácter profesional y diario.

ANTIBURGUESES Y ANTIMARXISTAS

Nos calumnian quienes dicen que las JONS vienen a salvar a la burguesía. Mentira. Somos tan antiburgueses como antimarxistas. Lo que sí proclamamos es la necesidad de una España grande y poderosa como el mejor baluarte y la mejor garantía de los intereses del pueblo trabajador. El sentimiento nacional corresponde al pueblo. ¡No os dejéis arrancar, obreros, vuestro carácter nacional de españoles,

porque es lo que ha de salvaros! Los internacionalistas son unos farsantes y hacen el juego a la burguesía voraz, entregándole íntegras las riquezas de la Patria. «Sólo los ricos pueden permitirse el lujo de no tener Patria.»

Las JONS denuncian ante todos los trabajadores que la lucha de clases como táctica permanente de combate social favorece la rapacidad del capitalismo internacional y financiero, que negocia empréstitos onerosos con los países de economía debilitada, compra a bajo precio sus ferrocarriles, sus minas, sus tierras. Es el camino de la esclavitud nacional. Y a ello colaboran los socialistas, negando la existencia de la Nación española y convirtiendo a sus obreros en rebaños al servicio de los intereses de los grandes capitalistas. En ese contubernio inmoral y secreto de los jefes marxistas mundiales con la alta finanza, radican las mayores traiciones de que han hecho víctimas a la Nación española y al pueblo.

¡En guardia, pues, trabajadores! Las JONS os presentan una línea clara de combate. Hay que atrincherarse en el terreno mas firme. Hay que luchar como españoles, desde España, donde hemos nacido y donde está la posible salvación de nuestras vidas.

He aquí las consignas de las JONS para todos los trabajadores:

HAY QUE SER REVOLUCIONARIOS

Pues sólo revolucionariamente es posible desmontar el aparato económico burgués-liberal que hoy oprime a los españoles.

HACE FALTA UN ORDEN NACIONAL

El orden que necesitan los trabajadores no es, desde luego, el orden burgués, tiránico y despreciable. Es el orden nacional, la disciplina nacional, sostenidos por el esfuerzo de los mismos trabajadores en beneficio de España y de su economía. Y repetimos que son los obreros, las masas pobres y laboriosas, quienes deben luchar por la existencia de una disciplina rígida y justa que someta y aplaste la arbitrariedad de los poderosos.

HAY QUE LOCALIZAR AL ENEMIGO

Sostenemos que debe administrarse bien la energía que los trabajadores desarrollen en su lucha. La revolución Nacional-Sindicalista de las JONS quiere descubrir a los enemigos reales y no desperdiciar energías útiles contra enemigos imaginarios. El enemigo del obrero no es siempre el patrono. Es el sistema que permite que las riquezas producidas por patronos y obreros caigan inicualemente en poder de esos otros beneficiarios inmorales, que son los verdaderos enemigos de los obreros, de la Nación española y del bienestar de todo el pueblo. Los altos beneficiarios de la actual economía liberal-burguesa no son corrientemente los patronos, y menos, claro es, los obreros, sino esa legión de especuladores de bolsa, acaparadores de productos y del comercio exterior, los grandes prestamistas, la alta burocracia cómplice que radica en los Sindicatos marxistas y en los Ministerios. Estos voraces opresores tienen poco que ver, por lo general, con los modestos y honrados capitales que los agricultores e industriales movilizan en la explotación de sus negocios.

Las JONS distinguen perfectamente entre ellos, y sostienen la necesidad de que la conciencia honrada de los trabajadores nacional-sindicalistas advierta y apruebe esa distinción justa.

NECESIDAD DE BATIR AL MARXISMO

Señalado el enemigo capitalista, las JONS destacan ante los trabajadores la gran culpa que corresponde a las tendencias marxistas en el crecimiento y extensión de la tiranía y del malestar económico de las masas. El marxismo impide que los trabajadores luchen revolucionariamente, de acuerdo con otros grupos sociales de amplitud nacional, y polariza la revolución hacia afanes exclusivamente destructores y caóticos. Anula, asimismo en el hombre sus fines más nobles, como, por ejemplo, el servicio y culto a la Patria que formaron con ilusión y sangre sus antepasados, el desinterés y generosidad de espíritu que se requieren para colaborar alegremente con los demás compatriotas en la gigantesca obra común de forjar una economía racional y justa.

El marxismo conduce a los trabajadores a situaciones trágicas, sin salida ni decoro. Los convierte en enemigos inconscientes de su país, al servicio, como antes dijimos, de la finanza internacional y de los imperialismos extranjeros. Eso lo consigue debilitando en los trabajadores la idea de Patria, presentándola como cosa burguesa, cuando la realidad es más bien la opuesta. Nosotros, sin embargo, sostenemos que la

salvación de España depende del concurso de los trabajadores y que la tarea de reconstrucción nacional con que sueñan hoy las masas de españoles jóvenes, sanos y entusiastas sólo será posible si los nuevos revolucionarios, obreros y clase media, arrebatan a las derechas, a los sectores tradicionalmente patrióticos, la bandera y la consigna de forjar una España fuerte, grande y libre.

LOS PROPÓSITOS REVOLUCIONARIOS

El triunfo de la revolución jonsista resolverá de plano las dificultades de los trabajadores. Pero hasta que eso acontezca se requiere amparar, apoyar y encauzar eficazmente sus luchas diarias. Las JONS piden y quieren la nacionalización de los transportes, como servicio público notorio; el control de las especulaciones financieras de la alta banca, garantía democrática de la economía popular; la regulación del interés o renta que produce el dinero empleado en explotaciones de utilidad nacional; la democratización del crédito, en beneficio de los Sindicatos, Agrupaciones comunales y de los industriales modestos; abolición del paro forzoso, haciendo del trabajo un derecho de todos los españoles, como garantía contra el hambre y la miseria; igualdad ante el Estado de todos los elementos que intervienen en la producción (capital, trabajo y técnicos), y justicia rigurosa en los organismos encargados de disciplinar la economía nacional; abolición de los privilegios abusivos e instauración de una jerarquía del Estado que alcance y se nutra de todas las clases españolas.

Pero, sobre todo, vamos a la realización de la revolución nacional-sindicalista. Las JONS presentan una meta revolucionaria como garantía ante los trabajadores de que su lucha no será estéril y de que sus dirigentes están libres de toda corruptela política y parlamentaria.

Los trabajadores que además de revolucionarios se sientan españoles y patriotas deben ingresar en nuestros cuadros de lucha, por la consecución rápida y la victoria arrolladora del nacional sindicalismo revolucionario.

¡Salud y revolución nacional!

Por los Triunviratos jonsistas: NICASIO ÁLVAREZ DE SOTOMAYOR (Madrid), ONÉSIMO REDONDO ORTEGA (Valladolid), SANTIAGO MONTERO DÍAZ (Galicia), ANDRÉS CANDIAL (Zaragoza), FELIPE SANZ (Bilbao).

Por el Triunvirato Ejecutivo Central: RAMIRO LEDESMA RAMOS.

Oficinas centrales de las JONS: calle de Los Caños, 11, Madrid.

Diciembre de 1933.



REUNIÓN DEL CONSEJO NACIONAL JONSISTA

El Triunvirato Ejecutivo Central ha convocado para los días 12 y 13 de febrero al Consejo Nacional del Partido. Este alto organismo jonsista va a deliberar acerca de varias cuestiones que son hoy de vital importancia para el desarrollo de nuestro movimiento.

Parece que son tres los puntos fundamentales que se someterán al alto juicio del Consejo:

1.º Actitud de las JONS ante el grupo fascista F.E.

2.º Creación de los organismos a través de los cuales debe conseguir el Partido una eficacia violenta en el terreno de la acción antimarxista.

3.º Fijación de las consignas que han de constituir la base de la propaganda en 1934. Posible radicalización de nuestra línea revolucionaria, robusteciendo la posición jonsista entre la pequeña burguesía y los trabajadores.

Basta la enumeración de estos temas para advertir la trascendencia que van a tener las deliberaciones del Consejo.

La presencia del grupo F.E. que, como es notorio, pretende seguir el camino jonsista, es un hecho que, en algún aspecto, perturba evidentemente el desarrollo normal de las JONS, obligándonos a examinar y a justificar de nuevo nuestra propia plataforma política. Es, pues, necesario que el Partido fije con toda energía y claridad su juicio acerca de F.E., proporcionando a todos los camaradas una crítica justa sobre las características de ese movimiento.

Parece, según nuestras noticias, que en el seno del Consejo van a ser defendidas tres tendencias con relación a este tema del F.E. Una sostiene la necesidad de que las JONS afirmen su desconfianza ante ese grupo, declarando a sus dirigentes y a las fuerzas sobre que apoyan sus primeros pasos como los menos adecuados para articular en España un movimiento de firme contenido nacional y sindicalista. Los camaradas que defienden esta posición estiman que las JONS deben publicar un manifiesto de razonada y enérgica hostilidad contra el F.E., denunciando su ineptitud para dar a los españoles una bandera nacional, auténticamente revolucionaria, y declarando, como consecuencia, que su única labor va tristemente a reducirse a la de ser agentes provocadores de una robusta y fuerte unificación del bloque revolucionario marxista. Según esos mismos camaradas, corresponde a las JONS fijar las limitaciones derechistas de F.E., que le incapacitan para una auténtica empresa totalitaria, y suplir esas limitaciones con una actitud inequívoca por nuestra parte, que permita a las JONS desenvolverse con éxito entre las masas.

Frente a esa tendencia, que pudiéramos calificar de fanática e intransigentemente jonsista, y que parece muy dudoso predomine en el Consejo, hay otras dos, muy diversas, sin embargo, entre sí. Una estima que el movimiento F.E. encierra calidades valiosas y que sus dirigentes pueden, sin dificultad, interpretar una actitud nacional-sindicalista. Aprecia, sin embargo, en la táctica y actuación anterior de F.E. graves errores, que pueden ser corregidos, y desde luego, cree que las JONS, antes de denunciarlos y combatirlos, debe intentar influir en aquellos medios para lograr su rectificación posible. A este efecto, defienden los camaradas que interpretan esta tendencia, que las JONS deben invitar solemne y cordialmente a F.E. a que se desplace de sus posiciones rígidas, situándose, fuera de F.E. y de JONS, en un terreno nuevo, donde resulte posible la confluencia, unificación y fusión de ambos movimientos. Esta opinión, que parece coincide con la de algún destacado camarada del Triunvirato Ejecutivo Central, tiene, quizá, grandes probabilidades de que la haga suya el Consejo. Sus propugnadores defienden, asimismo, que si fracasa la invitación a que aluden, es decir, si F.E. no juzga oportuna una solución del tipo y carácter de la que se le propone, corresponde apoyar y aprobar la primera tendencia, con la ventaja, en este caso, de que no alcance a las JONS responsabilidad alguna en la pugna que se inicie.

Hay, por último, una tercera opinión que, según nuestras noticias, alguien sostiene también en el Consejo; pero con tan débil asistencia, que quizá la defienda solamente un camarada. Consiste en que las JONS procedan, bajo ciertas condiciones, a disolverse, incorporándose al F. E. Repitamos que esta actitud no tiene, al parecer, y por fortuna, la menor probabilidad de éxito.

* * *

El segundo punto que va a ser objeto de deliberación por el Consejo se refiere, como antes dijimos, a la necesidad de que el Partido disponga de órganos adecuados y eficaces para la acción revolucionaria contra nuestros enemigos. En un momento como el actual, en que se agudiza la apelación a la violencia por parte de los rojos, es urgente e imprescindible que dispongamos de normas, tácticas y técnicas tan claras y precisas que proporcionen a las JONS éxitos ruidosos frente a la actividad asesina de los elementos marxistas.

Seguramente el Consejo perfilará la idea ya expuesta por el Ejecutivo Central de crear Patrullas de Asalto, a base de camaradas probadísimos, que sean una garantía de tenacidad, arrojo y entusiasmo jonsistas.

El carácter de estos grupos, su engranaje en las actitudes del Partido y el modo de dotarlos de una férrea y eficaz disciplina serán objeto, sin duda, de amplio examen por los camaradas del Consejo.

* * *

El tercer punto es, asimismo, de capital importancia. Ha llegado el momento de llevar al pueblo español, a las grandes masas nacionales, un programa claro, revolucionario y concreto, cuya defensa y triunfo signifique la gran victoria de la Nación española, el aplastamiento de sus enemigos y el bienestar de todo el pueblo.

Hay, pues, que realizar el hallazgo de unas metas tras de las cuales arrastrar el entusiasmo, la colaboración y la angustia de las masas españolas. Ya están en la encrucijada de una vida difícil y dura, y nos corresponde dar la orden de marcha, equipararlas de un modo perfecto y hostigar su ímpetu.

UNA NOTA DEL T. E. C.

Los camaradas que integran el Consejo Nacional jonsista deben estar en Madrid el día 11 de febrero próximo. La reunión tendrá lugar en los locales de las J. O. N. S., calle de los Caños, 11, a las cuatro de la tarde, continuando, si es preciso, el día siguiente, 12.

Esperamos que, dada la capital importancia de los temas que van a ser objeto de deliberación, acudirán a la reunión todos los camaradas del Consejo, cuyo viaje deben sufragarlo las secciones locales a que pertenezcan.

No obstante, si lo cercano de la fecha o alguna dificultad invencible impide la realización del viaje a algún camarada, debe procurar que dicho día obre en poder de este Triunvirato su opinión escrita, clara y razonada, sobre los temas que aparecen en la revista, al objeto de que sea leída y discutida en las sesiones.

Madrid, enero, 1934

Camaradas del C. N. J. a quienes afecta la anterior nota

José Gutiérrez Ortega (Granada), Felipe Sanz Paracuellos (Bilbao), Santiago Montero Díaz (Santiago de Galicia), Onésimo Redondo Ortega (Valladolid), Javier M. de Bedoya (ídem), Andrés Candial (Zaragoza), Bernardino Oliva Olivera (Zafra), Ildefonso Cebriano (Barcelona), Maximiliano Lloret (Valencia), Juan Aparicio López, Nicasio Álvarez de Sotomayor, Ernesto Giménez Caballero, José Guerrero Fuensalida, y Emiliano Aguado (Madrid).

Enero de 1934

SOBRE LA FUSIÓN DE F.E. Y D E LAS J. O. N. S. A TODOS LOS TRIUNVIRATOS Y MILITANTES DE LAS J. O. N. S.

CAMARADAS:

Nos apresuramos a informar a todas las secciones jonsistas acerca de la situación creada al Partido con motivo de nuestra fusión o unificación con Falange Española.

Ante todo hacemos a nuestros camaradas la declaración de que tanto el Consejo nacional como este Triunvirato Ejecutivo decidieron la unificación de las JONS con Falange Española para fortalecer y robustecer la posición nacional-sindicalista revolucionaria que nos ha distinguido siempre. No hemos tenido, pues, que rectificar nada de nuestra táctica, y menos, naturalmente, de los postulados teóricos que constituían el basamento doctrinal de las JONS. Los amigos de Falange Española seguían un camino tan paralelo al nuestro, que ha sido suficiente el contacto personal de los dirigentes de ambas organizaciones, para advertir y patentizar totales coincidencias en sus líneas tácticas y doctrinales.

Vamos a constituir, pues, un movimiento único. En él tenemos la seguridad de que los camaradas de los primeros grupos jonsistas destacarán sus propias virtudes de acción y movilidad, influyendo en los sectores quizá algo más remisos, para que se acentúe nuestro carácter antiburgués, nacional-sindicalista y revolucionario.

A continuación os exponemos las líneas generales que presiden nuestra fusión con Falange Española, y que habrán de complementarse con instrucciones concretas, dirigidas particularmente a cada Triunvirato local, a los efectos de que en el más breve plazo, con absoluta disciplina, tengan en cuenta todos los jerarcas y camaradas jonsistas las siguientes bases del acuerdo:

1.º Todas las secciones locales del nuevo movimiento se denominarán Juntas de Ofensiva Nacional-Sindicalista de... (JONS de...), y la integración nacional, la denominación total del Partido será FALANGE ESPAÑOLA DE LAS JONS. Las JONS actualmente constituidas permanecen, y las secciones locales de F. E. pasarán a ser JONS, rigiéndose unas y otras por los nuevos Estatutos que se están elaborando.

2.º FALANGE ESPAÑOLA DE LAS JONS tendrá al frente una Junta de mando, formada por siete miembros, funcionando en su seno un Triunvirato Ejecutivo: los camaradas José Antonio Primo de Rivera, Julio Ruiz de Alda y Ramiro Ledesma Ramos.

3.º El emblema y bandera del nuevo movimiento son los mismos de las JONS. Nuestros camaradas no tienen, pues, que modificar lo más mínimo las insignias que hoy poseen, y esperamos que constituya en el futuro una ejecutoria y un orgullo disponer de los primeros modelos jonsistas.

4.º Exactamente a como ya ocurría en nuestras JONS, el nuevo movimiento tenderá a ser la expresión vigorosa de toda la juventud, y regirá en su organización el principio de recusar para los mandos a camaradas mayores de cuarenta y cinco años.

5.º FALANGE ESPAÑOLA DE LAS JONS elaborará un programa concreto, que afecte a las inquietudes económicas de las grandes masas, interpretando la actual angustia de los trabajadores y de los industriales modestos.

En fin, camaradas os repetimos como última orden nuestra, que nutráis en bloque, con todo entusiasmo, las nuevas filas, que, desde luego, son las mismas nuestras anteriores. Y que en vez de interpretar este hecho de nuestra fusión como una rectificación o una política de concesiones a nuestros afines, os reafirméis en la línea jonsista de siempre, disponiéndoos a ser más nacional-sindicalistas y más revolucionarios que nunca.

¡VIVA ESPAÑA!

¡VIVAN LAS JONS!

¡VIVA EL NACIONAL-SINDICALISMO REVOLUCIONARIO!

EL TRIUNVIRATO EJECUTIVO CENTRAL.

Madrid, febrero, 1934.

EL JONSISMO SITÚA LA LUCHA ANTIMARXISTA EN
EL PLANO DE LA RIVALIDAD REVOLUCIONARIA

PERSECUCIONES TIRÁNICAS

Nuestra Revista ha sufrido una suspensión de dos meses. Poco o nada hemos de indignarnos, pues por su propio carácter teórico la Revista «JONS» es, en cierto modo, intemporal y sufre bien ese género de colapsos. Ahora bien, el juicio durísimo y la protesta que hacemos se encaminan hacia la saña tiránica con que el Poder oficial de Samper-Gil Robles persigue a nuestro Partido. Pues sólo un pálido reflejo de ella es la anomalía que afecta a nuestra publicación.

La Falange jonsista ha sido objeto durante los últimos meses de una sistemática y refinada persecución por parte del Gobierno, que ha suspendido su prensa, ha clausurado sus locales, prohibido en absoluto los mítines de algún relieve y, por último, encarcelado en masa a sus militantes en varias provincias.

Muchos detalles hacían prever, desde luego, que este Gobierno no era el más adecuado para asistir sin indignarse al desarrollo, crecimiento y victoria de nuestras filas. Pues se trata de un equipo residual del rabulismo parlamentario, ciego para toda emoción nacional profunda y con la misma actitud enemiga hacia las juventudes, propia de todos los cupos desahuciados y fétidos.

Molestamos, pues, al Gobierno por nuestro doble carácter de patriotas y de jóvenes luchadores y ardorosos; bien hemos advertido cómo se agudizó la represión gubernamental en los días mismos en que la Falange de las JONS se disponía a incrementar su acción en torno a la realidad insurreccional de Cataluña. Se apretó contra nosotros el cerco policiaco y ahí están, en las cárceles, acusados de inverosímiles delitos, decenas y decenas de camaradas nuestros.

Nos honra, naturalmente, esa persecución a que se nos somete. Se trata de un Gobierno sin pizca de autoridad, sin otro apoyo español que el de la fuerza pública. Sin masa alguna afecta, sin juventudes, con su sola realidad de naufragos agarrados al peñasco despreciable de la CEDA. Causa por eso risa su gesticulación contra todo cuanto aparece provisto de todo lo que a él le falta: ideales jugosos, magníficos, y entusiasmo juvenil por el imperio de ellos. Así, prohíbe saludos, concentraciones y la presencia misma de los símbolos disidentes de su política mezquina y fofa.

Y hablamos así contra las disposiciones últimas del Gobierno en relación con el orden público, aun cuando ello beneficie a nuestros enemigos los marxistas. Pues faltaba más que nosotros, la Falange Española de las JONS, congregada y formada a base de objetivos de pelea, aprobásemos como cualquier burgués renacuajo y cobarde que el Gobierno impida las excursiones uniformadas de los rojos. Para luego, naturalmente, perseguir también las nuestras.

Ese será, quizá, el ideal del Gobierno, y en eso le acompañará todo el ancho sector de la burguesía inconsciente y bobalicona: asfixiar la juventud nacional, garantizar una vida sin sobresaltos, evitar las luchas, transigir y correr las cortinas.

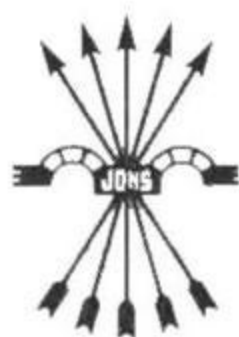
Pero nosotros no toleraremos que se corran las cortinas ante la situación de España, como si el drama español fuese una aventura de alcoba.

¡Animo en la represión, camaradas!

Y alerta ante el futuro próximo.

* * *

Uno de los hechos represivos contra nosotros consistió en el encarcelamiento y prisión en Madrid de cuarenta y dos miembros del Partido, entre ellos nuestro secretario de Redacción y magnífico camarada Juan Aparicio. Todos han permanecido veinticinco días en la cárcel y luego absueltos por el Tribunal de Urgencia. He aquí sus nombres Francisco Pérez, Jesús Grandas, Manuel Pacheco, José Murciano, José-María Bazán, Pedro del Sol, José de la Viña, Antonio González Pereira, José-María Díaz Aguado, Juan Lara Sáez, José Joaquín Pisón, José Martínez, Enrique Quesada, Manuel García Barrero, Elías Mario Paldu, Zacarías González, Luis Barrallo, Carlos Colorado, Diego Aparicio López, Carrión, José Alonso Buenavista, Eduardo Ródenas, Luis Arredondo, Casimiro Navarro, Antonio F. González Rojas, Enrique Navarro, Manuel Nofuentes, Ramón Cebera, Juan Aparicio López, José-María Alfaro, Patricio Gutiérrez, Salvador Ramírez, Luis Ciudad, Eduardo Gancedo, Fernando Alvarez, Germán Camaño, José-Antonio Martín, Antonio Núñez, Eduardo Gutiérrez Pola, Manuel Fernández Pérez, Fernando Alarcón, y Camilo Olema.



JOSÉ ANTONIO PRIMO DE RIVERA

ENSAYO SOBRE EL NACIONALISMO

AQUELLA fe romántica en la bondad nativa de los hombres fue hermana mayor de la otra fe en la bondad nativa de los pueblos. "El hombre ha nacido libre, y, sin embargo, por todas partes se encuentra encadenado", -dijo Rousseau-. Era, por consecuencia, ideal rousseauiano devolver al hombre su libertad e ingenuidad nativas; desmontar hasta el límite posible toda la máquina social que para Rousseau había operado de corruptora. Sobre la misma línea llegaba a formularse, años después, la tesis romántica de las nacionalidades. Igual que la sociedad era cadena de los libres y buenos individuos, las arquitecturas históricas eran opresión de los pueblos espontáneos y libres. Tanta prisa como libertar a los individuos corría libertar a los pueblos.

Mirada de cerca, la tesis romántica iba encaminada a la *descalificación*; esto es, a la supresión de todo lo añadido por el esfuerzo (Derecho e Historia) a las entidades primarias, individuo y pueblo. El Derecho había transformado al *individuo* en *persona*; la Historia había transformado al pueblo en *polis*, en régimen de Estado. El individuo es, respecto de la persona, lo que el pueblo respecto de la sociedad política. Para la tesis romántica, urgía regresar a lo primario, a lo espontáneo, tanto en un caso como en el otro.

* * *

El Derecho necesita, como presupuesto de existencia, la pluralidad orgánica de los individuos. El único habitante de una isla no es titular de ningún derecho ni sujeto de ninguna jurídica obligación. Su actividad sólo estará limitada por el alcance de sus propias fuerzas. Cuando más, si acaso, por el sentido moral de que disponga. Pero en cuanto al *derecho*, no es ni siquiera imaginable en situación así. El Derecho envuelve siempre la facultad de exigir algo; sólo hay derecho frente a un deber correlativo; toda cuestión de derecho no es sino una cuestión de límites entre las actividades de dos o varios sujetos. Por eso el Derecho presupone la convivencia; esto es, un sistema de normas condicionantes de la actividad vital de los individuos.

De ahí que el individuo, pura y simplemente, no sea el sujeto de las relaciones jurídicas; el individuo no es sino el *substratum* físico, biológico, con que el Derecho se encuentra para montar un sistema de relaciones reguladas. La verdadera unidad jurídica es la *persona*, esto es, el individuo, considerado, no en su calidad vital, sino como portador activo o pasivo de las relaciones sociales que el Derecho regula; como capaz de exigir, de ser compelido, de atacar y de transgredir.

* * *

De análoga manera, el pueblo, en su forma espontánea, no es sino el *substratum* de la sociedad política. Desde aquí, para entenderse, conviene usar ya la palabra *nación*, significando con ella precisamente eso: la sociedad política capaz de hallar en el Estado su máquina operante. Y con ello queda precisado el tema del presente trabajo: esclarecer qué es la nación: si la realidad espontánea de un pueblo, como piensan los nacionalistas románticos, o si algo que no se determina por los caracteres nativos.

El romanticismo era afecto a la naturalidad. La *vuelta a la Naturaleza* fue su consigna. Con esto, la *nación* vino a identificarse como lo *nativo*. Lo que determinaba una nación eran los caracteres étnicos, lingüísticos, tipográficos, climatológicos. En último extremo, la comunidad de usos, costumbres y tradición; pero tomada la tradición poco más que como el recuerdo de los mismos usos reiterados, no como referencia a un proceso histórico que fuera como una situación de partida hacia un punto de llegada tal vez inasequible.

Los nacionalismos más peligrosos, por lo disgregadores, son los que han entendido la nación de esta manera. Como se acepte que la nación está determinada por lo espontáneo, los nacionalismos particularistas ganan una posición inexpugnable. No cabe duda de que lo espontáneo les da la razón. Así es tan fácil de sentir el patriotismo local. Así se encienden tan pronto los pueblos en el frenesí jubiloso de sus cantos, de sus fiestas, de su tierra. Hay en todo eso como una llamada sensual, que se percibe hasta en el aroma del suelo: una corriente física, primitiva y encandilante, algo parecido a la embriaguez y a la plenitud de las plantas en la época de la fecundación.

* * *

A esa condición rústica y primaria deben los nacionalismos de tipo romántico su extremada vidriosidad.

Nada irrita más a los hombres y a los pueblos que el ver estorbos en el camino de sus movimientos elementales: el hambre y el celo –apetitos de análoga jerarquía a la llamada oscura de la tierra– son capaces, contrariados, de desencadenar las tragedias más graves. Por eso es torpe sobremanera oponer a los nacionalismos románticos actitudes románticas, suscitar sentimientos contra sentimientos. En el terreno afectivo, nada es tan fuerte como el nacionalismo local, precisamente por ser el más primario y asequible a todas las sensibilidades. Y, en cambio, cualquier tendencia a combatirlo por el camino del sentimiento envuelve el peligro de herir las fibras más profundas –por más elementales– del espíritu popular, y encrespar reacciones violentas contra aquello mismo que pretendió hacerse querer.

De esto tenemos ejemplo en España. Los nacionalismos locales, hábilmente, han puesto en juego resortes primarios de los pueblos donde se han producido: la tierra, la música, la lengua, los viejos usos campesinos, el recuerdo familiar de los mayores... Una actitud perfectamente inhábil ha querido cortar el exclusivismo nacionalista, hiriendo esos mismos resortes; algunos han acudido, por ejemplo, a la burla contra aquellas manifestaciones elementales; así los que han ridiculizado por brusca la lengua catalana.

No es posible imaginar política más tosca: cuando se ofende uno de esos sentimientos primarios instalados en lo profundo de la espontaneidad de un pueblo, la reacción elemental en contra es inevitable, aun por parte de los menos ganados por el espíritu nacionalista. Casi se trata de un fenómeno biológico.

Pero no es mucho más aguda la actitud de los que se han esforzado en despertar directamente, frente al sentimiento patriótico localista, el mero sentimiento patriótico unitario. Sentimiento por sentimiento, el más simple puede en todo caso más. Descender con el patriotismo unitario al terreno de lo afectivo es prestarse a llevar las de perder, porque el tirón de la tierra, perceptible por una sensibilidad casi vegetal, es más intenso cuanto más próximo.

* * *

¿Cómo, pues, revivificar el patriotismo de las grandes unidades heterogéneas? Nada menos que revisando el concepto de "nación", para construirlo sobre otras bases. Y aquí puede servirnos de pauta para lo que se dijo respecto de la diferencia entre "individuo" y "persona". Así como la persona es el individuo considerado en función de sociedad, la nación es el pueblo considerado en función de universalidad.

La persona no lo es en tanto rubia o morena, alta o baja, dotada de esta lengua o de la otra, sino en cuanto portadora de tales o cuales relaciones sociales reguladas. No se es persona sino en cuanto se es *otro*; es decir: uno frente a los otros, posible acreedor o deudor respecto de otros, titular de posiciones que no son las de los otros. La personalidad, pues, no se determina desde dentro, por ser agregado de células, sino desde fuera, por ser portador de relaciones. Del mismo modo, un pueblo no es nación por ninguna suerte de justificaciones físicas, colores o sabores locales, sino por *ser otro en lo universal*; es decir: por tener un destino que no es el de las otras naciones. Así, no todo pueblo ni todo agregado de pueblo es una nación, sino sólo aquellos que cumplen un destino histórico diferenciado en lo universal.

De aquí que sea superfluo poner en claro si en una nación se dan los requisitos de unidad de geografía, de raza o de lengua; lo importante es esclarecer si existe, en lo universal, la unidad de destino histórico.

Los tiempos clásicos vieron esto con su claridad acostumbrada. Por eso no usaron nunca las palabras "patria" y "nación" en el sentido romántico, ni clavaron las anclas del patriotismo en el oscuro amor a la tierra. Antes bien, prefirieron las expresiones como "Imperio" o "servicio del rey"; es decir, las expresiones alusivas al "instrumento histórico". La palabra "España", que es por sí misma enunciado de una empresa, siempre tendrá mucho más sentido que la frase "nación española". Y en Inglaterra, que es acaso el país de patriotismo más clásico, no sólo existe el vocablo "patria", sino que muy pocos son capaces de separar la palabra *king* (rey), símbolo de la unidad operante en la Historia, de la palabra *country*, referencia al soporte territorial de la unidad misma.

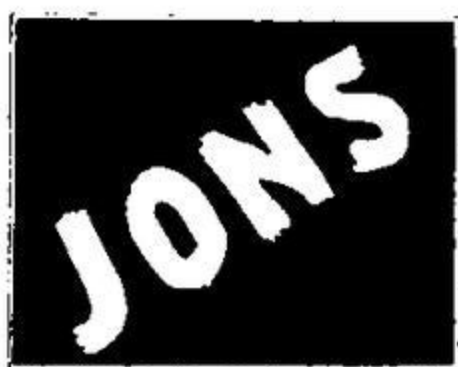
* * *

Llegamos al final del camino. Sólo el nacionalismo de la nación entendida así puede superar el efecto disgregador de los nacionalismos locales. Hay que reconocer todo lo que éstos tienen de auténticos; pero hay que suscitar frente a ellos un movimiento enérgico, de aspiración al nacionalismo misional, el que concibe a la Patria como unidad histórica del destino. Claro está que esta suerte de patriotismo es más difícil de sentir; pero en su dificultad está su grandeza. Toda existencia humana –de individuo o de pueblo– es una pugna trágica entre lo espontáneo y lo difícil. Por lo mismo que el patriotismo de la tierra nativa se siente sin esfuerzo, y hasta con una sensualidad venenosa, es bella empresa humana desenlazarse de él y superarlo en el patriotismo de la misión inteligente y dura. Tal será la tarea de un nuevo nacionalismo: reemplazar el débil intento de combatir movimientos románticos con armas románticas, por la firmeza de levantar contra desbordamientos románticos firmes reductos clásicos, inexpugnables. Emplazad los soportes del patriotismo no en lo afectivo, sino en lo intelectual. Hacer del patriotismo no un vago

sentimiento, que cualquiera veleidad marchita, sino una verdad tan inconmovible como las verdades matemáticas.

No por ello se quedará el patriotismo en árido producto intelectual. Las posiciones espirituales ganadas así, en lucha heroica contra lo espontáneo, son las que luego se instalan más hondamente en nuestra autenticidad. Por ejemplo, el amor a los padres, cuando ya hemos pasado de la edad en que los necesitamos, es, probablemente, de origen *artificial*. conquista de una rudimentaria cultura sobre la barbarie originaria. En estado de pura animalidad, la relación paternofilial no existe desde que los hijos pueden valerse. Las costumbres de muchos pueblos primitivos autorizaban a que los hijos matasen a los padres cuanto éstos ya eran, por viejos, pura carga económica. Sin embargo, ahora, la veneración a los padres está tan clavada en nosotros que nos parece como si fuera el más espontáneo de los afectos. Tal es, entre otras, la dulce recompensa que se gana con el esfuerzo por mejorar; si se pierden goces elementales, se encuentran, al final del camino, otros tan caros y tan intensos que hasta invaden el ámbito de los viejos afectos, extirpados al comenzar la empresa superadora. El corazón tiene sus razones, que la razón no entiende. Pero también la inteligencia tiene su manera de amar, como acaso no sabe el corazón.

Abril de 1934.



ONÉSIMO REDONDO

EL REGRESO DE LA BARBARIE

La lucha por la cultura.

Término del ciclo progresista.

La africanización por el marxismo.

EN el fondo de toda lucha política late una lucha por la Cultura. Entendemos por Cultura el complejo de las instituciones y hábitos que constituyen la vida civilizada. Y no hay pretensión, programa. o partido de índole política que no se mueva enarbolando razones o pretextos de Cultura: el Derecho contra la arbitrariedad, la justicia frente al abuso, la instrucción popular, la paz, la perfección económica, el fomento de la riqueza, la libertad..., en una palabra: «la civilización».

Toda la política popular, la acción de masas que es la sustancia de los regímenes llamados democráticos, y de todos los que, moderadamente, les substituyen, gira constantemente en torno a esta presunción: que el pueblo ama la Cultura, la civilización, y se inclina del lado donde cree que los valores de civilización se ofrecen con más verdad y con mayor pujanza.

Por eso cada partido político presume ante las masas de contener, él, las esencias civilizadoras; por eso se ha convenido en hacer del «Progreso» una religión. Porque se asentó, en los intelectuales, primero, y en las masas, después, la creencia dogmática de que «progreso», mudanza, evolución, revolución era sinónimas de Cultura. Y basta contemplar por encima la historia política de los últimos ciento cincuenta años en todo el mundo, para observar que la Humanidad no ha hecho otra cosa que recostarse sucesivamente sobre aquellas teorías que se presentaban como más nuevas; correr -en marcha de verdad esplendorosa, radiante de esperanzas y pródiga en resultados- hacia el espejuelo sagrado del Progreso permanente, ilusionada siempre con un mañana definitivamente feliz, subsiguiente a una definitiva Revolución. La lucha política moderna es así, en el universo, un gigantesco «Kultur-Kampf » , una lucha estruendosa por la Cultura.

Nuestra originalidad está en acusar una nueva claridad, una sinceridad mayor y también una juvenil valentía en este combate. La traza más concreta de nuestra posición mental y combativa es, como se sabe, la oposición al marxismo, porque sólo nosotros venimos al mundo político con la tarea de aniquilarle, haciéndole a la vez innecesario e imposible.

Pues bien; la razón de esa nuestra guerra es fundamentalmente una razón de Cultura. Nosotros decimos el marxismo es la muerte de la civilización; toda revolución marxista es un conato de regreso a la barbarie. Cabalmente se presenta por este lado el fallo de la mitología progresista y democrática de siglo y medio. Porque fué muy saludable, sí, que los pueblos se movilizasen para imponer con su conocimiento las trayectorias políticas de los Estados. Y es digno de una época de luz, que se encariñen las masas por sí mismas con la Cultura y se orienten en favor de quien, con más bríos, la representa. Todas estas virtudes las posee, como galas típicas de su madurez, nuestra época: la del Progreso.

Pero, ¿qué ocurre si, acostumbrada la humanidad a otear la civilización por el lado del Progreso, aparecen en este horizonte los auténticos bárbaros? La tragedia del «progresismo», está en que se revisten astutamente con este hábito sagrado los depositarios y conspiradores de la barbarie. Movido el pueblo -en una irresistible inercia- en derechura hacia la Revolución, subiendo confiado los peldaños que conducen del liberalismo al radicalismo, del radicalismo al marxismo, tropieza con un brusco cierre de horizonte. Perseguía, subiendo, la Cultura, y el abismo de la barbarie se abre a sus pies, temeroso, de repente. La barbarie, con todos sus atributos -tiranía, hambre, opresión del pensamiento, materialismo, crueldad- pero con el ropaje hipócrita y los gritos solemnes y empachosos de la Libertad, de la Cultura.

Este papel de burlar a la Humanidad en su marcha confiada hacia el Progreso, estaba, reservado al marxismo.

Él realiza en la política contemporánea la negra tragedia de envolver al pueblo en un oscurantismo palpable y recientito, vivo y robusto, pero al son de bélicas canciones de luz y redención. El marxismo, con sus utopías mahometanas, con la verdad de su hierro dictatorial y con el lujo despiadado de sus sádicos magnates, renueva de repente el eclipse de Cultura y libertades que una moderna invasión sarracena pudiera producir.

No le falta, para acreditar la semejanza, ni el concurso fanático de hordas mesiánicas aficionadas a la guerra tumultuosa, sedientas de placeres y de victorias vengativas, gustosa de la violencia sanguinaria. Con el marxismo, una parte del pueblo vota por la barbarie; se quiebra la supuesta inclinación de la colectividad hacia el bien y la justicia. Muchos, de la colectividad, vuelven las espaldas con entusiasmo a la civilización y pugnan realmente por una progresiva «africanización» de la vida.

Así se consuma -se quiere consumir- en honda decadencia, el ciclo brillante de la edad revolucionaria. Como que el marxismo es el que en nuestros días hace imposible el liberalismo: El consabido y unánime descrédito dé éste, más todavía que a la falencia de sus principios, se debe al súbito peligro real que el marxismo representa contra todas las libertades de la vida civilizada. Por eso la ingente masa liberal de las generaciones adultas decae en su fe democrática, y por eso las generaciones nuevas abandonan en todo el mundo la ruta fatídica del liberalismo, que desemboca en lo marxista, en lo bárbaro.

Este peligro cierto, de la africanización en Nombre del Progreso, tiene en España una evidente exteriorización. Podemos asegurar que nuestros marxistas son los más africanos de toda Europa.

Para la causa nacional es de importancia primera esta fácil observación que, no obstante ser fácil, nadie se hace, nadie la cultiva para batir a los modernos bárbaros. Si no estuviéramos tan radicalmente alejados, desde la Enciclopedia, del pensamiento nacional, sabríamos avalorar con más exactitud y cordura el duro y relevante papel de España en la lucha europea por la Civilización, y percibiríamos con roas talento los verdaderos peligros de aquélla en nuestro suelo y los deberes de defensa que a la raza incumbe.

España, como Hungría un tiempo, como Polonia, Grecia y hasta la Armenia y la Siria, es por la Geografía y por la Historia, una zona fronteriza entre los núcleos seculares de Civilización, y las mansiones, también seculares, de la barbarie. El problema medular, milenario, de la Cultura y el peligro nunca enterrado, de la regresión a la barbarie, presentan en nuestra Península aristas más sensibles que en las otras naciones occidentales. Somos históricamente una «zona de frotamiento» entre lo civilizado y lo africano, entre lo ario y lo semita. Por eso las generaciones que hicieron la Patria, las que nos libraron de ser una prolongación eterna del continente oscuro, armaron su hierro, y nunca le envainaron, contra los asaltos del Sur. Por eso se expulsó -i por necesidad, por el imperio primero de las voces de independencia y vida!- a la morisma, organizada en reinos, y luego a los semitas de Judá, y por fin, a los africanos que quedaban: a los moriscos que vivían en España, mientras la odiaban y maquinaban una venganza temible. Por eso la grande Isabel ordenó a los españoles mirar permanentemente al África, para vencerla siempre, y nunca dejarnos invadir de ella nuevamente.

¿Quedó la Península enteramente desafricanizada? ¿No habrá peligro de un nuevo predominio del factor africano, aquí donde tantas raíces del espíritu moro quedaron en el carácter de una raza, vanguardia de Europa?...

Nosotros nos hacernos serenamente esta pregunta grave, y la contestamos a continuación, señalando el evidente, el redivivo peligro de la nueva africanización: «el marxismo». Si en todo el mundo es ésta la conjura judía -«semita»- contra la civilización occidental, en España presenta más delicadas y rápidas coincidencias con lo semita, con lo africano. Vedle florecer con toda su lozanía de primitivismo en las provincias del Sur, donde la sangre mora perdura en el subsuelo de la raza. Las propagandas sanguinarias y materialistas participan allí del fuego meridional de «la guerra santa». El secuaz del marxismo español, y más andaluz, toma pronto la tea incendiaria, penetra en los cortijos y- en las dehesas, impelido por la subconciencia bandolera, alentada por los semitas de Madrid; quiere el pan sin ganarlo, desea holgar y ser rico, tener placeres y ejercer venganza...

«La masa -decía en el Congreso un diputado del campamento marxista- tiene derecho a inmolarse en los asaltos y en el crimen».

He aquí una voz progresista, revolucionaria, injertada en un afán sarraceno de invadir, saquear y vengarse: es la encarnación africana del marxismo; es el regreso a la barbarie por el camino del progreso.

La guerra al marxismo responde, por lo tanto, al alerta sagrado de la civilización, amenazada ante la irrupción de la barbarie: de una barbarie más peligrosa que ninguna, pues viene- ataviada con pretensiones de cultura que se llaman «ideas avanzadas» ; de una barbarie que la astuta valorización de todos los impulsos regresionistas latentes en el subsuelo psicológico de un pueblo que, a fuerza de siglos y de luchas, se civilizó. En España la aniquilación del marxismo es la continuación de la historia nacional, el cumplimiento de una dura y relevante misión histórica en favor de Europa. Y la victoria definitiva del marxismo sería la reafricanización de España, la victoria conjunta de los elementos semitas -judíos y moriscos, aristocráticos y plebeyos-, conservados étnica o espiritualmente en la Península y en Europa.

Por eso ahora nos invaden los judíos expulsados de otras naciones. Por eso el Poder marxista lanza miradas de ternura y protección a los hebreos del Norte de África.

Elija la juventud española el bando en que cree legítimo y glorioso batallar en esta lucha por la Cultura y por la Raza...

Mayo de 1933.

CASTILLA EN ESPAÑA

Si Castilla muere, España muere.

Mientras Castilla esté dormida, dormirá España.

I

LA INTERPRETACIÓN DE LA DECADENCIA CONJURA Y TRAICIÓN

LA DECISIÓN JONSISTA

TODO el problema español consiste en el «letargo» de la raza. Más precisa nos parece la palabra «letargo» -o adormecimiento, o reposo- que la de «decadencia».

De «decadencia» se ha hablado mucho. Toda la literatura política española de altos vuelos posteriores al siglo xvii gira en torno del tema. «decadencia». Ningún espíritu profundo o con tendencia a serlo ha orientado sus meditaciones político-históricas en otro sentido que en el de interpretar la decadencia. Jovellanos, doceañistas, Balmes, Cánovas, los krausistas, Menéndez Pelayo, Unamuno, Ortega... Y toda la vida política, desde que con la época constitucional salieron a la calle las discordias de las ideas, tiene en España un perfil obligatoriamente constante: el de compulsar la ruina del presente con la grandeza del pasado. Ninguna revolución de las catorce que en el siglo diecinueve pueden contarse, con la adición de la última, ha omitido la promesa de restaurar a España en su grandeza de un día. No hubo mensaje real de solemnidad extraordinaria, carta constitucional; apertura de Cortes reformistas o proclama de golpe de Estado que no fuesen acompañados de una expresa declaración: que con tal acto terminaba la «decadencia». La frase estereotipada para las grandes solemnidades políticas era esta: «...que España vuelva a ocupar entre los pueblos el lugar que ocupó un día».

Dejemos ahora a un lado la fácil crítica de esa cantilena cien veces burlada. Anotemos solamente que España es un pueblo dando vueltas, desde hace ciento cincuenta años, para reanudar la ruta de su grandeza. Un pueblo que se siente a disgusto como todos los pueblos mal gobernados, pero con una singular circunstancia que produce a la vez comezón y pesimismo, que sirve de acicate y causa tristeza. Es el recuerdo vivo, aunque en casi todos borroso, de un esplendor que pasó. Por eso todas las fórmulas presentadas «para salvar a España» y todos los bandos y partidos entre sí opuestos, coinciden en ofrecer una grandeza equiparable a la pasada. En el fondo significa este ofrecimiento la reanudación de la vida imperial. Ni aun los hijos mentales de quienes desde fuera trabajaron siempre nuestra ruina, los extranjerizantes de todo color y época, desperdician ese enfoque o recurso. Ni vale como excepción la renuncia pesimista de los hombres del 98, la «europeización», la «escuela y despena»: este fenómeno no es más que la resolución forzada de Alonso Quijano hacia el pastoreo idílico, sin perder por ello la ilusión de nuevas aventuras, una vez penitenciada la derrota...

Sólo el marxismo, la hez de todas las traiciones, se atreve a negar dentro de España, y a la luz del día, la apetencia y el derecho del pueblo español hacia el imperio. Sólo él va, de verdad, a descuajar de la imaginación de los españoles el vértigo glorioso de su dignidad. A degradar las aspiraciones del pueblo y forzarle a una lucha civil permanente; a prohibir en el entendimiento de las nuevas generaciones toda reverencia hacia el pasado; a descomponer a España en tribus territoriales, castas políticas y bandas sociales, para acabar con ella. El marxismo es a España, por naturaleza, lo que Cartago a Roma, o Babilonia a Jerusalén. Porque el marxismo está engendrado en el prostíbulo del materialismo: constituye la antítesis quintaesenciada de toda la Historia de España.

* * *

Como es palpable, las J. O. N. S. -movimiento de transformación social y de recreación española- advienen a la pública existencia tomando la vanguardia del empeño inveterado: nos mueve el místico anhelo racial de VOLVER A SER. Y nuestra íntima condición de vida consiste cabalmente en el modo de sentir ese anhelo, de ejercitar ese empeño.

También nosotros comenzamos por «interpretar la decadencia». La versión nuestra ha de ser, claro está, la antítesis de la versión enemiga.

Tres centurias ha corrido por Europa una versión inmundada, forjada por la diatriba irresponsable. Según ella, el imperio español fué fruto esporádico de la casualidad histórica, producto de un lamentable acaso en conjunción con nuestra soberbia y rapiña. Desviada la estrella de una preeminencia momentánea, nuestros abominables vicios cegaron los caminos de nuestro progreso: éramos desde la oscuridad de

nuestras costumbres los enemigos políticos de la civilización que amanecía, y la civilización –Europa- nos venció. Caímos (dice la diatriba irresponsable) justamente... Tal es el resumen racionalista y francés, anglicano y enciclopedista -todo a un tiempo- de la interpretación europea a nuestra «decadencia». Es el pan común cíclico la cultura enemiga; es la conjura cuasi-mundial, tenaz y perseverante, contra el Ser histórico de España.

Se abandona hoy esa torpe mentalidad. Ya no es moneda valedera entre la humanidad culta una rutina pseudohistórica que arrancaba de las fabricaciones folletinescas de Antonio Pérez, «Reinaldo González», Encinas y Valera o de las tristes deformaciones fiscales de Las Casas. Por inverosímil que parezca, aquellos vulgares renegados y el mojigato obispo dominico, con toda la bazofia folicularia de los reformadores religiosos, han constituido en una Europa de tres siglos el material informativo para contemplar y juzgar a nuestro imperio. No podía existir en una Europa antitética de lo nuestro, serenidad para juzgar lo nuestro. La ciencia histórica es cosa de nuestros días y hasta ellos sólo política se ha hecho con la historia. Estaba todavía reciente, aún después de 200 o 250 años de Rocroy, la sorprendente preeminencia de la Raza peninsular, el imperio hispano-mediterráneo, hispano-germano e hispano-atlántico que tantas ambiciones deshonestas contenía, que tantas rebeldías teológicas y piratas se empeñaba en ahogar. El suelo peninsular no dió materia para luchar con tantos, enemigos; la materia quedó en nosotros vencida, y las tres ambiciones antiespañolas -anglopirata, parisién y luterana- después de minar nuestra fortaleza política impusieron una interpretación industriosa e inculta de nuestra llamada «decadencia».

Esa torpe interpretación hoy se abandona, pero es la, que siempre han adoptado los hijos espurios de España. Ellos instalaron la envidia y el despecho contra el Ser histórico de España en España misma, y la traición dió sus frutos, porque debía darlos; para que la Raza se sublevase de una vez contra una interpretación forjada de intento para arrebatarse toda preeminencia y para sumergirla en la desdicha. Europa nos labró un lugar de irrisión; fuimos la irrisión de una cultura nacida fuera de nosotros y contra nosotros. Y hemos acabado siendo la irrisión -o la ignominia- a nuestros propios ojos: que eso es la revolución antiespañola del Estado antinacional presente; tal es el triunfo de los que hoy cabalgan triturando el Ser histórico de España; la versión intrapeninsular de la conjura extranjera; la alianza de masones, separatistas, marxistas, chuetas y moriscos encargados de ejecutar desde el Estado español la sentencia condenatoria pronunciada contra nosotros entre las potencias y la cultura enemigas. Por eso hoy España siente que se deshace. Tal dicho que la deshacen. Y hoy más que nunca, por ello, el problema español es «de restauración hispánica». Es el momento ya inaplazable de salir del «letargo» antiguo para recomenzar la grandeza más antigua. El dilema, de hoy es de verdad sencillo, si bien fuertísimo: se trata, o de VOLVER A SER o de acreditar gravemente la imposibilidad de resurgir. En este segundo caso sí que seríamos no un pueblo aletargado, sino un pueblo decaído. Estamos cabalmente en los días de Pasión para la Patria, cuando le toca a España apurar las heces de la conjura secular enemiga, vendida por sus propios hijos y entregada en manos de verdugos nacidos en su seno...

En esta «plenitud del tiempo», predestinada providencialmente para que la nación pruebe su temple, las JUNTAS de la juventud nacional yerguen su decisión rebelde y despierta; para revolucionar todas las traiciones triunfantes y para acabar con el letargo. Nosotros no reprochamos a la Raza lo que se llama su decadencia: nadie debe volverse contra su padre, porque los muchos trabajos le rindieron. Reprochamos a los hijos espurios de siglo y medio de extranjerización, haber renegado del padre cansado, haber condenado la Historia paterna -patria-y buscado en los consejos enemigos un correctivo para nuestro pueblo.

Las J. O. N. S., en su empeño y en su - fe por reproducir la España grande, llaman directamente a nuestra Cultura y a nuestro Pueblo. Sin recetas y sin herramientas extrañas. Y la apelación y la consulta nuestra se dirigen singularmente a Castilla, corazón del tronco racial.

II

LA DEFINICIÓN DE CASTILLA INDEPENDENCIA Y UNIDAD CASTILLA, MADRID, EL LITORAL LA UNIDAD DE CASTILLA. SU LETARGO. LA HORA DE CASTILLA

Es indispensable precisar el concepto Castilla.

Hay una Castilla pura, la que no es más que Castilla, la de siempre. Son ochenta o noventa mil kilómetros mal contados de territorio central. Grande extensión para los dos millones o pocos más habitantes que holgadamente la pueblan. Son, incompletas, las provincias que convencionalmente se llaman de Castilla y León. Es una sucesión de valles tenues y páramos nivelados cortejando al Duero por las dos vertientes.

La conexión suave y hermana de varias «tierras», inuy parecidas entre sí: tierra de Campos, tierra de Salamanca, tierra de Medina, tierra de Burgos, de Soria, de Segovia, de Zamora...

No por capricho circunscribimos de este modo la definición de Castilla ni desconocemos la extensión de lo castellano en la Península, pues precisamente es condición de Castilla et ensancharse. Sale al mar íntegramente por Santander; tiene a sus hijos y sentimientos esparcidos por muchas urbes del litoral; se funde insensiblemente con Aragón -consorte perpetuo de Castilla- y, por el Sur, no se detiene hasta el estrecho, ya que histórica y étnicamente -¡no se olvide!- los andaluces son castellanos.

Todo lo dicho es Castilla o es castellano. Pero nosotros hablamos aquí intencionadamente de la otra Castilla pequeña descrita antes, para contrastar en ella lo que al principio de este artículo nos proponíamos: su relación con el letargo de la Raza, su actitud durante la llamada decadencia y su postura actual cuando, sin posible aplazamiento, ventila la nación española el rotundo dilema de VOLVER A SER o resignarse a la ruina. En este sentido es como hablamos de «Castilla en España» y afirmamos lo que nos viene sirviendo de motivo: *Si Castilla muere, España muere; mientras Castilla esté dormida, dormirá España.*

* * *

La falsa revolución del 31 ha iluminado con resplandores de tragedia una verdad que cada día gana con mayor ímpetu el convencimiento de los españoles, a saber: *Que las causas más concretas y permanentes de nuestros desaciertos políticos son el extranjerismo y la división interna.* El afán servil de copiar las instituciones y modos de los pueblos extraños, frecuentemente enemigos, y la carencia de grandes principios unitivos entre los españoles.

INDEPENDENCIA Y UNIDAD es lo que nos falta; salvar a España no es otra cosa que dotarla de instituciones fuertes alumbradas de su propio seno e infundir vida tangible a un ideal común a todos. No es muy necesario acreditar con razonamientos estas verdades hoy corrientes, ni nos lo proponemos aquí. Lo que juzgamos de gran oportunidad es proclamar que sólo Castilla, y cabalmente «la Castilla pequeña» de que veníamos hablando, puede -y, sobre todo, debe- engendrar la- unidad y proporcionar autenticidad para una España rehecha, equilibrada, gloriosa y estable. O lo que es igual: dar fin a la agonía de nuestra «decadencia», encontrar la salvación.

Castilla, sí, y no Madrid. Esto es de importancia esencial. Ni Madrid, que es el núcleo consumidor y deletéreo del cuerpo peninsular, ni la periferia que en sí siempre es disociativa, protestante, inegalitaria. Por imperar Madrid en España hemos llegado a una nación madrileña en vez de castellana: y decir «madrileño» -sin injuria, con el dolor de un convencimiento indeseable pero ineludible- es decir imprevisión, alegre superficialidad, arrepentimiento mañanero y calaverada cotidiana. ¿Por qué negar que España viene pagando las calaveradas de Madrid desde que empezó la Edad revolucionaria? Madrid, si no se transforma, debe perder el cetro espiritual y artístico de la nación para que la nación se salve. Y quien dice Madrid dice las ciudades absortas por y ante la metrópoli las de las locas mayorías marxistas del 28 de junio; las de la alegría vergonzante del 14 de abril. (¡Madrid, la capital encumbrada por una España unitaria, produce en respuesta los catorce diputados catalanistas del 28 de junio!)

Aparte de ese Madrid estricto o amplio, ¿qué queda No hay fuera de él más que dos órdenes de núcleos activos, generadores autónomos de vida o capaces de producir muerte: las zonas autarquistas, centrífugas, del litoral, y Castilla. Castilla, o sea la España castellana y rural, concentrada, depurada en lo que hemos llamado «la Castilla pequeña».

* * *

Obsérvese en esa Castilla pura su unidad admirable. Lo mismo que es sensiblemente uniforme su altitud terrenal, es uno el temperamento, una la creencia, una la tradición. Saliendo de aquellas extensiones nadie sabe ni puede recordar diferencias entre el hombre de Soria y el de Salamanca, entre el «campesino» y el charro, el burgalés o el segoviano. De la tierra del Cid se va sin transición notable a la de Isabel la Grande; Felipe II contempló en su niñez horizontes bien parecidos a los que poetizaba Fray Luis; desde Almazán se baja a las dehesas charras sin que la curiosidad de lo vario distraiga al caminante. Los mismos alimentos, idénticas labores, canciones semejantes y espíritu gemelo.

Entre la abigarrada multitud de tipismos, modos de pensar, hablar y vivir, tendencias morales y horizontes físicos que componen la unidad racial y continental de España, no se encuentra nada que en extensión y en intensidad sea tan uno como la meseta castellana.

Esta fraternidad de suelo, necesidades, creencias y filosofía colectiva es la figura más concertada y cordial de la unidad superior que España con su voluntad debe producir. Y algo más serio y positivo que la figura o símbolo es la condición, es el camino de esa voluntad unitiva. Es la misma voluntad. Sólo Castilla quiso siempre y supo un día unir. Y unir a través de millares de leguas, por encima de los mares y de las altas cordilleras.

Y sólo Castilla conserva en su entraña moral la resistencia prócer a las frivolidades extrañas. Castilla ha respondido a las fábulas o fórmulas de perdición, venidas de fuera en torbellino, con gallardo aunque indefenso descreimiento. Gastada y hostigada con tantas novedades contrarias a su espíritu, recibió -sin

aceptarlas- todas las revoluciones y constituciones recetadas en el extranjero, cocinadas en Madrid o en la periferia y destinadas, con mil razones, a hacer «la felicidad» de España, a europeizarla. El resultado ha sido el que la historia moderna y reciente nos muestra: la ruina del imperio, el empequeñecimiento progresivo de España, la madurez alarmante de todas las discordias. Así somos, al presente, el vertedero de las inmundicias intelectuales de Europa y la única nación de ella en trance de africanización -que es barbarie -y de balcanización- que es reparto.

Por fortuna, la pequeña Castilla, la madre de naciones y maestra de España, ha permanecido bastante incontaminada en su retiro. No ha perdido el equilibrio. Su sopor de dos largos siglos, su trágica inacción a través de los tiempos de decadencia y desnacionalización es lo que explica la persistencia de los males españoles. Un pueblo creador no se para en seco sin que en su torno se produzcan consecuencias catastróficas. La renuncia, la «apatía» pertinaz de Castilla -de este Lacio hispanoatlántico- ha sido la dolencia radicular del árbol español.

Pero ¿no habrá convenido este letargo castellano para reservar hasta la madurez de los tiempos su genuina potencia regeneradora? ¿No se erguirá hoy, o en un mañana muy próximo, la región matriz, poniendo a sus hijos de verdad a morir para recobrar, luchando, a España? No todos saben que sólo en Castilla se percibe, con grande unanimidad, en los momentos graves, el auténtico y desgarrado dolor de España. En aquellos valles, llenos de trabajo y faltos de lo necesario, es donde se siente bien que España unida, grande y pacífica es para ellos un orgullo y una necesidad: sólo ellos son fiadores de la España eterna. No incurre Castilla ni en los devaneos irresponsables del Madrid político, ni en las apetencias disociativas e inigualitarias del litoral autonomista, ni en las ráfagas de africanismo que todavía cruzan los campos más abajo del Guadarrama. Sólo Castilla representa y conserva «el equilibrio», reflejado en la igualdad de su meseta y avalado por su simpática pobreza. Sólo ella es capaz de concebir todavía, e imponer la UNIDAD. Mas no una unidad absorbente y afrancesada (Madrid), sino amorosa e ideal (Isabel la Católica, Castilla).

* * *

¡Se ha odiado tanto a Castilla!... Se le ha apostrofado tan unánimemente desde fuera y dentro de España, abominando sus obras en nombre de la civilización, que hubo de sumirse en un silencio de siglos. Cerráronse sus Universidades, se enterraron sus libros, volvieron vencidos, o traicionados y engañados, sus ejércitos y desapareció -hace siglos probablemente- su monarquía. Desde Lisboa a Barcelona y desde los nidos de sefarditas en Oriente hasta los lupanares del Papel impreso en Washington, Londres o París, se atacó -y aún se ataca casi diariamente- a Castilla. ¡Qué grande este pequeño pueblo con tan poderosos enemigos en su rededor!...

Pero ha llegado el tiempo de la máxima humillación. Cuando España acabó de repartirse y negarse en San Sebastián y en las fraudulentas reuniones pseudosoberanas de la calle de Floridablanca. Y, con la máxima humillación, llega el aviso perentorio para un último esfuerzo. Ahora Castilla debe decir si de verdad conserva en su extraña moral la fuerza creadora que produjo a España: *se trata nada menos que de rehacerla*. Y veremos entonces si nuestro pueblo es definitivamente decaído o sólo transitoriamente aletargado.

En buena coyuntura se presenta el momento crítico. Porque está el mundo iniciando el regreso de la carrera que se apuntó ya en los tiempos de las más colosales luchas de Castilla por caminos contrarios a los suyos. Asistimos ahora al descalabro mundial de lo antiespañol, de lo anticastellano. Podemos decir, pues, que es llegada nuestra hora. Y para que el aviso fuese más tonante y la excusa de Castilla imposible, he aquí que coincide exactamente la vuelta de campana de la civilización antiespañola con la vigencia dentro de España del Estado antinacional. De este modo Castilla siente de cerca el aguijón del ataque más humillante y al mismo tiempo el placer anticipado de su próxima revancha. Vemos en peligro cierto nuestro suelo, nuestra alma y nuestro pan. Ya es imposible prolongar el letargo. Castilla se levantará y con ella toda España: porque la España que quiere vivir sabrá demostrar en momentos definitivos que toda ella es Castellana. Por la Independencia, por la Unidad.

Junio de 1933.



LUYS SANTA MARINA

ANTE UN TEXTO DE JUAN DE ZABALETA

PARECE cosa del diablo: se había ido enredando todo, y la complicación económica, cada vez mayor, rayó prácticamente en la omnipotencia; corolario, la desvalorización del, factor hombre, y por evangelio el «tanto tienes, tanto vales».

Pero como los que tenían «y valían», eran los peores, los menos y los menos generosos: los otros se cansaron de aguantar. «El hombre lo primero», dijeron, porque se sabían hombres. Y nació el fascismo, que en esencia es esto y nada más; los hombres a la «frontera», al riesgo, al esfuerzo penoso, y lo demás se les dará por añadidura «Chi á del ferro á del pare».

Pan con dolor, ganado virilmente, recabando siempre para sí lo más arduo. Y pan duro, además, y escaso. Quien para ello no tenga ánimo, atrás, que vegete, que «viva su vida» (si le dejan). Pero que no levante el gallo y crea que echando un papelito en una urna se arregla el mundo.

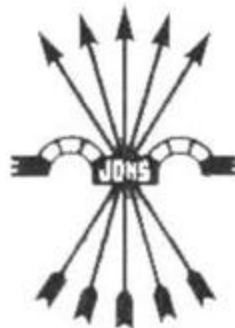
¿Sinfonía heroica? Quizá, pero sobre todo, poner las cosas en claro. Era que habíamos vendido la primogenitura por un plato de lentejas. Y se veía venir, sin lastre espiritual, heroico, sin «primogenitura», la vida giró sórdidamente en torno a las lentejas del plato; cerrábamos los ojos a otra vida hecha de sustancia eterna, celeste, que nos llamaba, que nos besaba en la boca, fatal, patética, como el amor, como la muerte. De sustancia celeste, dije, esto es, de carne y sangre. Verdad y poesía. La verdadera primogenitura.

¿Qué iban a hacer los hombres de esta cantera frente a un orden poltrón y ñoño? Lo que hicieron: el fascismo. No se olvide que su Belén fueron las trincheras, y las estrellas y luminarias que caían del cielo, cada obús y cada granada de mano que temblaba el credo. Y los presentes de los Reyes Magos, huesos de amigos un día sí y otro también.

Y ahora, para redimir el tiempo perdido, la página perdida, vaya el texto, que viene como anillo al dedo:

«Los que sirven en la guerra, o se quedan en ella, o vienen a los oficios en que se cuida de la guerra en la paz, tan roída la salud y tan marchita la edad, que sólo en morir se les va el tiempo. Lo que deben los que están en la paz a los que están en la guerra es tanto, que, o habían de ir ellos a hacer lo que ellos hacen, o padecer o esclavitud de muerte o esclavo vasallaje».

Agosto de 1934



JULIO RUIZ DE ALDA

UNIVERSIDAD, REVOLUCIÓN, IMPERIO

(El Triunviro Nacional de Falange Española de las JONS, Julio Ruiz de Alda ha dado a nuestros camaradas los estudiantes del Sindicato, una conferencia con las últimas consignas e instrucciones en vísperas de que se desparramen - durante el verano - por España. Hela aquí íntegra:)

Desde que nuestro Movimiento adquirió realidad, era preciso ir creando los órganos necesarios para conquistar, de una manera progresiva y constante, los distintos objetivos que se nos presentaban.

Desde el primer momento, fueron los estudiantes - y esto es natural, y luego trataré de explicar la razón del porqué - los primeros que llegaron. Fueron los primeros, y además fueron los más entusiastas.

Un Movimiento del tipo del nuestro tiene necesidad de hacer una propaganda continua y de agrupar los núcleos que se vayan incorporando. ¿Y cómo agruparlos? Pues de la manera que sean más eficaces y cumplan mejor su misión.

Nosotros, los nacional-sindicalistas, somos revolucionarios. Revolucionarios porque estamos decididos a cambiar el actual Estado y a emplear todos los medios para conseguirlo.

Tenemos un criterio y un sentido claro y concreto de cómo debe de ser nuestro Estado, y la organización nuestra debe estar inspirada en este mismo sentido.

Como antes os he dicho, la primera masa homogénea que tuvimos fué la universitaria; había necesidad de agruparla, y es lógico y natural que, según nuestra concepción sindicalista, se agrupase en un Sindicato.

Este Sindicato tiene que ser Nacional, pues nosotros no debemos y por tanto no podemos, hacer agrupaciones fragmentarias ni locales, sobre todo en su línea general o, mejor dicho, que todos nuestros organismos han de tener una línea nacional, aunque tengan autonomías de funcionamiento, con vistas a problemas locales.

Por eso, el título es Sindicato Español Universitario (Universitario de Madrid y Barcelona, de Santiago y Valencia, y Salamanca, etc.).

Se creó en Madrid, e inmediatamente se ha extendido a toda España.

* * *

Estando nuestro Movimiento en estado no embrionario, pero sí de asimilación o nutrición, es natural que este organismo (el Sindicato) ha de tener otra misión que la puramente profesional o sindical, aunque ésta sea más tarde, cuando hayamos conquistado el Poder, misión privativa.

Ahora estamos todos en un puesto de combate, en las avanzadas, en el verdadero tiempo heroico del Movimiento; en este tiempo, que los historiadores cuando triunfemos -y triunfaremos si nos "ganamos" el triunfo- cantarán y alabarán, y nuestros hijos se sentirán orgullosos de esta época. En estos momentos, todos tienen que estar en la brecha, y, como es natural, el Sindicato también.

Por lo tanto, aparecen aquí las dos directrices que ha de tener el Sindicato:

Una acción profesional y sindical.

Una acción política y revolucionaria.

Y vamos a ver cómo las tiene que desarrollar.

A los seis meses de vida del Movimiento, el Sindicato ha nacido, se ha organizado, y ya hoy cuenta en toda España con más fuerza y más espíritu que la Asociación profesional y oficial (F. U. E.).

Es mucho lo conseguido, pues hoy tenemos el instrumento con que trabajar, luchar y obrar en el próximo curso universitario.

Ahora es necesario darle al Sindicato fondo, o sea hacer que los estudiantes afiliados se interesen por él, que se acostumbren a verlo como cosa propia, y que, por medio de él, consigan el mayor rendimiento en sus luchas y trabajos.

Y para ello hay que señalarle metas, tareas, o mejor dicho, que el Sindicato las desenvuelva y las estudie y luche por su implantación.

Los Sindicatos, lo mismo que las milicias, acostumbran a reunir hombres, a unirlos en empresa común, a pensar en sentido total y no personal, y si el Sindicato, como ocurre con éste, no tiene por fin inmediato un objetivo económico, más aún; y si, además de ello, es político y revolucionario, mucho más. Y tened la seguridad de que un estudiante, al cabo de vivir y luchar dos o tres años en él, sale hecho un hombre nuevo, sale con nuestro espíritu - más audaz y más optimista - convencido de una verdad y dispuesto a luchar para imponerla. Saldrá convencido de que el bien general del Estado, será siempre, a la larga, el bien particular, y comprenderá así todos los problemas. Por esto el Sindicato debe atraer y emplear a todos los afiliados estudiantes, dándoles misiones y ocupaciones para que sea de todos, para que todos intervengan y se interesen por él.

En lo profesional, debe marcar metas precisas y concretas; yo no he de hablar de las mismas; pero sí os aconsejo que estas metas sean como deben ser siempre todas las nuestras: altas y ambiciosas.

Yo muchas veces pienso en los pueblos de España, estos pueblos chatos, pegados a la tierra. Desde el aire se ve que no tienen más que lo indispensable para la vida; porque no tienen, o no se ven, esos complementos que los hacen agradables: parques, jardines y paseos. Las calles son retorcidas y estrechas. Si los veis desde abajo observaréis que el noventa por ciento de las casas son pobres, feas e insuficientes; que dentro de ellas no se puede ser feliz; que las calles, cuando llueve, son barrizales; que los sitios de reunión: casinos, bares, tabernas, cines, etc., son sórdidos y mezquinos, en fin, se vislumbra una labor a realizar grandiosa; pues bien, nosotros tenemos que cambiarlos, salvarlos y rehacerlos.

Nuestros pueblos tienen que conservar, remozadas, las amplias casonas antiguas, las bellas iglesias; pero a su lado tienen que estar unos hogares amplios, limpios y alegres. Todos los servicios comunes tienen que tener este mismo sello. Hay que hacerlos habitables y confortables y esto hay que hacerlo de verdad, cueste lo que cueste; pues no puede ser que se diga: "España es su campo", porque hoy es una burla, pues en ese campo no se puede vivir.

Fijaos bien, arquitectos e ingenieros, médicos y maestros, en la inmensa labor que tenéis por delante: hacer la nueva España, la España nuestra y verdadera.

En una conferencia que di sobre "España vista desde el aire", hacía una crítica de Madrid, y sobre un plano topográfico resaltaba la carencia en Madrid de un lugar que recordase tiempos grandes de España. No lo hay. Lo más típico, tal vez lo más señorial, la plazuela del Ayuntamiento, es del tiempo de Cisneros, cuando Madrid no era capital de las Españas. Me diréis, tal vez, que el Palacio Nacional; pero éste está solo; no es la obra de un Estado ni de una Nación; es la obra de una dinastía; estaba en las afueras de Madrid, lindando con el campo, no metido dentro de la ciudad. El Madrid antiguo es chato y feo; será simpático; pero no es lo que corresponde a la Capital de un Imperio. El Madrid nuevo es producto de la burguesía y tiene espíritu de ésta.

Pero hoy, si vais a los terrenos donde se construye la Ciudad Universitaria, veréis que lo que allí se está haciendo es distinto. No hablo del estilo de las construcciones; hablo y me refiero a la amplitud del espacio; hablo y me refiero a ese horizonte que se ve desde allí; por un lado, la ciudad apelotonada, con las torres de las iglesias y los rascacielos modernos; pero hay otros dos puntos de vista magníficos: uno, la tierra que se ve, fuerte y grandiosa, con sus líneas recortadas, y por otro, el ancho panorama de Castilla.

La Ciudad Universitaria tiene un emplazamiento imperial; allí no se debe educar a los jóvenes hombres de España, para que salgan castrados de espíritu, sin más ansia que el de ser funcionarios, malos trabajadores y mal pagados. De allí no deben salir jóvenes sin más punto de vista egoísta que el de resolver un precario modo de vivir. Tienen que salir hombres nuevos, empapados de España, rebeldes y audaces, dispuestos a tomarlo todo, pero dándolo todo antes; tienen que salir los nuevos conquistadores de España.

Y sólo podrán salir así, y sólo se podrá conseguir esto que torpemente he anunciado, empezando desde ahora a dar vida a esta idea, a trabajar por imponerla, a convencer a los estudiantes de su posibilidad.

Estudiantes: La Ciudad Universitaria tiene que ser el primer reducto Imperial de la Nueva España. Vosotros lo tenéis que conquistar y afianzar, y el Sindicato tiene que ser el medio por el cual lo habéis de conseguir.

Estas metas que he dicho, unidas a las otras que habéis discutido en vuestras cámaras sindicales, tienen que ser propagadas a la luz pública; tienen que ser defendidas, y las tenéis que discutir, en toda clase de polémicas, pues tenéis que hacer que el enemigo las conozca y las combata; pero no debéis dejar que las desprecie.

Este curso, termina dentro de pocos días; vais a extenderos por toda España, por los pueblos y ciudades, y todos (aquí empieza también vuestra labor política) debéis ser propagandistas de nuestra verdad; no perdáis el verano; poneos en comunicación con el pueblo, ya sean obreros o comerciantes, campesinos o labradores, pescadores o industriales. Hablad a todos; discutid con todos.

Camarada que hagáis nuevo, no dejadlo que se pierda; ponedlo en contacto con el mando provincial, con el núcleo más cercano.

A los camaradas ya existentes, habladles también; fijadles mejor las ideas; dadles optimismo; convencedlos de la victoria; convencedlos de la acción; decidles que tienen que obrar y trabajar.

Recalcad bien lo que somos y lo que queremos, que no somos reaccionarios de la derecha, que nuestras milicias no han de estar nunca al servicio de una clase; que si hemos de combatir con los socialistas, será por nuestros principios, por España; pero no por los intereses de ninguna clase, ni de nadie.

Y ahora voy a hablaros de lo que debe ser el Sindicato en el próximo curso.

Este principio debe marcar el comienzo de la acción; y esta acción tendrá dos fases: una interna y otra al exterior. La interna tiene por objeto apoderarse de la Universidad y Escuelas especiales. Tiene que ser decidida y continua; tiene que ser algo más que asaltar centros de la F. U. E.

La consigna es derrotar a la F. U. E., hacerla desaparecer, bien absorbiéndola y disgregándola, o bien apoderándose de ella.

Hacer que las Asociaciones Católicas de Estudiantes luchen; no hay que dejarlos tranquilos, pues no se puede consentir que en estos momentos de ansiedad española, se cubran bajo una bandera los neutros, los que quieran la vida cómoda. En estos momentos de lucha no puede haber neutrales. Los amorfos, "los no combatientes, tienen que ser dirigidos y mandados por los que combaten y luchan.

Otra consigna del Sindicato: apoderarse de las Escuelas Normales en toda España. Hoy están todas ellas en manos de los socialistas, -y esto tiene una importancia capital, no sólo para nosotros, sino para el porvenir de España. Meditad un poco y veréis que dentro de unos años, siguiendo así las cosas, la mayor parte de los niños españoles van a ser educados a base de ideas antinacionales.

En Cataluña y Vascongadas, se les habla de su tierra chica, de su nación; y con toda la mala fe, engaño y odio de las falsas causas, se les dice la enormidad de que España representa la tiranía, el poder extraño; y si a esto se une que en el resto de España no se les dan más que los principios disgregadores y antinacionales, podéis tener la seguridad de que, fatalmente, España se deshará, irá al caos.

Nuestro Estado no es agnóstico, y no puede dejar de intervenir en todos los aspectos que interesan a la Nación; y excuso deciros, que la educación de la juventud es una de las primeras tareas. Por esto, nosotros, desde ahora, tenemos que preocuparnos de ella, y tenemos que ir a controlar las escuelas. Los mandos de provincias tienen como consigna preferente la captación de maestros, y vosotros, por medio del Sindicato, tenéis la obligación y el deber de luchar constantemente y de trabajar asiduamente, hasta que todos los alumnos del Magisterio sean compañeros nuestros y enseñen e inculquen a la juventud española nuestras ideas y sentimientos inmortales.

Y antes de hablar de la acción externa, de la acción conjunta con el resto de nuestra Organización para los objetivos a todos comunes -los que están dentro de la línea política nuestra, - voy a hacer una pequeña digresión sobre el aspecto político vuestro, visto en el presente y en el porvenir.

Al principio os dije que era natural que los primeros que acudiesen a nuestra llamada fueseis vosotros, y es así, porque hoy toda la juventud española que tiene sangre en las venas y cerebro para pensar, es revolucionaria.

Habéis nacido después del 98, habéis conocido el 1921, y veis que para levantar este pueblo es "necesario" algo más que un Estado amorfo, al margen de la vida, de las inquietudes y problemas del país, fracasado e impotente hasta para resolver los más pequeños problemas de orden público; que las ideas "burguesas", sean conservadoras o de izquierda, sean ellos republicanos o derechistas, todos no quieren "más que vivir", conservar el statu quo de la estructura actual, económica y social. Son incapaces de una acción, de un sacrificio, de un trabajo, aunque este sacrificio, este trabajo y esta lucha trajesen como consecuencia el bien general.

Son egoístas y son tímidos; cuando se encuentran enfrente de un problema no van a resolverlo, van a soslayarlo, y piensan que como van a estar poco tiempo en el Poder, es mejor que lo resuelva su sucesor.

Son un amasijo de apetencias a los que domina el interés, y por eso, estos Gobiernos que estamos sufriendo han permitido que nazcan, al margen del Estado, unos poderes que son los que mandan y dirigen a la Nación.

Por un lado, el capitalismo, que con la fuerza enorme del dinero organizado, dinero internacional y anónimo, compra y soborna hombres y organismos, y domina el sistema actual.

Por otro lado, fuerzas obreras organizadas, fuerzas auténticas, fuerzas que luchan, en unas cosas con razón, desde el punto de vista económico, pero que políticamente están desviadas o entregadas a

utopías imposibles y directrices antinacionales, han creado organizaciones potentes al margen del Estado, en contra suya, obligándole a ceder y a faltar abiertamente a las leyes que él mismo ha hecho.

Comprenderéis que vosotros, jóvenes, y jóvenes que estudiáis y pensáis, jóvenes que no tenéis odio - comprensible en los dejados de la fortuna, -que tenéis la cabeza clara y el corazón abierto a todas las causas grandes y generosas, teníais que venir aquí, mejor dicho, la nueva España se tenía que crear a vuestro alrededor.

Esto os revelará que si queréis, si tenéis constancia y fe, vosotros podéis cambiar a España.

Vosotros no estáis aún apremiados por la angustia económica, sois generosos, queréis una sociedad mejor, más justa, y una Patria más grande. No podéis querer una sociedad pazguata y egoísta, que cree resolver problemas a base de la caridad. Nosotros tenemos que abolir hoy esta palabra "Caridad". Tenemos que luchar por la "Justicia". Sois rebeldes, pues comprendéis que este cambio que España necesita no se puede hacer por las vías legales; hay que hacerlo revolucionariamente, realizando y haciendo una revolución.

El Sindicato tiene que darnos el mejor plantel de propagandistas y agitadores; y digo el mejor plantel, pues nos dará a los hombres que mejor comprendan y sientan nuestros ideales.

El Sindicato nos dará juventudes entusiastas para nuestra primera línea, juventudes homogéneas y con espíritu. Habéis dado los primeros mártires, daréis también los primeros héroes y los primeros vencedores.

Vuestras juventudes, dentro de la disciplina, disciplina necesaria para que la acción sea eficaz, serán la fuerza más aguerrida y mejor de nuestras milicias.

Funcionarán dentro y fuera de la Universidad. Se especializarán en distintas clases de lucha: en movilizaciones civiles, de servicios y en luchas violentas de la calle.

La calle. Esta palabra nos dice un objetivo que tenemos que conquistar pronto. La calle, dentro de un año, tiene que estar llena de nuestra presencia, de nuestros gritos, de nuestras ideas y de nuestros escritos.

Para conquistarla hay que saber moverse en ella; para ello, no hace falta movilizar masas diariamente: tienen que ser grupos ágiles (nuestras escuadras), las que no tienen que desperdiciar ninguna ocasión para actuar; no me refiero a los golpes, sino a la presencia, al grito, a la discusión, a tener al mando siempre en el conocimiento de todo lo que ocurre, a utilizar bien los enlaces, a tener estudiadas las concentraciones, etc., etc.

La primera parte del próximo curso, la organización se dedicará a la propaganda y proselitismo; la propaganda será más continua, se empezará a reunir masas. Esta propaganda tendrá que ser defendida por nuestras juventudes. Se hará guerra de guerrillas, de tanteos, de objetivos pequeños; pero esto también repetidamente, sin descanso. Se empezará la labor sindical; aquí los estudiantes tienen también su cometido, pues vosotros, jóvenes, os podéis poner en contacto con los obreros; tenéis prestigio ante ellos y podéis discutir y captar adeptos.

Y, por último, os diré que es necesario que antes de final de año organicéis una Asamblea Nacional del Sindicato, a la cual vengan compañeros de todas las provincias, pues esta Asamblea, al ponerlos en contacto unos con otros, hará que os conozcáis, que comprendáis mejor todos los aspectos generales y nacionales de la Universidad y Escuelas Españolas, y daréis al Sindicato profundidad y anchura nacional.

Yo sólo os afirmo que todo lo que os he dicho se puede conseguir; para ello es necesario tener fe, fe integral, pues si la tenéis, como la tengo yo, no os quepa duda alguna de que el triunfo será nuestro, y en vez de querer reconquistar la República, nosotros haremos otra cosa mejor:

Haremos la España Grande.

¡¡VIVA ESPAÑA!!

Mayo de 1934.

RAIMUNDO FERNÁNDEZ CUESTA

CAPITALISMO Y CORPORACIÓN

EL sistema capitalista sobre el cual se encuentra montada casi totalmente la economía del mundo, ha adquirido tales proporciones y características, que sus nativas cualidades y sus indisputables ventajas intrínsecas se encuentran desvirtuadas, de forma que se impone de manera apremiante un cambio completo en el régimen de la economía universal. Pero importa mucho tener en cuenta y no debe olvidarse ni por un momento, que si el sistema capitalista en el grado gigantesco en que se halla, es absolutamente incapaz para resolver la mayoría de los problemas planteados en la vida de todas las naciones, esto no quiere decir que carezca de elementos altamente utilizables, si se reducen a sus naturales dimensiones y se encuadran en una organización más adecuada a las exigencias modernas.

El capitalismo, producto de la economía liberal, nace a la vida pública como sistema económico a principios del siglo XIX, adquiriendo bien pronto energía suficiente para hacer sentir su influencia en múltiples manifestaciones de actividad, aumento de población en las grandes urbes, nacimiento de industrias, descubrimiento de minas, nuevas construcciones, apertura de vías de comunicación, etc. ; pero llega un momento en que, a consecuencia del desarrollo de los negocios, resulta insuficiente el capital de las grandes familias de industriales, que hasta entonces, y con un legítimo orgullo de progresión, habían sido los directores de la economía, y ante esa insuficiencia del capital público, asociando éste a las empresas financieras, surgieron así la sociedad anónima, con la cual pierde la economía todo color de humanidad y se siembra la semilla del agio y la especulación. Mas como la fiebre capitalista continúa creciendo y el Estado liberal, fiel a sus principios, deja que se desarrolle en completa libertad, la sociedad anónima resulta también insuficiente, y es preciso acudir a otras formas capitalistas más fuertes y complicadas Trusts, Cártels, Consorcios, los cuales existían ya muchos años antes de la guerra europea; pero, terminada ésta, cuando el capitalismo adquiere caracteres de pesadilla y se convierte en algo monstruoso y alucinador, todos esos consorcios se multiplican en proporciones gigantescas. Y no es esto lo peor, sino que dichos consorcios están dirigidos por escaso número de personas, quedando en manos de unos cuantos especuladores la vida económica del mundo. Así se da el caso de un millonario norteamericano que desempeñaba 2.400 administraciones de Sociedades, que representan más de 3.000 millones de dólares de capital; así vemos cómo la industria automovilista de los Estados Unidos se encuentra controlada por tres grandes empresas General Motors, Chrysler y Ford, y así es de esperar que de no ponerse coto a este desenfreno capitalista, las fortunas nacionales, dentro de pocos años, queden en poder de unas cuantas Compañías, con las consecuencias políticas y sociales que tal monstruosidad ha de producir. Resulta, además, que si durante lo que podemos llamar primera fase del capitalismo, y que alcanza hasta el año 1870, en que termina la guerra franco-prusiana, los principios liberales se observan en toda su pureza, el Estado permanece neutral en las luchas económicas y la libre concurrencia se considera la fuente de todo bienestar, a medida que se van formando esas concentraciones financieras, y en ellas se hace un llamamiento al capital público, las características liberales se pierden y borran por completo. En efecto, el absentismo del Estado es sustituido por su intervención, la cual se hace necesaria desde el momento en que la empresa deja de ser privada al tener un capital formado con las aportaciones de los que han acudido a su llamamiento; las tarifas aduaneras se establecen en beneficio y ventaja de poderosos intereses industriales, con lo cual se permite a una minoría privilegiada explotar al resto de sus compatriotas, y la libre concurrencia desaparece ante los trusts y cártels, que no tienen otro origen que el egoísmo de los financieros, quienes, con un criterio particularista, han estimado preferible a la lucha entre sí, llegar a un acuerdo para repartirse los mercados, señalar un límite de precios y producción, reducir ésta convencionalmente, causando una alza artificial en aquéllos y remunerar con exceso al capital, aunque ello sea a costa de una pérdida de salarios, de la carestía de la vida y de, la disminución del poder de compra.

De cuanto queda expuesto, resulta claramente que el supercapitalismo y sus dañosas consecuencias exigen la transformación de la vida económica, si se quiere poner término al estado caótico actual, buscando un sistema que sustituya con ventaja al hasta hoy seguido; sistema que, desde luego, ha de basarse en una intervención del Estado, pues la historia nos enseña que el régimen de absoluta libertad es el culpable de la degeneración capitalista que padecemos, y que puede llevarnos a otro, totalmente opuesto, con todos sus peligros e inconvenientes. Porque si es preciso combatir a todo trance las ganancias excesivas, las crecientes desigualdades de fortuna, el enriquecimiento impuesto y la ganancia fácil; en una palabra, el capitalismo bursátil y especulador para triunfar en el cual no se precisa cualidades intelectuales socialmente útiles, ni capacidad técnica e industrial, siendo bastantes la audacia y la decisión-, en cambio debe respetarse el capital productivo, trabajador, honesta y humanamente utilizado, y al que tanto debe la civilización moderna. Ahora bien, esa intervención que estimamos necesaria en el campo de la economía, se ha llevado a cabo, aparte de ciertos casos de intervenciones aisladas, mediante el sistema comunista, el

régimen de la N. R. A. (National Recovery Act) implantado en los Estados Unidos por Roosevelt, o por medio del corporativismo. El primero lo estimamos totalmente inaceptable, no ya por sus rasgos en el orden espiritual, sino porque niega toda iniciativa y estímulo privado, sustituyendo el poder omnímodo del individuo por el no menos absoluto del Estado, y porque en lugar de someter aquella iniciativa a una disciplina y a un control, considera más práctico suprimirla por completo, sin tener en cuenta la necesidad de su existencia en el orden económico.

El régimen norteamericano, en realidad, no constituye sino una serie de contratos colectivos de trabajo, impuestos coactivamente, sin más flexibilidad que la dimanada de su personal autor, pero no del sistema. Queda, por tanto, como única intervención posible, a nuestro juicio, la del corporativismo, en el cual mediante síntesis admirables se armonizan y comprenden todos los elementos de la producción hasta ahora en lucha y discrepancia. Es la economía del individuo, pero también de los grupos sociales. En ella se respeta la iniciativa particular, pero sometiéndola al interés público y al bien común; en ella se admite la propiedad privada; pero siempre que no sea ociosa y parasitaria, sin más aspiración que disfrutar placido y sosegadamente de sus rentas; en ella, el capital, técnica y trabajo no obtienen más interés, provecho y salario que el determinado por las circunstancias económicas de la nación, y en ella, ese salario se fija en atención, no de la cantidad, sino de la calidad del trabajo que se rinde, criterio que permite resolver la autonomía entre el hombre y la máquina, pues aquél no verá en ésta un enemigo, sino el medio de hacer más eficaz, y por tanto, más productiva su obra, con lo cual el obrero es el primer interesado en el perfeccionamiento de la técnica. A todos estos beneficios que en el orden material produce el sistema de intervención económica que preconizamos, hay que añadir los no menos importantes de orden psicológico, pues mediante él, las clases obreras y patronales han entendido la sencilla y a la par ignorada verdad, de que son parte integrante de la vida nacional y no algo existente al margen del Estado, en pugna constante con el mismo, viviendo la primera sin otro afán que la mejora de su condición económica, aun cuando para lograrlo necesiten promover conflictos que turben su normal vivir; y comprendiendo la segunda, que los beneficios obtenidos por los obreros no son concesiones que ellos otorguen, y por tanto pueden graduar según su particular criterio, sino que es el Estado quien ha de señalarlos en los términos que permita la Economía, de acuerdo con la justicia social.

En conclusión, la crisis que actualmente atraviesa el mundo, crisis de sistema, producida por la deformación capitalista, no tiene otra solución que una intervención del Estado inspirada en un criterio de armónica hermandad de los factores económicos, pero si esa intervención ha de ser eficaz 'política' duradera, debe ir acompañada de una fuerte disciplina y de una tensión constante de ideales patrióticos que sean norma directiva de gobernantes y gobernados.

Agosto de 1934.

JUAN APARICIO

NUESTRO EMBLEMA: EL YUGO Y LAS FLECHAS

EL yugo es la yunta; la junta, las juntas de nosotros, nuestra propicia coyuntura histórica. Las flechas hienden las mañanas de España. Hienden. Ofenden. Son la ofensiva de una raza, de una juventud que pretende imponerse ahora.

El yugo camina delante del arado. Es la agricultura nacional. El campo nacional. La vida nacional.

Cada manojo de saetas es una gavilla de corazones, una hermandad, un gremio, un Sindicato.

Las flechas son de hierro, de acero, de la carne española eterna. Aguzadas, forjadas con el fuego antiguo por sindicalistas nacionales.

El yugo y las flechas son también la cruz; forman una cruz. Para sus cruzados toda una gran empresa ha sido una cruz en la encrucijada de los tiempos. Si el yugo pesa, apesadumbra a alguien, las flechas aligeran, alegrarán nuestra buenaventura española.

Aunque cerca del yugo está siempre el estímulo.

Los campesinos que hablaban latín estimulaban a sus bueyes -junto a la cerviz- con una punta de saeta en la extremidad de un palo.

Nuestro escudo huele a garrote y a fragua, y a pan, y a vino, y a sol, y a eternidad.

El equilibrio duradero entre un pasado horizontal -el ubio- y la ascensión vertical, celestial, de un futuro: las flechas. Habrá que reconquistar nuestra patria a flechazos, a golpes cíe cariño. Amorosamente. Duramente. Como se conquista a la mujer que parirá a nuestros herederos.

Primavera de 1933.

NEGRO Y ROJO

NUESTRA razón de ser es una cadena de generaciones españolas, una verdad perenne, inmutable y sagrada; y las circunstancias perentorias del mundo. El primer Evangelio de la vida de Cristo comienza por la serie de sus generaciones. La eternidad de nuestra vida ha de regenerarse eternamente, según normas teológicas y voluntad de sangre. Sobre cada generación pasada de nosotros, la derecha de Dios es un índice y una caridad: una caricia. Dentro de la forzosidad de nuestro genio histórico es necesario saber a dónde vamos y querer el de dónde venimos. Hay gente eximia con apetencias de un origen simiesco. Hay pueblos parricidas y naciones sin patria. Sin padres o sin madres.

Nuestra madre Isabel, de España y de Castilla, fué católica, universal y real, genuina, antigua y modernísima. Supo el latín del Renacimiento y rezaba una plegaria de Edad Media. Paridora y Reina. «Hágase España» repetía nuestra madre Isabel a menudo. Y el éxito de ese quehacer concreto fué la mejor criatura de su vientre. Nació la Nación española exenta del pecado laico, de su exaltación naturalista. Contra la frialdad del «laos» griego, de la estéril demagogia helénica, nuestra Nación ha poblado, ha popularizado, cálida y romanamente, su pasión cristiana. Nuestra Nación ha sido popular, porque ha sido santa.

Con alma religiosa y fines transcendentales de unidad y de salvación, con sus obras una certidumbre de ejecutar lo justo. Justas fueron sus pugnas, y sus batallas, justicieras.

Mientras peleaba por el cuerpo místico y nazareno de Jesús, era un Corpus España, un «Corpus Christi», una corporación equilibrada de poderes, un ansia unánime. No existe opción ahora por cualquier hereje distinto de ese entonces. Todos sentíamos aún el mismo contacto estremecido de la matriz de Isabel. La mano abierta del Imperio y el puño cerrado de Felipe II golpearon con igual porfía en el corazón diferente de Europa.

Cuando se detuvo nuestra furia bélica, la cohesión del impulso castrense, el español hasta aquel día miembro de un organismo heroico y casi divino, se descubre indisciplinado, guerrillero, anárquico, irredento de su propia persona cautiva. Después del ocio castramental, donde el milite segrega en los muros de la garita el secreto más sucio de su intimidad púber, adviene la atomización de España. Una época de deslealtades y de pactos simoníacos con el demonio; es decir, con Francia (con su dinastía y hasta con su cultura). Esta etapa de reflejos de revolución, y no de la Revolución nacional creadora -revolucionarse es volver siempre a lo auténtico, a lo primitivo- y de traducciones del Romanticismo y nunca del empleo y, aprecio racional de nuestra actitud romántica. Si el romanticismo es nostalgia, y Rousseau, su profeta; no viviendo todavía Rousseau, estábamos nostálgicos de las cosas remotas, de los valores puros.

El patriota salido de madre durante el siglo XIX, es el libertario o el carlista. El uno significa el desquite contra la mendacia del humanismo, la destrucción por la dinamita de su espíritu falso. Una desgarradora añoranza del futuro soñado. Los carlistas ambicionaban el ensoñador desgarramiento de un pretérito. Los dos son fenómenos campesinos, y a la par, irónicos y sanguinarios.

A causa de su raíz irónica, porque el rústico tiene un presente intemporal y circunscrito, y ambos han empujado a masas de labriegos a un anhelo romántico de lejanía y de desesperación, han fracasado juntamente, a pesar de tres guerras civiles y de infinitos atentados de bomba y disparos de «Star».

El anarquista lucha en sus Casas Viejas por la liberación de la Humanidad; pero sólo con la experiencia y el horizonte angosto de la aldea, y lo ametrallarán las milicias mercenarias de la social democracia.

El carlista auténtico se ha desposado austeramente con la Tradición -doncella inmaculada y aguerrida como el caballero Bayardo-; pero llega el trance en que el carlista cien por cien descubre las infidelidades de su cónyuge. Sus coqueteos con el ex-monarca constitucional, con los obispos apóstatas del año 76, con la burguesía liberal. El carlista integral decide recluirse en su morada, mientras la esposa adúltera, la fugitiva Tradición, se divierte en París como cualquiera prostituta.

Carlismo y anarquismo están exhaustos hoy de generosidad fecundante, a pesar de la aislada generosidad de sus hombres. Son caparazones anquilosados en medio del camino, en cuya oquedad pululan los vermes y los aventureros. El nacionalsindicalismo recoge el gallardete empapado de luto de los ácratas -la oriflama de una justicia exigentísima, y de la emoción popular y profunda de España- y la temperatura insurreccional y patriótica de las boinas rojas. Aquéllas ya no son presencias actuales, sino sueños de sueños idos. Nos han dejado su fanatismo hondo y su entusiasmo por la facción.

Si nos preguntáis de dónde venimos: Mirad nuestra bandera roja y negra. Porque ha sido testigo de un pasado revolucionario y nacional.

Si nos preguntáis a dónde vamos: Miradla también ondear sobre los próximos triunfos.
Mayo de 1933.

IMPERIO O ANARQUÍA

EL dilema es claro: Anarquía o Imperio.

La Historia de España no hace sino comprobarnos su evidencia. O encontramos las épocas llenas, henchidas de responsabilidad, cohesión y alegría, o nos entristece el espectáculo de las ansias menudas, de los desvaríos personales, del señoritismo burocrático y de la «Star» del pistolero. El señorito enchufista es la última reencarnación del comunero vencido en Villalar. El anarquista, el sindicalista, son los descendientes del soldado que fué a América, a Flandes y a Italia; y que, desde hace mucho tiempo, no puede servir a nadie; porque falta la gran empresa nacional y creadora en que disolverse y perpetuarse.

A menudo ha existido en España, o por mejor decir, hasta 1600 y pico, una realeza poderosa -con voluntad de imperio-, una minoría de señores y una masa amorfa de pueblo. Masa de rústicos y de hidalguillos que a veces cultivaron en régimen popular, colectivista, las aguas, los prados, los montes, los rastrojos, los molinos y la salvación. Mientras en Francia los señores, los caballeros, se impusieron a la Monarquía y establecieron una cadena de relaciones personales mutuas, que son la esencia, la fortuna y el vigor del feudalismo, y que después se transformaron paradójicamente en el antifeudalismo de los Derechos del hombre y del ciudadano demoliberal. En España, donde los gérmenes romanos de «imperium» eran más compactos -pues los godos llegaron aquí bastante latinizados-, nuestros señores consiguieron apenas libertades y franquías: privilegios. Y prodújose entonces una caricatura de feudalismo -una nobleza rencorosa, sin obligaciones, ávida de intereses, egoísta y rapaz. Así predispuesta, se opuso con frecuencia a los intentos de unidad y de política de onda larga. Combatió y venció a Alfonso X. Fué vencida otras veces. Pero desde Alfonso XI quedó dueña de España. La reconquista se detuvo. Judíos y magnates eran la polilla y la rémora de la nación.

Tuvo que ser Alfonso V de Aragón, aunque de estirpe castellana, en Italia, quien abandonara la política de territorialidad, por una política de dignidad y de aventura. Tuvo que anteponer los empeños de amor propio y del amor de Dios al bienestar de sus vasallos y aun a la conservación de la Patria. Reinó 24 años en Nápoles. Una ambición magnánima de imperio iba hinchando sus gábilos desde esa Italia, a donde Alfonso X había enviado ya sus tropas -500 jinetes a Pisa-, las primeras de aquí, del corazón de Hispania, que fueron en son de hostilidad después de las de Aníbal.

El Sacro Romano Imperio se apagaba en la Península Itálica; la emoción totalitaria medieval iba a quedar sin gota de sangre antigua. Los italianos eran cortesanos de su particularidad, de su lengua y de su Renacimiento. En aquella sazón fué cuando España sé dispuso a tomar sobre sí una tarea difícilísima y gloriosa.

De Aragón nos vino Fernando el Católico. Un yugo lo juntó con la Reina Isabel, y nuestras saetas se desparramaron por doquiera. Un impulso final de unidad florecía. «Granada es Granada» se proclamaba entonces. Todo era posible ya; porque avanzábamos en la trayectoria del Imperio.

Alrededor de España, el Renacimiento era un patriótico proceso de segregación de Italia, de Francia y de Alemania, de las entrañas místicas de la Ciudad de Dios. El Renacimiento fué la Nación, la aurora de las conciencias naturales, nacionales, laicas. La «Civitas Dei», de San Agustín, iba a ser sitiada y derruida por los infieles, cuando pusimos junto a su mejor baluarte nuestra pasión morena de soledad divina y el único principio que captamos del Renacimiento -después de una Edad Media peninsular y activista-, el principio de la acción. Fué la hora cumbre (le nuestra acción y de nuestra pasión. El imperio absoluto del alma sobre el cuerpo. La tensión más laboriosa y fecunda de nuestros músculos y de nuestro espíritu. Volvía la Edad Media. el Sacro y Romano Imperio a imponer su visión y su devoción del orden y del amor en Cristo. Dar cuenta a Dios y ensanchar su Ciudad férreamente, fervorosamente.

Ahora que vivimos la etapa postrera del Anteimperio -y de la Anarquía- será conveniente comparar los síntomas actuales con los destellos áureos del lejano horizonte.

IMPERIO: Condenación de los elementos antiheroicos, financieros y traidores. Expulsión de los judíos. El valor y el sacrificio son una virtud máxima.

ANTEIMPERIO: Retorno de las juderías masónicas y marxistas. Materialismo, predominio de los factores económicos. La Patria, según su concepto, es el primer asidero de los tontos y el único refugio de los bribones.

IMPERIO: Nacimiento de una política nacional, imperial, contra Francia.

ANTEIMPERIO: El Marruecos francés comienza en los Pirineos. Dinastía francesa. Bandera tricolor. *Allons, enfants de la Patrie*, y kepis de gendarme para los guardias de la porra.

IMPERIO: Descubrimiento de América. Esto es, el mayor ejemplo de potencia expansiva que conoce la Historia. Dilatándonos en el transcurso de un siglo desde la California y la Florida hasta el Cabo de Hornos. El Conquistador se traga a la tierra. El espacio se achica, desaparece ante la maravilla del hombre.

ANTEIMPERIO: Copia de un parte militar de la última campaña de la Monarquía en África : «Hemos avanzado del kilómetro 48 al kilómetro 49».

IMPERIO: El Gran Capitán y los jóvenes españoles viven y fraternizan y estudian en Italia. Ordeñamos la loba romana para la vía láctea del Imperio. Vienen a España los hombres del Norte. Universidad. Universalidad.

ANTEIMPERIO: Opiniones vulgares en 1931: «el italiano es un cretino que soporta a la mala bestia de Mussolini» ; en 1933: «el alemán es un cretino que soporta a la mala bestia de Hitler».

IMPERIO: Derrota de los Comuneros representantes del egoísmo y de la ruindad señoril. Los Comuneros descendían de los enemigos de Alfonso X, de la gente hostil a la unidad supranacional de España. Fernando e Isabel sojuzgando a la nobleza de su tiempo, prepararon el triunfo de los ímpetus católicos y universales. El comunero pretextó y protestó de la extranjería de los flamencos. En el fondo le espantaba la gesta imperial que podría disminuir o degollar sus comodidades archiburguesas. El 24 de febrero de 1530 coronó el Papa Emperador a Carlos V en Bolonia.

ANTEIMPERIO: Apología del comunero. Haremos de España una gran nación de gente que trabaje - «sic»-, que trabaje lo suyo, que cultive su parcelita -«sic»- y que cobre también de aquí y de allá; que se desentienda de los libros de caballerías y no se deje engañar por fantásticas ilusiones. El proyecto de gran nación que embarazaba al señor Azaña hubiera sido un gran desfile de comuneros que practicasen el enchufe.

IMPERIO: Consignó Antonio de Lebrija en su gramática de 1492 que la lengua es compañera del Imperio. El día 15 de abril de 1536, en presencia del Papa y de Venecia, Pronuncia Carlos V un discurso en español; cesáreamente rompía con la costumbre de hablar en latín, y nuestro idioma fué a las Cortes de Viena y París, de Bruselas e Italia. Nuestro pensamiento, asimismo, se extendió a través de las fronteras. La Historia de España, además de Historia Sagrada, se hace Historia Universal.

ANTEIMPERIO: Los jefes bolcheviques esperan obligarnos a hablar el ruso. La peste socialista prefiere el esperanto. Después de la aprobación de los Estatutos regionales, el español únicamente se utilizará en América. La Teosofía y la Sexología se profesarán en todas las Universidades de la República. Dentro de su recinto escucharemos la Historia natural de España, la historia de sus mamíferos y sus invertebrados.

* * *

Cuando los vínculos espirituales se aflojaron, cuando la voluntad de Imperio se enfrió, nos entregamos a Francia; la Dinastía borbónica ha sido un pecado de lesa Patria. Un pecado contra natura. Un gran pecado contra nuestra naturaleza y nuestra cultura de imperiales heroicos. El Tratado de Utrecht se preparó sin España; no fueron admitidos sus embajadores en la Paz de Viena. Nuestros diplomáticos tienen que retirarse sin firmar, ante el olvido de la personalidad de su nación. España, entre Francia e Inglaterra, perdió el ritmo cíclico su política imperial y cesárea, romana y germánica.

Don Juan Prim negoció con Bismarck, para el trono vacante, un Hohenzollern. Bismarck nos ofrecía el Rosellón; pero seguíamos dentro del Anteimperio una conducta de vacilaciones tal, que la guerra del año 70 pasó por nuestro lado sin ayudarnos nada. Según Cánovas del Castillo, la mejor política internacional de España era no tener ninguna. Y así, aunque de 1887 a 1892, por mediación de Italia, nos aproximamos a la Triple Alianza -otra vez la lejana obsesión del Imperio alemán-, después, en el 98, estuvimos solos, mártires, únicos testigos de nuestra tragedia.

Con bastante torpeza he destacado la sombra de un Imperio y el perfil de un Anteimperio. Todos sabemos que un partido político juvenil no puede alimentarse, de carroña. El Imperio Español de los siglos XVI y XVII es sólo un acicate. Una lección de vida y de esperanza. Jamás renunciaremos a ninguna prerrogativa o deber del Imperio, y como el Imperio requiere una expansión, jamás renunciaremos a expansionarnos hasta donde llegamos antes, como jamás renunciaremos a España. Queremos empresas totales para que luego vaya rodando su penacho de ciudad en ciudad. Tras la idéntica admiración del vulgo. Cosa pequeña es el nacionalismo o la dinastía. Cosa angosta para las mentes abiertas de España. Quien se desase de la tierra próxima, del pariente cercano, por la presea remota y lujosa, por la lejanía maravillosa de Dios.

¿Qué nos une a Europa? La Europa de la Paz de Versalles nos observa desdeñosamente. La impotencia de nuestro imperialismo, que sólo se afina en nuestro querer y nuestro pensar el Imperio, no puede competir ahora con el imperialismo inglés enraizado en el mar, ni con el francés, donde todavía se estremece el belfo del caballo de Napoleón, ni con el distante del nipón, rehecho de feudalismo y técnica. El

anteimperio ha degenerado en anarquía, cuya podre nos envenena el ser. Pero debajo de su pus se rehace otra vez el destino, otra vez la forzosidad y la alegría de nuestro mejor destino.

Nuestro imperialismo será, por lo pronto, el esquema ideal y la brasa real de nuestra revolución.

Junio de 1933.



NACIÓN Y REVOLUCIÓN

A democracia de las naciones es una superchería, como la democracia de los hombres. Lo característico de cada nación es ser y valer más, o ser y valer menos que otra. Teóricamente las podemos pensar iguales, y, mientras tanto, aprovecharse la poderosa de la débil-, tal acontece con la política democrática, donde cualquiera, detentando sin ninguna responsabilidad y un coeficiente de poder superior al de una Dictadura manifiesta, nos habla sin escrúpulo de los derechos de los demás a la cosa pública. Y esa ha sido la estratagema de la Sociedad de las Naciones, de Ginebra, en las manos de ingleses y franceses; allí, el coro de los países inferiores ha decapitado la posibilidad de su engrandecimiento y la pugna secular de su historia, para inscribirse en una esquemática e ilusoria simetría, a priori, de los Estados soberanos. El Haití -por ejemplo- en la misma coyuntura y ponderación que Alemania.

Si se rechaza la mentira del equilibrio democrático, surge al instante un afán nacional de superación y salvación. Salvarse es ver a Dios en los triunfos del espíritu y en la materia cotidianamente reducida a gracia. El rango de las naciones lo ha discernido Dios, según su voluntad e inteligencia, o según su amor, que es también ese par de realces. El predominio de un país es de índole parecida al imperio del Santo. Las naciones viven en el pecado -aunque sean el eje de su tiempo-, cuando su prioridad les viene de las fuerzas satánicas universales.

Hay que estar muy seguros de servir a Dios para servirse del frenesí divino de la creación sempiterna del mundo, del instinto revolucionario. La nación se salva mediante las revoluciones; que aun siendo trabajo diferente de la guerra civil, Romero Alpuente consideraba a ésta como un don del cielo. La miseria actual es la guerra civil de las dos Españas, irreconciliables y enemigas. La revolución nacional ha de ser la concordia genética de la patria española. Porque toda revolución es de algo y sobre algo -de y sobre la carne de algún pueblo-; ni siquiera concebimos una revolución intemporal, la REVOLUCIÓN, agitándose solitaria en el vacío. Así Chesterton, ha definido contra los revolucionarios internacionales, «los hombres intentan hacer del verbo transitivo revolucionar, algo como un verbo intransitivo».

Una revolución es distinta de otra revolución, como dos sacrificios se diferencian entre sí. Todo depende de la sustancia religiosa del hacer y querer revolucionarios. Una nación es una religión, aun hasta para el propio Dios, de individuos comunes. Un conjunto de cuerpos y de almas que pretenden alrededor del Bien y del Mal salvarse y librarse en común o en comunidad, sin perjuicio de la salvación y la libertad de las otras revoluciones, también interesadas en lo mismo.

No conozco la evolución como desconozco el medio pecado. En aquel instante de dejar de ser justos, entonces no evolucionamos hacia la justicia, sino que somos ya injustos. Solo cabe ruptura entre el sí y el no. Un Estado pasa de la malicia a la bondad, de la decadencia a la excelsitud, por un acto único de contrición o de energía, casi siempre por un acto revolucionario. El evolucionismo ha prosperado durante una época de ateos o de gentes que tampoco creían en el Demonio. Quien no advierta la angustia de Luzbel al cerciorarse de repente sobre su caída, nunca deseará el milagro de dar su sangre y su razón por una fe o por una quimera.

Además, una nación no debe evolucionar, porque después carecería de perspectiva todo el proceso histórico. Esa mengua de bulto y de relieve en la trama de los sucesos, trae consigo la desesperación del patriota, cuyo optimismo popular necesita el saberse y sentirse empujado: Acaso, únicamente las agonías son lentas y evolutivas; de ningún inodo, los crecimientos nacionales. Desde Enrique IV a los Reyes Católicos, el intervalo es pequeñísimo; desde Felipe V a Alfonso XIII, se deslizan doscientos años.

La interpretación de Marx es más bien evolucionista que revolucionaria; el capital, poco a poco irá condensando su mágica deletérea, aunque al final no quede ni la presencia de un marxista; pues mucho más impacientes que su teoría, todos se hallan convertidos a la aventura del capitalismo. Forzar la circunstancia presupone espiritualizar la vida. Jesucristo fué capaz de salvarnos despreciando la paz romana. Fascismo e hitlerismo han salvado a sus pueblos, menospreciando la circunstancia liberal. La circunstancia de una supuesta democracia de las naciones, de una hipócrita evolución de la Humanidad; de una existencia yerta, sin pan, sin justicia y sin patria.

El libre albedrío de nuestra nación, no busca su condenación, sino la gloria; encima del perfil de España vislumbramos la señal de la cruz -el aspa del Imperio sobre el aspa de la Anarquía-. Aquí principia la salvación de España, porque aquí empieza nuestra revolución.

El mismo Marx reconoce acerca de la necesidad histórica «El hombre hace su historia, pero en condiciones determinadas». No se trata de reducirnos a la predestinación de un círculo vicioso; aceptar el determinismo ciegamente, sería sustituir la revolución por el suicidio. El suicida conoce todas las etapas de su vida y va a recorrerlas de antemano; sus ojos ya no miran sino el embrujo de la muerte. No es la persona que contempla su atrás; el suicida marcha delante de su sombra a mentido; cuando ha desaparecido su

soporte, todavía permanece la sombra como un apóstrofe violento de soledad, en el espacio. Mirar atrás, he aquí la única solución determinada para que nosotros hagamos el camino o rehagamos la Historia.

En la parte de atrás aparecen los mitos de un pueblo. Un mito nacional, o un mito social, o un mito personal supera a cualquier esquema de la mente pensante. Los mitos son datos, datos de un pasado futurista y fructífero. El impulso revolucionario de los mitos dispara a las multitudes hacia querencias de un potencial terrible. Pero el mito no lo crea el capricho de un intelectual o de un aventurero, ni un artículo de la Constitución, ni una encíclica de la Iglesia; el mito nace de una sola vez, para toda la eternidad. El mito, cual una idea platónica, pertenece al dominio de Dios, quien lo ha cedido para su uso y devoción a los nacionales de un país. El mito es, por lo tanto, de esencia nacional. Sólo el imperio puede considerarse a modo de sagrada comunión de las naciones fieles y sometidas a la gloria eterna.

No olvidemos que la palabra mito significa, en su origen, tradición: es decir, la dádiva permanente de una verdad centenaria y auténtica.

La revolución parte de un mito antiguo, y sin duda, cierto; en caso contrario, es la REVOLUCIÓN destructora de los influjos míticos y anhelantes de las otras generaciones. El mito, sirve de pauta, de espuela y de acicate sobre la carne viva. Sé de memoria cuanto realizaron mis antepasados en el área de España y en la superficie de la tierra; si repitiéramos ahora la centésima porción de su tarea, nuestro heroísmo revolucionario alumbraría el asombro cie todos. El presente, de pronto, se doblegaría a las astas de los problemas, y el acento problemático de la época encontraría al torero predestinado.

Sin embargo, es preciso hacer hincapié en la antigüedad de los mitos, en la solera de la Mitología, en la raigambre persistente de una prosapia. Entonces tendremos el derecho de morir y vivir por la revolución. Es menester salvar cada minuto de la existencia del individuo y del Estado, refiriendo su tragedia contemporánea a los desenlaces culminantes de la Historia. El desenlace idéntico y necesario cuando se ha puesto una obstinación mayúscula de continuidad: Proseguir lo mejor con la fuerza mejor, con la ilusión mejor.

Bastaba comprender la maravilla secular del Imperio, para justificar nuestro gran mito revolucionario y nacional. España está obligada a exigirse en seguida el acto decisivo y quirúrgico de salvarse y salvarnos, en presencia de Dios y del mundo. El mito del Imperio español venidero será el mito y el alma de la revolución nacional jonsista.

Agosto de 1933.

SIGLO XIX: SIGLO XX

EL siglo XIX de España sigue viviendo aún en la intimidad de nuestro siglo xx. Con la pedantería del argot marxista diríamos que la infraestructura de lo actual es una Historia podrida y empantanada. Cada día el joven español descubre en la prensa, en el contorno de su vida, la repetición de un mismo cliché, de una política semejante. Siente el ahogo de las cuatro paredes del ataúd, la impresión, la dolorosa sugestión de encontrarse enterrado. Si pretende salir a la calle del siglo, a la vereda nacional, donde después de la tragedia del siglo anterior, no vaya a presenciar ahora su sainete, su resolución es vana. Fuera del coto amurallado de nuestra humanidad que nace y muere, existen la nada y el vacío. Una mítica idéntica adoctrina el espíritu de los compatriotas desde el año 1812. Esa mítica se bifurca durante más de un siglo en dos protagonistas y en dos antagonistas. La manera de ser del español de hoy no ha superado la agonía del siglo xix, y agoniza por eso.

Sólo existen dos tipos de españoles durante la centuria anterior, dos tipos nobles, y después las degeneraciones del modelo. Frente a cada tipo luchó su rival, su contratipo. El antagonista, que -no obstante- obedecía a una consigna de igual tono: eran los convidados a un único baile. Tenemos, el hombre de la barricada, el club y la guerrilla trabuco y rosario populares. O el refinado señorito, escéptico y pulcro, del adelanto y del progreso. Quien defiende su independencia, greñuda y piojosa y su libertad numantina, o el señor del atuendo limpio, del figurín de Londres y los veranos en San Sebastián, cuya dogmática peninsular se ha deshecho en confort y buen tono. Tenemos a isabelinos y a carlistas : Absolutismo y Libertad. En el fondo hay en todos los corazones y en los gestos una señal convenida de sacristía o tenida masónica, un aire de misterio o desesperación. El señorito de la Restauración presenta el contratipo del revolucionario seducido por Cánovas, del republicano galdosiano sin ningún deseo de cambiar de postura ni arriesgarse siquiera. Contra la Restauración vino la generación del 98 a llenar el país de desorden y melancolía literarios. Cuando lo liberal-conservador de Cánovas era la fruta sazónada del parlamentarismo y de la distinción anglosajonas, unos genuinos nacionales -los del 98-, disimulando pretender a la europeización de nuestra patria, aportaron aquí unas ganas castizas de jarana. Entonces el orden del Estado, la apatía de la sociedad, contuvieron la subversión de- esa voluntad zarrapastrosa. Se detuvo tan sólo. Era un síntoma en el mundo de la sensibilidad de la querencia degenerada del primer actor del siglo XIX. El carlismo pertenece a la mítica del 98 -casi todos fueron en ese tiempo ácratas, otro preanuncio de volver a la rebeldía del amigo de Espartero-, como la marcha sobre Roma. y el triunfo de Hitler son dos velas ardiendo en la ternura de la juventud. Los novelistas y la gente mejor del 98 han conocido ahora cuanto habían imaginado con prioridad golosamente. Algo antigaldosino, bronco, populachero. Aunque la visión contemporánea ha perdido nitidez y gracia originales. Sin embargo, en medio de la disminución del carácter auténtico, parece ser que la España restaurada por don Antonio Cánovas ha retrocedido hacia mil ochocientos treinta y tantos, o hacia mil ochocientos setenta y cuatro. ¿Cuál presidente de la Reina masona reprodujo Azaña? Gil Robles, ¿qué Cánovas representa?

El trabucaire, el faccioso, el insurrecto habita la primera mitad del siglo XIX. Unas veces anhela, a menudo muere. Allí, Gaspar y Roig publicó «Los españoles pintados por sí mismos» ; ese daguerreotipo pintoresco de la Historia desvanecida, dintel de dos épocas. Desde la revolución del 5¢ los senos del país amamantaron al personaje civilizado y civil de la restauración. No olvidemos el Manifiesto del Manzanares pergeñado por la pluma ambiciosa de Cánovas del Castillo. Se hundía de repente toda una patética de España para aparecer en su lugar una técnica financiera, unos ferrocarriles, un cocido seguro, una literatura de Galdós. ¿Dónde iban el conspirador y el fraile, el general y el libelista, el masón y el héroe?

Merece su justicia la promoción restauradora al ceder urbanidad y geometría al caos. Una justicia sumarisima antes de abandonarlos a su suerte. Si no virtudes clásicas ni arrebatos románticos, por lo menos trajeron compostura. Al «no se admiten caballeros con manta» del antiguo café de Valencia, aquéllos presentaron cada hora la rigidez de la levita. La nación de Cánovas no fue nunca el Imperio; pero tampoco era la cosa berberisca de los cantonales. Acaso fue lo que ambicionan hoy muchísimas personas compungidas. El antiespasmódico para los desvaríos de un español disparatado y terne. La finura de los modales conquista a la oposición borbónica y más tarde cristalizó en el lacito blanco de la corbata de Melquíades Álvarez. Todos querían profundamente ser caballeros distinguidos. El español de la restauración termina su tarea el 13 de septiembre del año 23. Entonces se instaura la República. Una «república» que en parte era lo que habían soñado los escritores del 98 y por lo mismo una recaída en los pronunciamientos del siglo XIX, una recaída en el fracaso. Y a su pesar también una «república» militar, popular, compacta; sus poderes carecieron siempre del apoyo monárquico. El pueblo y el Ejército le daban su razón únicamente. Por lo demás, esa multitud y esos soldados con quienes apenas contó Cánovas eran el fermento mejor del siglo XIX. Hay que advertir que la víspera de la Dictadura de Primo de Rivera ya no regía la política personal de los hombres restauradores. Gobernaba al Estado español el fantasma y la sombra de la Restauración canovista.

La República del 14 de abril proclamó la sordidez de unos residuos tradicionales de cien años frente a la fantasmagoría del legado de Cánovas y al derrumbamiento de un propósito de salvación nacional. La pretendida salvación de España era a la postre la perdición de España, porque los gobernantes de la Dictadura no supieron zafarse lo bastante de una mítica fenecida. A veces su política resultó progresista, con morrión de miliciano; a veces restauradora, con obispos analfabetos. La República del 14 de abril se enlazaba con las postrimerías de la guerra de la Independencia, con el albor de lo que llaman: orígenes del régimen parlamentario español. Era el adiós a la España de Cánovas, al español de Cánovas, quien' desconfió mientras fue vivo de la merced del Parlamento. El adiós de esa estirpe ceremoniosa y bastante cortés pudo sustituir el panorama con la reaparición de aquella fauna pasada de individuos que odiaron o ensalzaron el fanatismo y la Constitución. Con aquella fauna de demagogos y de absolutistas, cara y envés de una patria dramatizada cada hora. El péndulo de nuestra vigencia en el Estado alternaba al español ingenuo y foragido con el pacífico ciudadano de los contratos y los Códigos. El elenco completo del siglo xix nos ofrecía otra vez ese par de perfiles de nosotros. Primero: la descamisada, la jacobina, la insurgente; junto a la cual vigila la reacción el momento de suplantarla. Luego vienen los paladines de la paz del espíritu, que es la muerte del alma. Puesto que los espíritus han de sostener una pugna perpetua, una lid individual y nacional. Como si hubiera presentado el escenario y los actores de su mando en España, Azaña tradujo las andanzas del inglés Borrow. La descoyuntada tramoya de muecas y paisajes por donde caminan de la mano don Jorgito el inglés y su traductor enaltecido. Llegaron a la Presidencia del Consejo sin encontrar a nadie: el sendero expedito y patente tal en la sazón de Mendizábal; a su alrededor el campo recogía la angustia sin campanas del hogar y el odio más antiguo. Azaña y Borrow han preferido una tribu roñosa de gitanos o de catalanes a la aventura sagrada de Castilla. Hay la obsesión ambigua de zancajo, la peripecia improvisada y la racha del hambre. Hay cabecillas y bandidos, atracos y trucos. Aunque cada retorno dibuja la figura más torcida, más gesticulante, hasta más infiel. Su infidelidad conduce a que las reacciones del antagonista sean vacuas y superficiales. En los dos años de radicalismo español sólo hubo un solo general insurrecto y ninguna contienda civil. El campesino no se fué al monte, ni han funcionado secretamente el Angel Exterminador y los Apostólicos, como hace un siglo, acontecía en España. La historia enérgica y decidida de antaño se desvanece en la rápida sustitución de ese tipo español del siglo XIX, en su desplazamiento inmediato por el otro protagonista y así hasta el infinito de los siglos.

Buscan que la pasión desesperada del labrador, del traficante, del creyente y la desesperación alegre y confiada del muchacho, se deposite en una próxima tramoya restauradora de la paz y el orden rancios y mestizos. Se le brinda a España la ratonera del Parlamento convocado, donde van a resucitar los cadáveres más insepultos y a intervenir los que merecían estar muertos. El peligro del siglo xlx aumenta cada día, pues concluida la órbita de su vitalidad creadora todo es tejer y destejer una comedia idéntica. O admitimos el espectáculo de una Restauración de los intereses de los grupos en el que abundarán las caricaturas canovistas, los espectros de Sagasta, los hijuelos de Castelar, la clientela de Maura, los discípulos de García Prieto... , para después considerar y ver también una nueva revolución, con música del himno de Riego y tribunales a lo Marcelino Domingo. O bien esto, o quebramos el círculo vicioso, ya con un mito nuevo, ya con una mítica viejísima. El imperio y las J. O. N. S. Esto es, salir de la circunstancia en los brazos de la juventud, para ver caras nuevas.

El jonsismo ha nacido con españoles verdaderos contra las dos mitades incompletas del siglo XIX. Está harto y exasperado por la agonía española, por la agonía de un siglo aborrecible.

Como va de prisa y quiere la unidad absoluta de España, quiere también vivir y transvivir el siglo XX con una patria única y un único protagonista a su servicio. Es decir, con NOSOTROS.

Octubre de 1933.

AL CAMARADA MUERTO JOSÉ RUIZ DE LA HERMOSA

Eras lo mejor de la Patria. Eras la mocedad del mundo. Las muchachas morenas te querían con un cariño duro. Tu cuerpo juvenil se ha desatado del haz de nuestro escudo

Tu cuerpo, tu ilusión, tu corazón valeroso de humo.

Camarada valiente: Tú que has muerto bajo tu sol, desnudo, Camarada del sol de las Españas : Joven y moribundo. Morir es renacer. Cada mañana renace el sol su orgullo. Revivirás allí con el triunfo de las flechas y el yugo. Sobre la Gloria, Dios como un arcángel de voluntad te puso.

Noviembre de 1933.

BENEMÉRITOS DE LAS J. O. N. S.

JOSÉ RUIZ DE LA HERMOSA.

El militante de las J. O. N. S. de Daimiel, José Ruiz de la Hermosa, fué apuñalado por los asesinos socialistas de ese pueblo, cuando con una intrepidez sin límite, asistía a un mitin marxista, donde impávidamente protestó contra la matanza de Casas Viejas y desafió a los enemigos de la Nación Española.

Sus camaradas de Daimiel nos informan:

"...el que ha caído, sabed que era un jonsista cien por cien, procedente de la izquierda, fué un revolucionario que encontró a su España. Era un formidable propagandista con gran ascendencia entre los obreros y una gran simpatía en la localidad. Valiente como ninguno y temerario, su exceso de confianza le condujo a la muerte... Delante de la bandera jonsista; teñida ya de sangre es imposible retroceder..."

Las J. O. N. S. de toda España levantan sobre su escudo y su bandera el nombre de José Ruiz de la Hermosa.

Por su memoria, camaradas.

Por el triunfo del jonsismo.

¡Viva España! ¡Vivan las J. O. N. S.!

(Núm. 6. Noviembre de 1933).

José Ruiz de la Hermosa fué el primer glorioso caído bajo la bandera del sindicalismo nacional.

EL MITO DE CATILINA Y NUESTRO SINDICALISMO NACIONAL

EL mito es una creación y una tradición. Por serlo así, todo mito es una norma y una centella de poesía. El poeta crea solitariamente sobre la historia dada y pasada de un país, en un lenguaje hablado y repetido por los siglos y las generaciones, con el anhelo intemporal de un pueblo. La poética de una nación es la mítica viva de la misma nación, donde se han sometido la voz y el alma, el genio y la medida personales a la supervivencia de aquella dura espuela, de aquel canon, llamado por nosotros mito. Una mítica tradicional no es sólo una poética, sino también una política latente. Potenciarla y patentizarla, verificarla, realizarla; hacer del mito cosa, objeto, es la labor de una revolución que quiera ser profunda. Por ejemplo, la nacionalsindicalista de F. E.

El mito de Aquiles fué el acicate de Alejandro. El mito de Alejandro ilusionaba y empujaba a César. El mito de César produjo, por lo pronto, el cesarismo. Que es un mito tenaz de eternidad, desde el Sacro Imperio a nuestro Carlos V, desde Carlos V hasta Napoleón. El mito de Napoleón, contemporáneamente repercute en Mussolini y acaso en León Trotski. Alejandro, César, Carlos V, Napoleón y Mussolini no calcularon su mito; es decir, su modelo; no cumplieron las reglas de un juego, de una ceremonia o de una cortesía. La obra de cada cual y su sentido es diferente y suya. La razón es cosa mental y verdadera; pero la razón poética, la mítica, es sólo un espejismo, como un miraje del desierto, como el oasis que no es, y que empero, obliga a la caravana a recrear el agua. La sustancia del mito es el agua pensada, soñada y deseada el agua escurridiza, móvil y, a más, inexistente. ¿Conocía, acaso, Juan Jacobo Rousseau, la carne de sus mitos? ¿Supo, quien lo inventara, la verdad arisca del mito popular de la huelga general revolucionaria de los trabajadores? Para que el mito pueda discurrir el caudal de su sugestión sobre una época, se necesita un cauce. La fantasmagoría del agua mítica precisa un acueducto real: que los cuerpos y los espíritus se curven y dispongan para dar paso a la avalancha incorpórea y lejana del mito. Las gentes no mueren por las ideas sólidas y presentes; se sacrifican en el altar del mito, porque el influjo mítico es elástico y misterioso.

Cuando el cauce de una generación se modela y se abre con la sangre joven, entonces manará, brotará la historia más difícil, más poética; la Historia Universal sin semejanza.

Hay mitos cuyo lecho es de acero y roca, como el cauce del Cristianismo; así fecundará siempre nuestro mito cristiano. Hay, otros mitos que progresaron entre arcilla y a nadie mueven hoy. Son mitos mineralizados, convertidos en piedra ideológica y conceptual, mientras se dispersaban y perdían las orillas de su alveolo. Como el mito de la Democracia, que es un mito ya inerte. Como el mito del Socialismo, ya casi en el camino de hacerse erudición.

Y a veces la erudición alumbra y abre la coyuntura mítica, nos enseña y señala la necesidad de perseguir un mito hasta entonces perdido. La política se torna problemática, aunque sepamos el éxito remoto de una solución. La dictadura del general Primo de Rivera -aristócrata y caudillo militar en Marruecos- repite los datos del problema político romano, cuando Sila -también de origen nobilísimo-, venciendo la Anarquía del Norte de Africa, aplicó dictatorialmente su poder en Roma. Ambos rompen con el orden más próximo -entonces un desorden-, invocando una tradición antigua. Sila prescinde de la mecánica pseudo-democrática de los comicios y de los tribunales populares, donde se corrompía el oro y el soborno de los financieros; somete a milicia al proletariado. y después le da tierras, trabajo y dignidad. Suprime los partidos; es la religión y el orden patricio -Sila, padre de Roma-, la autoridad sacra y senatorial de la sangre quien prescinde del despotismo demagógico de las facciones. Primo de Rivera anula una mitad del siglo XIX -la cochambrosa y la parlamentaria-; aunque luego no pudo aprovechar la mitad restante, antiburguesa y heroica. El único héroe cabal y natural en vida y muerte, fué Primo de Rivera. Sirvió con un ideal caballeresco y abnegado, solitariamente, en un instante en que se han de forzar al heroísmo hasta a las mismas masas.

Desaparecido Sila, surgen los miasmas anteriores a su Gobierno, la mixtificación y el desvarío, el malestar político. Vienen a coexistir dos edades distintas, y la facción enreda la claridad de lo evidente. Hay discursos forenses en el Senado, ambiciones oscuras, partidas de la porra y asesinatos. Los jefes cambian de partido y los partidos presentan cada día una bandera nueva. En el fondo sólo palpita este dilema: O Roma sigue la veracidad de Sila hacia un porvenir oscuro, pero sincero; porque quieren lo mismo los veteranos del general, los campesinos de Italia, la mocedad de los aristócratas, la plebe romana; todos reunidos en una batalla cotidiana -la verdadera revolución permanente- contra las miserias del dinero, de la usura, de la especulación, de la cobardía y del fraude. O Roma continúa entregada a los políticos aparatosos y egoístas como Cicerón; farsantes y mezquinos como Catón; asesinos, como Bruto. Roma, en las garras de los triunfos oratorios, de los negocios turbios, de los pillajes en las provincias. Roma, en la Anti-Roma.

Los Gobiernos de Berenguer son siglo XIX. La República «del 14 de abril» -la República del Himno de Riego- es siglo XIX, aunque la desearan y fertilizaran corazones auténticos. El bienio de don Manuel Azaña -socialista, separatista y laico- es siglo XIX, aunque el señor Azaña haya enarbolado acentos de patetismo juvenil; esto es, palabras que alguna vez los mismos perseguidos por Azaña creyeron oportunas. La votación del 19 de noviembre, sin el poder inmediato y total para la España que votaba y triunfaba, es siglo XIX, aunque dicha elección fuese un prenuncio de nuestra victoria. Las Cortes actuales son siglo XIX -símbolo de lo cual es el influjo y el tono de los parlamentarios de la Monarquía-, aunque allí se defiendan cada hora los valores eternos de la Religión y de la Patria. O sea, que también tropezamos con el dilema de nuestro siglo XIX -superado, en parte, por Primo de Rivera-, y la autenticidad de unos corazones, unas palabras mágicas y efectivas, una gran muchedumbre de españoles antisocialistas, antiseparatistas y creyentes, y una perennidad patriótica y religiosa. Todo reunido y enlazado, formando la entraña nacional, la raigambre española eterna. Esta solera nacional necesita dispararse en seguida hacia un mito propicio, porque entre la turbación superficial de nuestra hora nos ofrece un cauce hondo y fuerte. ¿Cuál agua mítica habrá de recorrerlo y apagar la sed? La conjuración soviética, de Largo Caballero -en esencia también pronunciamiento del siglo XIX-, restablece de pronto una claridad vetérrima.

Ha sonado y sonará con insistencia progresiva el *¿Quousque tandem abutere, Catilina, patientia nostra?* ¿Hasta cuándo vas a abusar, Francisco Largo Caballero, de la paciencia de España? La Revolución francesa se poetizó sobre unos textos clásicos -griegos y latinos- y la ejecutaron con un ritmo occidental y europeo. La revolución comunista tuvo sus profetas y sus libros germánicos, y ha resultado asiática o bizantina. El proyecto marxista de revolución española, parte de una mediana literatura rusa y desemboca en la Historia remota de Crispo Salustio ¿El futuro Lenín español es Catilina? De ningún modo, sino un tribuno ocasional, un cabecilla del partido del pueblo, uno de tantos factores en las manos de Catilina. Un eslabón de la cadena, ya que luego ese pueblo rebelde y tornadizo sirvió a César con alegría.

Aquí estamos, bajo los ojos del país, los verdaderos y los falsos catilenarios. Catilina fué un héroe romano y popular, un totalizador. Rematado en Pistoia a su sepulcro de la Gran Ciudad -de Roma- fueron muchachas, con guirnalda fresca. Catilina penetra en la leyenda áurea de la Toscana medieval. Catilina anticipa la marcha sobre Roma -esta clarividencia inteligente es de nuestro camarada Rafael Sánchez Mazas-. Catilina anticipa al fascismo. Catilina anticipa a César. Catilina anticipa al Imperio.

Catilina sintetizó en su persona y en su ambición geniales, el futuro Estado; eran los nobles, elegantes, desocupados -a veces, depravados y arrepentidos-, la arruinada clase media de pequeños terratenientes, los labriegos de Etruria, la gentecilla aventurera y terne, los licenciados del Ejército de Sila : aristócratas, campesinos, soldados, plebe romana bulliciosa y revolucionaria. Al elemento terruñero, equilibrado, conservador de Roma, cedió el afán de justicia y equidad económicas; en la perturbación del populacho puso un instinto ancestral de respeto.

Largo Caballero es el tribuno radical de una facción y su partido, una sola fracción de los proletarios españoles. Muchos secuaces suyos serán catilenarios con nosotros, puesto que el mito de Catilina sólo encuentra su cauce equivalente y propio, en nuestro sindicalismo nacional, donde se juntan los veteranos de Primo de Rivera, la juventud de la nobleza antigua, la angustia del estudiante sin cultura oficial y sin patria libre, del rústico sin cosechas, del católico sin Jesucristo, la rabia y la miseria del parado con hambre. Nuestro sindicalismo nacional empapa la nación de potencia dinámica y revulsiva, y mete al Sindicato en la coherencia jerárquica de una Historia. Nuestro nacionalismo es revolucionario hasta el trance de perder la vida con el atrevimiento de Catilina en Pistoia. Nuestra revolución es nacional porque queremos difundirla universalmente. Seremos, por lo tanto, catilenarios hoy, contra la falsa revolución parcial, contra la sublevación caótica y cobarde de una bandería. También en el anarquismo y socialismo cogeremos bastantes patriotas para cumplir el mito, para seguirlo paso a paso. Este mito terrible y augusto de la revolución nacional catilnaria, que no fracasa nunca, pues si caemos combatiendo como Catilina, en su santo nombre, al final llega César, CESAR, el César victorioso, con el haz del Imperio.

Abril de 1934.

HIMNO DE LAS JUVENTUDES JONSISTAS

JUVENTUDES de vida española
y de muerte española también,
ha llegado otra vez la fortuna
de arriesgarse a luchar y vencer.

Sobre el mundo cobarde y avaro,
sin justicia, belleza, ni Dios,
impongamos nosotros la garra
del imperio solar español.

No más reyes de extirpe extranjera,
ni más hombres sin pan que comer;
el trabajo será para todos
un derecho más bien que un deber.

Nuestra sangre es eterna y antigua
como el sol, el amor y la mar;
por las glorias de siglos de España,
no parar hasta reconquistar.

La Nación nos ordena y marchamos
con la alegre virtud del partir;
que el pasado se impone a la ruta
que pretende tener porvenir.

El pasado no es paso ni es traba,
sino afán de emular lo mejor;
viviremos la gesta del héroe
con orgullo, soberbia y valor.

Adelante muchachos, reunidos,
tras la furia y la lanza del Cid,
triunfaremos por nuestra grandeza;
que la raza prosigue sin fin.

Nuestra sangre es eterna y antigua
como el sol, el amor y la mar;

por las glorias de siglos de España,
no parar hasta reconquistar.

ERNESTO GIMÉNEZ CABALLERO

CONSIGNA: ¡CONTRA TODO LO FÁCIL!

EL camarada Ledesma Ramos me solicita un artículo para «JONS», que yo hago con placer disciplinado. Pensaba escribirlo de un modo y creo que me va a salir de otro. Ya que al ponerme a él, me vi interrumpido por una algarabía de turbas social-comunistas que intentaban asaltar el sitio donde vivo y trabajo, con unas banderitas rojas de papel, y echando a mujeres y críos por delante. Hubo que llamar a la benemérita Guardia Civil del puesto vecino, aunque cuando llegó ya había pacificado uno los espíritus de nuestros comunistas, gente mucho más buena y pacífica de lo que pueda creer el que no la conozca. Relato este hecho personal, porque de los sucedidos concretos es de donde hay que partir para conclusiones generales aproximadas. Ante ese hecho recién acaecido -uno, soñando en fascistas- lo hubiera imaginado de otra manera. Esas turbas con pistolas y petróleos. En vez de la Benemérita que acuda gentil y amablemente, escuadras volantes de camaradas nuestros que vienen en auxilio. Una batalla cruenta. Un alalá definitivo. Y un desfile triunfal por el barrio, con cara feroz de represalia.

Pero no fue así. Quizá nunca sea así en España. Pues cada vez se confirman más mis sospechas de que España es el país más deliciosamente viejo, liberal, escéptico, democrático y sinvergüenza que va quedando en Europa.

Cada día voy teniendo más terror a que el fascismo en España haga el mismo ridículo que el comunismo, que los republicanos de abril, que los socialistas de Menéndez, o que los buenos señores de la U. P., que los interventistas en la Gran Guerra, que los revolucionarios del 17, que los hombres del 98... No quiero seguir enumerando, por no descorazonar al camarada que me lea.

Ahora bien; conste que yo no estoy descorazonado. Conste que yo menos que nadie puedo estar descorazonado. Porque, ante todo, soy escritor, poeta, imaginativo, y lo último que en un alma como la mía puede apagarse es la ilusión, ya que forma la sustancia decisiva de que uno vive. Pero..., «por si las moscas», como se dice, justamente, en mi barrio, donde hay muchas.

A mí ya me chocó mucho que el primer mitin oficialmente fascista que se dió en España -el de la Comedia transcurriese con el encanto y delicia de una sesión en la Academia de Jurisprudencia. Los comunistas tenían otro mitin a la misma hora en el Monumental Cinema. No hubo un solo comunista que quisiera turbar a un fascista. Ni un fascista a un comunista. La Prensa de izquierdas -antifascista hasta la víspera- tuvo palabras de plácemes para nuestros ilustres amigos y compañeros. Respeto, consideración. El micrófono -considerado, respetuoso- de Unión Radio, no faltó al servicio de nuestras nefandas ideas. Todo terminó en ese primer acto oficial de batalla, como viene todo terminando tradicionalmente en España en un banquete. Y no es porque los asistentes y ejecutores del mitin no estuviesen dispuestos a jugarse la vida de buena fe. Es porque no encontraron enemigo. En la hora de las tortas, el enemigo se esfuma en España. Se vuelve cortés, comprensivo, y tal y dispuesto a pasarse al bando contrario, como ese bando contrario tenga la menor probabilidad de alcanzar pronto el reparto del Presupuesto.

* * *

Y es que España -queridos camaradas-, a pesar de esa filfa del separatismo, porque a pesar de todo es una filfa, sigue siendo Madrid. Y Madrid, ¿qué es? ¡Ah! Madrid no es más que un conjunto de burócratas que van un poco a la oficina por las mañanas y un mucho al café por las tardes. España no es ya más que eso. Esta República ha terminado de remachar eso. El león tiene el instinto carnicero. Apenas ve moverse los cañaverales del bosque se estremece y apresta para el salto sobre la posible presa propinqua. Es esa su razón de vivir. El gato -tigre del pobre, como le definió uno- no puede ya estremecerse entre cañaverales, o al ver pasar una gacela. Se prepara al ataque cuando ve rodar un inocente e inocuo ovillo de lana: falso vellón de oveja, que le consiente arañar su instinto empobrecido y domesticado.

Pues bien: el madrileño, el español, sólo se dispone a movilizarse en cuanto olfatea un posible cambio de «Estado», en cuanto que huele la posibilidad de seguir o no seguir yendo un poco a su oficina y un mucho a su café.

El español -tigre del pobre, ¡por eso se le llama «gato» al madrileño!- ya no vive entre cañaverales y renunció a la guerra y a ser tigre y león. Se dedica a ir, cayendo, periódicamente, sobre ovillos de lana, sobre enchufes; con leves arañazos defensivos.

Por eso sólo se da en España el caso de que «cambia el Estado» muchas veces. Pero lo único que no cambian son las personas que se nutren de él. Y el «Estado» no es nada en sí. El «Estado» son las personas. Un «cambio de Estado» en España viene significando ¡no una revolución!, sino un ascenso en el escalafón presupuestario, de unas cuantas personas. Así veis el que era monárquico de García Prieto,

resultar de la U. P., y luego berenguerianó, y luego, republicano de toda la vida, y luego, agrario, y ahora... Ahora: empieza a ciar golpecitos en la espalda al fascismo.

Por eso aquí jamás hubo fusilamientos en serio desde hace muchos años. (El de Galán y Hernández fué una equivocación que fué subsanada en seguida «echando tierra», olvido. Piénsese que en estas elecciones no ha habido ni un solo cartel, ni un solo ¡viva! a su memoria).

Por eso aquí las emigraciones políticas son como «ejercicios preparatorios» a una oposición, a un destinejo.

Por eso aquí las elecciones -en pleno período revolucionario y de revanchas- resultaron el día 19 un acto más «cívico», más «civilizadísimo», más «respetuoso» y «cortés» que en Dinamarca, país, un día remoto, de sangrientos piratas vikingos, que ha terminado como un mono de circo: montando en bicicleta, echando papelitos a una urna y no cometiendo ningún crimen pasional.

Estamos al borde -España- de batir el record a Dinamarca, a Suiza o a Suecia, en insulsez y en civilización humanitaria. Estamos al borde de que se terminen hasta las corridas de toros o las procesiones de Semana Santa, últimos recuerdos nacionales de un pasado de virilidad y de unción. Estamos al borde -- queridos camaradas- de que el fascismo llegue a España de la noche a la mañana, porque todos los cafés y las oficinas de España lo juzguen honorable, de moda y de provecho.

Las J. O. N. S. tienen almas jóvenes, ingenuas, valientes, entusiastas y de buena fe. En su historial hay ya actas que acreditan un espíritu de ir -ante todo- no tanto contra el comunismo, el liberalismo y el populismo como contra ese otro espíritu mucho más enemigo y terrible en España: el de la sinvergüencería nacional, el del acomodamiento nacional, el de la pereza, la cuquería y la inercia nacional.

Si algún alerta pudiera daros este camarada vuestro que soy yo, es ese: ¡ CONTRA TODO LO FÁCIL ¡CONTRA TODA ESPAÑA!

¿Que eso es muy difícil? ¿Que vamos a tardar mucho en alcanzar el Poder?

Pero, ¿es que creéis que un Poder alcanzado de otra manera sería «Poder»?

Un «Poder» alcanzado sin sufrimientos, sin incomprensiones, sin hostilidades, sin sangre, sin violencia, sin ardor, sin desearlo y conquistarlo virilmente, sólo sería un «Poder ensuciarse en los pantalones», a la menor pastilla de Laxen Busto que nos dieran las circunstancias.

Si Maciá no declara la guerra civil con sus camisas verdes, ni los comunistas con las suyas rojas; si el enemigo no resulta enemigo, hay el peligro de que nos destrocemos entre nosotros mismos, como se destrozaron en intrigas los monárquicos y ahora los republicanos.

¡Hay que crear, ante todo, el enemigo común! Para no resultar que somos los unos enemigos de otros. Y para eso -con generosidad, sinceridad y bravura- basta.

Los primeros valientes -sin chulería- que salgan por España tendrán la enemistad inmediata del resto de los españoles. De toda la cobardía de los españoles.

Pero España es una mujer, y una gran mujer. Y las mujeres, como España -en su plenitud de gracia y de fecundidad-, sólo están reservadas a los valientes que sepan conquistarlas y fecundarlas.

Noviembre de 1933.

JOSÉ M^a DE AREILZA

EL FUTURO DE NUESTRO PUEBLO: NACIONAL SINDICALISMO

EL objetivo primario, vital, básico de nuestra revolución, debe ser, sin duda alguna, éste del nacionalsindicalismo. Entendiendo esta palabra en su sentido de conjunto hondo, de fuerte raigambre española y latina, de relaciones y motivos sociales, políticos y económicos; todo un sistema de funcionamiento del Estado, y nada menos que un proceso biológico enteramente nuevo de la sociedad, considerada orgánicamente. Nacionalsindicalismo significa en la hora presente un nuevo concepto de vida política, tan fecundo en consecuencias como el viejo y caduco liberalismo en su tiempo.

Lo propio y esencial del sindicalismo a secas, es la total eliminación de los partidos que desaparecen de la escena política, sustituidos por los sindicatos. En segundo término, y es preciso insistir mucho sobre ello, tiene el sindicalismo un fuerte sentido programista, experimental, elástico, que lo hace aparecer, no como conjunto rígido de doctrinas, sino de hechos e instituciones.

Finalmente, es el sindicalismo una mera afirmación de clases, en cuanto las vindica y empuja al primer plano de la realidad nacional, dejándolas, por decirlo así, en el Estado, por medio de los Sindicatos y Corporaciones. En suma, representa en toda su gama de variedades, desde el revolucionario anárquico hasta el nacional, una síntesis representada por una negación: la muerte de los partidos, y una afirmación: la vida de la clase. El sindicalismo no es un fin en sí. Acaba, necesariamente, en la Corporación o en el colectivismo marxista. Abandonado a sí mismo, sin fines claros que perseguir, sin conciencia de los objetivos últimos o, «a falta de medios políticos para realizarlos», el sindicalismo decae y muere. La experiencia confirma este diagnóstico una y mil veces. El sindicalismo, por su propia esencia, es apolítico, entendiendo en esta palabra su sentido antiliberal y antiparlamentario; mas para realizar su programa, parcialmente siquiera, ¿habrá alguien que se atreva a llegar a la absoluta necesidad de su actuación en el campo político, de su «acción política»? En nuestra Patria no existe, hoy por hoy, más sindicalismo que el parcial y estrecho sindicalismo obrero. En sus varias formas y aspectos tiene un mayor contenido marxista o soreliano, y una casi absoluta falta de sentido nacional hispano. salvándose únicamente de este naufragio patriótico alguna extensa zona del sindicalismo ceneteísta, verdaderamente español, en su raigambre y en su médula. A ella se debe dirigir, preferentemente, la propaganda de nuestro movimiento. Del sindicalismo acéfalo, anarquista, negador del Estado, deben evolucionar nuestras masas obreras al sindicalismo integral, nacional. Enrolándose con entusiasmo y férrea disciplina en la auténtica tarea revolucionaria de erigir un Estado nuevo, moderno y eficaz. «La patria no se niega, se conquista», decía Rossoni, dirigiéndose a los Sindicatos revolucionarios italianos. Un Estado integrado por todas las clases en su apogeo potencial, ordenado bajo el signo de la triple unidad, política, moral y económica. Un Estado cuyos Sindicatos, insertándose en él, como si fueran músculos de un cuerpo, se muevan ágilmente al ritmo febril de la vida económica moderna. He aquí una auténtica ruta revolucionaria que ofrecemos al proletariado español.

* * *

El carácter diferencial de nuestro sindicalismo, lo que verdaderamente lo distingue de los demás, es la aceptación, sin ambages ni rodeos, de la idea de Patria, «como una realidad a la vez tangible», decía Mussolini, recordando así al trabajador (le la clase que fuere, manual, intelectual o capitalista, la absoluta necesidad de sentar como premisa indispensable para su labor, y aun para su propio existir, la solemne advertencia: «Antes que obrero o empleado o médico o consejero, eres español». Integrando de ese modo a todas las clases sociales en la vida activa del Estado, al reafirmar el vínculo de solidaridad nacional, tan relajado en nuestros días, de feroz lucha civil. Estableciendo, finalmente, una sólida y extensa base popular en que apoyar al Estado. Y, unida íntimamente con esta aceptación de la idea de Patria, establece el nacionalsindicalismo que el capital no es elemento que deba suprimirse en el juego económico nacional, sino factor importantísimo de producción y riqueza varias, una vez disciplinado y potenciado. Nación, Capital y Sindicalismo dejan de ser términos irreconciliables para convertirse en armónicos colaboradores de los fines históricos del Estado. Afirmar esta idea, hacerla penetrar en las mentes liberal-burguesas, y en las sindicalistas proletarias, es tarea que compete a nuestros camaradas.

Pedimos, queremos y establecemos los «Sindicatos obligatorios». No queremos timideces ni reformas tibias que a nada conducen sino al fracaso. La ordenación sindical del mundo del trabajo es algo que aquí en España, como en todas partes, no se puede negar. Los Sindicatos se han convertido, de hecho, en una realidad nacional tan fuerte, que el interés público, con sensibilidad exacta, se desplaza frecuentemente de las instituciones legales y de sus aventuras hacia la actitud o el rumbo de alguno de aquéllos. El movimiento sindical en progresión ascendente, necesita desembocar en soluciones jurídicas de derecho público, esto es, en el Estado. Toda la vitalidad y energía del sindicalismo español deben resolverse en inyección saludable, en injerto vigoroso que fecunde y robustezca la nueva traza del Estado,

que es preciso erigir. El camino para ello es la institución del Sindicato obligatorio y su pleno reconocimiento jurídico, como persona sujeto de derechos privados y públicos, que lo hagan parte orgánica del Estado mismo. El cual debe decir, dirigiéndose a los trabajadores de toda clase: «Ahí están mis Sindicatos, que son de todos por ser míos. Inscribirse en ellos equivale a garantizarse los derechos de clase». Y si algún viejo liberal nos objetara: «¿Y si uno no quiere formar parte del Sindicato?». Naturalmente, responderemos: «¿Tiene el ciudadano actualmente libertad para formar parte del Estado a que pertenece?». No. Evidentemente. El caso es idéntico, aunque para la ideología demoliberal sea difícil comprenderlo. Así, pues, el Sindicato obligatorio para todos los ramos de la producción y del trabajo, y su reconocimiento jurídico por el Estado, forman los jalones esenciales de nuestro sindicalismo. Si añadimos la proscripción absoluta del *lockout* y de la huelga, y el establecimiento de una jurisdicción especial de Trabajo, con verdaderas garantías de imparcialidad y rectitud, que sobreponga a todos los criterios el de interés nacional, tenemos aproximadamente señalado el esquema arquitectónico de la nueva sociedad. En la que las Corporaciones de Trabajo de todo orden forman los núcleos vitales que, fundiendo lo social con lo económico, afirman la vieja teoría orgánica de la sociedad, remozada con un nuevo principio directivo: el trabajo.

Esta nueva sociedad española, antiliberal, corporativa, entroncadas sus raíces en la rancia tradición gremial de antaño, surgirá como fruto espontáneo de nuestra revolución nacional. El día en que el pueblo trabajador, productor y consumidor, comprenda y sienta el antiliberalismo, ese día la revolución sindical realizada ya en las mentes, será fácilmente transformable en instituciones jurídicas concretas. Por no haber hecho esta revolución mental, previa y naturalmente, por haber aceptado la solución intermedia tibia, fracasó la Organización Corporativa española del año 26, ocasionando de paso un funesto robustecimiento del marxismo en nuestro país, aquí donde nunca tuvo arraigo verdadero el ideal socialista y ha vivido y gobernado explotando el viejo y desgastado tópico anticlerical. La organización dictatorial partía, en efecto, de una base liberal amplísima: Sindicatos de diversas «tendencias», es decir, políticos; sistema electoral para elegir Comités paritarios, tolerancia de huelgas y «boicots»; no reconocimiento jurídico de los Sindicatos como personas, sujeto de derechos públicos; en resumen, un Estado agnóstico frente al problema hondísimo de la producción y del trabajo. Nuestra idea es fundamentalmente distinta; el ordenamiento nacional sindicalista es la premisa de un nuevo concepto de Estado, del que otra vez hablaremos; pero, que considera, como ya vimos, a los Sindicatos como uno de sus más importantes factores.

* * *

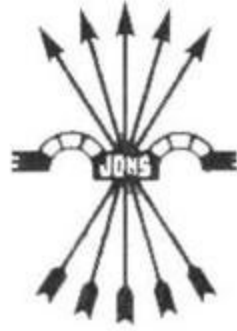
Las exigencias del momento son apremiantes. Si España, país pobre, a pesar de las fantasías ilusorias de algunos Gedeones económicos, ha necesitado siempre de disciplina y ordenamiento rigurosos en el mundo productor y proletario, la experiencia marxista de la República ha hecho más urgentes e imperiosas las ansias nacionales: jamás, en efecto, conoció nuestra Patria desbarajuste semejante. Ni unidad de plan, ni criterio, ni ordenación, ni visión de conjunto en las alturas, en cuanto a producción se refiere. Del sector obrero no es menester hablar. Las masas hambrientas en plena desbandada, nutren las filas del comunismo utópico y negador, mientras desde el Ministerio del Trabajo un ministro socialista contempla impávido el espectáculo, dictando leyes de privilegio para los afines y paniaguados. Ni justicia social, ni redención del proletariado ni otras zarandajas. Promesas estúpidas y metralla. Esto es lo que la masa obrera ha recibido del socialismo en dos años de gobierno.

Frente a las mentiras, nuestra verdad. Verdad española, popular y justa. Sin halagos serviles ni futuros sonrosados. Afirmando concretamente nuestra consigna «Nación y Sindicato». Laborando por una España fuerte, grande y libre.

El nacionalsindicalismo, triunfante hoy en Italia y Alemania, y en cierto modo no integral, sino clasista, en la Rusia soviética, aparece a nuestros ojos enturbiados por el vaho de la catástrofe marxista imperante, como el- único remedio que haga resurgir a nuestra Patria en ruinas. No olvidamos, claro está, la violenta oposición que a su propaganda harán todos los elementos marxistas, sin verdadero coraje ya, por otra parte, a los dos años de Capeas deliciosas, y las taifas políticas burguesas con sus reyezuelos y cortejos de aduladores. La lucha será dura, violenta y tenaz : lo sabemos. No nos importa. A las juventudes obreras y universitarias de España lanzamos esta consigna vibrante y acerada: « ¡Todos en pie por el Nacionalsindicalismo!».

Mayo de 1933.

NUESTRO EMBLEMA ROTUNDO



El yugo y las flechas de las
JONS

Símbolo de nuestra unidad,
de nuestra magnitud,
de nuestra libertad,
en busca de la patria,
el pan y la justicia.

ESPAÑA

UNA GRANDE LIBRE

ESTADO NACIONAL

CONVIENE precisar este concepto nuevo, surgido de los escombros de la post-guerra, y realizado ya plenamente, con la máxima eficacia. Conviene, sobre todo, aclarar las mentes, ofuscadas por un siglo largo de liberalismo político, y disipar las dudas, con rotundidad desprovista de jactancia, pero sincera, y firme, muy a tono con lo juvenil de nuestros tiempos. Intentamos, en las líneas que siguen, esquematizar brevemente la idea y el hecho del «Estado Nacional».

* * *

Uno de los aspectos típicos del régimen demoliberal, así como su ideología jurídico-científica, es el acentuado dualismo de los conceptos Nación y Estado que deriva fatalmente hacia su profunda oposición primero, y hacia su verdadera antítesis después. El sistema institucional mismo, liberal, pugna inútilmente por hacer coincidir los fines del Estado con los de la Nación, presuponiendo de este modo palpable, la existencia del dualismo antedicho. De esta manera se hace imposible, de un modo práctico, la realización del concepto de suprema eficacia en la vida pública y en la conciencia política de los pueblos: la idea de la unidad.

El liberalismo pretende definir la Nación y considerarla fuera del Estado, como precedente histórico de éste. La realidad histórica, geográfica, cultural y étnica ha venido a demostrar que el fenómeno «Nación», tal como lo entendía la escuela liberal, era un mito y una ficción. La verdad es que en el mundo moderno de hoy es inútil y absurdo tratar de personalizar una Nación antes de que ella misma se realice en organización política. Los esfuerzos liberales para dar realidad sustantiva este concepto de Nación han sido inútiles y vanos. Los mismos autores de su escuela reconocen el fracaso. Estado y Nación no son, pues, fenómenos diversos, paralelos, ni mucho menos contradictorios. Estado y Nación son dos aspectos de una misma cosa, dos facetas de un mismo resultado. Para apreciar sus orígenes con claridad, deberíamos remontarnos al fraccionamiento medieval, encauzado posteriormente por las grandes monarquías constructoras, artífices a un tiempo de las futuras naciones y de los Estados modernos, como complejos únicos y como unidades orgánicas. Al cristalizarse las naciones y quedar sujetos los feudalismos al poder real, la soberanía se desplaza lógicamente, irrumpiendo entonces en escena el liberalismo, con la pretensión absurda de olvidar el origen concretísimo de las naciones modernas, considerándolas como realizaciones históricas de tal o cual idea abstracta. Pero analizar, siquiera fuese ligeramente, el proceso apuntado, nos llevaría fuera del límite de estos apuntes. Quede ahí, pues, esbozado, únicamente como dato interesante a tener en cuenta.

En el orden pragmático y funcional, las consecuencias del dualismo liberal Nación-Estado, son inmediatas y fundamentales. Un agudo escritor italiano decía que en el régimen liberal viven dos almas que constantemente tratan de engañarse mutuamente para dominar. Por de pronto, la Nación no es ya un simple postulado ideológico, sino que alcanza un reconocimiento legal importantísimo por medio de su órgano individualizado: el cuerpo electoral, depositario real y auténtico de la soberanía y origen de todos los poderes. La Nación así representada, la Nación amorfa, heterogénea, deshilvanada; la Nación formada por grupos, fracciones, categorías, tribus, partidos y partidas; la Nación concebida al modo liberal, en suma: he aquí lo que se refleja en el órgano personalizado de la Nación, es decir: en el cuerpo electoral. ¿Puede un órgano semejante tener una concepción unitaria de la vida pública, una visión sintética de los grandes problemas nacionales, una idea clara de la misión histórica que un pueblo debe cumplir?

Pero aún hay más. Hay el Parlamento, las Cortes. Sea una u otra la Constitución demoliberal que examinemos, siempre aparecen las Cortes como «órgano» constitucional del Estado; esto es, como instrumento funcional de más o menos amplias facultades; pero nunca como poder. La realidad es bien distinta, sin embargo, y la experiencia lo confirma infaliblemente una y otra vez. Las Cortes son órgano del Estado, «pero, además, y sobre todo, representación legítima de la Nación». El dualismo produce sus frutos. Las Cortes rebasan su papel de órgano del Estado y se arrojan, como representantes legítimas de la Nación, un poder absoluto y soberano, comparable solamente al de los Príncipes de derecho divino. De cumplir una función legislativa han devenido las Cortes, árbitro absoluto de la vida gubernamental. Si examinamos, además, su constitución interna, analizando los diversos componentes que las forman, vemos que reflejan con fidelidad absoluta la idea caótica e incoherente de la Nación liberal, tal como ha sido descrita más arriba. Grupos sueltos, atomización inorgánica, oligarquías triunfales por doquier. En ninguna parte el concepto unitario ni la idea de unidad.

* * *

Frente a esta concepción y a este hecho concreto, la moderna corriente de los pensamientos nacionales opone la suya y las reacciones salvadoras de algunos grandes pueblos europeos; esgrimen, mostrándola a la faz del mundo, la acerada construcción de sus nuevos Estados: los Estados nacionales.

Una idea-eje informa, todo el sistema ideológico, que aquí estudiamos: El Estado nacional es una superación del dualismo liberal Nación-Estado, integrado ya en una unidad superior. La Nación y el Estado podrán imaginarse abstractamente como cosas diversas; pero de hecho, en la vida pública, forman un todo indisoluble. Si la Nación representa la continuidad histórica, el caudal de tradiciones, la voluntad de existencia del pueblo español, la hispanidad podríamos decir, solamente y necesariamente en el Estado puede y debe realizar su irrisión histórica. Solamente el Estado puede y debe perfilarla en lo exterior, reorganizándola en lo interior, vigorizarla en lo político y en lo económico. Nación y Estado dejan de ser opuestos y contradictorios, para convertirse en dos aspectos de la vida histórica de un mismo pueblo. Como sentimiento y razón forman dos facetas de una misma y sola cosa: el alma humana.

El nuevo concepto no es original ni moderno. Sobre todo, para las mentes españolas. Quien haya penetrado en la esencia misma del Estado español del siglo xvi, levantado por los Católicos Reyes, imperializado por Carlos V. y potenciado hasta su máxima tensión por el segundo de los Felipes, podrá cerciorarse de que allí, en el Estado-Iglesia, que luchó contra la Reforma por la unidad espiritual de Europa, está ya realizado el ideal de un Estado que coincide con la sociedad y no deja nada fuera de sí, y que, además, tiene una clara finalidad -religiosa en aquel caso- y un contenido dogmático preciso, que inspira y traza las normas de su conducta. De aquel Estado nuestro al moderno Estado fascista, por ejemplo, del que dice Maraviglia en frase bellísima, que debe comportarse con los partidos como la Iglesia con los herejes, es decir, no tolerándolos, hay, ciertamente, una gran diferencia en los fines y en su mecanismo; pero, seguramente, también una gran semejanza ideológica esencial, a pesar de los siglos que median entre ambos.

* * *

Veamos, para terminar, las consecuencias de orden funcional de la nueva ideología. Si el Estado ha absorbido, por decirlo así, toda la vida nacional, y si, únicamente, dentro del Estado puede y debe realizarse la Nación, no puede, naturalmente, existir fuerza política alguna al margen del Estado. Por consiguiente, son ilegítimos y deben prescribirse todos los partidos y agrupaciones políticas que buscan la desaparición del nuevo orden de cosas, proclamando doctrinas contrarias al nuevo modo de existir del Estado nacional. El Estado no puede reconocer más que un partido: el que defienda y propugne su misma doctrina, y tenga por misión custodiarlo y defenderlo -arma al hombro, si es preciso-, contra enemigos externos e internos. Todo aquel que se yergue contra el Estado nacional, se coloca de modo automático fuera y en frente de la comunión y comunidad nacionales.

La tarea política y realista que implica realizar concretamente en instituciones y organismos la, idea del Estado nacional, no es sencilla, ni mucho menos, como algunos creen. Es labor lenta, revolucionaria, tenaz. Se trata, como es natural, de subvertir todo un orden de cosas existentes que se muestra ineficaz para los problemas actuales, por una disciplina jerárquica nueva, en la que los principios de unidad y totalidad dirigen, informan y señalan el rumbo. Se pretende, nada menos, que insertar, fijar la masa del pueblo español en el futuro Estado, y de «Insertarla y fijarla de modo orgánico». Júzguese lo gigantesco de la tarea y lo enjundioso del proceso. No nos es posible analizar detalladamente este problema, por razones de espacio, y únicamente indicaremos que los grandes factores de realización han de ser los Sindicatos y Corporaciones, y el partido nacional que conquiste el Poder para servir al Estado desde él, y no servirse del Poder y del Estado en beneficio propio, como los existentes y pululantes en el régimen demoliberal.

Se nos objetará por algunos ingenuos que lo expuesto lleva al Estatismo exagerado o a la Estatolatría divinizada. Respondemos concretamente: ni lo tino, ni lo otro. Queremos para España, simplemente, un Estado digno, un Estado fuerte, un Estado eficaz.

Queda otro problema, que algún día abordaremos en toda su amplitud: ¿y la libertad? La pregunta no es despreciable, ni se pretende soslayarla. Es, por lo contrario, de la más rancia estirpe española. Otra vez expondremos cómo el Estado nacional, es, de todas las formas actuales de Estado, la única que garantiza verdaderamente la libertad del individuo. Por hoy responderemos, con la frase de Gentile, definitiva, tajante y reveladora: «*También el fascismo apetece libertad para el ciudadano; pero una libertad en el Estado, compendio de la voluntad e inteligencia general de la Nación*».

Septiembre de 1933.

NUESTRO NACIONALISMO ES REVOLUCIONARIO. NUESTRO SINDICALISMO ES NACIONAL.

FÉLIX GARCÍA BLÁZQUEZ

ALMA Y DESTINO

SABE el hombre de nuestra época -se trata de un saber de intimidad-, lo que tiene que hacer de sí mismo en la vida? O en otras palabras: ¿Es evidente, claro, su destino? No debe confundirse con el destino personal que arrebatara con exigencias las finalidades que cualquiera se puede plantear haciendo de su vida instrumento al servicio DE aquéllas. La diferencia entre destino y finalidad es profunda y seria, y de su claro pensamiento depende el que se adopte una actitud sincera o falsa, entusiasta o apagada. El destino es un modo de orientarse el alma en el misterio, en lo trascendente, en lo que está más allá del alma misma y de lo que tiene, no obstante, una certeza. El destino es fe, enraizamiento en los senos mismos de lo divino. La finalidad es algo intramundano, por asombrosas que sean sus dimensiones. Se puede uno proponer desplazar el planeta :Marte de su órbita: esto es una finalidad. Podemos proponernos los españoles conquistar los Estados Unidos: es otra finalidad. Para la consecución de estos propósitos, el mundo entero y uno mismo en tanto forma parte del mundo, colabora como instrumento. El destino es de otra naturaleza; es aquella disposición o actitud de nuestro centro personal en virtud de la cual se justifican nuestros actos. ¿Por qué hemos de desplazar a Marte de su órbita o tenemos que conquistar los españoles América del Norte? Como en nuestra época todo carece de razón, no es extraño que al modo de «el arte por el arte» se oiga «el fin por el fin mismo». ¡Cuán falso suena esto en oídos un poco afinados! Como se ve, el destino apunta por encima del mundo y quiere decir que los actos que realizamos en el mundo tienen un gesto ultramundano. Así, escuetamente dicho: la grandeza de un pueblo, la de España, está en haber hecho mágicos gestos ultramundanos. España es el pueblo de las actitudes que no se ven con los ojos del mundo, sino con el ojo misterioso del más allá, ante el cual tienen sentido. Y España es un alma, un haz fundido de valores espirituales, cuyo soporte son los españoles con estirpe, los que tienen Patria, los que tienen un haber del alma, una sustancia. El gesto de España es el gesto de cada español que la vive, y esta dependencia que el alma de España, la Patria, tiene respecto del más allá, es lo que se llama destino, en tanto que ese gesto tiene que ser realizado por cada español. El destino es siempre personal. De lo que hay que tomar muy buena cuenta, pues no se arrastrará a los españoles a ninguna cosa seria hasta tanto no se consiga que lo que hoy propongamos grave en forma de destino sobre todos y cada uno de ellos. Tanto más de advertir cuanto que el rebajamiento de la dignidad de hombre que se ha operado inclina a creer que las acciones colectivas son acciones de masas. Por algo creen los comunistas -y con razón, tratándose de comunistas- que la lucha es una acción de masas. Los que «tenemos» dignidad de hombres tenemos que oponer a masas, comunidad. En las masas hay reparto; en la comunidad, participación. En las masas los hombres valen como la metralla, porque: no valen nada, sino que sirven para alguna cosa como sirve la metralla. En la comunidad, cada miembro es portador del valor de la comunidad entera; cada hombre toma por sí y para sí la empresa que pudiera realizar la comunidad. Es tina comunidad la de los cruzados que van a rescatar el Santo Sepulcro. Lo que hacen todos es lo que cada uno personalmente quiere realizar. Al justificarse la comunidad se justifica cada uno de sus miembros. Don Quijote, caballero y justo, toma sobre sus espaldas personalmente lo que era empresa superior, empresa de una comunidad. La soledad de Don Quijote significa tanto como dispersión de la comunidad de Castilla, cuya alma pervivía, a pesar de todo, en muchos de sus hijos. Y vive todavía si hay en el mundo alguien que sea capaz de embrazar de nuevo el lanzón de Don Quijote si es hijo de Castilla. Don Quijote es la justicia. Don Quijote es el honor, Don Quijote es la sinceridad, Don Quijote es la lealtad. El alma de Don Quijote, vista por dentro y por fuera, está a bien con Dios y con los hombres: que es lo que más se puede pedir: santidad y nobleza. Y no hay que olvidar que si se quiere poner en pie, exaltados, animosos, a los hombres de Castilla, no ha de ser prometiéndoles ventajas, sino exigiéndoles deberes. El cumplir con el deber es la mayor de las ventajas. La riqueza de Castilla usa vestidos pobres, austeros; es una riqueza interior. Quede el dinero para otras regiones y otros hombres que han venido a la vida a. traficar y a dejar de sí señales de negociantes. Castilla es pueblo de caballeros que se dignifican exaltando a los demás a la altura en que ella se encuentra. Castilla transfiere a todo el mundo su propia riqueza interior, a cambio de nada; y esa donación generosa es el signo más cabal de su liberalidad y su nobleza ¿Quién ha dicho que la vida es un negocio de mercachifles? ¿Quién ha dicho que hay que sacar partido de todas las ventajas? El alma de Castilla se llenaría de justa indignación si se le dijeran estas cosas, y volviendo por los fueros de la dignidad del hombre, no podría tolerar junto a la suya la existencia de tantos mercaderes. Castilla volverá a oír la voz de su conciencia, que es mandato, que es milicia, y recobrará su gesto de dignidad. ¿Cuándo y cómo?

La tarea que se nos ofrece a los que quedamos sobrenadando en este mar de la infrahumanidad, que es la época, es una tarea de salvamento primero y de conquista después. Pero la lucha tiene múltiples

facetas. Lo esencial es conseguir la penetración espiritual en la *humanidad*, que al hundirse amenaza sumergirlo todo. (Subrayo la palabra «humanidad» porque no quisiera, por nada del mundo, ni remotamente, querer significar ese monstruo gigante de los sociólogos y de los revolucionarios vacuos. Para mí, humanidad es lo que hace que seamos hombres, es decir, lo mejor y lo más santo). Esta humanidad que se hunde, es por un lado enemigo y por otro resistencia. Frente a la resistencia no cabe otra solución que la fuerza. Mas frente al enemigo, es preciso una justificación. Y esta justificación puede ser tal que el enemigo deje de serlo y la lucha no sea necesaria. En el fondo de nuestra alma hemos de reprobar la idea de que la fuerza confiere razón. No tendremos razón por vencer, sino que venceremos porque tenemos razón. La espada debe ser la última razón, la que se merece el peor enemigo, el menos calificado. La mejor razón es la palabra impregnada de fe, el acto portador de sentido, la actitud levantada del hombre inclinado a los alientos del espíritu.

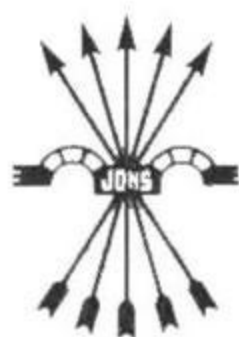
Es un hecho palmario que en todo el mundo hay una multitud de hombres «caídos» del pedestal, de su jerarquía, hombres que han perdido su esencia, su dignidad. Que esta multitud en parte es inerte (la que engrosa los llamados partidos políticos más o menos moderados), y en parte es agresiva y batalladora, con la pretensión de planificarlo todo a su mismo nivel. De esta situación efectiva se desprende

1.º La solidaridad de naturaleza y deber entre los hombres con Patria, o sea, que sienten su persona como un haber espiritual con la conciencia de ser algo bueno. No hay posibilidad de inteligencia con los demás estratos humanos.

2.º Frente a la humanidad caída, sin Patria y sin Dios, los hombres con Patria y con ley constituyen un haz, una comunidad depositaria de la conciencia nacional. No se trata de un partido más, ni de una nueva ideología: se trata de la nación viviente que se yergue frente a la totalidad de los partidos por una misma razón. La comunidad nacional no viene determinada en su grandeza por el número de miembros que la forman; es por sí misma, una personalidad superior completa, integral. Pero lleva en sí la fuerza expansiva del proselitismo; pretende incorporar a su seno la totalidad de los habitantes en el territorio nacional. De esta suerte, la legitimidad de su actuación y decisiones no puede venir avalorada por el número de sus componentes. La última y decisiva razón no es cosa que se pueda discutir ni razonar; sólo la saben en toda su profundidad aquellos que la viven como destino y vale tanto como una fuerza coactiva interior, por exaltar al hombre hasta los límites de lo mundano y realizar ese gesto específico de cada nacionalidad ante el misterioso ultramundo.

El supremo esfuerzo y la dignidad de naturaleza que se exige para hacer del mundo campo de acción y atalaya del más allá, sólo le están conferidos a los pueblos próceres como España y Alemania, a los pueblos de fuerte constitución metafísico-religiosa. Quizá pudiéramos caracterizar nuestra época como aquélla en que los hombres no son capaces de emerger a la superficie límite del inundo. Por eso el hombre de hoy está hundido, caído. Todas las preocupaciones del hombre de hoy se resuelven en cuestiones de índole ultramundana. Pero el hombre es el ser que es superior al mundo y lo que en definitiva caracteriza esencialmente a las épocas y los pueblos es el paisaje ultramundano que son capaces de advertir con esa especie de visión *sui generis*, radicante en el centro de la persona que quiere salvarse. Y a este respecto, interesa sobremanera no engañarse acerca de las virtualidades que puedan tener siglos pretéritos, por muy deslumbrantes que sean, cuando se les toma como ideales. La vuelta a la Edad Media o al siglo xvi, en mi entender no pasan de ser evocaciones líricas carentes de vigor y de eficacia. El propósito no puede ser más loable, pero se olvida ese detalle de la perspectiva ultramundana de aquellas épocas. Si meditamos serenamente sobre este punto, es que el ultramundo de nuestra época es o puede ser idéntico al de aquéllas? Digamos redondamente que no. La perspectiva ultramundana depende más de nuestra constitución, de nuestros órganos de visión, que del ultramundo mismo. No es el ultramundo el que ha cambiado. Hemos sido nosotros. El hombre del siglo XVI y de los siglos anteriores veía al mundo bañado en una luz ultraterrena; Dios le era presente con luminosidad. Este hombre sentía la presencia de Dios inmediata y para su hacer mundano se traducía en mandatos concretos, ineludibles. Hoy el hombre está más solo, más desamparado. El paisaje ultramundano del hombre de hoy es puro misterio; la presión del ultramundo. se siente en la intimidad como suprema razón de aquello que en nuestra misma intimidad se agita. Es la clara conciencia de que la razón de lo que somos no está por entero dentro de nosotros, al modo corno no está en el hierro que se mueve la razón de su movimiento, sino en el imán oculto que sobre él actúa. No vemos nada, sino que nos vemos a nosotros mismos, y en ese acto caemos en la cuenta de que hay algo presente, pero no patente. ¿Cómo orientarnos entonces? Adivinando el sentido de nuestro mundo interior. captando ese sentido y abrazándolo con fe, en la seguridad de que algo superior y definitivo le sanciona. Se requiere, pues, que el hombre vuelva a ser humilde, es decir, que vuelva a resentirse como en servicio. Lo hoy existente es una estúpida soberbia, por ceguera absoluta para lo verdaderamente grande.

En síntesis, el hombre de nuestra época es capaz de avizorar misterio, siente su vida interior como un imperio moral. Pero no al modo de Ilant, sino sobre la base de una riqueza espiritual, que es el haber de la Patria y con la mirada clavada en el futuro. Pero esto exige más amplias dilucidaciones.



EL RENACIMIENTO DEL HOMBRE Y DE LA PATRIA

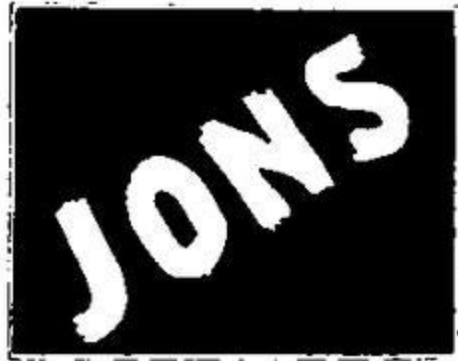
LA Patria es más que una realidad; es una tarea. La Patria es más que lo que se recibe; es lo que se hace. La Patria es la que nos puede hacer nobles en la vida por haber ennoblecido la vida en nosotros. Revelar en un individuo el sentido de la Patria es descubrir en él un estrato superior a la vida, lo que le define como ser auténticamente digno y puesto en un orbe nuevo, que tomando por base de apoyo el mundo, termine en Dios. La situación singular del hombre con Patria no es la del disfrute regalado de lo que la Patria vale, sino la del ejercicio esforzado por hacer que realidad vital quede troquelada, según el cuño de la Patria. Ya es hora de que el hombre piense que puede hacer otras cosas que comer bien, vestir con elegancia, y disipar el tiempo en juergas y frivolidades ; ya es hora de que el hombre piense que la vida sagrada que luce en él puede y debe ser ejercitada en cosas más elevadas que la economía y la política de la zancadilla y el triunfo partidista; ya no hay que fiarse de los errores del adversario, sino de las afirmaciones propias. De un golpe puede el hombre de nuestra época nacer de nuevo y aparecer con todo el temblor de la desnudez, con tal de que en un instante feliz consiga romper el velo que oculta en sí mismo las espléndidas posibilidades, hoy reducidas a la categoría modestísima de una mundanidad desesperada, desesperante e indigna. Lo notable del hombre actual es que no está contento con su mundo, lo defiende y se mueve en él queriendo mejorarlo con la secreta disposición de ánimo insatisfecho. Resuena sordamente en el ámbito oscuro del hombre de nuestra época el eco del reino espiritual del Hombre, de la Patria y de Dios, para el que está destinado. En el hombre radica el superhombre, si es que la medida de su dignidad y grandeza ha de darla el hombre de nuestra época. La paloma de la gracia se cierne ya sobre nuestras cabezas y está a punto de depositar la palabra nueva y edificante sobre nuestro corazón.

De una vez para siempre puede el hombre tornar su mirada del mundo y volverla sobre sí, que es como dirigirla a las alturas y ver con suprema evidencia otro mundo distinto y superior al viejo: en aquel instante de claridad ha descubierto en sí el superhombre. No en el sentido nietzscheano como una extremosidad de la vida, sino en el sentido cristiano (cuando menos, formalmente) como una superación de la vida. Pues, efectivamente, el hombre es un ser que no solamente vive. El hombre que reza con fervor arrodillado, no trata vitalmente con aquello que le rodea; el suelo no le sirve para sostenerle sino para mostrar una actitud. Cuando hay entre nosotros quien se arrodilla, -cómo no reconocer con gozo y temblor que el hombre es superior a la vida y que el mundo se asoma al través del hombre al misterio y a Dios? Los problemas del presente son de tal índole que su solución misma no satisface. Son problemas de índole intramundana, substancialmente idénticos, y que a fuerza de multiplicarse y repetirse fatigan. El tedio es el final obligado de una carrera de seres que andan perdidos por el mundo. El problema, radical es nada menos que una regeneración. Hay que hacer otra vez para ver el reino de Dios. Es un problema constitutivo del hombre, y la incógnita no está en el mundo, sino en lo que limita al mundo, dándole precisamente por el límite un sentido de mundanidad. Ahora el mundo lo es todo; pero para el superhombre u hombre en toda plenitud, como renacido a la vida del espíritu, el mundo tiene su sentido propio: la mundanidad. Ya el mundo no puede ser término de nuestros afanes, sino principio temporal para superarlo. Pues el mundo no es una cosa, sino una condición. Limitar el mundo es limitar la condición mundana de las cosas.

Henos, pues, ante un hombre de nuestra época que ha pasado por esa hora de radiante claridad, a cuya luz se vió a sí mismo, emergiendo al nuevo mundo del espíritu, desde el cual las cosas, además de ser, tienen un sentido. Nacer es surgir a un mundo, y por esto, surgir con verdad al reino de Dios o del espíritu es renacimiento y regeneración; lo primero en sentido estricto; lo segundo, porque además de volver a nacer se nace dignificado, exaltado. Va implícito en la regeneración una estimación. En la generación se toma una naturaleza; pero en la regeneración se supera y limita la primera por la irrupción del espíritu. A que el espíritu nos haga partícipes de sí mismo, es decir, nos dé naturaleza espiritual, hemos llamado gracia. ¿Qué hará este hombre? ¿Lo tiene ya todo? ¿ Surgir a la vida del espíritu, superar al mundo, es poseer ya el espíritu concreto y definido? Limitar la condición mundana de las cosas es el primer paso, pero no el único; es el decisivo, pero nada dice todavía. A partir de aquí es cuando brota con luminosidad cegadora la sustancialidad de la Patria. Como limitar la condición mundana de las cosas es irrumpir a un mundo desde el cual no cabe otra cosa que valorarlo todo, cada hombre lo valora según es, o sea, según su Patria. La Patria es el mundo natural del hombre en el orbe del espíritu. Cuando un español de estirpe ha pasado el meridiano de la regeneración, al dar de cara a todo lo que se le ofrece, ha de derramar sobre ello la luz del ser con que a sí mismo se encuentra, la luz de la Patria española, que es el modo cómo los españoles estamos en el mundo del espíritu. El mundo del espíritu no es oscuridad ni noche, en él no todo es pardo y homogéneo. Los españoles, no sólo nacemos en el solar hispano, sino que renacemos en el solar espiritual de la Patria española. La Patria española nos exalta, nos eleva por encima del mundo (que es, repito, condición), y nos impone un deber específico, nuestro. Del espíritu nuestro deberán participar todos los hombres: el español es justo y el sentido de su universalidad no puede ser una vana jactancia de dominio, sino la conciencia o visión de que su puesto en el mundo del espíritu es de tal naturaleza, que ensalzaría a todo aquél que de él participase. Los españoles hemos sido los ¡micos que

hemos roto los límites naturales de la Patria en favor de los bienes del espíritu. «Ancha es Castilla» vale tanto como que el espíritu de Castilla se pierde en el infinito. El hombre español se encuentra definitivamente en Dios, que es el único que pone tasa y medida en el frenesí de exaltación que produce la tierra de Santa Teresa y de San Juan de la Cruz.

Noviembre de 1933.



LA RAZA: FUNDAMENTO DE LA COMUNIDAD

DE dos modos muy distintos se puede entender la raza. Sobre la base de la distinción puede hacerse alguna claridad y estar en condiciones de emitir juicios que se aproximen a la verdad. Sin distinguir, sin un previo esfuerzo por comprender, el lanzar juicios valorativos es más que nacía atrevimiento, luchar con sombras tomándolas por realidades. A diario se está oyendo que el «nazismo» alemán gozaría de una mayor simpatía si limara en él esas «pretensiones» o «exaltaciones» racistas. Del «nazismo» alemán es aceptable para unos, respetable para otros, reprobable para bastantes, su contenido político y social, pero casi todo el mundo está de acuerdo en que lo que el «nazismo» tiene de racista es algo accesorio, que le desmejora y que bien se pudiese segregar sin poner en peligro el sentido del movimiento de la nueva Alemania. Una nueva confusión late en el fondo de este criterio restringido, para la aceptación del «racismo» alemán. Una primera confusión que se cifra en pensar que en ese y otros movimientos parecidos se da la posibilidad de mantener con toda eficacia, aisladamente, lo que hay en él de actuación política y social. O dicho de otra manera, que se puede desglosar de su contenido total lo social y político como si se tratase de una depuración, rechazando el resto como inservible y accesorio. Semejante criterio puede sustentarse por no advertir que lo político y social vigente en ese movimiento y en todos en general, no es lo esencial en que se nutre el hombre, adquiriendo un modo de ser por esa acción del sistema en él, sino justamente al revés el sistema político y social arranca de la estructura del hombre, que le pone en pie y es un aspecto parcial, pues, de esa realidad más honda y cabal que constituye el hombre con todas sus manifestaciones. Por querer mostrarse como «espirituales», se corre el peligro de la ligereza y del reaccionarismo. La otra confusión se produce en torno al concepto mismo de la raza, que no es unitario, sino de doble sentido. Raza puede querer decir el conjunto de individuos que tienen unos caracteres idénticos, iguales; algo real, determinable por esa absurda ciencia que se llama antropología, que estudia a los hombres como si fueran caballos, pero, raza también puede significar un tipo humano que es capaz de hacer determinadas cosas, de sentir la vida y la existencia de cierto modo o con cierta profundidad. En este sentido, la raza, desde el punto de vista, real, no es más que indicio que funda una posibilidad, una esperanza. Es lo cierto que hombres como Hegel, Kant, Leibnitz, etc., sólo se dan en Alemania y no en Africa. La estimación de la raza, no por lo que ella es en sí mismo, sino por lo que promete, no supone una glorificación del hombre de cabellos rubios y ojos azules, sino en la medida en que los hombres de cabellos rubios escrutan por ejemplo la vida y la existencia de modo penetrante y superior. Las glorias de la raza tienen su razón en la Historia; la Historia, cuando menos, puede tomarse razonablemente como fundamento del valor de la raza. La exaltación de la raza, como promesa y esperanza, supone el sustraer a lo histórico toda vigencia actual para que funde la raza como el sustrato humano capaz de grandes posibilidades. De la capacidad abona con sus testimonios la Historia. El racismo alemán, a pesar de algunas estridencias en contrario, tiene el sentido que aquí acabarnos de dar. Y en este sentido tienen incluso justificación las medidas encaminadas a la depuración de la raza. Porque se cree que los caracteres externos son el soporte del alma o el alma misma tiene esos caracteres en manifestación corpórea y mundana. Es una justificación, aunque no suficiente y clara. Para la mirada del hombre actual, torpemente materialista, no puede haber más términos de consideración que lo que es capaz de ver. La raza es el color o la estatura, etc.; no el alma con su profundidad, misteriosa e inquietante. La exaltación del hombre alemán, que acaba de abandonar sus «finitos ideológicos» y su conciencia de clase (burguesa o proletaria) al sentirse integrado en una gran comunidad de almas, vive profunda, grave, preñada de esperanzas, un futuro, ha debido de ser inefable. Hay existencias que imprimen carácter, y de este tipo es la vivencia de la raza como fundamento de una comunidad vital, de existencia y destino. Sea lo que quiera de Alemania, la suerte de cada alemán es el negocio más serio para el hombre, va vinculada al alma, de su raza. El hombre alemán ha descubierto a su lado a otros alemanes como realidad firme, a la que se puede confiar. El alemán es hoy miembro de una gran comunidad, y con ella se salva o con ella pasa la existencia.

El racismo alemán es ejemplo que ha de seguirse en todas partes en las cuales haya motivos fundados para creer que el tipo humano que allí vive tiene algún valor. Le disuelve la idea de nacionalidad, los conceptos básicos del derecho, el Estado, etc. Las palabras fuertes que se lanzan en loor de estos agonizantes, no hacen más que ocultar la debilidad efectiva de lo que defienden. Después de una rehabilitación y nueva vida, volverán a tener vigencia, en la medida que sea preciso, y nunca a base de prejuicios injustificados. Porque la raza es el único (repárese bien en que se dice único) fundamento que tiene realidad y que puede servir de apoyo para una actuación de gran envergadura. De modo que los pueblos que son «grandes» porque tienen una historia «grande»; son los primeros que deben rehabilitarse, levantarse sobre el fundamento de la raza. Y no hay que olvidar que no se trata aquí de engrandecer aún más la historia, ni de continuarla, sino, «a lo más», de empezar otra nueva. Otra cosa es patriotismo y esclavitud. Por todos los medios hay que evitar el ser faccioso, pues la facción esclaviza a los hombres y los separa, cuando por su estrato más profundo están unidos; pero no lo saben y se pelean como enemigos.

* * *

El espíritu faccioso. - En el siglo XVIII aproximadamente, acontece lo siguiente: que la Naturaleza se ha hecho autónoma, que es algo en sí misma y por sí misma. Se entenderá esto mejor cuando se pone en contacto con lo que anteriormente venía sucediendo, y que era, también, lo siguiente: que lo que se entiende por Naturaleza, antes era mundo, o sea, allí donde está y vive el hombre, en consonancia de su modo de ser y según el destino que tenía que cumplir. Se trata del mundo cristiano, que por definición es valle de lágrimas, lugar de destierro. La existencia cristiana es nostálgica, está traspasada enteramente por una inquietud que la hace ser excéntrica a sí misma. El hombre es, por naturaleza, su desterrado, de suerte que está y no está en el mundo, pues en el siglo XVIII el mundo pierde su condición, ya no es aquello para lo que estaba allí, para ser destierro del hombre: se ha hecho naturaleza, que es en sí misma y descansa en sí misma; autónoma. Este cambio respecto del mundo, no podía darse sin arrastrar tras de sí otro correlativo en el hombre, que ha dejado de ser el desterrado por naturaleza. Con la naturaleza y merced a ella, el hombre se ha hecho autónomo. Con el hombre se hicieron autónomas las sociedades. La revolución francesa inicia históricamente este proceso que ha de generalizarse. La naturaleza es autónoma, pero sus leyes son permanentes y tienen carácter de necesidad. Las sociedades son libres, y sus leyes, son o deben ser, pues, leyes dadas con libertad. La autonomía de la sociedad es darse leyes con libertad a sí misma. ¿Cómo? Sólo en un régimen de democracia que permita que los elementos humanos componentes de esa sociedad se manifiesten y se den la ley. Surgen las corrientes de opinión. Las sociedades, si mantienen un fondo de unidad a base de las corrientes de opinión, es algo inconveniente. Es lo inconsciente que hace que liberales y carlistas sean unos, en orden a la españolidad. Pero ese fondo inconsciente es cada vez más sutil, hasta que acaba por borrarse, y entonces puede la democracia en toda su pureza, las corrientes de opinión, que recogen los partidos, que expresado con todo rigor «parten» a la sociedad en tantas partes como partidos la agitan. El único punto de engarce es el derecho constitucional que interesa solamente en la medida que ampara la fortaleza del fuerte y la debilidad del débil. Lo que ha venido llamándose nacionalidad ha quedado radicalmente desterrado. Se tienden las manos por encima de las fronteras, pues el «hombre libre», «autónomo», es universal, igual en todas partes, y en consecuencia las afinidades ideológicas, expresadas por las corrientes de opinión, desbordan las demarcaciones nacionales y toma un sesgo mundial.

Un «demócrata» español es más afín de otro demócrata francés que de un español adversario. Las diferencias políticas son diferencias radicales entre las personas. El hombre de partido tiene muchos motivos de odio y rencor. A medida que el trasfondo nacional se esfuma, el abismo entre tendencias opuestas es mayor, la enemistad más irreconciliable. Mucho antes había comprensión, ahora debe haber exterminio. Y además los medios son lícitos, con tal de que lleven al triunfo. Es algo infernal, y difícilmente puede concebirse cómo el hombre, que puede ser tan superior y excelso, permanece sumido en ese envilecimiento. Y vaya usted a hablar a un socialista de que hay que modificarse, o a un derechista! VI uno no quiere saber más que de la revolución social, y el otro del orden. Es decir, que para el faccioso, que éste es el término adecuado para caracterizar al partido que a toda costa quiere mandar en su conjunto social en el que hay más elementos que los suyos propios, todos son enemigos, incluso los que no son facciosos. Así se comprende que los socialistas de acá tachen de reaccionarismo el «nazismo» alemán. Lo cual es confundir «a Poncio de Aguirre con Poncio Pilatos».

* * *

La esclavitud del hombre. - Con toda la brevedad que se exige para un trabajo de esta especie, ha quedado diseñada la «facción». Ahora es preciso desentrañar al hombre «faccioso», que, naturalmente, no es lo mismo que fascista, sino su antítesis. El hombre autónomo arranca de la naturaleza, pero es la expresión más elevada de la naturaleza, que abarca toda la existencia. Ahora el hombre es rey absoluto y relativamente. Nada tiene por encima de sí. ¿Nada? Las ideas, que son sus dioses. El hombre es servidor de sus ideas; es, pues, un ideológico. La idea le roba toda íntima libertad, que es libertad en el ser; pues, despótica, no admite otra actitud que la entrega reverente y apasionada en su servicio. ¿Qué podía hacer, si no, este tipo de hombre? La idea es lo que le envanece; ser blanco o moreno no tiene importancia, pero ser liberal o socialista tiene una importancia definitiva: A esto hay que llamar esclavitud del hombre. Y al derrocamiento de esos mitos hay que llamar radical liberación del hombre. Dentro de los mitos debe comprenderse todo aquello que positivamente se ofrece externo al hombre y superior a él. Es decir, poco más o menos, lo que sirve casi por entero la sociedad española actual. Hay, desde luego, mitos de mayor alcurnia que otros; son dignos de respeto, pero con todo respeto deben retirarse fuera del escenario de la vida, reconocidos como mitos. La raza no es un mito, no es externa al hombre ni superior a él. La grandeza de la raza se mide por la del hombre, o a la inversa. La raza es lo que lleva el hombre consigo, como posibilidad; buscando esta posibilidad se cierne sobre un conjunto humano, da lugar a la raza como comunidad.

* * *

La raíz ascética de la vida. - Difícil es incluir en un artículo lo que pide una mayor extensión. Discúlpenme el apretamiento de ideas en tan poco espacio, súplase con un esfuerzo la explicación ausente.

Los mitos actuales han derivado notoriamente hacia una coacción material tan burda y grosera que está clamando por su destrucción. La vida animal ruge poderosamente e impone su «criterio». El «criterio» de la vida es la pasión orgiástica, el desenfreno, la «libertad» dionisiaca. Nunca ha sentido el hombre más carencia de libertad que ahora, porque la orgía no puede ser general y el aparato legal en que vive incrustado el hombre deprime en él los deseos, prontos a saltar sobre su pieza, tan pronto lo permitan las circunstancias. La gente quiere ser libre para ir a la playa, tener un automóvil, para fumar puro, para ir al cine. Y como no pueden ser «tantas delicias», hay una terrible protesta o descontento, que se centra en la sociedad o en unos grupos o en un órgano del Estado, etc. ¿Cuántos hay en España que creen que los guardias de asalto les tienen secuestrada la libertad? La liberación del hombre tiene que producirse desde el hombre mismo. El camino no es otro que encerrar la vida entre límites y, por lo tanto, superar la vida misma. Allí donde la vida orgiástica inclina, puede el hombre afirmar su centro personal; desviando esa inclinación o reprimiéndola, queda el hombre liberado de toda sujeción. Sólo es libre el hombre dentro de sí mismo.

El hombre asceta hace posible una vida humana dentro de la comunidad, de entrega, confianza y deber. El hombre asceta sabe que la existencia grave y misteriosa le cruza el alma, y se comporta gravemente y con dulce exaltación. La vida monda y lironda, aun con las ideas; es algo de lo que participan exclusivamente los caballos. Sólo el hombre es asceta y sólo el hombre tiene raza, porque sólo él tiene noción de lo que es la existencia.

Agosto de 1934.

EMILIANO AGUADO

SOBRE LA LIBERTAD

CUANTOS han pretendido definir la libertad hasta ahora, han incidido en el mismo error: la simplicidad; carecían de aparatos mentales adecuados para captar con firmeza lo esencial al través de lo ficticio. Les faltó la espléndida perspectiva que han abierto las novísimas corrientes de la filosofía? No sé; pero en todas las definiciones que se han formulado sobre la libertad se advierte: Primero, una grosera identificación de esferas en que la libertad nos aparece como un haz de direcciones heterogéneas paralelas, y segundo, la más radical carencia de perspectiva histórica. De esta suerte, se ha trocado la libertad en una idea, que podemos situar, si os acomoda, en el topos uranios, pero que no es posible esgrimir en el ámbito de la política, donde lo cotidiano arrastra las pasiones de la lucha y del contraste. Voy a destacar tres sentidos de los muchos en que puede tomarse la libertad; los límites de un artículo no admiten más. La libertad que el espíritu conquista dentro de sí y para sí, sin ayudas externas, sin trascender al mundo físico, la llamo libertad inmanente. La libertad que necesita el hombre para la vida en el seno del Estado, la llamo política, y, a su vez, llamo libertad trascendente la que se da o se exige para fomentar el desenvolvimiento de los medios físicos que hacen posible la vida del hombre. Se ha llamado libertad económica, pero me parece más adecuado llamarla trascendente, extraña, al hombre, para destacar nuestra posición frente al comunismo.

LIBERTAD INMANENTE

Lo primero que advertimos es que la concepción liberal ha preferido esta dimensión de la libertad; ha erigido en suprema aspiración la tolerancia. Para los que hayan seguido con sagacidad el curso del pensamiento moderno. no es ningún secreto que el hombre liberal carece de la agudeza visual precisa para captar lo que no sea el mundo tangible. Me parece que la esencia del liberal puede encerrarse en estas dos palabras: *homo faber*. La tolerancia le parece bien, porque no es más que una de las relaciones tangibles que se dan entre los hombres o entre éstos y el Estado. La libertad política le interesa al liberal; pero sin preguntarse: ¿para qué? El liberal no se exige nada a sí mismo, porque no se ve: le exige todo al Estado, porque no ve más allá del Estado. Nosotros lanzaremos al hombre a la consecución de fines superiores, y ya es posible decir que hay jerarquías de fines, sin incidir en la estúpida y anacrónica concepción progresista. Estos fines -la grandeza de la Patria, la primacía de lo espiritual- imponen una disciplina, exigen una concepción de la vida y excluyen la suspicacia liberal; no pedimos nada al Estado y se lo damos todo: la suspicacia se ha trocado en fe, la dispersión criminal del individualismo, en vehemente colaboración nacional... La tolerancia nos parece cobarde y glacial; amamos la libertad en el sentido que le da Descartes en la cuarta de sus meditaciones metafísicas. Quiero brindar dos ideas antes de abandonar este tema: Primero, el humanismo, como vestigio de su hundimiento en el océano de lo pretérito, ha lanzado a la playa de nuestro tiempo una enseñanza; el hombre no es medio, es fin en sí mismo. Si esto se toma en el sentido que le da Kant en su «Crítica de la razón práctica», lo aceptamos y hacemos de ello uno de nuestros dogmas fundamentales; y segundo, el liberal que cree ser un eslabón en la cadena biológica, y nada más, se portará en todos los actos de su vida como un mamífero, bípedo e implume; no esperéis más, porque los espíritus pulcros saben que el influjo que ejerce nuestra fe sobre nuestra vida es más hondo de lo que el frívolo puede creer.

LIBERTAD POLÍTICA

He aprendido en Rousseau, que la ley, de las mayorías es una forma de despotismo; y Maquiavelo, en sus «Discursos sobre Tito Livio», brinda enseñanzas que los demócratas no debieran olvidar y los hombres jóvenes de hoy debieran conocer. Porque hasta ahora parecía incontrovertible que la forma idónea para conseguir la libertad era la Democracia. Si queremos penetrar en estratos más profundos, es preciso notar que la libertad política puede ser formal o esencial; la primera puede plasmarse en un conjunto de instituciones políticas que tienen como fin garantizar los derechos del ciudadano «frente al Estado». Pero la libertad esencial es la que se logra sin atender a meras formas. No quiero aducir las razones que tengo para desconfiar de la Democracia, citaré hechos: ¿quién mató a Sócrates, el «demos» o un tirano? ¿Fue Pericles un tirano?

Obstaculizó Roma el acceso al poder de César? ¿Partieron de algún rey las insidias contra Spinoza? Y Kant, ¿realizó una honda transformación en un régimen democrático? Claro que frente a estos hechos

podrían citarse otros; esto muestra, en todo caso, que la Democracia no es más favorable a la libertad que la Tiranía. Hay, sin embargo, una diferencia a favor de la Tiranía, y es que el tirano puede rodearse de una minoría selecta que imponga al pueblo una ruta en armonía con su destino: un régimen caótico, sin color ni responsabilidad, al que se adscribe todo lo que no se siente más que «como los demás». La democracia no prosigue la historia, vive de ella, por eso obra de acuerdo con sus postulados cuando despedaza la sagrada unidad de una nación, que costó tantos sacrificios y acaso siglos.

Nosotros amamos la libertad, ¿quién no la ama? Pero no sentimos la urgencia de la libertad política, como la siente el liberal, porque, como a Pedro Crespo, nos interesa más la libertad inmanente, y sabemos que por honda y vasta que sea la intervención del Estado, dejará invulnerable la sagrada esfera de nuestra intimidad. Pero hay, otra razón y es que nos parece criminal la labor de los que suscitan obstáculos al desenvolvimiento de la Nación, porque carecen (le un puesto en armonía con sus ambiciones y por otro motivo inconfesable. La libertad en otro sentido, cuando no envuelva oposición, no sólo es preciso garantizarla, sino que el Estado necesita de ella, porque la minoría que dirige los destinos de un país siente por modo superlativo la responsabilidad de sus decisiones, o perezca víctima de su estulticia. Queremos que el ciudadano sepa en cada instante que su vida está suspendida de los destinos sagrados de su Patria; por esto no es posible que el hombre se fije en sí mismo, reputamos nefando el narcisismo liberal. Venimos contra la vida cómoda, dice Mussolini.

LIBERTAD TRASCENDENTE

Llamo trascendente esta libertad, porque es extraña al hombre, porque se circunscribe a los medios que hacen posible la vida del hombre, pero si pensamos que lo económico no puede ser sujeto de libertad, la sugerencia brota inflexible, el sujeto de esta libertad es el Estado. Si recogemos la onda de humanismo que hace del hombre un fin, nos será imposible trocar al hombre en mero instrumento de la economía, pero si «hemos venido contra la vida cómoda» no podemos soportar el lujo desbordante de una clase social -la capitalista- sin inteligencia ni virtud. Es posible que el capitalismo esté en crisis, como afirma Mussolini, pero hay algo más grave, y es que dados los medios de que dispone la burguesía y la dispersión de la vida moderna, es muy dudoso que quede un sitio para la moral. De esta suerte hoy se comienza a advertir la profundidad vertiginosa de las frases evangélicas. La economía es para el hombre, no viceversa. La burguesía y el comunismo son nuestros irreconciliables adversarios en este sentido somos humanistas. Pero el hombre debe disciplinar su voluntad para conseguir fines superiores, sin que entre el hombre y esos fines se dé una relación de medio a fin, sino la realidad que el hombre y sólo él posee de trascender de sí mismo y lanzar su alma a mundos ulteriores a la vida -la historia- y aun al tiempo mismo -eternidad-, en este sentido somos nacional sindicalistas.

Marzo de 1933.

SOBRE LAS CLASES

HE dicho que la política vigente prescinde de cuanto no sea somático y transitorio, porque eleva el cuerpo al plano de sus más íntimas preocupaciones y porque erige lo transitorio en única perspectiva de su vida, y estos rasgos se advierten con harta nitidez en la insólita beligerancia que ha cobrado en nuestros días la doctrina de las clases sociales. Claro que no es posible ni lícito soslayar la realidad histórica de las clases; pero quizá sea conveniente preguntarse por el sentido de esas clases; y esto es hoy necesario, porque tras la irrupción teórica del marxismo las clases aparecen como yertos cadáveres que se arrastran sin alma sobre el suelo de la historia, sin otra misión que la de rasgar su sagrada entraña. Quizá parezca esto una frase a los que no hayan sentido palpar en su espíritu la trágica responsabilidad de su vida; pero los que hayan pensado sobre esto saben que las clases se constituyen y afirman para la consecución de fines meramente vitales, y, por tanto, transitorios. Luego veréis por qué.

¿QUÉ SON LAS CLASES?

Soslayando ahora cuanto hallamos de accidental en las clases sociales, me pregunto por la esencia de la clase. Lo primero que nos sorprende es que las clases se fijan y definen desde fuera, los que las constituyen están «clasificados»; los miembros de una clase pertenecen a ella, no por su peculiaridad, que destaca y lanza al hombre de la masa -lo egregio y lo «clasificado» no se entienden bien-; si se tuviera para algo en cuenta lo peculiar de cada hombre no habría posibilidad de clases. Los miembros de una clase están dentro de ella por lo que tienen de homogeneidad; son sumandos, y la clase es una suma de números homogéneos.

Si nos fijamos en la esencia de la clase, advertiremos que radica en que varios miembros tengan algo de común entre sí; por lo tanto no es esencial que las clases se constituyan con miembros humanos. Las mesas, en cuanto mesas, constituyen una clase frente a otros objetos; las plumas, por ejemplo, que, a su vez, forman otra clase, y así *in infinitum*. Todos sabéis que las clases son más vastas a medida que sus miembros pierden peculiaridad la mesa se define frente a la pluma por su ser: ser-mesa frente a ser-pluma; pero una mesa roja se define frente a una verde por la peculiaridad de su colorido. Las clases se circunscriben a medida que sus miembros destacan peculiaridades hasta llegar a Dios, que se define, frente a todas las cosas, porque permanece: *ego sum qui sum*, Dios «es»; lo que no es Dios, «está».

No se piense que las clases humanas se diferencian de las otras porque se proponen fines, porque los animales se agrupan también para la consecución de fines, y si queréis ahondar más en la distinción de estos fines, para asignar a las clases humanas metas superiores a las que aspiran las hormigas, por ejemplo, lamentaría que no encontrarais en las clases marxistas -que son las que me interesan algo superior. Por otra parte, las clases de Marx no se proponen fines, existen para cumplir los que les impone el glacial fatalismo de una historia sin libertad y sin Dios, como las plumas, que no son más que instrumentos para los fines del hombre. Esto es claro.

EL LIBERALISMO Y LAS CLASES

Si nos preguntamos qué actitud adopta el liberalismo ante el hecho indubitable de las clases, nuestra respuesta no puede ser otra: no las ve. Parece un poco sorprendente que no vea el liberalismo lo que hoy nos aparece por modo ineluctable; pero este es el hecho, que, por lo demás, no tiene nada de extraño si nos fijamos en la esencia del liberalismo.

Lo que al liberalismo interesa de un modo fundamental es la vida humana; para el liberal, en tanto que lo es, no hay nada superior a la vida, y como la vida no es algo que está, sino que se hace, el liberal busca cuanto reputa renecesario para su desenvolvimiento. Lo primero que precisa una vida que se hace, es libertad para hacerse. Ved, pues, la libertad erigida en suprema aspiración del liberal; las ideas adversas son toleradas, no porque sean ideas -como predicaban esos bobalicones de la tolerancia-, sino porque han sido elaboradas por un hombre, porque son expresión de su vida; en suma, porque nadie se cree lo suficientemente superior para aplastar las ideas de su adversario por el hecho, por lo demás accidental, de que no piensa lo mismo. De todo esto brota el corolario de la igualdad ante la ley; si lo que importa es la vida misma, por qué no prescindir de lo que no sea esencial para ella? Pero si las jerarquías sociales no son esenciales a la vida, ¿por qué iba a gravitar la ley sobre ellas, en fuerza de preferir lo esencial? Esta es la inferencia tan lógica como humana del liberalismo.

Pero si esta teoría es egregia en sí misma, en cuanto teoría ¿qué acontece en el mundo de los hechos? La primera parte del programa liberal es harto exquisita para la mayoría, por eso ha atravesado el ámbito de dos centurias bajo el peso de la incomprensión. No acaeció lo propio con la segunda parte, con la que postula la libertad económica para coadyuvar al desenvolvimiento de la vida humana. Una nube de

grajos -los burgueses- se ha lanzado sobre la libertad material -la burguesía no comprende otra- y su estridencia ha sido uno de los factores que de manera más eficiente irrogaron la doctrina criminal de la lucha de clases. El liberalismo exaltó la vida del hombre sobre todo acaecer material o jerárquico; la vida es la suprema dignidad que puede alcanzar el hombre; lo económico y lo jerárquico quedan fuera de su ámbito. El liberalismo alojaba, por tanto, en su entraña el germen de su destrucción; porque si la vida es lo que importa, dadas las circunstancias en que precisa desenvolverse, se impone una mutilación de derechos de unos pocos en holocausto de la vida de los más. Pero nótese que. no es que se imponga el sacrificio de una minoría en aras de la mayoría, no; porque en este caso entrarían en conflicto dos bienes de la misma jerarquía: la vida de la minoría y la de la mayoría, y para justificar el sacrificio de uno u otro bien, habría que recurrir a criterios harto discutibles, no. El bien que aquí se sacrifica es de naturaleza inferior a la vida que exige su sacrificio. Se trata de restringir o anular, si es preciso, la libertad económica para hacer más humana y densa la vida. En otro artículo insistiré sobre este punto; pero nótese cuán lejos de la realidad anduvo siempre esa libertad que no se concede en las Constituciones al hombre geométrico, sin pensar que ese hombre a quien se le conceden derechos inalienables e imprescriptibles, no existe.

El liberalismo nos arrastra por modo ineluctable a esta extraña paradoja; niega las clases porque sólo le interesa el hombre; pero como el hombre vive incurso en el mundo económico, se afirma cada día con creciente insistencia el hecho de las clases y se olvida al propio tiempo la esencia del hombre; ¿veis la paradoja? El liberalismo no ve las clases; el materialismo histórico no ve la esencia de lo humano.

LAS CLASES Y NOSOTROS

Ante la perspectiva que nos muestra el problema de las clases, nuestra posición es clara: el liberal no ve las clases, pero como las clases están ahí, no es posible aceptar esa posición, que, por otra parte, tiene grandes aciertos, en cuanto se propone la exaltación de la vida sobre todas las cosas.

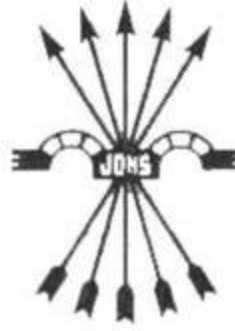
El materialismo histórico admite la existencia de las clases, pero no ve en ellos más que falanges, mejor, bloques de cemento que han sido forjados por la historia sin otra finalidad que la de destruirse. No comprendo cómo ha podido brotar esa concepción en una Europa archicristiana. Pero dando ahora de lado todo esto, bueno es advertir que. aceptamos del materialismo histórico la afirmación taxativa y contundente de que hay clases; ¿quién podría negarla hoy con un mínimo de seriedad? Pero meditemos un poco sobre el sentido implícito de esta aceptación.

He asignado a las clases, como rasgo esencial, la homogeneidad de sus miembros; ¿cómo es posible armonizar la homogeneidad exigida por las clases con la peculiaridad que cada hombre guarda en lo más recóndito de su ser, y que nosotros queremos exaltar? A poco que se medite se hallará una solución sencilla, tan sencilla como incontrovertible. En efecto, el hombre geométrico a quien se conceden derechos inalienables e imprescriptibles, no existe; los hombres de carne y hueso viven sumidos en el mundo de lo económico. Pero el «homo economicus» del materialismo histórico tampoco existe; porque además de burgués o proletario, es hombre. Y ahora nos hallamos ante este extraño «zoon» que no es sólo «político», que es, además, «práctico» y sobre todo «empsychón». De suerte que el hombre nos abre y muestra una pluralidad de dimensiones que exige e impone un «no» contundente a las intuiciones simplistas de la historia y de la vida que ruedan por esos mundos de Dios. Ahora me parece que puedo decir que en nuestra concepción de las clases no sólo se olvida que el hombre no se agota en ellas, sino que las admitimos como trampolín para que el hombre salte hacia su destino. El escritor pertenecerá al sindicato de escritores en tanto que es escritor, y el albañil al suyo, en tanto que es albañil; pero esas clases, esos sindicatos yacen a los pies del hombre, que es lo que importa; no se pide al individuo que se sacrifique a la clase, sino que es la clase quien sirve al individuo. Por eso son las clases fugaces, y, desde luego, transitorias; el hombre sólo permanece; por eso no implican jerarquías, como en la sociedad burguesa, su articulación forja el Estado, y todas coadyuvan al engrandecimiento de la Patria. La clase capitalista y la clase trabajadora son igualmente productoras. Las clases aparecerán en nuestro Estado articuladas, no jerarquizadas; la jerarquía yace en el fondo de cada individuo. *Venite ad me omnes*. Estas palabras han cruzado, sobre el ámbito de veinte siglos de historia; pero la fugaz estridencia de las luchas cotidianas en los días de luchas fratricidas que vive España, hace de ellas el lema de su futura política nacional.

Venite ad me omnes.

Junio de 1933.

NUESTRO EMBLEMA ROTUNDO



El yugo y las flechas de las
JONS

Símbolo de nuestra unidad,
de nuestra magnitud,
de nuestra libertad,
en busca de la patria,
el pan y la justicia.

ESPAÑA

UNA GRANDE LIBRE

SANTIAGO MONTERO DÍAZ

ESQUEMA DE DOCTRINA UNITARIA

FUNDAMENTAL importancia tiene para la revolución nacional el problema de los estatutos. Es necesario enfocar cada estatuto regional como una cuestión que atañe radicalmente a España entera, y no solamente a la región que ha de sufrirlo. El primer sofisma, que los separatistas, sin careta o con ella, proclaman para justificar su política, es el del «interés regional». Cono si las autonomías escisionistas, al desarticular una región de vida española, no produjesen en, la Patria entera, en su integridad histórica y política, tina amputación criminal, una traición cobarde.

Por eso la política estatutaria iniciada pop el bienio regresista es una plaga nacional, tanto en sus directrices genéricas, como en sus especiales aplicaciones a Cataluña, Vasconia y Galicia. Plaga nacional, epidemia peninsular que hay que extirpar con cirugía de fuego y hierro: no solamente endemia localista de un rincón determinado de la Patria.

En atención a este concepto voy a intentar esquematizar en una sola ojeada los principios, consignas y argumentos que desde hace muchos meses vienen siendo la plataforma de mi campaña contra el Estatuto gallego, advirtiéndome previamente que no se trata de una actitud contra «este» determinado estatuto, sino de una doctrina nacional, integracionista, que me ha tocado en suerte aplicar en Galicia, porque aquí han acaecido mis luchas; pero que del mismo modo hubiera aplicado a otro cualquiera de los dos estatutos perpetrados hasta el presente en el resto de España.

1. La ley histórica.-Es una ley o un destino ligado íntimamente a la entraña y la vida de España su unidad. Roma vio antes que nadie que esta unidad era esencia y destino de España. La romanidad, al hacernos unidad administrativa, dio su base primera a esa solidaridad gloriosa de todos los rincones de la patria. «Hispania» fué la primera expresión de esa fórmula. El cristianismo dio savia y razón de ser a esa Hispania que tan hondamente acusados llevaba los rasgos propios de una gran nación, llamada a altísimas empresas. En su etapa hispano-goda, la categoría histórica «España» sintió ya con vehemencia su naturaleza de nación, que hoy- niegan los españoles traidores. Lo que en Marcial, Séneca y Orosio era genial videncia de patria española, fué realidad en la política de Leovigildo y Suintila.

En la Edad Media la unidad nacional no fué solamente un objetivo en futuro, sino también una añoranza. No se trataba (en la intimidad de la conciencia patria) de crear una unidad, sino de reconstruirla. Era recuerdo, además de esperanza. Y fué así. Por sus pasos, inflexiblemente, contra árabes y francos, contra ambiciosos y traidores. Con una dialéctica soberana, infalible, dotada de una seguridad de balística, la unidad nacional se reedifica. No sólo cuando España lo necesitaba sino cuando lo necesitaba el mundo. En plena alborada de la Edad Moderna. Para superar la obra de Roma. Para hacer (como de Roma dijo el celta Namacio) urbe, lo que orbe. Urbe católica, lo que fué orbe idólatra.

Es, pues vieja cosa la unidad española. Es una secular condición de nuestra vida. España con unidad, es España en los buenos tiempos del Imperio, es la España pujante cie Leovigildo, la de los Reyes Católicos. Sin unidad, es la España en lucha heroica con los árabes, desgarrada y revuelta. Sin unidad, no hay posible vida española. Que los españoles vivamos bajo las mismas condiciones de vida, es decir, bajo el mismo estado unitario, tutelar y potente, es, sencillamente, postulado indispensable para que los españoles vivamos, a secas. Sin ello, no viviremos. Agonizaremos en lenta y puerca agonía.

2. Designio sobrehumano.- Pero nuestra unidad no es sólo obra de la Historia, sino de la Geografía. No es creación heroica de los humanos poderes españoles, sino indestructible realidad de la tierra patria, moldeada por poderes sobrehumanos. España, unidad de naturaleza: país autóctono, protegido por montes y por mares.

3. La doble traición.-Luchar, pues, contra la unidad de España, es cometer una doble traición. Traicionar nuestra historia (traicionar la obra de todos los españoles desde que existe memoria de España). Y traicionar los designios sobrehumanos que han articulado nuestra poderosa y señera geografía. Delito de lesa patria, y casi sacrilegio. hubo, sin embargo, quienes han querido cometer ese sacrilegio. Los hubo, porque la traición es antigua en el mundo. No creamos que el separatismo es calamidad exclusiva de los tiempos presentes. El intento de vender la patria ha hecho aparición en otros siglos. Y siempre ha sido vencido, como ahora lo será. Y nunca, nunca ha sido obra de héroes ni de hombres dignos. Sino, por el

contrario, de miserables. El separatismo español, en sus distintos brotes y épocas, no fué nunca lo menos que pudiera ser: una intentona anti-vital de crear una pequeña nacionalidad independiente. Fué siempre obra de traición, nunca obra de apóstoles ilusos. El separatismo gallego no fué para Galicia, sino contra España, como fué contra España y no para Cataluña, el catalán. O dicho de otro modo más claro y más vergonzoso : nuestros separatismos no fueron jamás política interior de regiones, sino política exterior de otras potencias ejercida en España.

Cuando en 1087 el conde gallego Oviéquiz se sublevó en San Esteban de Ortigueira, aliado al obispo Peláez, traicionando la renaciente unidad Patria, después de la dramática hecatombe de Sagradas, no era aquél un intento de construir un «reino de Galicia», sino un propósito criminal de entregar un trozo de España a Guillermo de Normandía. Es decir: no era política gallega para Galicia, sino política inglesa contra España.

Cuando en pleno siglo XVII el traidor Claris negocia el proclamar a Luis XIII de Francia, conde de Cataluña, el separatismo catalán no es política, catalana para Cataluña, sino intriga de Richelieu contra España.

Estos dos ejemplos característicos, y otros que podría aducir, prueban esta tremenda verdad: jamás se hizo política escisionista en la patria española, que no fuera, en realidad, consciente o inconscientemente, instrumento de manejos extranjeros, es decir, intento de traición a España.

Recordemos en la época presente los encubiertos separatistas catalanes coqueteando indignamente con, Francia; las frases de halago a Francia, unidas a las de menosprecio a España. Y con respecto a Galicia, recordemos que el separatismo gallego ha cometido la infame vileza de ir a Ginebra, para pedir allí, en el Congreso de nacionalidades oprimidas (?), apoyo en sus «reivindicaciones» contra España.

Eso es el separatismo. Tras la «autonomía», la venta al extranjero.

En cuanto al caso de Portugal, no es éste el instante oportuno para evocar las odiosas circunstancias de la separación y el vil asesinato de Vasconcelos. Pero lo es, al menos, de recordar la mediatización inglesa que pesa sobre el vecino país. Un caso más en que se cumple la ley histórica: España es una unidad de naturaleza y de historia; traicionar esa unidad es entregarse al extranjero; frente a esa unidad no cabe discrepancia; no caben sino lealtad o traición.

4. Los mitos de las provincias.-Alguien lanzó esa peligrosa frase: los mitos de las provincias. Frase por lo que algunos se creen autorizados a levantar banderines de escisión. Es exacto que hay que descubrir de nuevo los mitos de las provincias. Pero no la heterodoxia de las provincias. Galicia, por ejemplo, tiene sus mitos propios. Tal es su sentido armonizador, repoblador, católico; su. histórica. sublevación campesina, su permanente atención a los problemas propios de España para vibrar con ellos. Castilla, tiene, como mito, su genio organizador, imperial, creador de inmensas solidaridades universales. Cataluña, el suyo constructor, humanista, industrial, sindicalista. Y cada tierra de España tiene, en la obra común, su acento propio. Los mitos regionales españoles son, sencillamente, «los estilos» con que cada región colaboró en crear a España. Las maneras propias de ayudar a esa obra solidaria. Pero el separatismo venenoso y reptante ha querido torcer y emponzoñar eso de los mitos regionales. Y hacernos creer que cada región tiene su vocación, su historia, su porvenir, en abierta pugna con las otras. He ahí una peligrosa mentira que tiende al divorcio espiritual de los españoles, a negar nuestro pasado y desertar de nuestro futuro grandioso. La historia nacional tiene los suficientes mitos hispánicos, de sentido solidario y unificador, para que frente a ellos los mitos locales no sean sino rencorosa feria de vanidades.

5. Alerta, pues.-Alerta, pues, contra la fraseología cobarde del separatismo. Alerta, cuando dice esa resentida infamia de los «hechos diferenciales». Alerta, cuando dice en avieso sentido «mitos regionales». Alerta, cuando habla de patria chica, con falsa ternura, pues no hay sino patria grande, una y libre. Alerta, cuando habla el farisaico lenguaje de la autodeterminación, comunidad de pueblos libres ibéricos, amplia federación de nacionalidades, unidad federal contra la unidad centralista. Alerta, españoles, en todo momento. Porque todo eso es infamia o inconsciencia. Tras todo eso no hay sino el «divide y vencerás» de Francia, el ojo vigilante de Inglaterra... y la ambición abyecta de los judas separatistas. Contra todo eso: por la unidad patria: alerta tres veces.

6. Lo genérico y lo específico.-Todas las regiones españolas, a un tiempo, en gloriosa comunidad de esfuerzo, han creado la Patria como unidad. En ese esfuerzo de veinte siglos han hecho una grandiosa obra común. Pero, como a pueblo superior, sobró aliento. Y las comarcas de España, además de su obra genérica, supieron elaborar variantes específicas, peculiaridades de cada región, que suman nuevos y fecundos valores al total de la hispanidad. Tales son, por ejemplo, las lenguas regionales. Y de esa creación

específica de algunas comarcas, se vale el separatismo para pretender negar validez a la magna obra común, sin querer ver que precisamente sus elaboraciones específicas complementan y engrandecen lo solidario, lo común, lo de todos.

Lo ocurrido con los idiomas arroja claridad sobre esto. La fórmula separatista catalana y gallega es «co-oficialidad de idiomas». Unos y otros intentan negar que el castellano, recogido y desarrollado en las demás comarcas de la Patria, se ha elevado a categoría de lengua nacional, y es, en rigor, el «español». El español es la obra genérica, de común elaboración, a la vez castellano, y catalán, y gallego, y vasco. En cada región tomó giros diversos, nuevo léxico, mayor amplitud. Por eso Galicia y Cataluña son bilingües. Al idioma de todos, añaden el propio. Lo criminal es querer arrebatárselos -para salvar el idioma comarcar- la otra lengua que, con la ayuda gallega y catalana, se ha convertido en idioma poderosamente ecumene.

La fórmula lógica y exacta en una articulación comarcal de España es la proclamación de la exclusiva oficialidad, del español para todas las regiones, porque es el único idioma peninsular que llega por igual al alma catalana que a la castellana, a la gallega que a la andaluza. Y reconocer el derecho al cultivo y uso de las lenguas regionales. Pero el criterio cooficialista no es sino un disfraz del separatismo. Lleva a la exclusión final del español por las minorías disidentes, apoderadas arteralmente del poder regional. Y a la creación de fronteras sentimentales entre los españoles, rompiendo nuestra hermandad sagrada.

El falso amor a la lengua es la primera, chispa del separatismo. Aparentemente, juegos florales, lirismo de pueblo y romanticismo anacrónico. Realmente, rencor y ponzoña. El amor a los idiomas regionales no ha impedido a los separatistas gallegos y catalanes falsificar esos dos bellos idiomas hispánicos, elaborando dos jergas ininteligibles y grotescas, que nada tienen que ver con las clásicas obras del gallego y el catalán, ni con la viva realidad campesina, bilingüe siempre. Han entendido ese «amor» procurando borrar todo parecido con el español. Afrancesar el catalán y aportuguesar el gallego, han sido sus dos objetivos.

Y se han valido de todos los trucos. Como el de recurrir a la innoble «cooficialidad», rehuída en casi todos los textos constitucionales de Europa, porque un Estado, una sola y única autoridad no puede expresarse a un tiempo en dos idiomas, inadmisibles especie de disgnosia política. Y como el truco de engañar al pueblo honrado y sencillo, que ama a un tiempo su lengua privativa y el idioma de todos los españoles, haciéndole creer que decir «lengua oficial» es decir lengua predilecta, planteándole así falsas reivindicaciones que justifiquen su demagogia disolvente.

Frente a esto, pues, la fórmula nacional, llena de autoridad y sentido histórico, es «anteponer con máximo rigor lo genérico a lo específico». La obra de todos a la obra de uno. Proclamando lengua oficial exclusiva al español. Y reconociendo después la conveniencia del cultivo de las otras.

En cuanto a las llamadas «culturas nacionales», es preciso igualmente negar que excluyan la cultura hispánica, producto a la vez de las minorías y de la masa popular de todas las regiones, sin excepción alguna. Anteponer esta «cultura hispánica», común y totalitaria, a todas las otras. Rigurosamente. Con inflexibilidad absoluta. Elaborando un plan universitario de revalorización de la cultura española, e imponiéndolo por igual a todas las regiones. Al margen de este plan, con carácter de complementariedad, podrían estudiarse aquellas variantes que una determinada región ha elaborado con carácter primitivo. Variantes siempre débiles ante lo que esa misma región contribuyó a la total obra del espíritu español.

Los estatutos regionales elaborados hasta hoy traicionan la unidad patria al establecer la barrera idiomática, exagerándola y convirtiéndola en fuente de discordia. La traicionan también planteando la necesidad de una política universitaria diversa, como si existiera conflicto entre cultura española y cultura regional, cuando la realidad es la contraria: no hay conflicto, sino radical compenetración.

7. La unidad funcional del Estado.-Sobre este punto, básico en la vida total de la nación, hay que acusar la traición de los tres estatutos. Imposibilitan el acceso del funcionario español a las regiones privilegiadas. Facilitan el de estas regiones al resto de España. Tratan, con este régimen de injusticia, romper la solidaridad de los españoles, y poner a todas las regiones en un régimen de «sálvese quien pueda», o lo que es lo mismo, de forzar a todas a pedir su estatuto, y escribir así el «finis Hispaniae». E inventan la frase miserable de provincias autónomas y provincias de «régimen común». Provincias con mausoleo y provincias de fosa común, en la muerte de España. Porque la ruptura de la unidad funcional de un organismo es la muerte de todo ser viviente.

8. Hacienda, plutocracia, centralismo.-Una hacienda fuerte, española, solvente, que garantice la vida económica de la Patria y mantenga la divisa nacional, requiere, ante todo, la unidad económica. Las haciendas regionales, todas en desigual relación (véanse los tres estatutos) con el quimérico poder central, no son sino entidades económicas hostiles, prontas a arruinarse en la competencia, objeto de todos los

despilfarros e inmoralidades. Una burocracia mezquina, pululante, multitudinosa y avarienta surge al amparo de esas haciendas regionales y al servicio de la plutocracia. Porque en el hundimiento de la unidad nacional, la única unidad que se salva es la de la plutocracia española. El materialismo capitalista, que forma, como el materialismo marxista, una internacional, está por encima de todas las divisiones regionales. Iribarne, entre otros, prueba bien claramente cómo la política estatutaria es obra de la plutocracia, de la cual el gabinete Casas Viejas era humilde comisión administradora.

El centralismo es la equívoca trampa con que se intentó encubrir la culpa del capitalismo español. Se hizo creer al ingenuo campesino gallego o catalán, que los males tributarios, las explotaciones sociales, los atropellos, cuya causa radicaban en la propia región, eran consecuencias de un «centralismo», según el cual, Castilla (siempre pobre, sufrida y heroica) les explotaba a beneficio suyo.

Esta mentira innoble hizo a España tanto daño como la invasión francesa o cualquiera otra calamidad histórica. Hora es ya de reaccionar contra ella. Y la reacción comienza, precisamente, en las regiones afectadas del mal. Aquí, puestos en pie, nos aprestamos a la lucha contra las pandillas falaces que difunden semejantes insidias rencorosas, para justificar la traidora política separatista.

No: es la plutocracia española, materialista como el marxismo, artera como el marxismo, internacional en sus intereses como el marxismo, la que disuelve la Patria con los estatutos regionales. La plutocracia y sus servidores, los enchufistas del separatismo, prestos a empobrecer las regiones con miríadas de funcionarios que caerán sobre ellas como plaga de langostas.

Y nadie explica a los obreros, campesinos, empleados y pequeños propietarios de Galicia, Vasconia y Cataluña, que el régimen de estatutos fragmenta el frente nacional de la revolución; empobrece el pueblo con gabelas y burocracias, restándole energías combativas; aumenta la represión armada contra el pueblo, y, en una palabra, acentúa su malestar y su miseria.

Nadie dice ni explica esto, porque equivaldría a invalidar como organización revolucionaria al socialismo enchufista, que pactó con Maciá y suscribió las infames deportaciones de obreros; al marxismo soviético, que pretende especular con los comunistas de buena fe, transformándoles en agentes del imperialismo eslavo, capitalismo de nuevo tipo; y al anarquismo caótico, que algún día dará a España un sano contingente revolucionario, cuando la venda acrática caiga de sus ojos.

Nadie dice ni explica que los estatutos fragmentan y retrasan la revolución popular en beneficio del capitalismo antinacional, porque eso equivaldría a proclamar, como única eficacia revolucionaria, nuestro nacionalsindicalismo, que preconiza la unidad intangible de la Patria, junto a las consignas de justicia social y conquista del pan para las masas.

9. La lucha antiseparatista.-Vemos, pues, de qué manera el separatismo regional significa estas tres cosas indignas:

- a) La entrega de España, descuartizada, a las finalidades extranjeras.
- b) La disolución de la Patria en nuevas Taifas, gobernadas por minorías mediocres y suplantadoras.
- c) La política de la 'plutocracia para detener la revolución nacional que someta el capital al Estado y liquide la lucha de clases sobre la base de justicia social, y pan y trabajo para las masas:

Luchar contra el separatismo significa luchar contra esos tres intentos miserables.

La única táctica que para ello puede seguirse con una eficacia infalible, es agruparse bajo la doctrina nacionalsindicalista, o lo que es lo mismo, la táctica y la bandera de las J. O. N. S. Pretender desde el seno de los partidos democrático-liberales resolver el problema de la unidad Patria, es ilusión de una buena fe ingenua y virginal. Primeramente, porque en la mayoría de esos partidos se ha infiltrado la doctrina separatista bajo formas encubiertas, que pretenden el primer escalón de una autonomía templada, para conseguir ulteriores finalidades escisionistas. Y en segundo término, porque la doctrina del Estado liberal es la doctrina del capitalismo, y la hegemonía de la plutocracia. El Estado liberal es, sencillamente, un Estado construido dentro del principio de lucha de clases, con el triunfo previo del capitalismo. Un Gobierno democrático-liberal es un gestor de los intereses de la plutocracia; como un Gobierno soviético lo es de los intereses de la burocracia gobernante. De ahí la invalidez de la doctrina liberal para detener el cáncer separatista. El separatismo es también «liberal y democrático», al estilo de Casas Viejas. Es, por lo tanto, preciso plantear la lucha desde una doctrina y un partido que tengan la significación, la táctica y la conducta política de las J. O. N. S.

Nota final. La campaña de Galicia.-He ofrecido, en los nueve puntos de este trabajo, un esquema brevísimo de la doctrina antiseparatista. Van reseñados los aspectos teóricos fundamentales y generales. La especificación a cada estatuto concreto es ya cuestión de otro orden. A título informativo, añadiré unas notas sobre el estatuto gallego y la reacción unitaria en este pedazo de España.

El estatuto gallego no es, como los demás, sino el fruto mestizo de la claudicación de unos cuantos y las finalidades turbias del separatismo. Un escalón, un paso para seguir adelante más tarde la lucha contra la unidad patria.

El partido republicano gallego, radical-socialista, federal y, Acción Republicana formaban el coro estatutario. Ocupaba la vanguardia el llamado partido galleguista, especie de Esquerra Catalana, integrada por separatistas mal encubiertos. (De ese partido salió la idea de ir a Ginebra a presentar como querellas nacionales las propias ambiciones fracasadas; partió también el genial proyecto de unión a Portugal, para luchar con Castilla, según dijo en un discurso cierto prohombre del galleguismo; y brotó también de ahí la ocurrencia de que Galicia está más cerca de Buenos Aires que de Madrid, etc. Detalles que ponen al descubierto la fisonomía del galleguismo).

Un antiguo monárquico de García Prieto, hoy ferviente republicano, hizo saltar la chispa estatutista. Se convocó una Asamblea. En esa Asamblea (celebrada en Santiago) se nombró una comisión que redactase el Estatuto. Con gran asombro me enteré, al día siguiente, de mi nombramiento en aquella comisión. Acepté el cargo, para intentar imprimir el estatuto en tono unitario, nacional, trasunto de mi concepción comarcal de España. Naturalmente, la comisión separatista rechazó una tras otra mis ponencias. Salvé en votos particulares sobre lengua, Universidad, hacienda, cte., mi responsabilidad, elaborando un estatuto diferente del de la comisión en esos puntos esenciales. Un estatuto comarcal de mi España unitaria.

Inmediatamente comencé mi campaña antiseparatista. Antes de celebrarse la Asamblea de Ayuntamientos para aprobar el anteproyecto de la comisión, me lancé a decir, por Galicia adelante, mis cuatro verdades unitarias. Con fervor español vi reaccionar los sectores más sanos de El Ferrol. Días antes de la Asamblea, tres conferencias antiseparatistas en la Universidad de Santiago, donde expuse la concepción unitaria de España, me convencieron de que el estudiante gallego era hondamente español.

En esta seguridad me presenté ante aquella asamblea, integrada por masas de alcaldes, hechura de Casares Quiroga. Allí defendí el primero de mis votos particulares antiseparatistas. Propugné la oficialidad del: español.

La Asamblea se pronunció contra mi criterio unitario, siguiendo las instrucciones recibidas de sus partidos políticos. Solamente unos veinticinco votaron por España.

Ante este resultado, derrotado un criterio fundamental para todo español, me retiré de la Asamblea. Los delegados caciquiles de la O. R. G. A. continuaron su obra. Calcaron el estatuto catalán, copiado por la comisión.

Llegó el momento de entregarse a una campaña contra los resultados de aquella Asamblea y contra el estatuto aprobado en ella. En La Coruña primero y más tarde en Lugo, observé el mismo caluroso entusiasmo por la causa unitaria, cuando en ambas poblaciones pronuncié extensas conferencias antiseparatistas.

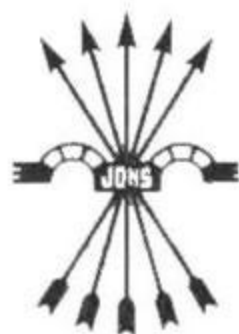
Cuatro meses de estancia en Alemania pusieron un paréntesis a la campaña, reanudada en cuanto se anunció (para 17 de diciembre) el plebiscito del estatuto, hoy aplazado. En Vigo pude comprobar, pronunciando una nueva requisitoria contra el estatuto traidor, la enérgica repulsa hacia el separatismo. No sólo en la palmaria adhesión de los presentes al nacionalsocialismo, cuando me presenté como tal, sino también en la expulsión inmediata de los separatistas que quisieron interrumpir el acto.

A este acto de Vigo siguieron nuevos ataques, ya de tipo periodístico. Y, poco después, la unión de un grupo de valiosos camaradas jóvenes, hoy enrolados en el jonsismo, dió cuerpo y empuje a la campaña por la unidad patria, creándose, al calor de sus entusiasmos, el periódico «Unidad», situado hoy a la vanguardia de la reacción española de Galicia, frente a los disidentes traidores.

A todo esto, y a raíz de mis campañas de diciembre de 1931, diversos escritores de diferentes filiaciones políticas se sumaron al frente contra el separatismo. Entre todos ellos, Vicente Sierra supo poner la unidad patria sobre las consideraciones de partido, realizando una formidable labor al desenmascarar la teoría hacendística del galleguismo, haciendo ver su deficiencia y su carácter ruinoso.

Y hoy, en Galicia, es ya numerosa y compacta la falange que propugna la liquidación del separatismo. A su frente, bandera en alto, señalando las únicas tácticas que pueden proporcionar la victoria total, van los grupos resueltos y audaces de las J. O. N. S.

Diciembre de 1933.



ALFONSO GARCÍA VALDECASAS

LA CRÍTICA DE LOS PARTIDOS

En medio del guirigay y la zarabanda de las Cortes, el diputado García Valdecasas es una voz casi afín ti las j. O. N. S. Símbolo de un sentido novísimo y nacional, es el único representante, en el Congreso, de la auténtica juventud española. Procedente de la pseudo-revolución del 14 de abril, con sinceridad se ha desligado pronto de los falsos mitos y de las metas inmorales. Y aquí está muy cerca de las f. O. N. S., como una gran figura del porvenir. Reproducimos con toda simpatía la crítica de los partidos gobernantes, desarrollada durante su última intervención parlamentaria.

SEGURAMENTE no habría intervenido en esta discusión, dado que parlamentariamente no represento más que a mí mismo, si no fuera un debate que terminará por una votación, y habiendo yo de emitir este voto en contra del Gobierno que se presenta a las Cortes, he creído de mi deber explicar las razones de tipo más general que me mueven a hacerlo así. Pues he llegado a la honrada convicción de que es la política del Gobierno injusta, inepta y antinacional (rumores). Y no puede menos de sorprender nuestra atención el que precisamente los hombres que han venido a representar esta política que yo -y muchos conmigo- considero que tiene esas cualidades, tengan su título de legitimidad en un movimiento a quien nadie pudo negar en su día el carácter de un movimiento nacional. Me refiero a la votación plebiscitaria del 14 de abril. Por eso no me pregunto si entonces hubo un movimiento de valor nacional; si entonces las voluntades nacionales se presentaron todas coaligadas en el empeño de una mejor España. ¿Cómo se ha podido producir este evidente resultado de que estas voluntades han sido dispersas, de que donde había un propósito firme de común colaboración, haya ahora división profunda, una alteración formidable de la vida nacional y unas heridas muy hondas tanto en los sentimientos españoles como en los intereses de la economía nacional y, en general, en los comunes de España?

Para mí la razón es que quienes recogieron este movimiento eran fuerzas que no supieron interpretarlo, que no sabían sentirlo, porque en definitiva se habían formado a través de un curso histórico perfectamente ajeno a lo que era la voluntad nacional en aquellos momentos. Las fuerzas y los partidos políticos que recogieron entonces el Poder se habían formado siempre en una oposición extremista y minoritaria, y en virtud de este su extremismo radical no fueron nunca capaces, precisamente por ello, de asumir la representación de los intereses comunes y generales de España. Estos hombres, en vez de percibir que había necesidad de enfocar la verdadera voluntad nacional en el momento del cambio de régimen, creyeron que lo ocurrido no era el fracaso de un sistema anterior, sino precisamente el triunfo de su ideología que por su propia virtualidad no había conseguido nunca ganar de un modo positivo la opinión española.

Puestos en esta situación contradictoria se explica la actuación contradictoria en sí, perniciosa, por consecuencia, de toda la política que se ha venido desarrollando, y así vemos cómo hombres que presentaban como lemas de su bandera los principios de libertad e igualitarios, de una parte han venido a consagrarlos de un modo formal, y de otra parte, para poder mantener sus fuerzas en el poder, han venido a negarlos en la práctica, y como la etapa política que hemos venido recorriendo y la que probablemente hemos de ver seguir, se caracteriza por la tremenda duplicidad de que se proclamen todos los principios que habían figurado en sus programas y se esgrimían contra un Poder que se estimaba hostil, para después anularlos con esa ley de defensa de la República, contra la que naturalmente se suscitó la indignación de los que habían representado la más pura estirpe de la tradición liberal española. (Un sector diputado: Más liberales que su señoría). Más liberales que yo desde luego, porque yo con el liberalismo no tengo apenas ningún punto de contacto. (Un señor diputado: No era esa la opinión de los comunistas cuando habló su señoría en Granada, que decían que había quedado por encima de don Fernando de los Ríos y de todos). Es posible, porque los comunistas tampoco son liberales. (Risas). En política se pueden sostener ideas y opiniones; lo que es falaz e ilícito es la duplicidad, que es la que vemos en la ley de defensa de la República, que es la misma que hemos visto en la ley del Tribunal de Garantías Constitucionales, que aparece también como una exigencia para las garantías ciudadanas y que después este mismo Gobierno hace que no se le aplique a sí mismo en cuanto a las leyes dictadas por el Gobierno hasta ahora. (Un señor diputado: Las leyes no las da el Gobierno). Evidentemente, las leyes no las da el Gobierno. Pero es que la crítica que yo hago no va sólo contra el Gobierno, se apoya contra la mayoría fundamentalmente; porque yo creo que la crisis que se ha sustanciado y que no se ha resuelto, no era una crisis de fuerzas políticas, sino que era, en definitiva, una crisis de un Parlamento que no puede ya cumplir la misión que pretende realizar.

Este pecado en que ha caído la política de los partidos que llamaremos liberales, y en el que hubiera incurrido de un modo tan grave si a estos principios liberales no hubiera sumado, no hubiera unido un espíritu demagógico que ha aumentado enormemente los efectos funestos de la política presente, ha venido a agravarlo el matiz y la significación que las fuerzas socialistas han dado a la República. (Un señor diputado: Eso lo sabía su señoría cuando iba de propaganda con ellos). Ha habido mucha gente que tuvo la esperanza de que el socialismo español supiera hacerse socialismo nacional; entonces es muy posible que la labor suya hubiera sido fecunda. Pero todavía hoy (en las palabras del señor Cordero lo hemos vuelto a ver de un modo incontestable e incuestionable) no representa más que intereses de clase, y no representando más que intereses de clase, forzosamente se vuelve a la mecánica de la lucha de clases y, además, desaparece ante ellos todo posible interés nacional, porque en definitiva las órdenes las recibiría de Amsterdam.; es decir, de una Internacional para la cual poco importan los problemas auténticos, reales, de la nación española. (Rumores.)

Bien sé yo que entre los socialistas, y concretamente en el Gobierno, hay ministros que sienten amor a los valores culturales españoles, e incluso el amor a esta tierra española tan desdichada. (Rumores.) Pero eso no basta. Para que un socialismo sea nacional no basta esa vaga emoción estética o un vago misticismo, del mismo modo que no basta un sentimentalismo religioso para profesar una fe religiosa, que para ello hay que someterse con toda fidelidad al estricto cumplimiento de sus preceptos. Esto es lo que no puede existir, desgraciadamente; lo que ya está viéndose que no puede existir en el socialismo español, y es por esto por lo que se está poniendo en contraste con los fines más profundos y radicales de la nación española.

No voy a recordar, porque ya se ha recordado mucho y es hasta opinión, en rigor confesión y reconocimiento, incluso de personas que ocupan puestos en la mayoría, que la política de estas Cortes y de este Gobierno ha producido una formidable reacción en contra de ellos; pero si esto es así, si son los sentimientos españoles los que protestan, si es la realidad de los intereses de España la que se siente herida... (El señor Martínez Gil: Son los terratenientes y los burgueses, pero no los intereses nacionales. Esos los defendemos los socialistas tanto como su señoría.) Los socialistas no tienen el sentido del interés nacional. (Rumores.) (El señor Martínez Gil: No tiene su señoría derecho a decir eso. Renuncie su señoría a los votos que tuvo de los socialistas.) Renunciaré cuando renunciéis vosotros. (El señor Martínez Gil: Eso se, renuncia con el acta.) Pero si eso es lo que nosotros pedimos. ¡Renunciar todos! Si lo que nosotros queremos es que se le pregunte al país cuál es el que al Parlamento verdaderamente le representa. (Rumores.) (Varios señores diputados: Su señoría es el que no representa nada. Es un niño prodigio.) (Risas.) Cuando éstas eran las necesidades de la política española, cuando éste era el único sentido auténtico que podía tener la crisis, llega su planteamiento -tampoco lo voy a recordar ni a repetir-, y todos sabemos el ambiente de coacción en el que la tramitación de la crisis se ha desarrollado. Yo esperaba que del proceder de las fuerzas gobernantes en la tramitación de esta crisis pudiéramos sacar la advertencia de un gravísimo peligro-, porque acaso es una comprobación más de que esas fuerzas, invocando principios liberales y democráticos, son perfectamente capaces de arrollarlos antes de someterse a ellos lealmente y de que prevalezcan por encima de todo. Por esta razón experimenté ayer una cierta sorpresa al oír las palabras del señor Lerroux y aquella medida moderación con que el señor Lerroux hizo su juicio y su exposición de pensamiento sobre los sucesos transcurridos.

Tengo que empezar por decir que de la crítica que yo he hecho de los partidos hoy en vigor, no eximo las taras de antiguo -porque como tradicionales son de todos- que tenga el partido radical. -Mas acaso por el simple hecho de estar en la oposición y porque la oposición aguza las facultades críticas, había en el señor Lerroux una contemplación quizá más penetrante de cuáles eran las auténticas necesidades de la opinión española, y yo tengo cierto temor de que ayer perdió esta visión, o al menos por razones que a mí no se me alcanzan, hubo de sacrificar algo de ella a un propósito de cordialidad entre las fuerzas parlamentarias. Bien está en principio ese propósito, mas no sé si lo autorizaba y si lo fomentaba no tanto las palabras que ayer otros políticos pronunciaron aquí, como la tramitación interna de los sucesos de estos días pasados. En todo caso, es evidente que el señor Lerroux se conmovió por aquella apelación a los intereses de la República, que sin duda siempre es capaz de conmoverle, y ante ella se mostró dispuesto a toda cordialidad y a una base de inteligencia; pero yo tengo la sospecha de que el pleito que está vivo y pendiente en España no es un pleito de República o contra República, sino un pleito de una política antinacional frente a una política que quisiera ser nacional, y temo que sea un gravísimo peligro para otras fuerzas el creer que el interés de la República puede confundirse con el interés del Gobierno, cuando este Gobierno procede realizando una política que es contraria al bien nacional. Yo recuerdo que he oído decir alguna vez al señor Presidente del Consejo de Ministros «Esta República y no hay otra». Pensad, señores, en la gravedad de este pensamiento del señor Presidente del Consejo de Ministros.

Agosto de 1933.

JAVIER MARÍA DE BEDOYA

LA JUVENTUD ESPAÑOLA Y LA REVOLUCIÓN DE ABRIL

EN 1930 la juventud española, universitaria y obrera, luchaba incansable junto a las fuerzas secretas antinacionales. En 1931 la juventud, «sólo la juventud», con entusiasmo, logró el triunfo de la revolución.

El sistema demo-liberal, posee, claro es, un cuerpo de doctrina. Y, sin embargo, la juventud que luchaba en vanguardia en defensa de la Democracia y del Liberalismo, en gran parte, no la conocía. Por eso su esfuerzo no había nacido de la solidez de esa ideología, ni de la convicción de sus argumentos.

El movimiento revolucionario de la juventud nacía de un anhelo de renovación, de un grito de rebeldía contra nuestro caminar, en plena decadencia, de derrota en derrota, hacia la ruina total. El movimiento era una reacción, o quería ser, contra la politiquilla seguida en los tiempos del viejo régimen; y estaba infiltrado de un idealismo: ir resueltamente hacia la España nueva, hacia una España grande.

Formado así el movimiento revolucionario juvenil, en aquellos días de confusionismo, tomó con energía la bandera demo-liberal, atraído por la sencillez y rotundidad de unos tópicos, de unos mitos y de un repertorio de «frases hechas», a manera (le Evangelio, que para nada afectaban al conocimiento de la esencia de la doctrina democrática y liberal.

Se dijo la juventud: ¿renovación?, pues echemos a la monarquía; y dejaron intacto el sistema en que vivía aquella monarquía, el sistema liberal. Reacción contra la decadencia? Y afirmaron más aún las causas de nuestra decadencia: «La desespañolización», comenzada en el siglo XVIII con la Enciclopedia y los Borbones, continuada después con el Liberalismo y con la actividad de la Masonería, y culminando en la difusión y predominio del marxismo, totalmente extranjerizante, internacionalista en su doctrina y en su origen judío. ¿Rebeldía contra la política caciquil y personal del viejo régimen? Y la juventud procuró el mando de pueblos y provincias a la caciquería e incultura de los jefecillos de las Casas del Pueblo. ; Ir hacia una España nueva y grande? Y volvimos a la España demo-liberal del siglo xix, a la España decadente de aquel siglo en que se perdió, con nuestras Colonias y con nuestra cultura, toda nuestra grandeza. Y no hablemos de los otros tópicos -como igualdad, progreso, fraternidad, prosperidad, pacifismo- que, equivocadamente, fueron defendidos con energía por las juventudes españolas.

CON EL TRIUNFO, EL DESENGAÑO

La juventud -no toda ella, pero sí una mayoría-consiguió su triunfo un 14 de abril. Pero a partir de aquel (lía dejó de ser el movimiento que había triunfado (para todos los jóvenes que sentían el Ideal, aunque confusamente) su soñada Revolución «Española».

Todos los que ocuparon los puestos de mando fueron precisamente los enemigos de nuestro pasado glorioso. Después, rápidamente, fueron cayendo los mitos -Libertad, Fraternidad-; se fueron deshaciendo los tópicos, y la juventud ha visto claramente la dura realidad: que, inconscientemente, había dado el triunfo a la masónica anti-España. Y desde este momento la anti-España gobernante tiene la enemiga de toda la juventud que, aún no degenerada, siente en «español».

LA VERDADERA REVOLUCIÓN

La juventud española, universitaria y obrera, camina unida hacia el mismo. ideal: «España libre, grande y única». Y se agrupa en apretados haces de defensa, pronto serán de ofensiva, preparando la verdadera revolución: la Revolución Nacional.

Una Revolución total y profunda: españolización de nuestros sistemas políticos, revalorización de nuestra Cultura, realización de la justicia social por medio de nuestro programa sindicalista. Solución práctica, en una palabra, a todos nuestros problemas, movidos siempre en toda actuación por el amor a España que a todos nos une y que a todos nos iguala.

Mayo de 1933.

EL JONSISMO SITÚA LA LUCHA
ANTIMARXISTA EN EL PLANO DE LA
RIVALIDAD REVOLUCIONARIA

EL ANTIOBRERISMO DE LA FALSA REVOLUCIÓN DE ABRIL

LA llamada revolución de 14 de abril ha sido -de ser algo positivo- una revolución antiproletaria.

EL 14 de abril no triunfaron los amigos de los obreros, ni tampoco los enemigos. Fué algo peor: únicamente triunfaron los que han vivido, viven y vivirán «a costa» de los sufridos obreros; fué el triunfo del usurero que presta a los pobres y se llama su hermano; o del caciquillo que tiraniza y se tiene por camarada, del arrivista sin conciencia que explota, chupa y engorda y se hace llamar «trabajador», porque come de las cuotas sindicales.

OBRERO, piensa y recapacita: has sido víctima del engaño. La conjunción democrático-socialista representa el espíritu burgués -hasta hoy contenido por la ambición de llegar al Poder- de unos cuantos «descamisados» ; la conjunción democrático-socialista representa la contrarrevolución, la vuelta al siglo XIX, con su política de camarillas y la tiranía cruel del ignorante maestrillo pueblerino, del pedante «dómine», hoy metido a jefecillo marxista.

El marxismo, fundamento y esencia de la falsa revolución de abril, no ha hecho obrero, en el orden moral, más que rebajarte: intentar acabar con tu dignidad, haciéndote odiar a tu Patria y olvidar a tus hijos; quiere borrar en ti todo mérito, virtud y valer, para confundirte con los vagos, con los «poco hombres», con los viciosos, en un regresivo estado igualitario, que te convierta en una pieza mecánica sin sensibilidad y sin conciencia; te denigra, no confiando en tu valor personal y considerándote solamente como un número más en la masa amorfa, que, berreando canciones bárbaras, se la lleva con facilidad al desolladero, a la muerte, para que los jefes vivan bien; nunca te hablan al corazón con amor, ni te llaman para las obras grandes, generosas, nacionales; sólo te habla con el lenguaje del odio, te emborracha de rencor y te lanza a la calle con una pistola que en tu mano pone para que luches por un ideal utópico, que únicamente a los jefecillos aprovecha, es el marxismo, en fin, el que te quita el trabajo, obligándote a mendigar lo que por derecho te corresponde, para que en tu desesperación de «obrero sin trabajo» te lances a una revolución roja, que tú no deseas, por criminal y tiránica.

La revolución del 14 de abril, proletaria? Llevamos dos años, y ya en muchos de cientos de miles de hogares obreros no se come. Llevamos dos años de lucha de clases y repasad las listas de muertos y heridos: CASI TODOS OBREROS. No ha caído ni un solo jefe marxista, no ha caído ni un solo maestrillo de esos que pervierten la conciencia de los obreros, no ha muerto ni uno de esos apóstoles, señoritos de cabaret, que por cuatro duros escriben folletos rojos, que os envuelven en una ola de pasión; todavía ninguno de esos señorones burgueses que se llaman «Amigos de los Soviets» ha sufrido el más leve rasguño en defensa de sus ideales, asaltando fincas y robando a diestro y siniestro en compañía de los rojos.

En cambio, a cientos habéis caído moribundos los obreros honrados que luchais por el pan de vuestros hijos. Odiad, obreros, a la falsa revolución que os asesina y lleva el hambre a vuestros hogares. Odiad a esa revolución que ha sido trampolín para que suban al Poder hombres enemigos de España. Odiad, obreros, al marxismo, que os lleva a la muerte en pago de vuestros sacrificios.

Incorporaos al movimiento nacional J. O. N. S. Tenéis cada uno una difícil, pero noble misión que cumplir: volver a España a su grandeza. En las J. O. N. S. encontraréis ideales generosos, «constructivos». Las J. O. N. S. harán la revolución nacional contra blancos y rojos en densa de una España justa, en nombre de la España que trabaja y produce.

Septiembre de 1933.

TRAYECTORIA DE LAS J. O. N. S.

EL Estado desnacionalizado, que se logró en el siglo XIX merced al triunfo del afrancesado liberalismo. Y que ha seguido dirigiendo la vida del pueblo español en lo que llevamos de siglo XX, estuvo siempre en manos de elementos conservadores, aristócratas, palatinos, burgueses, etc., sin el menor contenido nacionalista, popular, social, ni siquiera religioso, puesto que su catolicismo frío era en sus manos solamente un arma política. Aquellos buenos (?) señorones -liberales y conservadores- de ampulosos discursos y de «exquisita cortesía», gobernaban para sí, para sus familias y para sus partidos (aglomeraciones inorgánicas de ambiciosos y caciques), sin preocuparse demasiado de «los demás»: de la clase media cargada de necesidades como falta de recursos, de las clases proletarias, de los hombres del campo -patrones y obreros indistintamente- que, olvidados, pagaban las consecuencias de la mala política «elegante» y partidista.

Naturalmente, al fin, el pueblo, cargando la culpa a la monarquía, que protegió los desmanes de una aristocracia degenerada, de unos políticos fracasados al servicio de la plutocracia, y hasta de un «alto clero» demasiado influido por la política para poder imponer a los católicos las normas sociales que León XIII había dado en 1891, reaccionó con violencia, y, dentro del marco del Estado desnacionalizado, trajo una República con unos hombres demagógicos, marxistas y laicos. Ante el fracaso más hondo, más desolador y más rápido, de estos falsos revolucionarios, el pueblo, el 19 de noviembre, ha votado a las derechas unidas. ¿Esto será volver a «lo de antes»? Por de pronto, en ese conglomerado triunfante están todos «los de antes». ¿Arrepentidos? No sabemos. Verdad que también al frente de esas derechas hay gente completamente nueva.

Frente a estos vaivenes de un extremo a otro, sin solución definitiva, las J. O. N. S. levantaron la bandera de la Revolución Nacional en 1931, y la siguen manteniendo en lo alto. Revolución es cambiar. Cambiar rápida e íntegramente el sistema y las causas del fracaso liberal-capitalista anterior, y del inmediato democrático-marxista. Cambio profundo y total: un nuevo régimen político que logre el bienestar popular con la unidad moral, social política del Pueblo en el Estado Nacional Sindicalista Corporativo.

Para esto nacieron las J. O. N. S., movimiento de reconquista de la Patria. Movimiento popular PARA TODOS, pero especialmente de protección para los humildes, para los necesitados, para los trabajadores, que son los que sufren con más rigor las crisis y desventuras de la madre Patria. Movimiento de juventud: juventud en sus hombres, juventud en sus modos, juvenil, exaltado, su amor al pueblo, entusiasta su patriotismo, ardientes sus ideales; todo, en fin, en las J. O. N. S., enérgico, vanguardista. Nacieron, pues, las Juntas de Ofensiva Nacional Sindicalistas para construir -o ayudar a construir- ese Estado fuerte y nacional, justo, que apoyado en toda la masa del trabajo y en la sana clase media, contando con la adhesión de lo más puro, activo y fecundo del gran capital, nos devuelva la paz y la fe en España. Nuestro camino es claro. Está trazado. Caminemos, pues.

ACCIÓN

1.º Acción nacionalista, hispánica, frente al marxismo internacional. Nuestro concepto imperial, unitario, estatal y geográfico, frente al separatismo disgregador. Programa de reivindicación nacional.

2.º Lucha por una verdadera y rígida justicia social. *Acción enérgica contra el capitalismo y comunismo, las dos fases de la barbarie materialista y atea del mundo anticristiano.* Contra el dominio avasallador del dinero. Contra los derechos «absolutos» de la propiedad. Contra los explotadores del obrero. Por una organización social más equilibrada que la actual, de un revolucionarismo austero y práctico.

He aquí los dos cauces fundamentales por donde ha de discurrir nuestra actividad, los dos puntos esenciales de nuestro programa a realizar; tenemos una misión que cumplir, clara y terminante, por encima de los vaivenes pendulares de la opinión popular, mal encajada en el fracasado Estado desnacionalizado y antinacional.

En nuestras campañas proselitistas, ¿hemos de dar igual intensidad a un punto que a otro? Esto dependerá de las circunstancias, aunque creemos que las dos son igualmente importantes. Pero en cuestiones de táctica, las circunstancias mandan. Así, no se nos oculta la gravedad del momento actual. Nuestro movimiento podría quedar asfixiado -sin razón- por la posición de algunos grupos de derechas, que viendo hacia dónde camina la juventud -la España de mañana- hacen hincapié en su posición españolista, «nacional».

Sinceramente, no nos duele. Nos alegra: ; que el ideal de la España grande prenda en todos los corazones! Pero nosotros no tenemos que perder «personalidad»; debemos SER para bien de España. Y

en esta hora de «centro-derecha», hora más «nacional» que la marxista, nuestra táctica debe ser acentuar nuestra posición antiburguesa, nuestra preocupación social, sindicalista, dentro siempre de la justicia, para diferenciarnos con precisión de esos grupos de derecha, cuajados de «conservadores», *que por antimarxismo entienden antiobrerismo, y por orden, protección para los abusos capitalistas*. Acentuar nuestro nuevo espíritu de justicia social para atraer las masas proletarias a la causa de la Patria. Acentuar nuestra campaña alrededor de nuestro avanzado programa social, para batir con sus propios medios al socialismo en su misma madriguera.

Esta debe ser la táctica de nuestros semanarios y de nuestros propagandistas en el momento actual. Resumiendo: sin olvidar «lo nacional», acentuar lo que hay en nuestro ideario de justicia social. Ello nos dará masas, eficacia y personalidad. Pero teniendo presente que no nos desviamos de nuestra ruta, que, por el contrario, no hacemos más que realizar nuestras consignas, ya que siempre afirmamos: «nuestro nacionalismo es revolucionario» ; es decir, que lleva en sí los gérmenes subversivos para una justa renovación social.

Noviembre de 1933.

FRANCISCO BRAVO

ACLARACIONES Y PRONÓSTICOS SOBRE EL JONSISMO

HACE bien en proferir sus temores los intelectuales liberales -Ortega, Unamuno-, cuando pronostican un movimiento juvenil que ha de arrollar, con el anarquismo y el marxismo, ese mundo institucional democrático que en manos de los políticos profesionales, de una mediocridad horrenda, contradice las aspiraciones auténticas de España y sirve a la ruina de su Estado. Más pronto o más tarde, en el momento en que se produzca el agotamiento definitivo de los partidos republicanos, paralelo al fracaso del socialismo, y frente al movimiento de las fuerzas conservadoras para las que en definitiva el problema español no es sino de lucha de clases, surgirá arrolladora la corriente ambiciosa de reagrupación de fuerzas nacionales, en las que, como es natural, la juventud ocupará un rango delantero, dando ejemplo, con su desinterés y su ansia de sacrificio, a cuantos se decidan a cumplir el deber imperativo de salvar al país y a su Estado de una vergonzosa liquidación.

En ese instante histórico se producirá un hecho formidable: la República, para salvarse, tendrá que apelar al nacionalismo, montando urgentemente un Estado corporativo, defendido por la dictadura implacable de los elementos que no tengan responsabilidad alguna en los desastres españoles, del 98 para acá. Y se salvará, incluso como forma de Gobierno, realizando la tarea revolucionaria de transformar hasta sus entresijos la vida del país, faena que por sus concupiscencias y su impotencia creadora no saben realizar los partidos de izquierda, comprendido el socialista, a los que cabrá reprochar siempre el desaprovechamiento estéril de este bienio 1931-33, en el que únicamente han destruido, sin ir conquistando, en favor de los hijos de España, un tono de vida distinto y unas apetencias de ambición histórica, capaces de haber forjado la fortaleza de nuestro pueblo.

Yo lamentaré lastimar a aquellos jonsistas que, procediendo de las derechas, todavía no han sabido renunciar definitivamente a las influencias de su pasado. Pero para mí, la posibilidad que puede permitir la suscitación vigorosa de un movimiento nacionalsindicalista, radica en que sus conductores sepan decidirse a la tarea revolucionaria que los demócratas republicanos de España no sabrán jamás desenvolver, por cobardía y por su inclinación a los peores vicios del régimen monárquico-burgués. Siendo una necesidad inaplazable transformar a España y dotarla de un Estado nacional, elástico y fuerte, de acero pavonado, el único camino es la revolución con un sentido nacional genuino, es decir caracterizada por su antipasadísimo, por su proletarismo sindicalista y su pasión exaltadora del Estado.

Desde mi provincia pienso en que para esta faena heroica y magnífica tendrán su sitio los labradores, los pequeños propietarios, los obreros de toda condición, los técnicos, los estudiantes y los ciudadanos que sueñan con una España imperial, de la que sea reducto un Estado rodeado de todo prestigio. Pero -amigos míos-, yo no encuentro sitio que adjudicar en la empresa, a los que por primario instinto de conservación añoran el pasado cobarde y egoísta y el estado de cosas anterior. al 12 de abril y siente removerse su sentimentalismo llorón, al evocar las estampas del pretérito, perfectamente nauseabundas, que nos hablan de una España modestita como una casa de huéspedes, de la que era empresaria una dinastía deplorable.

En el odio a lo actual podremos coincidir con los pasadistas; pero sin olvidar que para nosotros, esas dos fechas -13 de septiembre de 1923 y 12 de abril de 1931- no son sino hitos situados en una misma parcela histórica, en la que han acampado sin cavar hondo ni remover las entrañas de la tierra -donde se esconde el fuego, el hierro y el agua fertilizadora-, cuadrillas políticas que daban pleitesía al liberalismo y a la falsa democracia, y que han vivido desinteresadas del porvenir ambicioso que corresponde a nuestro pueblo.

Conviene, en estos instantes de gran reacción conservadora, situar valientemente, de panera vertical, nuestros puntos doctrinarios. El movimiento, una vez iniciado, debería admitir a quienes a él vengán de cualquier punto del horizonte -social o político; la disciplina sabrá fundir tendencias y educaciones dispares. Pero estimo de necesidad absoluta, no desdibujar su contorno, su inédita silueta escotera, magra y fuerte. Ante la hostilidad amedrentada de las izquierdas, pudiera necesitarse guarecer el respaldo de la formación en los núcleos de derechas. Táctica peligrosa, pero disculpada por la necesidad. Pero que nunca, jamás, puedan darse confusionismos. Tenemos que ir a la forja de un Estado totalitario, que habrá que edificar en pleno combate, y no es posible olvidar que éste será, tácticamente, desarrollado en todos los frentes.

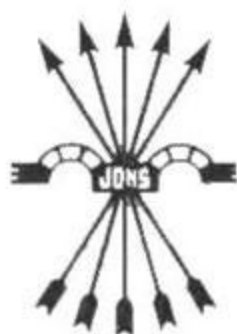
Por otra parte, nuestro porvenirismo no se compagina fácilmente con los aspectos del pasado que no sean útiles en las tareas actuales de la vida del país. Bien está respetar las esencias -las religiosas, por ejemplo- y buscar en el manadero de la tradición lo que en la Historia ha sido característico de lo hispánico. Pero no hay que impedir de ninguna manera, el logro de esa ecuación difícil y trascendente, que es lo que

dará vitalidad al movimiento: insertar en el nacionalsindicalismo las masas desesperadas y heroicas del anarcosindicalismo, del comunismo y aún de la U. G. T. Sin la colaboración de una parte numerosa del proletariado español, dada la poquedad de nuestra clase media, no será fácil dar aliento e ímpetu a un movimiento de masas, enfervorizadas por la ilusión de un repertorio de ideas, de justicia social y de imperialidad nacionalista.

* * *

Sobre una serie de ideas fundamentales, se puede lograr da coincidencia cordial y entusiasta de la minoría decidida a desembocar en la vida pública tras las enseñas de combate del nacionalsindicalismo. Mas en los preliminares hay que no engañarse. A esto tienden estas líneas modestas de un provinciano que por ahora es tan sólo un simpatizante de las J. O. N. S., y que cuando llegue la ocasión se alistará, con disciplina y entusiasmo, en la lucha por la España magnífica y por su Estado corporativo.

Junio de 1933.



FUTURO DE LAS J. O. N. S.

NI PRISAS NI CONFUSIONISMOS

LA obra revolucionaria antinacional de los que se beneficiaron del r a de abril, ha sido frustrada por la incapacidad de las minorías de los partidos burgueses republicanos y por la infecundidad del marxismo. Al igual que los monárquicos, los derrotados de hoy no precisan formular reproches contra sus enemigos; se han derrotado ellos solos. Y no es lo malo su desastre. Lo peor es la gran estafa perpetrada contra el pueblo, hambriento de justicia y anhelante de ponerse a una tarea de engrandecimiento nacional y- estatal, que la estructuración faraónica de las instituciones monárquicas no le permiten.

Los republicanos, por cegatosería, y los socialistas, por egoísmo, han traicionado a la República. Contra lo que algunos creen, esta faena lamentable no rehabilita para nada lo pasado, lo preabrileño. Quienes han jugado al derrotismo con miras monarquizantes, están completamente equivocados. Aquello está bien muerto y no debe volver. Posiblemente lo que ha sufrido el vencimiento en la segunda República de España, es lo que por afinidades irrenunciables heredó del monarquismo: la debilidad frente a las fuerzas antinacionales; la cobardía ante el baraterismo de los que presumen controlar las mesnadas proletarias; la incapacidad, en cuanto a la organización, de una tarea española sentida hondamente por el pueblo. Ha quedado, después de la rota de Azaña y de la debacle moral y material del socialismo, una tremenda decepción, para cuyo vencimiento se precisa de toda una mística y una mitología nuevas.

LA SALVACIÓN DE LA REPÚBLICA

Desde diversos campos se afirma que la República no ha logrado nacionalizarse. Es verdad. Las masas auténticas del país, movilizadas por el instinto de conservación -tal los agrarios-, no acaban de aceptar la República, por la estolidez de los que la dirigen. Y al amparo de este situarse en rehacios y desconfiados, fácil es ver el juego de los que, sin importarles un corvino los problemas políticos incluso en la polémica sobre las formas de gobierno, van a que persistan los privilegios, la incultura y, por consiguiente, el achicamiento de la patria.

Las izquierdas burguesas y el marxismo han hecho defección por concupiscencia y falta de coraje, respecto a la puesta en práctica de principios de justicia y de grandeza, sentidos por millones de españoles. Las derechas tradicionales, por incompreensión, por torpe ademán revanchista, siguen dispuestas a no levantar su cerco hostil. Quedan a la intemperie las ilusiones populares y las ambiciones de quienes sueñan con una gran España imperial. Sólo puede salvar a la República el fascismo, que en su traducción al romance puede decirse, camaradas de las J. O. N. S., nacionalsindicalismo. De ahí que yo piense que los más de los adeptos que ingresen en el jonsismo, vengan de los sectores donde se daba lozana la propensión revolucionaria, deseosa de transformar el Estado. Los conformistas, los que el egoísmo traba y anquilosa, esos seguirán mientras puedan en los grupos pasadistas, para los que el estado de cosas anterior a abril de 1931, todavía es una aspiración.

Para popularizarse e interesar a grandes núcleos nacionales, el nacionalsindicalismo tiene que evitar todo contacto con los residuos combativos del pasado monárquico. Que se recojan de los cuatro puntos cardinales los españoles dispersos que por desilusión -ésta o la otra, es igual- estén en riesgo de caer en el escepticismo anárquico, que es como la vertiente propicia de las desesperanzas nacionales. No importe la renuncia a lo inmediato. El proceso revolucionario de España no se va a cerrar el día en que, las derechas dominen los resortes de mando. La buena voluntad de algunos de sus jefes fracasará ante el egoísmo de los estados mayores. Las masas, defraudadas hoy por las izquierdas radicales, lo estarán enseguida por las derechas parlamentarias. Vendrán, en conversión afortunada, hacia nosotros. No hay prisa, pues. Pero que nadie arriesgue por precipitación los dos grandes hechos sin los cuales no podrá darse un Estado corporativo y jerarquizado en nuestro país: la nacionalización de las masas sindicales de la C. N. T., y la puesta en marcha, con ambiciones revolucionarias, del campesino, a quien hasta ahora tuvo aterido y sin vigor la ignorancia de su formidable fuerza.

Octubre de 1933.



REALIDAD NACIONAL SINDICALISTA

LA tarea de ir forjando el movimiento nacionalsindicalista, precisamos tener un celo despierto, para evitar toda confusión. Lo que más fuerza ha de darnos, con la capacidad de sacrificio y el desinterés, es el mantener bien dibujada nuestra posición. No importa que por todos los frentes quede expuesta al embate del enemigo plural, con el que hemos de reñir batalla. El torbellino en que la vida política de España se consume, se resolverá, en definitiva, ventajosamente para los núcleos más duros y fuertes, de contorno más acusado y de contenido más rotundo.

No importa que esto alargue el camino y lo erice de dificultades. *Ad alta per ardua*. No nos cabe a nosotros el gusto por lo fácil, que en definitiva es la degradación del compromiso, la suciedad del trato de chalanes. Las grandes lecciones que nos legaron el bolchevismo, el fascismo italiano o el hitlerismo alemán, consisten sencillamente en eso. Y conste bien que la lucha por el Poder, puede imponer alianzas hasta con la suegra del diablo, o la aplicación cotidiana y pragmática de un oportunismo ventajoso. Pero nosotros tenemos que ser fieles a nuestro destino revolucionario, nacional sindicalista, catilinario. Todo eso, que es lo que nos define y diferencia; pero, sobre todo, con inquebrantable fidelidad a nuestras características juveniles, que nos hacen despreciar y reñir con el pobre pasado, español, viejo de siglos, que ahora culmina en esta zalagarda democrática y liberal, que si no lo remediamos terminará por ahogarnos en abyección y vileza moral:

Todo esto viene a cuenta de lo que sigue. Es menester, absolutamente necesario, decir a las gentes que nos ven expectantes y aun a las que nos acechan afilando sus odios, a dónde vamos, cómo haremos nuestra jornada e incluso qué antecedentes pueden avalar nuestra tarea. Muy bien dicho todo eso de que sabrá ganarse las masas el movimiento quien mayor ímpetu poético y mejores ilusiones despierte. Pero la política, «oficio cochino», según Keyserling, menester subalterno según el Ortega de antes de fracasar como hombre público, no se hace tanto con bellas frases y movimientos corajudos, como con ideas programáticas y doctrinas realistas. Los que lucharon tras de Mussolini sabían bien a lo que iban: los veinticinco puntos sancionados en Munich, trazaban ante el pueblo alemán una aproximación de lo que sería el día del triunfo, su política nueva. Justo y bueno que en toda empresa moderna que piensa mover a los hombres, lo que importa es el son sobre el canto; la música sobre la letra. Pero hay que llamar pan al pan, en la palabra vulgar que puede ser entendida, pronunciándola si se quiere con la emoción precisa para que un olor a candelal acaricie el instinto de las multitudes que de él tienen hambre a través de generaciones innúmeras. Yo no puedo creer que sea una suprema habilidad el decir que no tenemos programa, y que el fin supremo que perseguimos reside en hacer la grandeza de España, y el hacer digna la vida de los españoles, porque todo eso puede conseguirse de esta y de la otra manera. Es el método, acaso, lo más interesante para nosotros, a la par que la fijación de unas cuantas metas altivas, que susciten un afán poderoso de ser partícipes de una empresa común y que puedan alentar una nueva moral y un estilo duro e implacable.

No bastan las apelaciones literarias, amigos míos. Eso se presta a que no sepamos lo que tenemos que hacer y a que no podamos, por consiguiente, enseñar a las masas. Por otra parte, el fervor patriótico, la desilusión y hasta el afán de sacrificio o cie aventura, han traído de todos los campos al nuestro, gentes juntadas por el azar, pero para las cuales el nacional sindicalismo español no puede significar lo mismo. Y esto sería muy grave, sobre todo cuando el movimiento logre la madurez. Podríamos equivocarnos. Los que por sobre toda consideración colocan el servicio de España y en materia religiosa son indiferentes y muy «avanzados» en materia de justicia social, e incluso no tienen miedo a ser tachados de estatólatras, es indudable que casan difícilmente con los hombres de sencilla condición, para los que el septenio 1923-1930, es la edad de oro de la moderna Historia española.

Cuidado, amigos míos. Todos hemos olvidado ya, que un núcleo que sabe portarse con disciplina y valor, vale más que una turba ligada por confusos ímpetus sentimentales. Cuanto mayor es el fracaso de todos los partidos políticos, y más cenagoso el proceder de las organizaciones sindicales, más nos conviene montar inteligentemente nuestro antipartido, la legión de lucha que ha de ennoblecer y agrandar a España. Y más urgente es esto, porque conviene también que nos pongamos de acuerdo sobre la España de cada uno, la Patria tal como se ensueña, siente y concibe.

Ni la España del demócrata rabón y vulgar puede ser la nuestra, ni tampoco la del somatenista. ¡Eh, cuidado! La España tratada en colonia por la Telefónica o los accionistas del Ontaneda-Galatayud, o del Alberche, no es la nuestra, como tampoco la de los medrosos cómplices de la matanza de Casas Viejas. Pero todo esto hay que precisarlo, convenirlo, si es que no queremos hacer del nacionalsindicalismo una corriente turbia capaz de perderse en la jungla, después de haber alimentado la voracidad de viejos caimanes, cuyo ideal máximo es tumbarse panza al sol.

Mayo de 1934

MANUEL SOUTO VILAS

CAMPO Y CIUDAD

REVALORIZACIÓN DEL CAMPESINO

RETADORAMENTE hay que enfrentar el campo a la ciudad. No se puede atacar de un modo eficaz la vida burguesa, señora de la urbe, si el campesino no centra en acción. El hombre del campo, el paisano, como tipo de humanidad superior, debe alzarse contra el hombre de la ciudad, el ciudadano. Sin paliativos, hay que rehabilitar el hombre del campo. A la labor proterva del campo de una desvalorización, de exaltación del tipo humano, en cuyo seno perviven latentes aptitudes y valores originarios.

Hay que aprovechar la coyuntura de los tiempos, favorable al campesino. El paisano, el hombre de la tierra, es el hombre prístino. El hombre prístino debe afirmarse, debe engreírse y lanzarse imponente a develar al ciudadano : al burgués y su réplica el proletario. El ciudadano es el hombre elemental, que cada vez adviene más elemental, desvitalizado, desposeído de las aptitudes y- valores especialmente humanos. Pues el hombre prístino es el hombre integral, una vasta trama de actos y valores humanos, y el hombre elemental es una especialidad humana, tina faceta de actos y valores humanos.

El campesino, hombre prístino, se ilustra con intuiciones originales; el ciudadano, el hombre elemental, con principios, con ideas: es un ideático. El hombre prístino construye con sus intuiciones originarias un esquema bien estructurado del mundo, y el hombre elemental construye con sus principios un sistema del mundo, o mejor, secciona el mundo. Dentro de su esquema del mundo, el hombre prístino orienta y desenvuelve espontáneamente sus actividades y sus impulsos instintivos; sin perversiones. Por principios, dentro de un sistema, el hombre elemental, justifica y determina su conducta; es un determinista, un sistemático. Un sistema estereotipa su cerebro. El cerebro estereotipado es una momia. Ya no hay vida vigilante. Ya no es esencial auscultar el mundo lo esencial es aprender un sistema y actuar con él en la vida pública, reduciendo, laminando el volumen inmenso de sus actividades. Lo esencial es obtener el hombre standard, el hombre encenegado en el medio ambiente, que se filtra por todos los poros de su piel; el enajenado. Para lograr este tipo de hombre hay que abrir escuelas donde aprender sistemas, y en su virtud, momificar cerebros. Cuántos cerebros ha momificado el sistema de Kant v cuántos ha momificado el sistema de Marx, el gran ídolo de nuestra juventud, que se cree actual?

Hay, que salvar el hombre prístino, el paisano que conserva y, construye con intuiciones originarias el esquema de un mando integral de valores. El hombre prístino es el único ser humano que persiste incólume que no ha deshumanizada -¡oh, paradoja!- el humanismo de la época cultural que se inicia en el Renacimiento, culmina en la Ilustración y finaliza en las postrimerías del siglo XIX, y ante cuyos restos inclina rendidamente su cabeza nuestra juventud ciudadana y civilizada. Hay que repristinar al hombre elemental: sistemático y especialista, burgués y proletario. Sólo el hombre prístino puede contener la balanza del hombre-masa.

Y sólo ésta es la cuestión: Que el hombre prístino, el paisano, suplante políticamente al hombre elemental, el ciudadano. Hasta hoy, el paisano se vió-obligado a ceder, a replegarse, a sumirse en el tabernáculo de la paz aldeana. Todos los conatos políticos del paisano, del creador de nacionalidades, fueron sofocados. De sus instituciones públicas incipientes se ha apoderado el ciudadano: unas fueran asoladas o demolidas y otras saqueadas y transformadas; le han servido de alojamiento. En cambio, el paisano ha declinado acogerse a ninguna institución ciudadana. Heroico, ha vivido y vive a la intemperie. Las instituciones son para él elementos de imposición v vampiros originadores de su miseria vital.

El ejemplo del campesino gallego es magnífico. Ha eludido constantemente interesarse en la vida de toda institución pública, aún de la que más le afecta, de la más inmediata: el Ayuntamiento. Nunca le ha prestado su adhesión. El campesino no lo conoce, no sabe nada del mismo, sino cuando le conmina. Por eso el Ayuntamiento debe desaparecer de la vida rural gallega. No hay nada que lo avale; no tiene nada en su haber. Sofoca, reprime e invalida toda acción campesina, toda espontaneidad social, y con las demás instituciones públicas, chupa hasta los tuétanos la vida rural gallega. La primera batalla política ha de ser dirigida contra esta institución. La suprimirá de raíz y erigirá una de nueva invención, el sindicato, que recoja y ampare su vida, posibilite y desarrolle un amplio plan de eficacia social y económica.

ÉXODO DE PODER, ÉXODO DE RIQUEZA, ÉXODO DE HOMBRES, ENRARECIMIENTO VITAL, MISERIA, DESIERTO

El paisano, decíamos, políticamente, vive a la intemperie. Vive de precario y se siente en precario en todas las instituciones públicas. Son el enemigo, cosa extraña, en su campo raso. Desconfiado, si alguna vez se asoma a sus umbrales, es con todo género de precauciones, y si, en fin, se aloja o alberga en ellas, es con todo género de prevenciones, como un inquilino.

El paisano, ser autóctono, no ha reconocido otros poderes autóctonos que los de la época feudal. El origen feudal, social y políticamente, fué un régimen campesino.

Sólo en los *poderes eminentes* eran autóctonos, estaban adheridos al terruño, adscritos' al campesino. Nobleza, poder, derecho, arte, economía, ciencia, religión, Iglesia, surgían donde quiera que hubiese un puñado de tierra fecunda. Todos los valores humanos brotaban espontáneamente en cualquier rincón de la tierra. El hombre lo realizaba en el terreno que hollaban sus pies o cultivaban sus brazos. Todavía la mansión urbana no había suplantado al castillo, la sede obispal al monasterio, aún no se había roto la correspondencia entre la producción y el consumo la economía para el consumo directo no había sido sustituida por la economía para el cambio. La fidelidad, la franca lealtad era un vínculo de solidaridad social, que apiñaba en torno a un destino común originario. Todos tenían vigencia, todos se exigían mutuamente. La fidelidad interesaba al señor y al vasallo. Una disciplina vital subordinaba unos a otros, y el coraje estremecía todas las comarcas. La vida indomable se arriesgaba en campo abierto, recorriendo la llanura o brincando sobre los riscos y gibas del terruño. Ningún lugar era preterida; todos hacen y cuentan su historia. Un abigarrado conglomerado de hombres fluía por la espesa red de caminos aldeanos, en donde, como en intrincado laberinto, cada paso lo enreda una adivinanza. La carretera montaraz y sórdida todavía no agrieta, la tierra, no respalda la aldea, presurosa a sus fines. La vida feudal -campesina- era profunda y densa.

Pero la vida se cansaba de bregar en los campos. Son los poderes eminentes quienes primero se adelantan a volver las espaldas al campo. En su rebelión, los poderes eminentes transmutan los vínculos de fidelidad, indicios de un destino común, en vínculos jurídicos, que reducen la sociedad a una suma de individualidades. La gran subversión de los poderes eminentes consiste en deshacer la comunidad de destino que informan al régimen feudal y desligarse de los deberes de asistencia al paisano. Este es el éxodo del poder del campo a la ciudad, en donde se recluye la historia y los valores supremos de la vida. La vida aldeana queda exhausta de poder y, por tanto, se produce un enrarecimiento vital. En el campo sólo vive el paisano, que, ensimismado, no hará más que labrar la tierra.

Se trata mucho acerca de los orígenes de la ciudad. A la mente se le hace difícil comprender cómo ha surgido y crecido la ciudad independientemente de la fertilidad del agro, sobre que se asienta, ya que la ciudad debe contar para su alimentación con la labor y los productos agrícolas. Prescindiendo de los núcleos de densa población campesina, sólo los poderes eminentes pueden fundar y nutrir la ciudad, en cuanto en sus manos empuñen, como poderes de mando, un haz de relaciones jurídicas de contenido político, social y económico. Cuanto mayor sea el radio de acción de esas relaciones mayor el emporio de riqueza o fondo de consumo de la ciudad.

Por eso la ciudad se desarrolla siempre en torno a una residencia señorial, -de un rey o gran señor- de una sede obispal o de un mercado. -centro que crea y regula la economía del cambio-. Un factor envuelve los otros, y pronto, simultánea o sucesivamente, se congregan en la misma área urbana y en su último estadio evolutivo se fusionan de tal modo, que no es posible reconocer más que una gran masa burguesa que tiene en sus manos todos los poderes económicos de mando. El centro de depredación del campo es perfectamente unitario, y su solidaridad común frente al paisano es invulnerable.

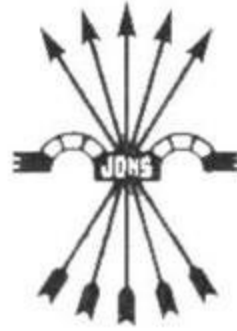
Los medios de depredación del campo que emplea la gran masa burguesa para levantar su emporio de riqueza, son: 1.º, los ingresos provenientes de los tributos públicos; 2.º, las explotaciones industriales y rentas patrimoniales de bienes fundiarios; 3.º, la ganancia o plusvalía determinada por la economía de cambio, mediante una desvalorización de los productos agrícolas y una valoración creciente de los productos industriales y la actividad de la masa de profesionales: médicos, abogados, etc.

La eficiencia de esos medios es incuestionable. La vida saciada goza superando la opulencia de sus obras e inundándose en mayor confort. La facilidad y exuberancia de esta vida se patentiza en el cúmulo de poderes a su disposición, en el repertorio de sus varias ocupaciones, en el elenco de sus placeres, en el constante vacas- al ocio y al jolgorio. La ciudad es un incentivo para la masa de bienes que todavía quedan en el campo. Este incentivo está en lo que se denomina mejor «colocación de los capitales» y mayor seguridad de los mismos. El pequeño ahorro rural se vierte en las cajas de sus Bancos. El éxodo de la riqueza está perfectamente organizado, encarrilado. La miseria del campo está sistematizada páficamente. La edificación de la ciudad es la gran obra histórica; el campo es su material.

El enrarecimiento del ambiente social campesino, originado por la escisión o el éxodo de los poderes eminentes, la imposibilidad de hacer historia y sentirse tan sólo objeto de la misma, el sentirse sojuzgado en su trato con los supremos valores de la historia, da lugar al aburrimiento, al hastío de la vida campesina. Hay que ir a la ciudad a procurarse eso que cada vez nos falta más. Ese hastío, ese enrarecimiento vital

social todavía no aparece compensado por la deshumanización del ciudadano, del hombre elemental, que cada vez desprecia más esos valores.

A ese enrarecimiento vital social se añade la miseria de bienes. La vida sobre el terruño se muere de hambre; ha de procurárselos en la ciudad, emporio de riqueza.. El ciclo está cerrado: oasis urbano, desierto.



NEMESIO GARCÍA PÉREZ

AGRARISMO Y JONSISMO

SOBRE el ruedo de la vida española, removido por la lucha de todas las pasiones y manchado por la sangre de todas las ignominias, ha aparecido en estos días la enseña de una nueva fuerza política, que se destaca imponente por encima de las partidas minúsculas de los usufructuarios de la República. La aparición de esta fuerza ha sorprendido a los desconocedores de la realidad nacional, a los ciudadanos -en el sentido geográfico- que no han alcanzado a ver en el campo más que un tipismo y una ignorancia ridículos, una esclavitud miserable, que al fin, son -bien estudiados- más útiles, y bellos que ciertos cosmopolitismos, culturas y libertades. Pero este movimiento campesino que como ola monstruosa irrumpe en el momento político actual, no ha podido sorprender a los que siempre hemos señalado el campo como manantial de esencias nacionales, las más puras, las más fuertes. Sí, sí -se nos contestaba con Bretón de los Herreros-; «pero Madrid es mejor».

Los agrarios, se han puesto en pie y en marcha para salvar a España de la nefasta hegemonía marxista, y no han de faltar ahora políticos vacíos y locuaces que, ocultando rapacidades inconfesables, quieran de un brinco ponerse a la cabeza de estas fuerzas para saciar apetitos de mando, egoísmos mezquinos, a costa del ajeno esfuerzo y sacrificio. Por eso conviene estudiar la verdadera significación del agrarismo en su misma fuente.

Para saber quiénes son los agrarios, qué quieren y buscan, es menester vivir entre ellos, sentir con ellos las necesidades de cada día, palpar las heridas, abiertas todavía, que han ido dejando en pos de sí las leyes socialistas; haber recibido en pleno rostro las humillaciones y abandonos de todos los gobernantes, para saber qué quieren los agrarios, hay que ser agrario. Y esto que parece una perogrullada es de suma trascendencia en los momentos actuales, cuando el juego de unas elecciones es cuestión de vida o muerte para el campesino español. No cabe duda que entre los que se llaman agrarios hay elementos de la peor laya política, hombres que llevan sobre sí las lacras de unos sistemas y unos métodos proscritos, hombres que lamentándose de las actuales injusticias sociales, quisieran volver a las antiguas no menos execradas- pero éstos que en los momentos de organización pueden pasar escondidos, cuando llegue la hora de fijar actitudes, de aquilatar conductas e intenciones, serán arrojados por la borda como pescado inútil después de la redada.

Para conocer a los agrarios no basta oír palpar el corazón de estos hombres recios y sinceros en la agitación pasajera de un mitin, bajo las sugerencias de mañosos sofismas, bajo los reflejos engañosos del espejuelo de las promesas fáciles; para conocer el fondo del agrarismo hay que vivir en el campo, del campo y para el campo; hay que amar al terruño, no con el sentimiento superficial de la belleza, sino con el agradecimiento y el «apego» con que se ama a una madre. Para conocer y amar el agro es necesario ser hijos del agro.

* * *

El agrarismo es la rebelión de la clase media campesina, de esa clase media que salvó a Italia, está salvando a Alemania y salvará a Europa entera. En esa clase inedia, si bien es verdad que caben todos los obreros del campo, no sé que haya hueco para los grandes terratenientes, a no ser que quieran entrar en las filas de la revolución que ha de transformar la propiedad de su estado actual a otro más justo y racional.

Entre el absolutismo de la aristocracia -sangre o dinero- y la ferocidad del proletariado marxista, ha vivido el campesino zarandeado como barquilla entre dos olas. Su fe, su amor a la paz y al trabajo, su inviolable franqueza, su misma sobriedad siempre pronta al sacrificio, fueron causa de que se les creyera cobardes por prudentes, necios por sufridos, ignorantes por callados; masa informe e infecunda, cuando, en puridad de verdad, llevaban y llevan en su seno el urmiento, la levadura donde se esconden las nuevas rutas gloriosas del ser nacional. Y al ver destrozada y envilecida la patria, de sus mayores, herencia sagrada e inmortal, brotó en sus pechos el orgullo de la raza; al ver sus hogares empobrecidos, desvalorados los productos de sus pobres haciendas, se han puesto en pie para defender el pan de sus hijos; al ver la paz campesina quebrantada por la lucha de clases cada vez más bravía, la anarquía como efecto de una autoridad prostituida, ensañada en los campos, los agrarios quieren imponer el orden natural por medio de la justicia. Patria, Pan, Paz y justicia es el lema sagrado a defender, es el mote de estos nuevos caballeros de España.

Y esto lo han de conseguir no sólo prescindiendo de la ciudad, sino en contra de ella: que el porvenir cíclico de las naciones vuelva a estar en la tierra donde se alimentan las raíces de la más firme riqueza nacional. Así lo han entendido Mussolini-AGRO PONTINO, y Hitler-*Danktag*.

* * *

Desde los aciagos días de la Enciclopedia -siempre la maldad de Francia- en que los aristócratas españoles volvieron las espaldas a la tradición de España, parece que estos políticos, salvo, naturalmente, pequeñas excepciones, se han empeñado en derrumbar todo lo santo, todo lo noble, todo lo rico del suelo patrio. Cuando Felipe V suprimió la preponderancia municipal de los gremios, asestó un golpe mortal a la industria y a la agricultura que en los campos se hermanan y confunden. De Jovellanos acá no han hecho más que dictar leyes agrarias a ciegas, tardías e inadaptables que han formado una legislación agraria caótica, caída sobre los campos como la semilla en terreno pedregoso. Durante el siglo XIX, el ajetreo político no dejó lugar al estudio de los problemas agrarios, y en medio del caos y la disgregación de todo lo podrido, se legislaba para los que gritaban y hacían revoluciones. Y como en el corral donde cien gallinas ponen silenciosamente sus huevos y una sola alborota y a ésta se le da de comer, así nuestros gobernantes se olvidaron de los labriegos humildes y laboriosos. Leyes pedantes de Institutos sociales y alguna aduanera encubrieron el verdadero problema agrario con lujoso andamiaje: como si los sepulcros, por estar blanqueados fuesen menos sepulcros. Ahí están esas Granjas Agrícolas en las ciudades, donde unos ingenieros hacen inútiles experiencias, mientras ni una sola vez se acercan a los pueblos a enseñar de verdad; ahí están funcionando como hace veintitantos siglos los arados egipcios que arañan la tierra; ahí están los barbechos sin abonar y los campos cultivados a la buena de Dios; los árboles desaparecen y los ríos dejan caer sus aguas intactas en el mar. No se me oculta que ha habido ensayos meritísimos en lugares determinados; pero la obra agrícola nacional está por hacer.

Pero si los gobernantes en funciones han despreciado siempre a los campesinos, les han dedicado, señaladamente en vísperas de elecciones, sus mejores discursos antes de llegar al Poder. Caminos y canales; créditos y ciencia agrícola se han barajado en todos los discursos electorales, convertidas más tarde esas promesas en leyes inicuas para proteger a los grandes negociantes, en leyes empobrecedoras como las de jornada mínima y salario máximo, que a más de la ruina de los campos empezaron a fomentar la holgazanería, el odio al trabajo, que es, al fin y al cabo, la razón de ser -de facto- del Socialismo español.

En esta situación de desesperanza llegó el 12 de abril del año 1931, y estos pequeños industriales, agricultores, colonos y la parte sana de los mismos obreros se unieron (le buena fe a la avalancha revolucionaria en busca de tina justicia que no han encontrado durante tres; centurias. Y otra vez, ¡ay!, su voto sirvió de escalón a la rapiñería política. De los Ministerios de Agricultura y Trabajo fueron saliendo leyes trazadas por la incompetencia y la mala fe, que como bombas venían a explotar en las aldeas y villas, aguzando la lucha de clases, enturbiando más y más la paz de los hogares, mientras la miseria comenzaba a rodear por todas partes al labriego. La decantada Reforma agraria, que ciertamente tanto se necesitaba en España, no ha sido más que un cienpiés ungulado que ha confundido la reforma con el desordenado latrocinio. Los retoños marxistas, merced a la savia que cada día les prestaban las disposiciones ministeriales, se hicieron árboles tan frondosos que han esquilado toda la tierra sin saber dar más que amargos frutos de anarquía, de persecución, de destrucción y pillaje.

He aquí en breves pinceladas el preludio que anuncia la verdadera revolución honda, sincera y eficaz: el justo descontento de todos.

Después, fueron un día los naranjeros de Valencia; otro, los cerealistas de Castilla; otro, los vinicultores de la Mancha, y detrás de ellos todos los agricultores de todas las regiones españolas, uniéndose en agrupaciones que nada quieren con la política, que van directamente contra ella; porque están convencidos que es la mayor culpable de sus desventuras. Los mismos obreros a los que parecía que iba a beneficiar este sistema absurdo de legislar, se sienten engañados y van abandonando a sus inmorales directores.

Unidos, pues, en fuertes agrupaciones los campesinos, inconscientemente quizá, han llegado al segundo y penúltimo peldaño de la revolución verdadera: la unión de todos los justamente descontentos.

En este movimiento agrario que hasta ahora ha seguido las normas de la más elemental lógica, falta el remate digno y definitivo. Para este último escalón hay que prepararlos y dirigirlos convenientemente; hay que prevenirlos contra los políticos audaces que pretendan cambiar la fisonomía y el carácter del agrarismo llevándole al cercado de un partido, cuando realmente es un movimiento de envergadura y raigambre nacional.

* * *

Como final de este artículo, vamos a ensayar la enumeración de las bases constitutivas de un programa agrario; pero no de un programa elaborado en el magín de un caudillo, ni en una oficina electoral, sino recogido de la boca de los mismos agrarios, que no sabrán hablar bellamente; pero sí bella y

justamente sentir; un programa de abajo arriba que enarbolan las J. O. N. S. para plataforma de su lucha, para pauta de su triunfo.

1.º Hablar de religión en España es hablar de catolicismo. La vida campesina está informada hasta los tuétanos de la moral cristiana intangible, perfecta y eterna. Esa misma honradez tan decantada no es más que eso. Y las fiestas -que tan necesarias son a los pueblos que trabajan y sufren- han de ser fiestas religiosas. Fiestas que, acopladas a fuerza de siglos a las costumbres regionales, den ingenua expansión y saludable alegría. Fe, esperanza y caridad. Los agrarios quieren respeto absoluto y defensa de su religión.

2.º Acaso la mayoría de los agrarios no tengan la «idea» de la Patria, y si no la tuvieran no serían ellos los responsables; lo que sí tienen, y en más alto grado que nadie, es el «sentimiento» de la Patria que mantienen como una gloriosa tradición, con singular orgullo. Por ella rezan, por ella ofrecen sus hijos al Ejército con honda satisfacción, por ella se sacrifican. De boca en boca andan viejas leyendas y romances de Flandes, de morería y cíe América. Destellos imperiales de la Historia de España que hacen vibrar su patriotismo, en el que educan a sus hijos. ¡Cuántas veces hemos llorado de emoción al escuchar los consejos que el padre campesino da al hijo que va a servir a la Patria! Nada de divisiones entre hermanos: Patria, una y gloriosa.

3.º Por si sus ideas acerca del parlamentarismo eran poco firmes y seguras, la desdichada actuación del último que hemos padecido ha venido a desvanecer la poca fe que en él tenían los campesinos. Quieren, en consecuencia, los agrarios, que desaparezcan de una vez con el Parlamento esa vana hojarasca de los discursos inútiles, esos desmoralizadores -ejemplos de marrullerías políticas, ese tejer y destejer de los partidos que puede representar los egoísmos plebeyos, la soberbia endemoniada; pero de ninguna manera los verdaderos intereses nacionales. Menos Parlamentos y más hechos. Porque, al fin de cuenta, ¿a quién representan los Diputados? Los agrarios están convencidos de que el sufragio personal y numérico no es más que -como ha dicho Lichtenstein- «multiplicar el voto del rico o del poderoso por el número de los inferiores que de él dependen económicamente, o de cualquier otro modo».

4.º Para mejorar la producción, asegurar el mercado y terminar con la, fatídica, lucha de clases, quieren los agrarios una organización estatal corporativa. Y recuerdan que la más perfecta organización que ha tenido la industria, y por ende la agricultura, ha sido en los antiguos gremios, que el liberalismo de las Cortes de Cádiz hizo desaparecer. Salvados los anacronismos y algún otro inconveniente, una nueva organización sindical favorecería a la agricultura, a la industria y al comercio.

5.º Más que vana y caótica legislación agraria, quieren lecciones prácticas y ayuda económica, que debería ser regional y aun local, según los terrenos, cultivos y métodos.

6.º No hay mejor aliciente para el trabajo que la pequeña propiedad, con la que el labriego llega a fundirse. Por lo tanto, propiedad familiar.

7.º Es difícil precisar la justicia del salario; sin embargo los agrarios tienden a que el obrero viva decentemente con su familia. Para esto, nada mejor que el salario familiar colectivo. No que el patrono haya de pagar el jornal según las necesidades familiares del obrero, sino que el Estado, la Región y los Municipios suplan con su ayuda -hay mil maneras- lo que el jornal no alcance.

8.º Los campesinos también necesitan alimento para su espíritu. Y piden la creación de las Bibliotecas populares, de Centros de cultura y recreo, en los que, a más, de perfeccionar sus conocimientos profesionales, puedan saciar sus ansias de saber. Todo organizado en un sentido profundamente nacional.

He aquí el esbozo de un programa agrario aprendido *ex auditu* en los campos, que sólo las J. O. N. S. pueden desarrollar y llevar a la práctica; he aquí la verdadera significación del agrarismo, que ofrecemos a los jóvenes propagandistas y a los estudiosos para un más perfecto desarrollo y complemento. Y así como el más hermoso libro de caballerías terminó con la plaga literaria caballeresca, quiera Dios que este movimiento, que este partido, conducido por las J. O. N. S., el primero ya en número y en calidad, sea el último en la Historia de España, y nos devuelva la grandeza moral y económica de la Patria. Nuestra es, jóvenes camaradas, la gran responsabilidad de la nueva España; con la vista en lo alto y la ruano en la manguera, guemos la yunta de nuestra propia voluntad sembrando españolismo por los campos patrios hoy

desolados. Que el sol de la Justicia fecundará tan sagrada simiente y muy pronto gozaremos el orgullo de una patria grande, la tranquilidad de un pan sabroso por bien ganado, y la alegría de una paz bajo la que el trabajo será fecundo y remunerador.

Patria, Pan, Paz y justicia.

Octubre de 1933.

Camarada:

Lee, propaga

y defiende la prensa jonsista,

"LIBERTAD" de Valladolid.

"REVOLUCIÓN" de Zaragoza.

"UNIDAD" de Santiago de Galicia.

"PATRIA SINDICALISTA" de Valencia.

JOSÉ MARÍA CORDERO

UN MES BAJO EL EMBLEMA DEL LICTOR ROMANO

ATRAVESAR (le mar a mar la Península hispánica hace ver al más ciego el atraso del agro español, en contraste con el lujo de sus ciudades. La España húmeda que comienza después de Vitoria, supone novedad; pero no, extranjería. Ni siquiera San Sebastián, donde cartelitos alusivos al Estatuto por todos lados, demuestran hasta dónde se impone la moda en política, mezclando infantilismo impremeditado, aspiraciones legítimas que pueden ser útiles a la Patria, y peligrosas maniobras separatistas en las que entre el ser y el no ser no hay término medio. Todo bien distinto del otro separatismo, el que gobierna y se adapta a los tratados de comercio y a la confraternidad entre las tribus ibéricas, tuteladas por terceras naciones. La frontera divide un paisaje igual: las mismas caras, la misma sangre. Euskeras, es decir, españoles no romanizados. Consecuencia: la Vasconia francesa (dejando aparte esa Navarra francesa cuyos habitantes pedían ser españoles siglo y medio después de su conquista por Francia), debe ser española. Al separatismo vasco opongamos el grito de ¡la frontera en Bayona! Evocaciones de días gloriosos y tristes, también gloriosos por tristes: Fuenterrabía, los Faisanes, Orthez, etc., etc.

En Pau, la cuna de los Borbones, antiespañoles siempre; el sitio donde murió Salmerón, español en las filas de la antipatria, sin saberlo. Toulouse : ni un recuerdo de la sangre visigoda, salvó el patois local. París, o mejor, Francia hizo de nuevo a todas las Galias: lo que nadie ha hecho en España. Como siempre, entre un paisaje diferente, gente mal informada de las cosas de Espacia, risa y curiosidad, y amistad hacia una España modestita ceno una casa de huéspedes; la rija un descendiente de, los Borbones franceses o una nube de afiliados a esas Logias cuya sede reside en Toulouse, ad maiorem Galliae gloriavn. Empiezan los recuerdos del medievo español: Carcasorine, con las cuatro barras catalanas, en su fortaleza sin liar; Narbona, Beziers, Montpellier, cuna de don Jaime I: idioma casi hispano, raza latina distinta de los bárbaros del Norte galo; ¿por qué la frontera no empezará en Salces, límite del Rosellón? Al separatismo catalán, el ecumenismo español: Rosellón, para su España. Nimes, ruinas romanas, toros, aprendices de castellano, hotel digno de cualquier villa española por lo descuidado (con perdón de nuestros hoteleros). Entramos en la Provenza: latinidad gálica, paisaje casi español. Al fin, la zona itálica: Niza. Cuanto dijera de la Costa Azul sería inútil y sabido. El patriotismo no consiste en afirmar, contra la verdad, que en España haya algo semejante. Lo habría si los hombres ayudan a la naturaleza como allí. Cannes : Hotel... Martínez, pueblo de fisonomía itálica hasta la frontera, con villas de ricos cosmopolitas; la democracia masónica francesa, hace las cosas con gusto y extrae dinero lo mismo de los católicos que van a Lourdes, que de los yanquis y judíos que invernan o invernan en su Costa Azul.

* * *

Francia es mucho más diferente de España de lo que se podría pensar, por la influencia que en nuestros intelectuales (?) ejerce París. Radical-socialismo o Acción Española: traducción de realidades francesas siempre útiles allá, peligrosas en España. Si el patriotismo francés merece nuestra admiración, hagamos también justicia a la autoridad francesa: trabajo y ahorro al margen de la oligarquía gobernante. Qué nos ha llamado más la atención de Francia, aparte de su magnífica agricultura? La ausencia de niños, el predominio de los viejos; la extensión de sus pequeñas ciudades provincianas; las guarniciones de color de la *Plus grande France*, decadente imperio que acude al remedio de que los bárbaros guarden sus fronteras.

* * *

Ventimiglia. Facciones españolas; primera sorpresa; idioma clarísimo, esta vez verdaderamente latino. Primeras inscripciones fascistas en la carretera. Retratos del Rex y del Dux. Primeras inscripciones: Carreteras magníficas, exceso de población por todos lados; niños que saludan romanamente; ni un metro de terreno sin cultivo; pobreza bien llevada; pero pobreza al fin. San Remo resulta ridículo al lado de sus modelos franceses. En cambio, el paisaje sin artificios, es espléndido. Nunca olvidaremos la Liguria, donde no nos sentíamos extranjeros; al fin y al cabo, ¿no fueron otros ligures los primeros pobladores de España? Que Colón fuera ligur o hispano, resulta ya indiferente... Savona, empiezan los típicos soportales; multitud que pasea (es domingo). Un letrado magnífico, «Dalmazia tierra itálica». Esto en Venecia no tendría mérito; pero aquí, en su antigua rival, sí. Cualquier día se interesan los andaluces por la suerte de los catalanes de Cerdeña, o los valencianos por la unión con Portugal. Aquí sólo hay una Patria, unos problemas comunes y un deseo de trabajar. Génova: arrabales enormes, transatlánticos lujosos anclados a perpetuidad por la crisis. La vieja Cruz de San Jorge que Génova llevó a la tierra del que escribe, en el Medioevo. La ciudad grandiosa, una inmensa colmena donde el Arte y el Trabajo se encuentran sin estropearse, mutuamente. Y

ya durante el camino los letreros de propaganda para el plebiscito del sí, llamaban la atención: sí por todas partes. Aquí nos coge el escrutinio: un 98 por ciento en pro de Mussolini, un uno por ciento de contrarios, otro de indiferentes. Entusiasmo desbordante, En unos sí, en otros no; pero sin saber cuáles son mayoría. Los desfiles son interminables; las músicas no dejan dormir. Sobre todo, los jóvenes y niños con vistosos uniformes, por supuesto. Considero el gran éxito -definitivo o no- del Fascismo, el haberse preocupado de la juventud desde el primer momento, y haberla sabido encuadrar y canalizar sus energías. Nada de F.U.E. anarquizante, ni de pollos marxistizantes. Balillas y *Giovani fascisti*.

Spezia, base naval. Pequeña ciudad a donde se llega por un paisaje pintoresco de aldeas rivereñas y montañosas, donde hablan castellano los que volvieron de la Argentina, saludan los labradores a la romana. Burguesía que pasea bajo los soportales. El sexo bello, bien representado... y fascista. Por la noche, manifestación celebrando el plebiscito, que dura varias horas. No enronquecen los manifestantes, pero nosotros ensordecemos. En la vieja y escéptica España se reirían de algo parecido. ¿Quién querría llevar uniforme? Recordamos el fracaso de los somatenes... Sinceros o hipócritas, siempre algo teatrales, los italianos van a todas horas de uniforme y marcando el paso. ¿Alemania en 1914?... Cualquiera lo sabe; pero todos saben que están mejor que en 1920.

Lucca, Pisa, con su torre llena de inscripciones -prohibidas- de turistas, sobre todo en español; el campo toscano donde se mezcla lo bonito y lo feo. En cualquier pueblo, por insignificante que sea, tres buenos edificios: la casa del fascio; la de los balillas y los sindicatos: Vemos unas tierras repartidas a ex-combatientes, con preciosas granjas y fantásticas obras de irrigación. Hidros en Ortobello (por todas partes recuerdos de España inmortal: viejos presidios pontinos españoles con las águilas imperiales). El Lacio, feo y pelado como Castilla. CivitaVecchia, ruinas debidas al español Trajano y a los Papas. Más miseria que en el Norte y menos fervor fascista... en las paredes.

Roma, entrando por San Pedro. Un español da un viva a España. ¡Qué grato, después de encontrar tantos españoles que reniegan de ella ante el extranjero!

Roma, salpicada de ruinas, es urbanamente inferior, no ya a Madrid, sino a muchas ciudades italianas. Las ruinas romanas, más destruidas de lo que era de suponer. Las restauraciones, tardías. Los romanos, rubios; ¿estamos en la Capital del Imperio o en un pueblo esclavo del *cock-tail* y de los *talkies*? En Roma comprobamos la grandeza de los monumentos paganos, gloriosamente paganos para satisfacción nuestra: Coliseum, Foros, Palacios cesáreos. La emoción en los cristianos: Catacumbas, Quo Vadis, etc., y el arte y magnificencia en los Vaticanos San Pedro, Basílicas, etc. En varias ceremonias religiosas, llenas de fieles de todo el inundo, apreciamos el poder de la Iglesia. ¿Dijo Azaña lo contrario? Pues peor para la verdad, porque Manuel I, el estadista, no se equivocaba; pero sabía que no era exacto lo que decía. Una observación: los católicos de países protestantes, más respetuosos. Los españoles, haciendo política hasta en presencia del Santo Padre. ¡Y qué política! Los italianos explotando su Vaticano, como los franceses su Lourdes o su Parayle Monial. «Acostumbrados al Papa, apenas le hacen caso», me decía todo apurado un fraile español, viendo que cien aviones fascistas con sus motores ahogaban las campanas. Yo pensaba algo y me dolía de que los españoles creyentes sean «más papistas que el Papa», y que los no creyentes sean antes masones o liberales que españoles. Es nuestro sino, la generosidad con los extraños, el rencor con lo propio. Destaquemos de la aburguesada Roma, émula de Madrid en vivir a costa de la burocracia oficial, la Exposición de la Revolución fascista. Habilidad, éxito rotundo. Los sentimientos, las luchas, la epopeya y el sacrificio de los que buscaban la Patria, el pan y la justicia, resaltan allí magníficamente expuestas. Quien no se emocione ante la Sala de los Caídos, ante las frases lapidarias del caudillo, ante las reliquias de los mártires de Sarzana, de los enterrados vivos en Milán, del mártir Berta o de los muertos menores de quince años, no sentirá la emoción jamás. Aprovecho la ocasión para felicitar a F. E. de las J. O. N. S. por tener ya ocho mártires. ¡Qué magnífica propaganda le hacen sus enemigos en la dormida España!

Camino de Florencia. Florencia, recuerdos de los Médicis, saqueos napoleónicos como en España. ¿De veras es Francia la defensora de la civilización? La Galería de los Uffizi y el Museo Pitti. Arte a chorros; pero explotado metódicamente, como el turista. (En España, Arte a chorros, abandonado). Siempre algún recuerdo de España y preferentemente de Aragón; ¿quién es el osado que quiere separar la historia catalana de la restante historia española? Una autopista: lo nuevo y lo viejo en admirable síntesis (el secreto del éxito inglés). Los Apeninos, inferiores a cualquier sierra desconocida de España. Bolonia, «la forte Romagna», tierra de Mussolini. Un colegio español en una ciudad vieja. Abandono. Los albañiles improvisan una corona mural muy 1871, en un escudo del seiscientos. El señor Director no querrá que en Madrid le llamen monárquico. Los alumnos, ausentes: están de vacaciones.

Muchos hablan español en Florencia y en Bolonia. En Florencia el guía era antifascista, pero sin exaltaciones. Habló bien de Mussolini y cree que sus colaboradores no pueden ser todos vigilados a la vez. Nos dijo que ha servido de guía a don Alfonso de Borbón, que le dijo que volvería a reinar en España. «¿Es verdad?» -preguntó-, sonreí y eludí contestar lo que no tenía respuesta. Esperaba él, que a la muerte de Mussolini, «que es único», termine el fascio. Por el contrario, un fascista entusiasta en Grosseto, pequeño

pueblo agrícola, dijo que el Duce lo tenía todo dispuesto y que no habría la menor conmoción. En general a los italianos les desagradaba hablar de esto. Sus razones tienen. Ferrara, Rovigo, Pádova. Ni el paisaje montañoso y marítimo de Liguria, ni el campestre de Toscana y el Lacio. Influencia oriental. Esto ya es «Mitteleuropa» (austriaco hasta 1866). Padua hace honor, en chicas guapas, a su santo. Más desfiles de jóvenes fascistas: otra autopista con una inscripción: «Regnante Vittorio Emanuele III, Dux Benito Mussolini». Venecia, original siempre y remozada. Maravillosa conservación de San Marcos, el Palacio Ducal, etc. Recuerdos de una pequeña Inglaterra que lleva la bandera latina a *L'altra sponda* y a tierras de infieles y bárbaros. Hipocresía, comercio, poderío naval, sólo quebrado por España. ¡Siempre España! ¡En todos lados! ¿Fueron Guizot y Wells los que querían escribir la Historia Universal, omitiendo su nombre? Trabajo les daba, aunque hoy sus hijos la destrocen. El Lido, frivolidad que afecta la crisis. Un magnífico barco yugoeslavo cruza el Puerto... De opereta o no, las nuevas naciones pesan y pesarán. En Italia (y en Francia) no se dice ¿otra guerra?, sino ¿cuándo? y ¿quiénes? Por todos lados recuerdos de la Dalmacia, tierra romana bajo los bárbaros. Otra vez Padua, Verona, Brescia, el Lago de Garda con el Vittoriale de D'Annunzio y la isla Borghese. Aquí comprendemos y sentimos el comunismo, viendo los últimos restos de los millonarios. A 40 kilómetros está Riva, austriaca hasta 1918, donde Mussolini reveló su patriotismo socialista. Frente a los bárbaros la romanidad tiene más simpatías. ¿Pero se ha obrado con justicia y acierto destruyendo a Austria? Nuestra camarera en Roma era del Trentino, perfil y apellido italiano y, sin embargo, hablaba con dificultad este idioma, y afirmaba que únicamente quería ser austriaca. Milán, Barcelona de Italia sin separatismo. Exhibición de los recuerdos de los Sforza; ocultación cuidadosa de los trescientos años de dominación española, como si se pudiera borrar la Historia. La Lombardía gris. Pavía: la cartuja y lo otro. En Bolonia latió nuestro corazón en San Petrone, donde el Papa coronó a nuestro César Emperador de Occidente. Aquí latió al ver los campos donde abatiéramos el galo furor. Unos alemanes visitan el lugar y establecemos una nueva alianza contra el tiempo enemigo, pero esta vez nada de bélica. A los españoles de la expedición no les interesa su Patria los absorben las modas o los espectáculos, según su sexo.

Otra vez a Génova, Aranzano y la frontera. Otra vez la Costa Azul. Provenza con Avignon, donde nuestro Papa Luna mantuvo una bandera, equivocada quizá, pero honrosa; y el Languedoc; la Gascuña, Lourdes, el país vasco y la Patria. Primera impresión, no inferior en cualidades, sino más pobre y desordenada. Letreros y fachadas sucias, chicos que juegan gritando, mendigos, desorganización. ¿El país vasco o Andalucía? España, sencillamente.

* * *

Quiero hacer un pequeño comentario sobre España y los españoles en el extranjero. Lo primero que salta a la vista es la falta de patriotismo y de algo más. Los españoles que más viajan son los catalanes. Pues bien: el noventa y nueve por ciento de los que nos encontrábamos, ni saludaban. No querían ser españoles. En Narbona, un chico sólo sabía francés, y algo de catalán, afrancesado sólo. No se trata de discutir un Estatuto o no; es algo más trascendente, grave y doloroso. Es el «extranjeros o hermanos».

¿No hay en España quien sepa encauzar el enorme torrente de energía y de patriotismo que hay en Cataluña, la región avanzada de España, para que en vez de ser destructivo edifique nuestra unidad? El problema es urgentísimo y de no resolverse pronto, no habrá solución.

Fué Portugal, será Cataluña; seremos los Balkanes ibéricos bajo el protectorado franco-inglés. Los separatistas vascos, más exaltados e ingenuos, son menos peligrosos quizá, pero separatistas al fin. Venían en la expedición algunos.

Los españoles españoles, no eran mejores. Personas todas de posición desahogada y católicos, su patriotismo dejaba que desear. Curioso plebiscito: más de cuatro mil españoles en Roma, en una audiencia papal (salvo los separatistas), llevaban todos la bandera bicolor y vociferaban dando vivas políticos más que religiosos. Yo discutí con algunos; ¿pero es que yo iba a dar lecciones de convivencia ciudadana y de respeto mutuo a otros?

¿Y España ante el extranjero inspira curiosidad y... lástima? Sólo se habla de atentados, destrucciones de obras de Arte, huelgas, renunciaciones, en fin... En la Exposición Fascista de Roma coincidimos con varios directivos destacados, que nos miraban como algo raro y se reían del naciente movimiento nacionalsindicalista español. (Motivos tenían, y es preciso que no los tengan en lo futuro). No comprendían la labor gigante que es precisa para que despierte un gran pueblo envenenado por completo. Los esfuerzos de una minoría, aislada, perseguida. Nadie ama a España por sí; todos para explotarla. ¿Aprenderemos?,

Termino diciendo, que el Fascismo, pasará o no, seguramente ahora no, con el tiempo, sí. Pero que dejará restos de su paso por el mundo; el liberalismo y el socialismo, doctrinas ya superadas, los han dejado. Todo tiene su hora. Y es fascismo, el presente. Si no, no queda más alternativa que el comunismo. Ahora bien; el fascismo italiano no es posible en España. Lo impide la diferencia de problemas, mentalidad y realidades. ¿Dónde están maestros problemas centroeuropeos de fronteras, nuestras masas de combatientes desmovilizados, nuestro patriotismo obrero? Pero un régimen acomodado a las características de nuestro país y que tenga de común con el fascismo lo bueno que se puede extraer de éste, las esencias

universales de la romanidad, eso es otra cosa. Puede ser; lo será o no. Depende ello de los propios españoles.

Si me preguntan qué es lo mejor y lo peor del fascismo italiano, diré que lo mejor es su ardor patriótico y su modernidad en la resolución de los problemas. Lo peor, aquellos puntos de la realidad en que la doctrina pura se ha mixtificado al aplicarse, adoptando posiciones semiburguesas; el mundo futuro será proletario o no será. Menester es que sea de un proletariado espiritualista y patriota.

Y el que sepa entender, que entienda.

Mayo de 1934.

ESTE LIBRO FUÉ IMPRESO EN
BARCELONA, EN LA IMPRENTA
ALTÉS, EN EL MES DE SEPTIEM-
BRE DEL AÑO DE CRISTO
MCMXXXIX, AÑO DE
LA VICTORIA DE
ESPAÑA Y DEL
NACIONAL-
SINDI-
CALIS-
MO



EDITORIA NACIONAL

PRECIO: SEIS PESETAS